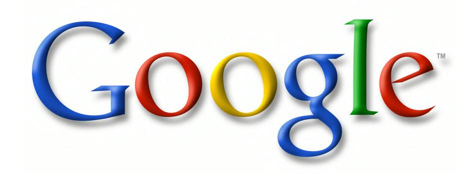



1650 : SIGILL : COLL. HARVARD : CANTAB : NOV : ANGL :
CHRISTO ET ECCLESIAE
BOSTON.

COLECCION GENERAL

de comedias escogidas.

TOMO I.

Del doctor don Juan Perez de Montalvan.

COMEDIAS ESCOGIDAS

DEL DOCTOR

DON JUAN PEREZ

DE MONTALVAN.

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de Ortega y Compañia, 1827.

CUMPLIR

CON SU OBLIGACION.

PERSONAS.

Clenardo, Duque de Florencia.
Don Juan, galan.
Arnesto, Marques de San Telmo.
Mendoza, gracioso.
Camila, Condesa.
Celia, su prima.
Leonida, criada.
Lucindo, criado.
Teodoro, criado.
Fortun, criado.
Criados.

La escena es en Florencia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Camila, condesa; y Leonida, criada.

Leonida.
¿En fin, te casas?
Camila.
¡Qué espero!
Dí, que me casan, Leonida;
dí, que me quitan la vida;
y di que callando muero.
¡Ay don Juan!
Leonida.
¿Lloras?
Camila.
No sé.
Leonida.
¿Tú llorar? ¿tú suspirar?
Camila.
No me quisiera casar.
Leonida.
¿Pues á qué muger no fue
esto de casar gustoso?
Camila.
Suele serlo á una doncella,
que no se ha casado ella;
pero á quien tiene achacoso
el corazon, y á quien tiene
hecha eleccion en su gusto,

¿qué tormento, qué disgusto
mayor, Leonida, le viene,
que él escuchar que le den
(cuando en otro amor se abrasa)
parabien de que se casa,
y no con quien quiere bien?

Leonida.

¿Y no me dirás á mi
quien te ha podido obligar?

Camila.

De tí me quiero fiar.

Leonida.

¿Es don Juan?

Camila.

Leonida, sí.

Leonida.

Toda la culpa ha tenido...

Camila.

¿Quién?

Leonida.

El Duque mi señor.

Camila.

De su amor nació mi amor;
su amistad mi muerte ha sido.
Tiénele Clenardo en casa,
á todas horas le veo;
y el respeto á ser deseo
algunas veces se pasa:
y en la ocasion, la mas cuerda
suele resistirla en vano;
muchas me ha dado mi herma[no]
él quiere que yo me pierda.

Leonida.

¿Y en fin, qué has de hacer?

Camila.

Morir;
pues que me obliga el honor
á saber sentir mi amor,
sin poder darle á sentir.

Leonida.

Quizá será tan galan
el esposo que ya esperas,
que te obligue á que le quieras,
y que olvides á don Juan.

Camila.

Mal podré, si ya le quiero:
mas considera, Leonida,
que aunque don Juan es mi vida,
mi gusto, y mi amor primero,
no ha de saber mi tormento,
porque aun yo misma de mí
me avergüenzo de que asi
me rindiese un pensamiento:
que á la muger que tuviere
por blanco su propio ser,
se le permite querer,
pero no decír que quiere:
por lo cual, aunque me allano
á las penas que me dán,
estaré amando á don Juan,
y me entregaré á un tirano;
y así, piadosa y cruel,
huyendo de lo qne sigo,
le amaré para conmígo,
pero no para con él.

ESCENA II.

Dichas y Celia.

Celia.

Niño amor, que ha tantos años
que el tiempo te vió desnudo,
para mis penas tan mudo,
que yo sola vi mis daños;
¿cuando ha de llegar el dia
que sepa mi sentimiento
la causa de mi tormento,
y de la desdicha mia?
Tiéneme Clenardo amor,
mozo, discreto, y galan,
y yo loca por don Juan,
pago su amor con rigor:
mas soy mugér, no me espanto
de esta necia condicion;
que siempre la privacion
nos suele obligar á tanto.
Buscando à mi prima vengo,
para divertir con ella
este incendio que atropella
la vida, y honor que tengo.
Cuanto he podido he callado;
pero ya no puedo mas.

Leonida.

Perdida, señora, estás.

Camila.

No hay amor tan desgraciado.

Celia.

Mas ella está aquí; yo quiero
darla parte de esta pena,
porque suele en causa agena
hablar mejor un tercero:

yo llego. ¿Prima?

Camila.

¿Aquí estabas,
y sin hablarme?

Celia.

¡Ay de mí!

Camila.

Melancólica te ví:
¿qué hacias? ¿en qué pensabas?
No pagas bien mi amistad,
pues tú de mi te retiras,
y con los ojos suspiras.

Celia.

Hoy perdí la libertad.

Camila.

¿Qué tienes?

Celia.

Estoy sin mí.

Camila.

Pues declarate conmigo:
dime tu mal.

Celia.

Ya le digo:
escuchame atenta.

Camila.

Dí.

Celia.

Yo tengo un desasosiego,
que le siento y no le toco,
y al corazon poco á poco,
aunque me abrasa le llego;
tengo una alegre inquietud,
que me entretiene, y enoja;
tengo una dulce congoja,
que me mata y dá salud;

tengo una gustosa herida,
que yo misma procuré,
tengo un veneno, que fué,
siendo mi muerte, mi vida;
tengo un fuego, que sospecho
que para rayo aprendió,
pues libre el cuerpo dejó,
y volvió ceniza el pecho;
tengo una tierra en los ojos,
que se les pone delante;
tengo un niño, que es gigante
en darme penas, y enojos;
tengo un mal, que no me ofende,
un bien, que me trata mal,
un antídoto mortal,
y una frialdad, que me enciende;
tengo un dolor, que busqué,
un antojo, que bebí,
un tormento, que elegí,
y una pena que compré;
tengo un apacible modo
de tratarme con rigor;
y digo que tengo amor,
que en esto lo digo todo.

Camila.

Si: pero un amor pagado
mala alabanza merece.

Celia.

¿ Luego el mio se agradece ?

Camila.

Si, prima, pierde el cuidado;
yo sé, que pagada estás;
yo sé, prima, lo que estima
mi hermano tu amor.

Celia.

¡Ay, prima,
muy lejos del blanco dás!
á Clerardo quiero bien,
pero no como á galan.

Camila.

¿Pues quién te obliga?

Celia.

Don Juan;
don Juan venció mi desdén,
en su amor vine á encenderme;
de su luz soy mariposa.

Camila.

¡No me faltaba otra cosa, *ap.*
para acabar de perderme!
Pues perdóneme mi honor;
que si me aprietan los celos,
daré voces á los cielos
y diré al mundo mi amor.
Amar sin darlo á sentir
puede la que es virtuosa:
mas callar, y estar celosa
no es cosa para sufrir:
que echar candado á los labios
con nombre de sufrimiento,
ó no es tener sentimiento
ó es alentar los agravios.
¿En qué estado está ese amor?
¿hay cinta, papel ó prenda?

Celia.

Antes quiero que le entienda
por tu parte.

Camila.

Esto es peor. *ap.*

Celia.

Tu divino entendimiento
Italia alaba, y estima;
y para que pueda, prima,
lograr este pensamiento,
quiero que tú con mas veras
le digas que suya soy.

Camila

Si supíeses como estoy, *ap.*
de otra suerte lo dijeras.

Celia.

Tu amor me ha de aconsejar;
tú mi remedio has de ser.

Camila.

Pues oye mi parecer:
corazon, disimular. *ap.*
Segun lo que tú me has dicho,
y lo que todos entienden,
Clenardo te tiene amor;
tú dices que no le quieres,
porque los ojos has puesto
en don Juan; que las mugeres,
por quien menos nos obliga
nos perdemos las mas veces.
Ahora importa saber,
si acaso don Juan (ya entiendes)
ha dado algunas señales
mirándote de quererte.

Celia.

¿Pues si eso fuera, Camila,
ó don Juan lo pretendiese,
qué le faltaba á mi amor?
Verdad es, que algunas veces,
cuando me encuentra, me dice....

Camila.

¿Qué te dice?

Celia.

¿Esos claveles
á qué jardin los hurtastes?
¿Esa risa, de qué fuente
la aprendistes? Esos ojos
pardos son, piedad prometen.

Camila.

¿Pues tan cerca se llegaba
ese caballero á verte,
que conoció qne eran pardos?
¿Eso llamas, no quererte?

Celia.

Sí, prima, que hay muchos hombres,
que aunque una cosa encarecen,
es con tan gran frialdad
y tan desabridamente,
que parece...

Camila.

Ya te entiendo.
Poco á poco he de perderme. *ap.*
Quisieras tú que don Juan,
cuando contigo estuviese,
te dijera enternecido:
"Celia, mis ansias crueles
» ya nó caben en el pecho,
» mayor esfera apetecen;"
y quisieras, que despues
turbado se le cayesen
los guantes, y las palabras,
como á quien ama acontece,
á medio empezar dejase;
que es retórica que aprende
en su respeto quien ama;

que siempre quien ama teme.
Así lo quisieras tú.

Celia.

Haslo hecho lindamente:
sin duda me has visto el alma.

Camila.

Pues ahora escucha, advierte:
Celia, yo te quiero bien,
y es fuerza que te aconseje
lo que te ha de estar mejor,
aunque á tu gusto le pese.
Mi hermano es duque en Florencia,
y mi hermano te merece:
tú ganas en este amor;
Celia, procura quererle,
que á mugeres principales
no las casan accidentes.
Don Juan no te tiene amor,
y cuando te le tuviese,
no es justo que sepa el tuyo,
que aun las comunes mugeres
regatean el decír
á un hombre su amor; que suele
resfriarse el mas amante
en sabiendo que le quieren.
Y fuera de ello, don Juan
no es tan gallardo, que puede
por su talle enamorarte;
á mí al menos me parece
que no me quitará el sueño;
y el ingenio, si lo adviertes,
es, prima, muy moderado.

Celia.

Sí no es que pasion te ciegue,
en esa parte, perdona,

que la verdad no consiente
que le agravies; porque todos
dicen....

Camila.

Pues ya le defiendes,
buena estás.

Celia.

Estoy sin juicio:
Camila no me aconsejes:
ya es tarde para remedios.

Camila.

¡Ah ciego amor! Tente, tente: *ap.*
quédate en mi noble pecho;
no hables, no te despeñes:
pero no me espanto, amor,
que es mucho el fuego que tienes,
y como eres calentura,
salir á la boca quieres.
Mira, prima....

Celia.

No aprovechan
ni amenazas ni intereses:
noble es don Juan.

Camila.

¿Quién lo sabe?

Celia.

El lo dice.

Camila.

¿Y si él mintiese?

Celia.

¿Su talle y su cortesía,
no lo dicen claramente?
¿Esto quién puede negarlo?
Y así si no te resuelves
á favorecer mi amor,

de mi misma ha de saberle,
apesar de mi vergüenza:
¿no será peor que llegue
á matarme mi silencio?

Camila.

Ahora venga la muerte, *ap.*
venga, y máteme á pesares:
¿qué mejor ocasion quiere?
Zelosa y confusa estoy:
si respondo ásperamente
á mi prima, y la amenazo
con mi hermano, está de suerte
que á don Juan dirá su amor;
y si él acaso la quiere,
se han de hablar, y me destruyo.
No es cosa que me conviene,
perdida voy por aquí;
pues hacer que se concierten
los dos, siendo yo tercera
de sus gustos y placeres,
malos años para entrambos;
mejor será, si pudiese,
entretener sus deseos.

Celia.

¿Qué dudas prima? ¿Qué temes?

Camila.

En tu negocio pensaba.

Celia.

¿Y qué dices?

Camila.

Me parece,
que será mas acertado
decirle yo, si le viese,
que cierta dama le mira
con amor, y no se atreve

á declararse con él,
temerosa de que puede
tener empeñado el pecho;
y conforme respondiere
le daré parte del tuyo.

Celia.

Con justa causa encarece
Florencia tu entendimiento.

Camila.

Yo diré lo que te debe
de penas y de suspiros.
¡Mal haya quien tal dijere *ap.*
ni lo tomare en la boca!

Celia

Ojos, dadme parabienes
de la gloria que os aguarda;
bien podeis vivir alegres,
que basta estar de por medio
Camila, para que espere
lindo suceso de todo.

Camila.

Fuego es amor; si no crece *ap.*
en cualquier parte se esconde:
mas si los celos le encienden,
por todas las puertas sale,
sin que el negar aproveche;
porque aunque tapen la llama,
por fuerza el humo ha de verse.
Vamos, prima.

Celia.

Ya te sigo.

Camila.

Todo el ingenio lo vence.

Celia.

¿Hablarás luego á don Juan?

Camila.

¡Jesus y que priesa tienes!

Celia.

Anda el amor con espuelas.

Camila.

Pues procura detenerle;
porque en picando su freno
podrá ser que te despeñes.

ESCENA III.

Don Juan y Mendoza.

Don Juan.

Pensamientos atrevidos,
¿de qué me sirve teneros,
sino he de llegar á veros,
ni logrados, ni entendidos?
Fama teneis de encogidos,
sino es que de puro honrados,
gustais de estar mal pagados,
huyendo de ser dichosos,
por no haceros sospechosos,
pareciendo interesados.
Amar para merecer,
y obligar para gozar,
es cierto modo de amar
un hombre su mismo ser:
el amor no ha de tener,
para ser hijo del pecho,
mezcla del propio provecho;
porque en llegando el amor
á valerse del favor,
ya se le prueba el cohecho.
Un noble amor, pensamientos,
tiene valor diferente;

que es amar muy vulgarmente
amar con atrevimientos.
Yo sé, que estais mas contentos,
que la mayor confianza;
porque, en fin, toda esperanza
á su mudanza temió:
pero quien nada esperó
mal temerá su mudanza.
¿Mas de qué os quejais, si en mí
teneis el dueño que adoro?
En mí vive su decoro
despues que el alma le dí,
sombra de sus luces fuí;
pedidme albricias, ¿qué haceis?
A Camila en mí teneis;
y con ella os regalais;
pues si la veis y la hablais,
pensamientos ¿qué quereis?
Aunque poco os durará
este consuelo amoroso;
porque en viniendo su esposo,
del alma os la sacará:
mas direis que no podrá,
porque antes que hacerlo pruebe,
os dará muerte mas breve
el vér mis celos tan ciertos;
y estando vosotros muertos,
¿qué importa que os la lleve?
Pero si Clenardo y yo
somos un alma, no ha sido
nobleza haberle ofendido:
mas direis, que él se ofendió;
él, pues la ocasion me dió,
dejándola hablar, y ver;
que un amigo no ha de ser

de su honor tan enemigo,
que ha de llevar á su amigo
donde hay hermana, ó muger.
Mas si de mi confianza
en pie se queda la culpa,
que la ocasion no es disculpa
si toca en alevosía;
paciencia, esperanza mia,
vuestro oriente es vuestro ocaso;
vos morís, y yo me abraso,
sin esperar, ni gozar;
porque en queriendo esperar
me sale el honor al paso.

ESCENA IV.

Dichos, el Duque y Celia.

Duque.

Eso es rigor.

Celia.

No es rigor.

Duque.

Es facilidad.

Celia.

No es;
que eso fuera, si despues
de inclinarme á tu valor
favoreciera otro amor.

Duque.

¿No dices, que quieres?

Celia.

Si.

Duque.

¿Luego confiesas así,
que eres fácil?

Celia.

Mal propones;
pues niego lo que supones,
que es haberte amado á tí.

Duque.

Segun eso, bien porfio
en condenar tu rigor.

Celia.

No, primo; porque el amor
procede del alvedrío:
libre me dá Dios el mio,
para amar, ó aborrecer;
yo no te debo querer,
ni por fuerza te he de amar;
luego no es rigor negar
lo qne no puedo deber.

Duque.

¿Qué, en fin, quieres, y no á mí?

Celia.

Pienso que me has entendido.

Duque.

¿Qué tan mal te he parecido?

Celia.

No digo tal.

Duque.

¡Ay de mí!

Celia.

Antes el no amarte aquí,
que es obligarte sospecho;
porque si ya estaba el pecho
ocupado en otro amor,
fuera ignorar tu valor
darle lugar tan estrecho.

Don Juan.

Mendoza, nada me agrada.

Mendoza.

¿Y aquel geme de carita
no te incita?

Don Juan.

No me incita.

Mendoza.

¡Qué gentil sierra nevada!

Duque.

Pues hablais tan declarada
contra mí, razon será
saber quien celós me dá,
que le importa á mi paciencía.

Celia.

Pregúntelo Vuecelencia
á su hermana, y lo sabrá.

ESCENA V.

Dichos menos Celia.

Duque.

¿Ya qué tengo que saber
en tan gran resolucíon?
Ciertas mis desdichas son:
venció el amor al poder.

Don Juan.

El Duque está divertido.

Mendoza.

¿Quieres que llegue?

Don Juan.

Detente.

Duque.

!Ay, Celia, tu nombre miente,
Cielo no, que infierno ha sido!

Mendoza.

Hablando está con el Cielo.

¡Qué amante tan buen cristiano!

Don Juan.

¿Pues, señor?.... *Llega.*

Duque.

Amigo, hermano,
ya es en vano mi consuelo.
Muerto me hallarás, don Juan;
Celia, y un hombre me matan,
pues que mi muerte retratan
en los celos que me dan.

Don Juan

¿Pues en Florencia hay amor
que te pueda competir?

Duque.

Esto he acabado de oir.

Don Juan.

Pues dime quien es, señor;
que si desde el quinto cielo
bajára en su amparo Marte,
su poder no fuera parte
para guardar en el suelo
la injusta vida del hombre,
que pudo atreverse á tí.

Duque.

¿Eres español?

Don Juan.

Y dí
Cárdenas.

Duque.

Bastaba el nombre.
Don Juan, yo no sé quien es
el que mi gusto ha ofendido;
pero sé, que es preferido
á mi amor, que el interés
del estado que poseo,

no ha podido aficionar
á Celia.

Don Juan.

Quien llega á amar,
su interés es su deseo.
Mas puedes estar seguro
de que le he de conocer,
si le quisiese esconder
la tierra en su centro oscuro;
si Neptuno en sus cristales
palacio undoso le diera,
y entre Sirenas viviera
ciñendo verdes corales;
si Mercurio en blanco Toro
por amor le trasformase,
y cual Júpiter bajase
convertido en granos de oro;
porque ha de hallarme á la puerta
de Celia la blanca Aurora,
cuando de contento llora,
y con media luz despierta
del Sol; cuando los rigores
del Alba á enjugar se atreve,
y su dulce aljofar bebe
en búcaros de las flores,
hasta saber el galan,
que estorba tus justos lazos.

Duque.

¿Y despues?

Don Juan.

Le haré pedazos
entre mis brazos.

Duque.

Don Juan,
ya sé lo que tengo en tí:

pero por otro camíno
mas fácil me determino
á saberlo ; escucha.

Don Juan.

Di.

Duque.

Yo sé que mi hermana sabe
estas cosas, y así quiero
de ella informarme primero:
mas es tan compuesta, y grave,
que aun no me he determinado
por mí; y así, tú has de ser
quien de ella lo ha de saber,
porque no es razon de estado,
aunque las ansias celosas
me pudieran disculpar,
llegar un hombre á tratar
con su hermana aquestas cosas;
que el egemplo suele dar
licencia para otro tanto.

Don Juan.

Presto saldrás de este encanto.

Duque.

Pues yo me voy á esperar
la respuesta: à Dios.

Don Juan.

A Dios.

Duque.

Advierte, que voy perdido.

ESCENA VI.

Don Juan y Mendoza.

Don Juan.

En sabiendo quién ha sido

mataréle, vive Dios.
Hoy con Camila he de estar.

Mendoza.

Y será, si viene á mano,
mas compuesto que un hermano
que acaba de confesar.

Don Juan.

¿Qué he de hacer? Quiérola bien.

Mendoza.

Hablad claro, pesia tal,
sin ser hablador mental
y mentecato tambien.
Habla y ruega, que quien ama,
mas ha de hacer que sentir;
porque no se ha de venir
una muger á la cama.
Ni el quereros bien los dos,
aunque mas amante estés,
cosa tan devota es,
que ha de revelarla Dios.

ESCENA VII.

Dichos, Camila y Leonida.

Camila.

Leonida, solo quisiera
sabér si don Juan me mira,
ó si por Celia suspira.

Don Juan.

Dices bien, y si la viera
ahora.....

Mendoza.

Pues aquí están
ella y Leonida.

Don Juan.

¡Ay de mí!
temí al punto que la ví.

Mendoza.

Llega y no temas.

Camila.

¿Don Juan?

Don Juan.

¿Señora mia?

Camila.

¿Qué haceis?

Don Juan.

Cierto negocio traia
en que hablar á Useñoría.

Camila.

Aquí estoy; ¿qué me quereis?

Don Juan.

Mucho pudiera decir. *ap.*

Camila.

Yo tambien tengo que hablaros.

Don Juan.

Vuestro soy.

Camila.

A preguntaros
vengo, para no mentir,
si teneis amor.

Don Juan.

¿Yo?

Camila.

Vos.
la verdad, ¿quién os inquieta?

Mendoza.

El cabe está de á paleta;
tírale cuerpo de Dios.

Don Juan.

No vivo tan descuidado
que no tenga á quien querer.

Camila.

Venturosa es la muger.

Don Juan.

Sí; mas yo muy desgraciado.

Camila.

Su ventura colegí,
porque á vos os mereció.

Don Juan.

Y mi poca suerte yo
porque no la merecí.

Camila.

¿Conózcola yo?

Don Juan.

Sí, á fé.

Camila,

¿Es mi prima?

Don Juan.

No, por Dios.

Camila.

¿Es hermosa?

Don Juan.

Como vos.

Camila.

¿Quiéreos bien?

Don Juan.

Eso no sé.

Camila.

¿Qué aguardais?

Don Juan.

A declararme.

Camila.

¿No lo habeis hecho?

Don Juan.

No puedo.

Camila.

¿Es falta de amor?

Don Juan.

Es miedo.

Camila.

¿Qué os detiene?

Don Juan.

El despeñarme.

Camila.

¿Por qué?

Don Juan.

Por qué tarde llego.

Camila.

¿Quiere ya bien?

Don Juan.

¡Ay de mi!

Camila.

¿Qué dices?

Don Juan.

Pienso que sí.

Camila.

Aborrecerla.

Don Juan.

Estoy ciego.

Camila.

¿Tiene dueño?

Don Juan.

Ya le espera.

Camila.

¿Es facil?

Don Juan.

Es principal,

Camila.

¿Y quién sois vos?

Don Juan.

Soy su igual.

Camila.

¿Pues qué os falta?

Don Juan.

Que me quiera.

Camila.

¿Es mi amiga?

Don Juan.

Os quiere bien.

Camila.

¿Suelo verla?

Don Juan.

Cada dia.

Camila.

Decidme quien es.

Don Juan.

Querria.

Camila.

¿Pues qué temeis?

Don Juan.

Su desdén.

Camila.

¿Qué os hará?

Don Juan.

Se ofenderá.

Camila.

¿En fin, decís que hoy la ví?

Don Juan.

En vuestro espejo.

Camila.

¿Yo?

Don Juan.

Sí.

Camila.

¿Luego soy yo?

Don Juan.

Claro está.

Mendoza.

¡O qué gentil letanía!

Camila.

Basta ya.

Mendoza.

Lindo has andado:
con la carga te has echado.

Leonida.

¿Qué hay, señora?

Camila.

Mi alegria
puedes mirar en mis ojos.

Mendoza.

Eso si, pique en el cebo.

Don Juan.

A mirarla no me atrevo *ap.*

Camila.

Honor, finjamos enojos. *ap.*

Don Juan.

¿Qué dirá? que estoy mortal
y recelo su desden.

Mendoza.

Habrále sonado bien,
aunque lo reciba mal;
pero aquesto te conviene.

Don Juan.

Sabrá al fin que suyo soy.

Leonida.

Contenta estás.

Camila.

Loca estoy.

Leonida.

Gente sale.

Camila.

El duque viene.

ESCENA VIII.

Dichos, el duque, Fortun, Teodoro y criados.

Fortun.

Aquí mi señora está.

Duque.

Véte, Teodoro, al momento,
y haz que pongan la carróza:
tú, Fortun, al conde Celio
avisa para que salga
conmigo.

Fortun.

Ya te obedezco.

ESCENA IX.

El duque, don Juan, Camila, Leonida y Mendoza.

Duque.

¿Hermana? ¿Don Juan?

Don Juan.

¿Señor?

Camila.

¿Pues á donde tan contento,
ó á lo menos tan apriesa?

Duque.

A pedirte albricias vengo.

Camila.

¿A mí albricias? ¿pues de qué?

Duque.

De un gran gusto.

Camila.

No te entiendo.

Dn Juan.

Mendoza, temblando estoy.

Duque.

Digo, hermana, que este pliego
me acaban de dar ahora.

Camila.

Y en suma, ¿qué dice el pliego?

Duque.

Que Arnesto...

Camila.

¡Cielos, qué escucho! *ap.*

Duque.

Digo, el marqués de Santelmo...

Don Juan.

Declaróse mi fortuna. *ap.*

Duque.

Y tu esposo...

Camila.

¿Cómo es eso?

Duque.

Está dos leguas de aquí;
y hasta la quinta me llego,
como es justo, á recibirle.

Camila.

Haces muy bien. Aun no puedo *ap.*
de turbada responder.

Mendoza.

Disimula.

Don Juan.

A lindo tiempo
la dije mi amor, Mendoza.

ESCENA X.

Dichos y Fortun.

Fortun.

Ya te espera el Conde Celio.

Duque.

Vamos pues: hermana, á Dios.

Camila.

Mil años te guarde el cielo;
pero no para casarme. *ap.*

Duque.

Y asi don Juan mientras vuelvo,
haz aquella diligencia.

Don Juan.

¿No dices la de tus celos?

Duque.

Bien me has entendido: á Dios.

ESCENA XI.

Don Juan, Camila, Leonida y Mendoza.

Camila.

¿Fueronse ya?

Leonida.

Ya se fueron.

Camila.

¡Hay suerte mas desgraciada!

Leonida.

Descolorida te has puesto.

Camila.

Leonida, sin alma estoy;
irme sin hablarle quiero.

Mendoza.

¿Qué dices de esto? ¿no hablas?

¿velas, duermes, haces gestos?

Don Juan.

Velo, duermo, sufro, callo,
amo, olvido, rabio, peno,
huyo, sigo, siento, lloro,
ardo, yelo, vivo, muero,
y no tiene el infierno
mas ansia, mas dolor, ni mas tormento.
¡Ah, quien hubiera nacido
sin ojos y sin deseos,
ó sin valor en la sangre,
para no tener aliento
de emprender amor tan alto!
Loco fui, yo lo confieso:
mas bien lo pago, Mendoza,
bien lo dice este suceso.

Camila.

Turbada estoy, ¿qué he de hacer?
Amor, y lástima tengo
á don Juan; mas soy agena:
irme quisiera, y no acierto.
¡Qué blandamente me mira!
¡qué sentido! ¡qué discreto!
¡qué enojado! ¡qué celoso!
¡qué enamorado! ¡qué tierno!
Casi estoy por declararme.
Afuera respetos necios,
afuera silencio ingrato,
afuera cobarde miedo,
sepa don Juan que le adoro,
y sepa.... pero ¿qué intento?
¿qué locuras son las mias?
Si me ha de gozar Arnesto,
y don Juan ha de perderme,
¿para qué puede ser bueno

darle á entender mis flaquezas?
Mejor es; yo me resuelvo,
aunque martirice el alma
á decirle, que me ofendo
de sus locas pretensiones:
viva mi honor, aunque muero.
Oye, don Juan.

Don Juan.

¿Qué me mandas?

Camila.

Denantes tu atrevimiento
ya te acuerdas que fué mucho.

Don Juan.

Solo, señora, me acuerdo,
que tú tuviste la culpa,
aunque la pena padezco.

Camila.

¿Yo la culpa? ¿estás en tí?

Don Juan

Pienso que no.

Camila.

Así lo creo;
pues dime, ¿qué libertad
has visto en mi casto pecho?
¿qué ocasion te dán mis ojos?
¿qué novedad vés en ellos?
?qué apariencias, qué favores,
qué esperanzas, qué deseos,
qué palabras, qué señales,
para que atrevido y necio,
á mi decoro te atrevas,
y me pierdas el respeto?
Bueno está mi honor contigo;
¿de tus locos pensamientos,
soy ocasion yo? ¿soy causa?

Don Juan.

Si, Camila, que si el seso,
la libertad, la cordura,
el alma, el entendimiento,
las potencias y sentidos,
el gusto, la vida, el sueño
me quitan tus bellos ojos,
cuyas luces reverencio;
tú, y ellos teneis la culpa.
Yo los vi; ¡ pluguiera al cielo,
que antes un Leon de Albania,
como á humilde conejuelo,
me deshiciera en las uñas;
y un tigre manchado á trechos,
hartándose de mi sangre,
bordára con grana el suelo!
Pero ya fue suerte mia;
no de tí, de ella me quejo,
consiénteme aqueste amor;
pues yo tambien te consiento
que con Arnesto te cases;
y si presumes, que ofendo
tu virtud con adorarte,
aquí tienes este acero,
toma venganza á tu gusto,
pásame con él el pecho;
humilde á tus pies estoy.

Camila.

¡Qué pecho habrá tan de hielo, *ap.*
qué diamante habrá tan duro,
y qué muger tan de acero,
que le escuche y no se ablande
á las ansias ó á los ruegos!
Ya no puedo resistirme;
perdone mi encogimiento.

¿Don Juan?

Don Juan

¿Qué quieres?

Camila.

No sé:

llégate mas.

Don Juan.

Ya me llego.

Camila.

Mil colores me han salido. *ap.*
Digo, en fin, que te agradezco
el noble amor, que me tienes;
pero no prosigo en esto,
que diré mil disparates.

Don Juan.

Con eso me has satisfecho;
aunque én tu vida me mires.

Camila.

Soy principal.

Don Juan.

Ya lo veo.

Camila.

Viene Arnesto.

Don Juan.

Ya lo sé.

Camila.

He de amarle.

Don Juan.

Ya lo tiemblo.

Camila.

No puedo atreverme á mas;
pero por lo que te debo,
para templarte la pena,
quisiera darte un consejo:
mira, don Juan, del amor

al mismo amor es remedio.

Don Juan.

¿Cómo?

Camila.

Amando en otra parte;
pon los altos pensamientos
en otra dama cualquiera,
y mirala con deseo
de que te agrade; y verás
como te va divirtiendo,
y me olvidas poco á poco.

Mendoza.

El consejo, por lo menos,
es de dama de la Villa.

Camila.

Mi propia desdicha intento. *ap.*

Mendoza.

¿Y cómo estamos de amor?

Leonida.

Que si me quiere, le quiero.

Mendoza.

¿Y si no?

Leonida.

Que vaya al rollo.

Mendoza.

Aqui si que no hay rodeos,
invenciones ni tramoyas,
sino amor cristiano viejo,
que habla con toda llaneza.

Don Juan.

Camila, no nos cansemos.

Camila.

Yo procuro enamorarte.

Don Juan.

Yo agradezco tu buen celo;

mas no estoy para esas cosas.

Camila.

Doña Hipólita Vicencio
puede aficionar al Sol;
ojos graves, cabos negros,
y canta muy bien á un harpa.

Mendoza.

Lo peor que tiene es eso.

Camila.

¿Luego es defecto cantar?

Mendoza.

El instrumento condeno;
porque fuera de ser broma,
me parece poco honesto.

Camila.

En parte tienes razon.

Mendoza.

La postura, por lo menos,
por Dios que es ocasionada

Camila.

Lisarda tiene buen cuerpo,
lindas manos, muchas gracias,
y se prende por estremo.

Mendoza.

¡Qué fea debe de ser!

Camila.

Aunque de color moreno,
es doña Francisca hermosa,
y el luñar del lado izquierdo
le agracia mucho la cara;
estrella, en fin, de su cielo.

Mendoza

Muger morena y Francisca,
¡mas que la estornuda el pueblo!

Camila.

Dorotea es entendida,
habla bien, y aun hace versos.

Mendoza.

¡Qué poco dote tendrá!

Don Juan.

Basta, que me dás tormento:
basta, que quieres matarme;
ya te he dicho que si el cielo
formára mas hermosuras,
que hay diamantes en su sentro,
no he de mirar á ninguna.

Camila.

Eso es lo que yo deseo. *ap.*
¡Ah, quien pudiera abrazarte,
por el gusto que me has hecho!
Celia tambien... pero no,
que ya Celia tiene dueño.

Don Juan.

Eso quisiera saber.

Camila.

¿Pues impórtate el saberlo?

Don Juan.

Es curiosidad de amor.

Camila.

Harto mas tiene de zelos; *ap.*
mas yo lo remediaré.
A mi hermano, á lo que entiendo,
tiene Celia algun amor.

Don Juan.

¿Y es eso cierto?

Camila.

Tan cierto,
que de ella misma lo sé;
que aunque se habla con despego,

es solo para probarle:
á mi me ha dicho en secreto
que está perdida por él.

Don Juan.

Ya sabes lo que le debo:
notable gusto me has dado.
Sin duda al Duque mintieron. *ap.*
Mas volviendo á mi desdicha,
ya he imaginado un remedio,
aunque muy costoso al alma,
para no vivir muriendo.

Camila.

¿Y cuál es?

Don Juan.

El de no verte.

Camila.

No me parece que es bueno.

Don Juan

Antes sí, pues no he de estar
viendo á mis ojos (¡ay cielos!)
mis agravíos, y tus gustos;
que en estos dias primeros,
claro está, que serán grandes.

Camila.

Harto al revés los espero.

Don Juan.

Yo me iré, Camila hermosa;
yo me ire, donde muy presto
tengas nuevas de mi muerte;
que ya que sirvo sin premio,
no he de ser Tántalo amante
del cristal, que no merezco.
Tu esposo vendrá esta noche;
ya parece, que le veo;
recibirásle cortés,

mirará tu ojos bellos,
abrasarásle de amor,
dará priesa al casamiento,
tratarálo con el Duque,
firmaránse los conciertos,
y por dicha, ó por desdicha,
seré yo testigo de ellos;
pero no de lo demas...

Camila.

¡Ay de mí!

Don Juan.

Porque al momento
he de salir de Florencia:
bien puedo, bien, desde luego
empezar á despedirme.

Camila.

Otro golpe mas: ¿qué espero? *ap.*
¿Y dices eso de veras?

Don Juan.

¿Qué he de hacer, si te contemplo
en brazos de tu marido?

Camila.

¿En efecto, estás resuelto?

Don Juan.

Claro está.

Camila.

¿Pues yá qué aguardo? *ap.*
¿qué callo? ¿qué me detengo?
Don Juan, don Juan de mis ojos,
si las penas, si los ruegos
de una muger, que te estima,
valen en trance tan fiero,
con lágrimas te suplico
(pues naciste caballero)
no me acabes de matar.

Don Juan.

¡Ay señora, á qué mal tiempo
sé que te debo ese amor!

Camila.

Mi honor le tuvo encubierto.
¿No te quedarás?

Don Juan.

Repara
en que entrambos nos perdemos;
tú me quieres, yo te adoro,
tú te casas, yo te pierdo;
¿pues qué hemos de hacer los dos
penando, amando, y sufriendo?
¿no será mejor no verte?

Camila.

Si; pero es fuerte remedio.
¡Ay dueño del alma mia,
en qué de penas me has puesto!
¡Buena quedaré sin tí,
cuando pierdo por tí el seso!
Salid, lágrimas, salid;
romped la puerta al respeto,
y la ocasion os disculpe.

Mendoza.

¡Vuelve los ojos.

Don Juan.

Ya veo,
que llueve aljofar el Sol,
como anda el Cielo revuelto.
¿Haste hecho mal en los ojos?

Camila.

No sé que me tengo en ellos:
mas ya pienso, que no es nada.

Mendoza.

¿Tú tambien haces pucheros?

Don Juan.

¿Pues soy de piedra, Mendoza?

Camila.

Por si acaso no nos vemos
en ocasion semejante,
que pienso que será cierto,
toma, don Juan, este abrazo. *dásele.*

Don Juan.

Con saber, que es el postrero,
me dás templado el favor.

Camila.

Sabe Dios lo que lo siento;
mas es fuerza: á Dios.

Don Juan.

A Dios.

Mi muerte en mi ausencia llevo.
¡Ah, sí, que se me olvidaba! *vuelve.*
Dame primero ese lienzo.

Camila.

¿Este lienzo? ¿pues que tiene?

Don Juan.

Mil tesoros encubiertos.

Camila.

Toma con él esta joya, *dásela.*
y estímala por el precio,
no porque al cuello la trage.

Don Juan

Sola por tuya la beso,
aunque el lienzo me bastaba.

Mendoza.

A los diamantes me atengo.

Don Juan.

Como á pobre me has tratado.

Mendoza.

Si acaso lo son, que en esto

suele haber bravos gatazos.

Leonida.

¡O qué gentil majadero!
Cuatro mil escudos vale.

Mendoza.

Cuatro mil años bien hechos
vivas.

Camila.

Como sea con gusto.

Don Juan.

Señora, no te encarezco
de la manera que voy.

Camila.

Si es, don Juan como yo quedo,
milagro será que vivas.

Don Juan.

Y dicha será si muero.

Camila.

¿Que te vás? ¿qué no he de verte?

Don Juan.

¿Qué te ha de gozar Arnesto?

Camila.

¡Qué desdicha!

Don Juan.

¡Qué dolor!

Camila.

¡Qué sin razon!

Don Juan.

¡Qué tormento! (1)
¿Mendoza, qué ruido es ese?

Mendoza.

Sino me engaño, sospecho,
que es una salva que hace

(1) *Disparan dentro.*

Florencia al recibimiento
de tu esposo.

Don Juan.

¡Qué ya llega!

Camila.

Es, porque no le deseo.

Don Juan.

Aquí acabó mi fortuna.

Mendoza.

Ya se acercan.

Camila.

Esto es hecho:
á Dios, señor de mis ojos.

Don Juan

Harto me dices con ellos.

Camila.

Mucho tengo que llorar.

Dan Juan

Loco voy.

Camila.

Sin alma quedo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

El Marqués de Santelmo y Lucindo.

Lucindo.
Bella ciudad es Florencia.
Marqués.
No la tiene el mundo igual;
pero vame en ella mal.
Lucindo.
¡Qué edificios! ¡qué opulencia!
Marqués.
Salió mi esperanza vana;
descontento estoy conmigo.
Lucindo.
Bien lo hace el Duque contigo.
Marqués.
Así lo hiciera su hermana.
Lucindo.
¿Pues que no te mira bien?
Marqués.
Parece que no le agrado.
Lucindo.
Vergüenza será, no enfado.
Marqués.
Yo presumo que es desdén.
Lucindo.
¿Y cuando te casarás?

Marqués.

Cuando Camila quisiere,
que será cuando estuviere
mas tratable.

Lucindo.

¿En eso das?

Marqués.

Mi padre el marqués, trató
darme con Camila estado,
y yo en parte aficionado
á las nuevas que me dió,
de su hermosura, la fama,
le pedí licencia; y luego
movido de un casto fuego
que honestamente me llama,
rompiendo rizas espumas
al mar entregué seis naves,
llenó de empresas suaves
galas, libreas y plumas.
Formé un campo tan lucido
de soldados, que cualquiera
un mayo portátil era,
y un abril recien nacido.
Pareció verde jardín
todo el piélago de sal,
dejando de ser cristal
por una tarde; y en fin,
fueron tantos los colores,
que pienso que el mar dudaba,
si de elemento mudaba,
viéndose cubrir de flores.
Llegué á Florencia, y Clenardo
á recibirme salió:
ya sabes lo que me honró.
Entré en la ciudad gallardo

en un valiente alazán;
de aquellos que alienta y cria
la yerba de Andalucia;
tan airoso, tan galan,
tan corpulento y bizarro,
que al verle peinar el suelo,
pudo codiciarle el cielo
para el tiro de su carro.
Ví á Camila, mas hermosa
que la Venus, que en altares
Chipre con rosas y azahares
venera por madre y diosa;
con el cabello esparcido,
por mas gala ó mas decoro,
pareció diamante en oro:
allí el travieso Cupido,
que preso en ellos vivia,
tal vez la frente besaba,
y con los rizos jugaba
hasta que los deshacia.
De un évano transparente
su arquitectura formaban
las cejas, que se apartaban
por dividir cada oriente.
Negras las pestañas fueron,
entre oscuros arreboles;
¿mas qué mucho si á sus soles
tantos años anduvieron?
En los ojos no quisiera
hablarte, por no ofender
la magestad de su ser:
no tiene en la octava esfera
el cielo dos luminarias,
dos antorchas, dos estrellas,
con mas alma en sus centellas,

si bien á mi amor contrarias.
Las manos suyas, en fin,
sacó entre varios diamantes
de la carcel de sus guantes
con dies hojas de jazmin;
y tanto las admiré
cuando su luz advertí,
que despues que se las ví
de la cara me olvidé;
miróme su cielo hermoso,
y con ser cielo estrellado,
para mí estuvo nublado,
por no decir riguroso.
Llegué á abrazarla: aquí fué
á donde mas me perdí,
porque en sus estrellas ví
(si no fué que me engañé)
ciertas perlas que enjugaba;
y como las detenian,
ya que salir no podian,
por lo menos se asomaban.
Luego al darme los abrazos
que la ocasion permitia,
fué con tan poca alegría,
y tan caidos los brazos,
que en sus desvíos y enojos
conocí su sequedad;
que una tibia voluntad,
en el mirar de los ojos,
en la risa, en las acciones
se conoce, y se declara;
que siempre ha sido la cara
fiscal de las intenciones.
Camila, en fin, me desprecia,
la ocasion ella la sabe;

y aunque su virtud la alabe,
¿qué Porcia habrá, qué Lucrecia,
qué Eurídice, que Sulpicia,
que lo sea, y que se vea
de un hombre, que no desea,
ó por suerte ó por codicia
gozada? Casta fué Dido;
pero no me admiro, no,
que en efecto la obligó,
el amor de su marido;
que la mas flaca muger
en llegando á enamorarse,
de su ser suele olvidarse,
y una roca suele ser;
y al revés la mas honrada
y que mas honor profesa,
si en la cama y en la mesa
mira á un hombre que le enfada,
ya que con la egecucion,
por su virtud no le ofenda,
no hay honor que la defienda
del deseo ó la intencion;
y en llegando á desear
ó á intentar una muger,
mucho honor ha menester
para no se despeñar.

Lucindo.

Y si te aprieta Clenardo,
¿qué has de hacer?

Marqués.

Procuraré
entretenerle, y diré
como por horas aguardo
á mi padre, que desea
hallarse en mi casamiento;

y entre tanto el pensamiento,
la vista, el alma y la idea
se informarán con recato
de su pena y sus enojos.

ESCENA II.

Dichos, Camila muy triste, y Leonida.

Leonida.

Descansa siquiera un rato,
mira que de esa manera
te vás echando á perder,
porque darás á entender....

Camila.

¡Ay Leonida, á Dios pluguiera,
que mi dolor fuera tanto
que la vida me quitára,
y su fuerza me anegara
en el cristal de mi llanto!
¿Piensas tú, que yo no advierto
que este amor ó esta locura
ofende mi compostura;
y que ha sido desconcierto
de mi valor natural;
que liviana me enamore,
que ruegue, suspíre y llore,
y en efecto, que este tal
(¡Ay Dios!) que no me ha faltado
sino echarme un lazo al cuello?
Yo lo sé, pues que por ello
mi triste honor ha pasado:
ya lo he llorado, Leonida,
pero en tormento tan claro,
¿qué importa hacér el reparo
despues de dada la herida?

ya no hay remedio que importe;
ya miré, ya quise bien.

Leonida

Sí; pero advierte tambien,
que en mugeres de tu porte
son culpables los estremos,
aunque sean naturales.

Camila.

Las mugeres principales
¿no hablamos tambien? ¿no vemos?
¿somos de piedra?

Marqués.

Allí está.

Lucindo.

Que llegues será forzoso.

Marqués.

Yo voy.

Leonida.

Señora, tu esposo.

Camila.

Sabe Dios si lo será.
¿Pues, señor, tanto callar?
¿No os halleis bien en Florencia?
Pero sentireis la ausencia
de vuestra patria, y estar
con poco regalo aquí.

Marqués.

Por ahora solo siento
veros con poco contento.

Camila.

Esto es condicion en mí;
y mi falta de salud
me tiene poco gustosa.

Marqués.

Pues si estais tan achacosa,

aunque en tanta juventud,
no es bien teneros en pié:
sentaos, por vida mia.

Camila.

Vuestra soy.

Marqués.

Eso querria.

Camila.

Antes mi muerte veré *ap.*
¡Ah fieras leyes de honor!

Marqués.

¿No os sentais?

Camila.

Ya os obedezco. *Sientase.*
Por mil caminos padezco. *ap.*

Marqués.

El no hablaros en mi amor
nace de veros.

Camila.

Callad,
que me hareis salir colores.

Marqués.

Teneisme con mil temores.

Camila.

En cosas de voluntad
sé tan poco... Pero miento; *ap.*
harto sé, pués sé morir.

Marqués.

Mucho os tengo que decir

Camila.

¡Ay Leonida, no hay tormento
como el haber de escuchar
un hombre que desagrada!

Marqués.

Pienso que estais disgustada.

Camila.

¿Yo? ¿por qué? no hay que tratar
el hombre me está matando. *ap.*
Hanme dado aquestos dias...

Marqués.

Direís, que melancolías.

Camila.

Y suelen de cuando en cuando
apretarme el corazon.

Marqués.

Y despues que yo he venido,
os deben de haber crecido.
Ciertas mis sospechas son: *ap.*
esta condicion esquiva,
amor es; Camila quiere.

ESCENA III.

Dichos, don Juan y Mendoza.

Don Juan.

Si tan desgraciado fuere
montes habrá donde viva,
porque ver y no gozar
será muerte para mí.

Mendoza.

¿Y no es mejor esperar
á que se duela de tí?

Leonida.

Como al descuido.

Camila.

Ya veo
la causa de mi deseo.

Don Juan.

Con su esposo está, Mendoza.

Mendoza.

El llevará gentil moza.
¡Qué talle! ¡qué olor! ¡qué aseo!

Don Juan.

¡Que esto mire, y con mis manos
no me mate!

Mendoza.

¡Qué imprudencia!

Don Juan.

¡Ah celos de amor tiranos!

Mendoza.

Pues en Dios, y en mi conciencia,
que están como dos hermanos.

Marqués.

Si acaso no os entretengo,
iréme.

Camila.

Sois muy galán.

Marqués.

Vuestro disgusto prevengo.

ESCENA IV.

Dichos y Celia.

Celia.

Como sombra de don Juan
siguiendo sus pasos vengo:
con mi prima hablaba ayer
y en mi amor debió de ser:
algo tierno me ha mirado:
sin duda se lo ha contado.
¡No hay tan dichosa muger!
¿señor don Juan?

Don Juan.

Don Juan soy;

pero no señor don Juan,

Celia.

Loca de contento estoy:
ya como dueño y galan
puedo tratarle desde hoy:
él lo dice, pues me advierte,
que con menos cortesía
le he de hablar.

Camila.

¡Ah triste suerte *ap.*
si amor con celos porfia,
vencerá el honor mas fuerte!

Marqués.

Como digo....

Camila.

Ya os entiendo.
Mil muertes estoy sufriendo; *ap.*
Celia con don Juan está.
Mi hermano en eso podrá
disponer.

Marqués.

Yo no pretendo
cosa que vos no querais.

Camila.

Yo os agradezco el favor.
¡Ay amor, qué inquieto andais!

Don Juan.

Digo que sé vuestro amor.

Celia.

Por mil años lo sepais.

Don Juan.

Camila me lo ha contado;
si miento, de ella lo sé.

Celia.

En todo habeis acertado.

Lindo camino tomé *ap.*
para lograr mí cuidado.
Pues su nombre conoceis,
en mi nombre le llevad
esta vanda.

Camila.

¡Ojos, qué veis! *ap.*

Celia

Y en ella mi voluntad
mas declarada vereis. (1)

Don Juan.

Como si yo hubiera sido
el dueño de este favor,
le agradezco.

Camila.

¡Ay atrevido! *ap.*
Ella le ha dicho su amor.

Celia.

¡Notable suerte he tenido!

Marqués.

Algun dolor os ha dado,
sino es secreto cuidado;
pues que tanto os divertís.

Camila.

Mil necedades decis.

Marqués.

Pues aun no me he desposado.
Por no enojaros me voy. *Levántase.*
que he calentado la silla,
y pienso que pena os doy.

Camila.

Vuestro hablar me maravilla,
sabiendo, Marqués, quién soy.

---

(1) *Dále una banda azul.*

Marqués.

Estais con tanto disgusto...

Camila.

Ea, llamadle recato.

Marqués.

Si vos tuviérades gusto......

Camila.

Donde no hay amor, ni trato,
nunca el recato fué injusto,
sino es, que como á muger
comun me quereis tratar,
pues que vinisteis ayer,
y ya debeis de pensar,
que os tardo mucho en querer.

Marqués.

Pues miradme mas despacio.

Mendoza.

¡O, qué amante tan reacio! *ap.*

Marqués.

Y quizá os agradaré,
que yo entre tanto sabré
quien os agrada en Palacio.

ESCENA V.

Dichos menos el Marqués.

Leonida.

Enojado vá.

Camila.

¿Qué importa?

Celia.

Triste parece que queda.

Camila.

En mi casa, y á mis ojos.

Leonida.

Advierte...

Camila.

Nada me adviertes.

Don Juan.

Lleguemos, Celia.

Camila.

Pues bien,
¿qué conformidad es esa,
que haceis los dos de esta suerte?

Mendoza.

¡O qué ojazos que les echa!

Don Juan.

No era cosa de importancia:
estabame dando cuenta
Celia...

Camila.

¿De qué?

Don Juan.

De su amor,
y como yo...

Camila.

De manera
que estarte Celia contando,
muy á lo tierno sus penas,
¿no era cosa de importancia?

Don Juan.

¿Pues qué importa que lo sepa,
siendo Clenardo mi amigo?

Camila.

¡Hay tan grande desvergüenza!
¿y es esa buena amistad?

Celia.

¿Pues, prima, de qué te alteras?
¿no he tratado yo contigo

estas cosas?

Camila.

Yo estoy buena. *ap.*
¡Oh qué presto os concertasteis!

Celia.

Tú no me dijietes...

Camila.

Necia,
despues te responderé,
y verás de tu imprudencia
el castigo: y tú, villano,
sin honor, y sin nobleza...

Don Juan.

¿Qué es lo qué dices, señora?

Camila.

¿Si sabes que Celia es prenda
de mi hermano?

Don Juan.

¿Pues yo acaso
amo, ó solicito á Celia?

Camila.

¡O, qué bien por vida mia!

Don Juan.

Eso es probar mi paciencia.

Camila.

¿Si divertirte querias
de mi amor, no hay en Florencia
hartas mugeres, don Juan?
¿Mi cása ha de ser por fuerza
tercera de tus deseos?
Pues si la vida me cuesta
me he de vengar, enemigo.

Don Juan.

¿Luego de Celia sospechas
en tu agravio?

Camila.

No sospecho;
que quien sospecha recela,
y quien recela está en duda,
pues puede ser que no sea;
mas ya lo sé claramente:
ese es tu amor, tu firmeza.
Mírame, ingrato, á la cara:
¿qué te dió denantes Celia?

Don Juan.

¿A mi, señora?

Camila.

A tí, pues.

Don Juan

Pienso que esta vanda.

Camila.

¿Piensas?
como si no lo supieses.

Don Juan.

No te entiendo.

Camila.

¡Qué inocencia!

Don Juan.

Como no era para mí... *Dasela.*

Celia.

Eso escusarlo pudieras,
que no eres mi madre tú,
para que con tanta fuerza
te informes de mis costumbres,
que es demasiada licencia;
y aun parece ..

Camila.

Celia, quedo.

Celia.

Porque en tu casa me tengas

no me has de tratar así;
que en efecto, soy tan buena...

Camila.

Como yo; pero mas libre.
¿Pues, dime, tan grande ofensa
ha sido ver esta vanda?
¿No puede ser que yo quiera
hacer otra para dar
á Arnesto, y sacar la muestra
del dibujo, y los colores?
Por cierto, que está bien hecha:
bien sale el oro en lo azul.

Mendoza.

Si dama de punto fuera,
noguerado habia de ser.

Camila.

Aquí parece que hay letras:
don Juan dice: bueno á fé.

Don Juan.

No puede ser.

Camila,

¿No? Pues llega.
deletrea por tu vida:
una D y un punto, es esta
cifra del Don: ¿no es así?
Esta es I, no de las griegas,
llámase larga en Castilla;
U, pienso que es la tercera,
la cuarta es A, ¿vas conmigo?

Don Juan.

¡Hay tan estraña quimera!

Camila.

La quinta es N, que todas
(si las juntas, y conciertas)
dicen don Juan: ¿haslo visto?

¿Ahora serán quimeras
las mias, ó desengaños?

Don Juan.

Serán engaños de Celia,
ó serán desdichas mias;
mas déjame hablar con ella
y tú verás...

Camila.

¿Qué es hablar?
¿Luego entiendes que has de verla
en tu vida? Vete luego;
no estés en mi presencia;
salte luego de la sala.

Don Juan.

Si la cólera me ciega...

Camila.

¿No te vás?

Don Juan.

Ya lo procuro;
pero primero....

Camila.

Tú intentas
descomponerme sin duda.

Don Juan.

Solo, señora, quisiera,
que Celia dijera en esto
la verdad.

Camila.

Ya no aprovecha.

Don Juan.

Celia.

Camila.

¿Mas Celia tenemos?

Mendoza.

¡Oh qué brava polvareda

se ha levantado!

Camila.

Pues, necio,
será de aquesta manera, *échale.*
ya que contigo no vale,
mi razon: vete ¿qué esperas?

Celia.

No le trates mál.

Camila.

Si quiero.

Don Juan.

Ya me voy, pero por fuerza.

ESCENA VI.

Dichos y el duque.

Mendoza.

El duque.

Don Juan.

Si nos ha visto.

Mendoza.

¡Qué desdicha!

Don Juan.

Amor, paciencia.

ESCENA VII.

Dichos, menos don Juan y Mendoza.

Camila.

¡Que hubo de venir ahora! *ap.*

Duque.

¿Pues tú, hermana, descompuesta,
y con don Juan?

Leonida.

¿Qué has de hacer?

Camila.

Confusa estoy y suspensa.

Duque.

¿Qué dudas? Habla.

Camila.

Señor...

Celia.

Si con don Juan no estuvieras
tan terrible...

Camila.

Ya está hecho:
salios todos allá fuera.

Celia.

¿Yo tambien?

Camila.

Y tú tambien.

Celia.

¿Mas que quieres darle cuenta
de que á don Juan tengo amor?

Camila.

Si mi honor peligra, Celia,
habrasme de perdonar.

Celia.

No importa, que estoy resuelta:
dí prima lo que quisieres.
Si no estuviera tan cierta *ap.*
de que Camíla se casa
con Arnesto, presumiera.....
mas quiero quedarme aquí.
Guarde Dios á Vuecelencia.

ESCENA VIII.

Dichos menos Celia.

Camila.

Confuso tengo á mi hermano.

Duque.

Ya se han ido.

Camila.

Es tan inmensa
la pesadumbre que tengo,
hermano y señor, que apenas
puedo hablar.

Duque.

Pasa adelante.

Camila.

Ese don Juan, que en su tierra
debe de ser hombre bajo..

Duque.

¿Qué dices? Ya el alma tiembla.

Camila.

Aunque sabe que tú adoras
á Celia, que poco cuerda
le quiere bien..

Duque.

¿Cómo es eso?

Camila.

Es tanta su desvergüenza,
que la solicita.

Duque.

¡Ah ingrato!

Camila.

Denántes le hallé con ella,
y dándole aquesta vanda,
que con letras de oro y seda,
su nombre dice en mil partes;

y eeguéme de manera
que como viste me hallaste.

Duque.

Tienen algunas ofensas *ap.*
tal circunstancia, que el alma
apenas puede creerlas.
rabiando de enojo estoy;
¿esto en el mundo es nobleza?
Bien me has pagado, don Juan,
¡Con qué engaños y cautelas
me hablaba en Celia, diciendo,
que á quien á mi se atreviera
le hiciera pedazos! Y él
(¡qué malicia! ¡qué vileza!)
era el secreto galan
por quien su amor me desprecia.
Celia dijo, que mi hermana
lo sabia, pues si ella
lo confiesa claramente,
¿qué informaciones, qué pruebas
puede haber mas infalibles?
¡Ah ingratitud, qué bajezas
no ha intentado tu porfiá!
Fué Páris de Troya á Grecia,
recibióle Menelao,
dióle su casa y su mesa,
y pagóle el hospedage
con robár despues á Elena:
lo mismo me ha sucedido;
mas con esta diferencia,
que yo no puedo vengarme
aunque lo pida la ofensa.
Don Juán, en cierta ocasion
me ha dado la vida, y fuera
linage de tiranía

matarle; con mas prudencia
me he de portar: oye, hermana,
yo he pensado....

Camila.

El alma tiembla. *ap.*

Duque.

Que hacerle matar, no es cosa
que está bien á mi grandeza.

Camila.

¡Jesus, señor! ni por pienso.

Duque.

Mejor es que de Florencia
salga mañana.

Camila.

Mejor;
¡Ay don Juan! *ap.*

Duque.

Y sin que entienda
la causa.

Camila.

Bien me parece,
porque es venganza mas cuerda.

Duque.

Pues yo voy á prevenirlo.
¡Ah, lo que los hombres yerran
en no examinar primero
el amigo á quien entregan
los pensamientos, y el alma!
¿Pero quién habrá que pueda
conocer las intenciones,
si á solo Dios se reservan?
Y hay un género de amigos
de tan vil naturaleza,
que matan con las entrañas,
y aseguran con la lengua.

ESCENA IX.

Camila.

¡Triste de mí! ¿qué he de hacer?
Don Juan se vá; ya me pesa,
ya me pesa de haber sido
instrumento de su ausencia;
mas tambien fuera peor
verle, si ageno le viera.
Todo es malo. ¡Ay don Juan mio,
qué de pesares me cuestas!
Mañana se vá; yo quiero
avisarle, que me vea
esta noche, porque ya
que loca de amor me deja,
se lleve á España mis celos,
y yo quede satisfecha.
Todo lo rinde el amor:
guárdese la mas compuesta,
la mas fuerte, y retirada,
de abrir una vez la puerta
á este rapaz, que despues
no aprovechan resistencias;
porque vé por otros ojos,
oye por otras orejas,
gusta por otros sentidos,
obra por otras potencias,
y en efecto, toda el alma
tiene en voluntad agena.

ESCENA X.

El Marqués de Santelmo.

Hermosa noche, que al ligero dia,

Fenix de breves horas, va siguiendo;
tú, sombra helada, tu tiniebla fria;
   tú, que del mar Océano saliendo,
túmulo tienes en sus conchas bellas,
la mitad de la vida dividiendo,
   negro bulto de cándidas centellas,
que al risco subes de los once Cielos,
Argos de tantos ojos como estrellas:
   A averiguar la causa de mis celos
sale mi noble honor, en confianza
de tus hermosos, aunque pardos velos;
   favorece piadosa esta esperanza,
asi goces del Érebo tu esposo,
en cuanta tierra Radamanto alcanza;
   así al mayor Planeta, al Sol hermoso,
que desde el Polo opuesto está mirando
tu resplandor, le tengas embidioso;
   así en tranquila paz, en ocio blando,
egércitos de antorchas te coronen,
la dorada muralla matizando;
   y pues los Astros son los que disponen
de los sucesos de la vida humana,
y en tantas penas como vés me ponen,
   consúltalos por mi, bella diana,
salga yo de las dudas en que vive
mi loco amor, y mi esperanza vana.
   Quiero bien á Camila, que recibe
con poco gusto un alma que la he dado,
y en su silencio su desden me escribe.
   En la mesa, en la silla, en el estrado,
suspira, si me vé, mas no suspira
porque mi amor obligue á su cuidado.
   Las quejas, y las lágrimas retira,
y bañando en clavél las azucenas
se vuelve al Cielo, y á traicion me mira,

En fin, la tienen tan secretas penas,
que muchas veces suele estar conmigo
¡O amor, lo que arrebatas, y enagenas!)
y no responde á cosa que la digo!
y cuando quiere hablar, tal vez turbada
el nombre va á decir de mi enemigo.
Otras veces está tan desgraciada,
que el almohadilla, y el cambray arroja,
y no la alegra ni divierte nada.
Si culpo su desden, luego se enoja;
y si mi amor la digo enternecido,
le escucha desabrida, y se acongoja.
Amar un hombre mal correspondido,
y porfiar, estando despreciado,
puede siendo galan, mas no marido;
porque aventura solo su cuidado,
no su reputacion; que amar dudoso,
puede matar á un hombre, si es honrado.
Negándome al sosiego, y al reposo,
salgo á buscar mi desengaño (¡Ah Cielos!)
y no quisiera hallarle temeroso.
Lince es amor, si le acompañan celos:
yo sabré, yo sabré, Camila ingrata,
aunque á mi costa, quien te dá desvelos.
Cual suele cazador (mientras dilata
el pajarillo su prision futura)
fiarse del silencio de una mata,
y desde allí con traza mas segura,
haciendo de las ramas celosias,
acechar su graciosa travesura;
asi mi amor en las desdichas mias
esperará, no gustos, si no daños,
y mis cuidados servirán de espias.
Yo sé, que encontraré mis desengaños,
que siempre el ciego amor anda á deshora.

para poder hablar en sus engaños.
Dicen su amor las aves á la Aurora,
mas los amantes á la noche oscura;
que no busca la luz quien ama, y llora.
Mientras Camila duerme mal segura,
de sus paredes informarme espero,
quien goza de su amor, y su hermosura.
En puertas, en jardín, casa y terrero
asistiré toda la noche amante,
hasta ver el dichoso caballero;
y en llegando á saberlo, vigilante,
advertido, prudente, cuerdo, y sabio,
aunque mi amor se ponga por delante,
huiré el peligro, ó vengaré mi agravio.

ESCENA XI.

Mendoza y Leonida con luz.

Leonida.
Pisa con tiento, Mendoza.
Mendoza.
Mas valiera no pisar.
Leonida.
Eso, á mi ver, es temblar.
Mendoza.
En casas de toda broza
puede un hombre entrar sin miedo;
mas aquí.....
Leonida.
¿Pues que hay aquí?
Mendoza.
¿Pues es barro? pesia á mí.
Leonida.
El pesia quiero mas quedo.

Mendoza.

Un hermano confirmado,
y un marido en profecia.

Leonida.

Mucha desgracia seria
si viniesen.

Mendoza.

Lindo enfado:
mal conoces mi ventura;
si ha de parar en mi ultrage,
vendrá todo su linage:
y qué cierto.

Leonida.

¡Qué locura!

Mendoza.

Mas dejando este temor,
aunque él no me deja á mí,
¿á qué venimos aquí?

Leonida.

A despedir nuestro amor,
que os vais mañana: confieso,
que siento perder tus prendas.

Mendoza.

Haremos Carnestolendas
esta noche, segun eso;
¿pero don Juan, qué ha de hacer?

Leonida.

Ver, sentir, y desear.

Mendoza.

¿No dices conglutinar?

Leonida.

Eso imposible ha de ser.

Mendoza.

La ocasion es cosa grande.

Leonida.
Tiene mi señora honor.
Mendoza.
¿Qué importa donde hay amor?
Leonida.
No hayas miedo que se ablande.
Mendoza.
¿Y si mi amo porfia?
Leonida.
Resistirase enojada.
Mendoza.
¿Y si hubiese Tarquinada,
qué ha de hacer su señoria?
Esto no tiene respuesta.
Leonida.
Sino quiere es por demas.

ESCENA XII.

Dichos, don Juan y Camila.

Don Juan.
¿Qué desengañada estás?
Camila.
Hartas lágrimas me cuesta;
yo misma me eché á perder.
Don Juan.
¡Qué tal díjeras de mi!
Camila.
En efecto te perdí;
mañana no me has de ver.
Don Juan.
¡Que tu me hayas desterrado!
Camila.
Quien habla con zelos, yerra.

Leonida.

¿Cerrare la puerta?

Camila.

Cierra,

y estad los dos con cuidado:
tú, señor, sientate aquí.

Leonida.

La llave quito.

Camila.

Bien haces.

Mendoza.

Hasta ahora todo es paces.

Leonida.

Siéntate tú junto á mi.

Camila.

La causa que te ha tenido,
don Juan, de tu casa ausente,
quisiera saber.

Don Juan.

Detente,

que ya me has enternecido;
mas oye, porque el dolor
disculpes, y no te admire,
que la memoria suspire.

Camila.

Ya escucha mi loco amor.

Don Juan.

Mi nombre no es don Juan, ni mi apellido
de Cárdenas tampoco, si bien fuera
gran lustre de mi sangre haber tenido
alguna parte en su divina esfera.
Don Cárlos soy Enriquez; traza ha sido
de mis sucesos, y fortuna fiera,
mudar de nombre, no sin causa alguna,
aunque nunca he podido de fortuna.

Nací segundo, y por razon de estado
apenes ví la cara á veinte abriles,
cuando á Palas, y á Marte aficionado
los amores dejé, rémoras viles;
y de mi ardiente espíritu animado,
mas nombre merecí, que el griego Aquiles,
hasta que en pocos lances (¡cosa estraña!)
capitan de Caballos volví à España.
Llego á mi casa con aquel contento,
que ausencia de seis años merecía,
y cuando aguardo (¡ay loco pensamiento!)
que á abrazarme saliesen á porfia;
con lágrimas de pena, y sentimiento
el suyo cada cual decir queria;
y la fuerza del ansia lo estorbaba,
que en el dolor la lengua tropezaba.
Busco á mi padre, que en piedad bañado,
mi deshonra, y su pena me declara,
y viendome tan hombre, y tan soldado,
á sus ojos me arrima, y á su cara.
¡Ay, dice enternecido el viejo honrado,
si una hermana que tienes te faltára!
y viendo, en fin, que sin color le escucho,
vuelve á llorar, con que me dijo mucho.
¿No has visto de la sierra el verde campo,
cuando cubre la nieve su escultura,
y un arroyuelo, cuyo aljófar blanco
por el rizo cristal pasar procura?
Pues de esa suerte de la nieve el ampo,
que en sus cándidas canas se figura,
un arroyo de lágrimas cubria,
y por la plata hasta los pies corria.
Supe en efecto, que mi loca hermana
amando de secreto á un caballero,
á quien el brio con la edad temprana

galan ocasionaba, aunque estrangero,
á su honor se atrevió necia, y liviana,
sirviéndole su gusto de tercero;
que del alma una vez franca la puerta
al mayor imposible se concierta.
Y viniendo mi padre (¡triste suerte!)
de Palacio una tarde, vió una escala,
que al hierro de un balcon atada, y fuerte,
los de mi hermana Estela le señala;
y á poco rato cuidadoso advierte,
que baja un hombre, y con ardiente gala
en el último paso le detiene,
con él se abraza, y hasta el suelo viene.
Estela, que miraba el triste caso
desde su cuarto, el pecho lastimoso,
á voces dice: Padre, y señor, paso;
mira que ofendes mi querido esposo.
Mi padre entonces deteniendo el paso,
y juntamente el golpe riguroso,
si es verdad, le pregunta; y él ufano:
Yo gano en eso, dice, esta es mi mano.
O fuese, que la daba arrepentido,
pension de la belleza, que gozada,
se suele carear con el olvido,
y de querida, pasa á despreciada;
ó que no la gozó para marido,
porque sacando la traidora espada,
y otros con él que al silvo respondieron,
villanamente de mi padre huyeron.
Corre tras ellos el honrado viejo,
á pesar de sus años tan brioso,
como pudiera yo, que soy su espejo
(tanto obliga un agravio cauteloso);
mas entrando las fuerzas en consejo,
se quejan de su espíritu animoso,

y rendido á la edad yerta, y cansada,
se vuelve haciendo báculo la espada.
Esto supe, señora, el triste dia
que entré en la corte: ¡mira que laureles
para honrar la española gallardía,
que mereció buriles y pinceles!
Yo entonces viendo la nobleza mia
destinada á rigores tan crueles,
maldije á mi valor, maldije á Palas,
quemé las plumas y rompí las galas.
Cual suele el Iris del terrestre velo,
cálida exhalacion, con los colores,
llover á un tiempo, y afeitar el cielo,
siendo nube, y jardin, con agua, y flores;
asi, Cámila, yo (¡qué desconsuelo!)
las galas convirtiendo en pundonores,
Iris de un aposento parecía,
pues mas lloraba cuanto mas lucia.
Examino á mi hermana, que corrída,
viendo tan clara su mayor deshonra,
á un monasterio retiró su vida,
último asilo en la perdida honra:
mas ni al rigor, ni al ruego persuadida,
nunca quiso decir quien la deshonra,
que aunque la accion colérica infamaba,
al dueño siempre del agravio amaba.
Viendo, en fin, su porfia, y que mi afrenta
en corrillos de mozos, plaza, y calle
se murmura, publica, trata, y cuenta,
siendo forzoso que lo escuche, y calle;
válgome de mi honor, que altivo intenta
pelear con mi agravio hasta vengalle;
y en efecto, gallardo me resuelvo,
salgo de España, y á Florencia vuelvo.
Supe que era estrangero mi enemigo,

bien dispuesto, galan, y gentilhombre,
y con aquesta luz, sin luz le sigo,
mudando patria, calidad, y nombre:
con todos trato familiar, y amigo,
por si puedo encontrar (¡ay Dios!) á un hombre
cuyo rostro no sé, ni nacimiento:
honrado, aunque imposible pensamiento.

Acuchillaban á tu noble hermano
una noche encubiertos seis traidores,
defendile la vida cortesano,
honróme con su casa, y mil favores:
llegué á mirar tu cielo soberano,
abrasóme tu luz, dijete amores,
vino Arnesto, lloré mi muerte triste;
lo demas tú lo sabes, pues lo hiciste.

Leonida. *Llaman.*

¿Oyes, Mendoza?

Mendoza.

Muerto estoy, Leonida.

Leonida.

¡Valgame Dios!

Camila.

¿Qué es eso?

Leonida.

Un golpe han dado

en la puerta.

Mendoza.

¡Jesus!

Camila.

Yo soy perdida.

Don Juan.

Sin duda que los dos habeis soñado:
repórtate, señora, por tu vida.

Mendoza.

Mira si escampa. *Vuelven á llamar.*

Camila.

Toda me he turbado,

¡Don Juan, qué hemos de hacer?

Don Juan.

¡Ay tal desdicha!

Leonida.

La puerta quiebran.

Camila.

Yo naci sin dicha.

Escóndete.

Don Juan.

Quien llama ya ha sentido

que hay hombre aquí; mata esas luces presto,

y abre esa puerta tú.

Camila.

Ya crece el ruido.

Don Juan.

Y en entrando quien fuere...

Mendoza.

¿Qué es aquesto?

Don Juan.

Camila y tú os saldreis.

Leonida.

Ya te he entendido.

Don Juan.

Mendoza, y yo con ánimo dispuesto,

estaremos á ver la intencion suya.

Mendoza.

No me metas á mí por vida tuya.

Leonida.

Ya la puerta está abierta.

Mendoza.

¡Vive el cielo,

que he de asirme á Camila!

ESCENA XIII.

Dichos y el Marqués.

Marqués.

¡Ay, honor mio,
ya saldreis de sospecha y de recelo.

Leonida.

Sígueme.

Camila.

Muerta voy.

Mendoza.

Yo confio
ser de la procesion. *Vanse los tres.*

Don Juan.

Ya no hay consuelo
para mi pena, ya es ninguno el brio.

Marqués.

La luz han muerto, y hacia allí se esconden.
¿Quién vá?

Don Juan.

Confeso estoy.

Marqués.

¿No me responden?

Don Juan.

La voz no es de Clenardo.

Marqués.

Haga el acero
su oficio.

Don Juan.

Ya es forzoso defenderme.

Marqués.

Hombre, ó quien eres, habla.

Don Juan.

¡Ha rigor fiero!

Marquès.

Yo te he de conocer...

Don Juan.

¿Cómo sin verme?

Marqués.

O he de matarte.

Don Juan.

Pues morir primero...
¡O si hallára la puerta!

Marquès.

Esto es molerme.

Dentro el Duque.

Fortun, dame una espada.

Don Juan.

Este es Clenardo.

Duque.

Saca una hacha, Teodoro.

Don Juan.

¿Ya qué aguardo?

ESCENA XIV.

El Duque con la espada desnuda, Fortun y Teodoro con un hacha, don Juan encubierto á un lado, y el Marques al otro.

Teodoro.

Señor, por esta parte...

Duque.

¿Qué es aquesto?
¿Espadas en mi casa, y á tal hora?
¿Es el Marqués?

Marquès.

¿Señor?

Duque.

¿Pues como Arnesto?

Don Juan.

¡Ay tal desdicha!

Marqués.

Yo pasaba ahora
acaso por aquí.

Duque.

Dilo de presto.

Marqués.

Y aquel hombre, señor, que deshonora...

Duque.

No pases adelante.

Marqués.

Hallé cerrado
en esta sala; dióme, en fin, cuidado,
que he de casarme, y piensan mis desvelos,
que no estaba tan solo, cuando digo...

Duque.

Este es don Juan. *ap.*

Marqués.

Y de mi honor los celos
me obligaron.

Duque.

El talle es buen testigo. *ap.*
¡Que un hombre se confíe tanto ¡Ah cielos!
en mi amistad, y que por ser amigo
me agravie!

Marqués.

¿Qué respondes?

Duque.

Que te vayas.

Marqués.

¿Así en mi ofensa, duque, te desmayas?

Duque.

No es tuya, Arnesto, y cuando tuya fuera,
yo soy marido ahora.

Marqués.

Bien infieres,

pero yo lo he de ser.

Don Juan.

¡ Ah suerte fiera !

Duque.

En esta casa, Arnesto, hay mas mugeres:
yo sé quien es el hombre: salte fuera;
y sé que no te agravia: ¿ Pues qué quieres?
Deja una luz, Fortun.

Marqués.

De tí me fio.

Duque.

Y despejad.

Marqués.

Confuso voy.

Fortun.

¡Qué brio!

ESCENA XV.

Dichos, menos el Marqués y Fortun.

Duque.

Descúbrete, ya se fueron,
si no es que de estas paredes
(como en fin, testigos fueron)
vergüenza tengas, y quedes
corrido de que te vieron.

Don Juan.

Ya echó el resto mi fortuna. *ap.*

Duque.

Ya, don Juan, sin causa alguna,
la cara encubres honrado;
porque no es razon de estado
tener dos y encubrir una.

Ya te he conocido, ingrato,
y si ahora no te mato,
es por tomar mas venganza;
con que sepas que se alcanza
á conocer tu mal trato;
porque á un hombre de nobleza
de valor y gentileza,
pienso que basta á matarle
solamente el acordarle
de que ha hecho esta bajeza.

Don Juan.

Ahora déjame hablar.

Duque.

¿Pues tú que puedes decir?

Don Juan.

Si no quieres escuchar...

Duque.

Si es disculparte, es mentir,
y será mejor callar.

Don Juan.

¡Que esto sufra! Considera...

Duque.

De disculpas no me trates;
todo es traicion y quimera.

Don Juan.

Sufriréte que me mates,
pero no de esta manera.

Duque.

Yo sé que Celia te adora,
hállante en su cuarto ahora
¿pues qué puedes responder
que no pare en ofender
á quien su cielo enamora?

Don Juan.

¡Hay tal modo de penar!

que por fuerza he de callar,
y he de confesar por fuerza
que Celia mi amor esfuerza:
y aunque mejor es hablar,
y decirle::: pero no,
que se casa con Arnesto
Camila, y presumo yo,
que mas se ofendiera de esto:
mi esperanza me engañó.

Duque.

Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios queria)
menos traiciones hubiera,
pues cada cual temeria,
que su infamia se supiera.
No hubiera en el mundo engaños,
cautelas, juicios estraños,
traiciones, falsos testigos,
ni con máscara de amigos
hubiera secretos daños.
No hubiera malas ausencias
ni encontradas voluntades,
por opuestas diferencias;
ni hubiera en las amistades
injustas correspondencias.
No hubiera amigos fingidos,
que el bien ageno les mata,
de su envidia persuadidos;
ni hubiera muger ingrata
á servicios recibidos.
No hubiera en hombres discretos
malas palabras y afrentas,
quizá por falsos conceptos;
ni hubiera muertes violentas
por intereses secretos.

No ofreciera un gran señor
su casa á amigo traidor,
que aun suele el mas verdadero
ser por ventura el primero,
que hace el tiro en el honor.
No hubiera libres intentos,
en mugeres principales
de mas altos pensamientos;
ni en los hombres desiguales
cupieran atrevimientos:
y en efecto, cada cual
fuera cortés, y leal,
fuera amigo, y noble fuera,
porque á la lengua siquiera
correspondiera el cristal.
Vuelvete á España, y advierte,
que sino te doy la muerte,
es porque te quise bien.

Don Juan.

¡Qué mas pena, dulce bien, *ap.*
que haber de vivir sin verte!

Duque.

No estés mas en mi presencia,
que por vida de mi hermana....

Don Juan.

Ya obedezco á Vuecelencia.

Duque.

Que te haga matar mañana,
sino sales de Florencia.
Ve tú delante.

Don Juan

Señor....

Duque.

No es favor, sino temor.

Don Juan.

¿De mí te recelas yá?

Duque.

Si, que cualquier cosa hará
el que una vez fué traidor.
El primero has de pasar.

Don Juan.

Nunca he tenido esa fama.

Duque.

Yo lo puedo sospechar,
pues quien me quitó la dama,
tambien me sabrá matar.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SELVA.

Don Juan con capa, botas y espuelas, y Mendoza.

Mendoza.

Bueno vás de la cabeza.

Don Juan.

¿Ataste ya los caballos?

Mendoza.

Ya quedan los dos mordiendo
de ese alcacér á pedazos;
y segun vienes, presumo,
que pudieras ayudarlos.

Don Juan.

¿Tan necio soy, porque siento
perder lo que quise tanto?
¿Es el alma algun diamante?
¿Es el corazon de mármol?
¿Héme criado entre fieras?
¿Tengo parentesco acaso
con algun peñasco de estos?
¿No fuí hombre, y hombre amado,
que quiero bien á Camila?
¿No me destierra Clenardo?
¿No ha de gozarla el Marqués?
¿No he de verme sin sus brazos?
¿No salgo, en fin, de Florencia?
Pues en dia tan amargo,
¿qué mucho que loca el alma

(si puede ser que la traigo)
se queje, suspire, y llore?
El aliento de soldado
no implica, no, con mi amor;
que ya sabe el mundo cuantos,
que con la espada, y la pluma
escribieron, y mataron,
lloraron de amor mil veces.
¿Ves un escuadron armado
de lanzas, y de paveses,
pólvora, flechas, y dardos?
pues hago testigo al cielo,
que no le temiera tanto
como á Camila estos dias.
Cuando peleo, me valgo
de la destreza, ó el brio,
de las armas, ó los brazos;
mas de una muger hermosa,
¿qué defensa, qué resguardo
tendrá quien la adora humilde,
y la pierde desdichado?
¿No la viste esta mañana,
cuando me dijo temblando:
A Dios, señor de mis ojos,
á España os vais, acordaos
de esta vida, que fue vuestra;
yo no me caso, mi hermano
me fuerza, mi hermano quiere
que yo muera? Y de allí á un rato,
¿no viste arrojar los ojos
mil perlas, que al alabastro
se deslizaban, y á veces,
mas comedido algun grano,
se paraba en el camino?
Que como todo el espacio

era jardin, y las flores
con el agua crecen tanto,
embargaban el cristal,
y era cada perla un mayo.
Yo ví quejosa la boca,
porque al clavel de sus lábios
no le alcanzaba su parte.

Mendoza.

Lindamente lo has pintado.

Don Juan

No sé, Mendoza, que tiene
cualquiera muger llorando,
que lleva el alma tras si.

Mendoza.

Yo he visto alguna, que el diablo
pudiera esperarla.

Don Juan

¿Cómo?

Mendoza.

Hacia gestos revesados,
y de su lugar sacaba
la boca, y del cuarto alto
de la señora nariz
bajaban bravos emplastros,
traslado á un lienso de requien.

Don Juan.

Cuando es sin concierto el llanto;
á cualquiera descompone;
pero un llorar recatado,
que no se declara bien,
y que el dueño está mostrando
risa en la boca, y los ojos
la desmienten, esto alabo.
La condesa, en fin (¡ay Dios!)

(aun del nombre me acobardo)
lloraba con mucho aseo;
pues, Mendoza, si yo amo,
con tal disculpa, bien puedo
sentir, y llorar; que el llanto
es consuelo de las penas.

Mendoza.

Sí; mas sintiendo, y llorando
pudieramos caminar.

Don Juan.

Si vés que con cada paso
me voy dando á mí la muerte,
déjame morir despacio;
déjame contar mis ansias
á estas flores, á este campo,
á estas aves, á este arroyo,
que furioso, y despeñado,
quiebra en las peñas el brio,
que la noche tuvo atado.

Mendoza.

Para salir en ayunas,
en linda venta paramos:
¿pediremos de comer?

Don Juan.

Desde aquí se vé el Palacio.

Mendoza.

¡Así fuera una hosteria!
¿Pues qué mucho, si aun no estamos
cuatro millas de Florencia?

Don Juan.

¿Tanto habemos caminado?

Mendoza.

¿Esto llamas caminar?

Don Juan.

Es volar.

Mendoza.

Pues á este paso
llegaremos á Madrid
de aquí á muchísimos años,
y habrás menester teñirte.

Don Juan.

No fuera yo tan liviano,
cuando llegára ese tiempo.

Mendoza.

Ya es uso.

Don Juan.

Llámale engaño.

Mendoza.

Hombre he conocido yo,
que se acostó bueno, y cano,
y amaneció (¡ Dios nos libre!)
con vigotes naranjados,
y cabello verdemar.

Don Juan.

¿Y á ese tal se le quitaron
los achaques?

Mendoza.

No señor;
mas era muy adeudado,
y como sus acreedores
le habian conocido vayo,
y le miraban morcillo,
andaban tan deslumbrados,
que á él mismo le preguntaban:
¿Vive aquí el señor Fulano?
y él respondia muy sesgo:
ya, ese hombre se ha mudado
habrá un mes á otra Parroquia:
y así andubo muchos años
conservando sus trapazas.

Don Juan.

No la mientes,
que, en fin, de todos mis daños
es la ocasion, pues el duque
pensando que yo la amo
me destierra de la corte.

Mendoza.

No pienso que lloró tanto
como Camila.

Don Juan.

Su amor
apenas llegó á cuidado;
fué un modo de entretenerse
como de dama en palacio,

Mendoza.

Y tú como hombre y en selva,
¿cuándo quieres que nos vamos?

Don Juan

Mendoza, cuando quisieres.

Mendoza.

¿Iré á poner los caballos?

Don Juan.

Bien puedes.

Mendoza.

¿Y desde donde
he de llamarte don Carlos?

Don Juan.

Hasta España don Juan soy.

ESCENA II.

Don Juan.

Aves, que correis volando,
si abasais á la corte
y pasais por el palacio,

7

decid, decid á Camila
de la manera que partó,
llevadle allá mis suspiros:
y vosotros, montes altos,
que parece que en los cielos
pretendeis aposentaros,
habladla en mis pensamientos,
pues los habeis escuchado:
y tú, travieso arroyuelo,
que bajas echo pedazos
á ser vida de las flores
siendo lisonja del prado,
aunque murmurando sea,
dile la vida que paso,
y dile que voy sin mí.

ESCENA III.

Don Juan y Lucindo, de camino.

Lucindo.

Ventura ha sido el hallaros
señor don Juan.

Don Juan.

¿Quién me llama?
¿Es Lucindo?

Lucindo.

Y vuestro esclavo.

Don Juan.

¿Venís de Florencia?

Lucindo.

Sí.

Don Juan.

¿A donde bueno?

Lucindo.

A buscaros:
este os envia el Marqués.

Don Juan.

¿Para mí? ¡Notable caso!
¿Qué puede ser? Mas yo leo:
dice así.

Lucindo.

No es de cuidado.

Don Juan.

Lee. "Vuestra partida ha sido tan breve, que no ha dado lugar á que me despidiese de vos, y os suplicase deis en Madrid ese pliego, avisàndome del recibo, y cobrando respuesta: hacedlo por vuestra vida, que es diligencia que importa á mi voluntad; y á Dios, que os guarde. De Florencia. = *El Marqués de San Telmo*

Lucindo.

Este es el pliego.

Don Juan.

Diréis
al Marqués, que con cuidado,
haré lo que me ha mandado.

Lucindo.

Todo ese amor le debeis.

Don Juan.

Fuera de deberlo, es justo:
¿ha estado en España Arnesto?

Lucindo.

Sí, mas volvióse muy presto.

Don Juan.

¿Cómo?

Lucindo.

Por cierto disgusto
que en sangre pudo parar.
Dios os guarde.

Don Juan.

A Dios.

Lucindo.

A Dios.

ESCENA IV.

Don Juan.

Fuese Lucindo, y por Dios
que me ha dado que pensar;
de cualquiera que me dice,
que ha estado ó viene de España,
imagino (¡cosa estraña!)
que de mi afrenta infelice
es la causa, y el autor
de aquella infame cautela,
que tiene á mi hermana Estela
sin quietud, gusto, ni honor.
Dice Lucindo, que Arnesto
tuvo en España un pesar,
de que vino á resultar,
que se ausentase mas presto
que quisiera, ¡Loco estoy!
Mas si este Príncipe fuese
quien ofendido me hubiese,
y de quien huyendo voy......
¿Pero qué dudo? yo leo:
á la carta me remito;
dice, pues, el sobrescrito...

Lee.

A Doña Estela (¡qué veo!),
Alma, el dolor prevenid.

Lee.

Henriquez (¡Ay caso igual!)
en el Convento Real
de los Angeles. Madrid.
Sin alma, sin ser, sin vida,

y sin aliento he quedado;
que ya sé quién me ha afrentado.
La sangre que repartida
por venas, y cuerpo estaba,
en tan terrible ocasion
á amparar el corazon
se ha venido. ¡Ha fuerza brava
del sentimiento! La nema *Abre el pliego.*
rompo, por saber mejor
mi desengaño. (¡Ay honor,
qué mucho que el alma tema!)

Lee

"Despues, Estela, que quiso
»el Cielo que te perdiera,
»y que la culpa tuviera
»(¡ah, cielos!) mi poco aviso
(muerto estoy como otro Anfriso) *ap.*
»lloro las prendas perdidas,
»que aunque el estar divididas
»niegue á mi amor otras palmas,
»mientras se abrazan las almas,
»no hay ausencia entre las vidas."
Bien desengañado estoy:
no leo mas; yo mataré
á mi enemigo, y yo haré,
que Italia sepa quien soy.
Con celos, y agravios voy;
los celos ya procuraban
su muerte; pero no hallaban
harta causa, y á la cuenta,
se han valido de mi afrenta,
viendo que ellos no bastaban.
Perdone el duque el rigor,
en que mi honor se resuelve,
que el alma á Florencia vuelve

solamente por su honor:
palabra dí á su valor
de ausentarme á mi pesar;
mas no la debo guardar,
que en tan infeliz estado
de dejar de ser honrado
ninguno la puede dar.
Que pierda la vida es bien
por mi honor, que en conclusion,
para sola una ocasion
la guarda un hombre de bien:
quien sufre una ofensa, y quien
su honor deja al alvedrío
del vulgo, no tiene el mio,
ni procede como sabio,
que dormir sobre un agravio
es virtud, pero no brio.
Como amante, y ofendido,
mi honor, y mi amor serán
los que muerte le darán;
mi amor celoso, y corrido,
mi honor mucho, y mal sufrido;
de suerte, que amor, y honor
han de juntar su valor
en la venganza que espero;
mi honor blandiendo el acero,
y animándole mi amor.

ESCENA V.

Don Juan y Mendoza.

Mendoza.

Como tan despacio estás,
he vuelto á atar los caballos.

Don Juan.

Pues ya puedes desatallos;
pero la vuelta darás
á Florencia.

Mendoza.

¡Aquesto mas!
¿Estás loco?

Don Juan

Antes que parta
de la Corte....

Mendoza.

¡Lo que ensarta!

Don Juan.

He de matar á un traidor:
Arnesto ofendió mi honor.

Mendoza.

¿Quién lo ha dicho?

Don Juan.

Aquesta carta,
que él propio á mi hermana escribe.

Mendoza.

¡Bravo caso! ¿y qué has de hacer?

Don Juan.

Entrar de noche, y perder
la vida, si acaso vive
quien tales nuevas recibe.

Mendoza.

¿Quién las trujo?

Don Juan.

Su criado.

Mendoza.

¿Y á qué te has determinado?

Don Juan.

¿Querráme tu amor seguir?

Mendoza.

Claro está.

Don Juan.

Pues á morir,
ó á volver á España honrado.

Mendoza.

Lo primero puede ser.

Don Juan.

¿Y vengarme, por qué nó?

Mendoza.

Por ser quien es, pienso yo.

Don Juan.

Mas es mi honor que el poder.

Mendoza.

¿Pues, di, cómo lo has de hacér?

Don Juan.

Mendoza, como pudiere;
tú verás que Arnesto muere.

Mendoza.

¿Y si hay cuchillo, y prision?

Don Juan.

Cumpla yo mi obligacion,
y venga lo que viniere.

ESCENA VI.

Salon de Palacio.

Camila y Leonida.

Camila.

Si bien me quieres, Leonida,
haz por mí lo que te digo,
usa esta piedad conmigo,
quitame esta triste vida;
y escusame de tener

otra peor que me espera,
antes que mi suerte fiera
mi verdugo venga á ser.
¿Don Juan ausente, y yo viva?
Limitado amor ha sido;
poco, señor, te he querido,
pues que la fuerza escesiva
de mi amorosa pasion
no basta en trance tan fuerte
á dar al cuerpo la muerte,
pues la ha dado al corazon.
No es solo mi mal, Leonida,
haber perdido mi bien,
que por mi mal quise bien,
y me ha de costar la vida:
mas tengo que padecer,
y mas tengo que llorar,
pues por fuerza he de mirar
á quien no puedo querer;
á un hombre, que siempre ha sido
tan ageno de mi gusto,
pues quiere mi hermano injusto
darme en Arnesto marido:
de manera, que padezco
por dos caminos, pues lloro
con el perder lo que adoro,
quedar con lo que aborrezco.

Leonida.

¿Y á Celia como le vá
de amor?

Camila.

Ya está consolada.

Leonida.

Estaria algo asombrada,
no perdida.

Camila.

Claro está,
pues si de veras amára,
sintiera como sentí:
hoy con el Duque la ví.

Leonida.

Su facilidad es clara;
hay mugeres, que en no viendo
se consuelan lindamente.

Camila.

Ese amor es accidente:
¡ay de mí, que estoy muriendo!
Tú verás lo que sucede,
si el Duque llega á apretarme.

Leonida.

¿Pues qué has de hacer?

Camila.

No casarme.

Leonida.

¿Quién lo ha de estorbar?

Camila.

Quien puede.

¿No habrá espadas en Florencia?
¿No habrá un vaso de veneno
para mis desdichas bueno?
¿Piensas tú que hay diferencia
en morir de aqueste modo;
ó estar despues con un hombre,
que aun aborrezco su nombre?
Pues si en fin morir es todo,
¿para qué la vida guardo?
¿Para qué quiero vivir?

Leonida.

Mira que te puede oir.

Camila.

¿Quién?

Leonida.

El Marqués, y Clenardo.

ESCENA VII.

Dichas, el Duque y el Marqués.

Duque.

Yo vengo resuelto, Arnesto.

Camila.

De mi muerte tratarán. *ap.*
¡Ay mi ausente, ay mi don Juan!

Marqués.

Señor.....

Duque.

No hay que hablar en esto:
¿tú á qué veniste?

Marqués.

A casarme.

Duque.

¿Con quién?

Marqués.

Con tu hermana.

Duque.

Y bien,
¿qué te ha parecido?

Marqués.

Bien.

Duque.

¿Es tu igual?

Marqués.

Y puede honrarme.

Duque.

¿Es discreta?

Marqués.

Por estremo.

Duque.

¿Tiene algun defecto?

Marqués.

No.

Duque.

¿Pues qué aguardas?

Marqués.

Pienso yo...

Duque.

¿Qué piensas?

Marqués.

Tu enojo temo.

Duque.

¿Yo enojarme? ¿Pues acaso
Camila no es cuerda, y casta,
y no es mi hermana, que basta?

Marqués.

Dices muy bien, pero...

Duque.

Paso,
que me dás que sospechar.

Marqués.

Yo digo que puede ser
virtuosa una muger,
y no quererse casar.

Duque.

¿En fin, dices, (habla claro),
que quieres á la Condesa,
y ella...?

Marqués.

De verme la pesa,
y tambien, señor, reparo
en que la otra noche (¡ay cielos!)

como sabes, hallé un hombre.

Duque.

Ya supe su estado, y nombre,
y ya aseguré tus zelos.

Marqués.

Dijiste, señor, que habia
en aquel cuarto otra dama,
y segun en casa es fama,
nadie atreverse podia
sino es ella, y Celia.

Duque.

Dí,
¿no pudo ser Celia?

Marqués.

No,
que la he examinado yo,
y ha respondido... (¡Ay de mí!)

Duque.

¿Qué ha respondido?

Marqués.

Lo niega.

Duque.

Ya estás necio, y atrevido;
¿pues dí, qué muger ha habido
tan desalumbrada, y ciega,
que en cosas de voluntad,
y que ofenden su opinion,
sin otra averiguacion,
haya tratado verdad?
Quererse Celia infamar
por tu gusto fuera error,
que en defensa de su honor
cualquiera sabe callar:
que es liviandad el querer;
y la menos recatada

quiere parecer honrada,
ya que no lo pueda ser.
Mal conoces las mugeres;
lo que vieres negarán
si acaso toca en galan.

Marqués.

¿Lo qué viere?

Duque.

Lo que vieres;
porque todas saben ya,
que lo que se vé se niega:
que lo que á verse no llega,
por sí negado se está.
El hombre que viste allí,
don Juan de Cárdenas era,
amaba á Celia... ¡pluguiera
á Dios que no fuera así,
y la suerte se trocára,
aunque pusiera el deseo
en otro mayor empleo!
Si á mi hermana se inclinára,
vive Dios, que se la diera:
mas no fui tan venturoso.

Marqués.

Albricias, amor quejoso. *ap.*

Duque.

¡Quién tal de don Juan creyera!

Camila.

¿Hermano?

Duque.

¿Aquí estabas?

Marqués.

Hoy
salió el sol á mis recelos.

Camila.
Toda soy fuegos, y yelos. *ap.*
Duque.
Contigo enojado estoy.
Camila.
¿ Conmigo, señor?
Duque.
Despues
te reñiré, y entre tanto...
Camila.
Ojos, detened el llanto. *ap.*
Duque.
Dale la mano al Marqués.
Camila.
Señor...
Duque.
No hay que replicar.
Camila.
Digo que sí; mas yo muero:
oyeme aparte primero.
Yo me debo de engañar
(ayudame, loco amor) *ap.*
ó el Marqués no tiene gusto,
y fuera término injusto,
y aun agraviar tu valor,
querer por fuerza casarle:
ello ha sido mi desdicha,
él vino á verme, y por dicha
yo no debo de agradarle;
y no es bien darme marido,
que aun antes de desposado
mire mi amor con enfado.
Duque.
Basta ya, que estoy corrido
de que los dos me trateis

engaños.

Marqués.

Repara...

Camila.

Advierte...

Duque.

Claro está, pues de esta suerte
mi autoridad ofendeis:
tú dices que no te trata
Camila bien; y ella ahora
tu desprecio siente, y llora;
tú la has culpado de ingrata,
y ella de tibio; y por Dios...

Marqués.

Yo sé que verdad traté.

Camila.

Yo sé que no te engañé.

Duque.

¿Pues quién miente de los dos?

Camila.

Yo, que á mi amor he querido
esta traicion levantar.
¡Ay Dios, quién pudiera hablar!

Marqués.

¿Yo, señora, cuándo he sido
descortés con tu hermana?

Camila.

No me está bien responder.
¡Cielos, que suya he de ser! *ap.*

Marqués.

¡Hay tan notable ventura! *ap.*
¡Ella me debe de amar!

Duque.

Yo no sé quién miente, hermana;
mas solo sé que mañana

te has de casar.

Camila.

¡Qué es casar!

Duque.

¿Qué dices?

Camila.

Que humilde estoy.

Duque.

Y lo que me mueve, Arnesto,
á dar tanta prisa en esto,
siendo en efecto quien soy,
es porque el vulgo no diga,
atrevido en esta parte,
que pues dudas en casarte,
alguna causa te obliga.

ESCENA VIII.

Dichos, menos el Duque.

Marqués.

¿Haslo escuchado?

Camila.

Ya oí *ap.*
mi muerte.

Marqués.

Pues si es verdad,
que me tienes voluntad,
y estàs quejosa de mí;
si es verdad que me has querido,
aunque lo has disimulado,
ó por probar mi cuidado,
ó por ensayar tu olvido,
¿de qué sirven los rodeos,
sino es que gustas airada

de dar en taza penada
esta gloria á mis deseos?
Gracias á Dios que eres mia. (1)
¿Pues tú, la mano en los ojos,
te vas? ¡Ay dulces enojos!
Ya es en valde la porfia,
ya está conocido el juego;
ó pensaré, pues me adoras,
que de puro gusto lloras,
ó encubrir quieres su fuego,
poniendo en ellos la mano:
mas tambien ha sido error,
que á su hermoso resplandor
no impide rebozo humano;
y el de aquesa mano es tal,
que no estorva, no, á los ojos,
antes se ven sus despojos
como flores por cristal.
Cuanto le pasa á tu cielo
desde aquí mirando estoy.

Camila.

¿Pues cómo no vés que doy *ap.*
tantas lágrimas al suelo?
No sé que he de responder.
Escuchame, Arnesto, (¡Ay Dios!)
¿Estamos solos los dos?
Yo me quiero resolver. *ap.*

Marqués.

Si estamos.

Camila.

Oidme, pues;
pero advertid, que primero,
como noble caballero,

---

(1) *Hace que se va Camila.*

*

galan, discreto, y cortés,
palabra me habeis de dar
de no decir á mi hermano
(ya es la resistencia en vano) *ap.*
cierto secreto.

Marqués.

A callar
me obligaré; yo la doy,
y os hago pleito homenage
de ser mudo.

Camila.

Ese lenguage
es muy vuestro, (¡Loca estoy!) *ap.*
Pues en dos palabras solas
se cifra todo el secreto.

Marqués.

De callarlas os prometo.

Camila.

Solo el estar tan á solas
me ha de poder disculpar.
Yo quiero bien, y no á vos;
entendido sois; á Dios;
mirad si os quereis casar.

ESCENA IX.

Marqués.

¿Qué es esto, locos antojos?
volved, volved por mi honor,
olvidad tan necio amor,
no consulteis á los ojos.
Camila está enamorada,
huid, temed, replicad,
id con tiento, voluntad;
que quien antes de casada

amó, tambien amará
despues que casada esté,
y aun mas; porque en fin, se vé
con menos peligro ya.
La condesa, cosa es clara,
tiene amor, ó le ha fingido;
y muger que se ha atrevido
á decirmelo en la cara,
no es para propia muger;
porque la falta, en efeto,
aquel natural respeto
que me debiera tener.
Quiera Camila en buen hora,
mas no siendo yo su dueño:
ya salí de aqueste empeño;
mas para salir ahora
de la palabra que he dado
á Camila de callar,
y al Duque de efectuar
el casamiento tratado,
¿qué he de hacer?

ESCENA X.

El Marqués y Lucindo.

Marqués.
¿Qué hay Lucindo?
Lucindo.
César fuí,
Marqués.
¿Cómo?
Lucindo.
Ví, llegué y vencí.
Marqués
¿Llegaste á tiempo?

Lucindo.

El mejor.

Marqués.

¿Dístele el pliego?

Lucindo.

¿Pues no?
y dijo que cobraria
respuesta.

Marqués.

¿Cuanto estaria
de Florencia?

Lucindo.

Pienso yo
que cuatro millas.

Marqués.

Ya entiendo:
vive Dios, que he imaginado,
que para ver mi cuidado
logrado en lo que pretendo,
no hay camino mas seguro
que irme á España con don Juan;
y así mis cosas tendrán
aquel fin que les procuro.
Débole á Estela su honor,
y aunque puedo no pagar,
le suele el cielo cobrar,
que es el alcalde mejor.
El sin duda ha permitido
que Camila no me estime,
para que á pagar me anime
deuda que tan justa ha sido.
Estela está en un convento
llorando mi sinrazon,
y en belleza y discrecion,
virtud, talle y nacimiento,

Camila no la aventaja,
y en la voluntad Estela
la escede: ¿ pués qué recela
mi amor, cuando asi se ataja
el peligro que me espera
de casar (¡ay Diós!) con quien
sé que no me quiere bien?
Pues toda mi infamia fuera
por esto, y porque he sabido
que cierto hermano de Estela
en mi muerte se desvela,
y anda en Italia escondido.
A don Juan quiero alcanzar
para irme á España con él,
y en cualquier fortuna de él
puedo mi amparo fiar;
que sé que me hará favor.
¿Lucindo?

Lucindo.

¿Señor?

Marqués.

Mañana,
antes que entre nieve y grana
salga el primer resplandor,
dos caballos me tendrás
á la puerta de Florencia,
con secreto y diligencia.

Lucindo.

Tú mi cuidado verás.

Marqués.

Esto mi remedio es.

Lucindo.

¿Vás á caza, ó es quimera?

Marqués.

Huyendo voy de una fiera;

lo demás sabrás despues.

ESCENA XI.

PARQUE DE PALACIO.

Don Juan y Mendoza, con linterna.

Don Juan.

No me repliques, Mendoza,
que esto ha de ser.

Mendoza.

No replico:

Don Juan.

¿Hombre que nació en España
ha de temer?

Mendoza.

¡Oh qué lindo!
¿Qué es temer? Y aun retemer,
y tataratemer: el brio
no es para gente de á pié;
si yo fuera de los finos
Mendozas, no me igualara
César, Alejandro ó Pirro:
pero un Mendoza chanflon
no pasa en tales peligros......
Mas gente viene.

Don Juan.

A esta parte
te retira.

Mendoza.

Henos perdidos:
si es el duque nos empala.

ESCENA XII.

Teodoro y Fortun.

Fortun.
Gran fiesta se ha prevenido.
Teodoro.
En fin, mañana han de ser
las bodas.
Fortun.
Así lo dijo
Clenardo al de Capua ahora.
Teodoro.
Dicha el Marqués ha tenido.
Fortun.
¡Bella moza!
Teodoro.
Y mejor dote.

ESCENA XIII.

Don Juan y Mendoza.

Don Juan.
¿Mendoza, qué es lo que he oido?
Mendoza.
Que la condesa se casa,
y que ha de ser su marido
el Marqués.
Don Juan.
¿Y si primero
la vida al Marqués le quito?
Mendoza.
Eso es hablar de la mar.
Don Juan.
¿Cómo hablar? Yo no soy hijo

de don Gerónimo Enriquez,
á quien el Asia ha temido,
cuyo escudo es un Leon
que á los pies de dos castillos
se muestra en campo de plata?
Pues si hubiera mas peligros
que flores en aquel campo,
y en este mar obeliscos
de agua que las nubes trepan,
no ha de verme España vivo
sin vengarme del Marqués,
si espadas, bombas y tiros
lo defendieran de mi
con su fuego y con sus filos.
Dame esa luz y ese rostro
para no ser conocido,
y poder hacer mi hecho.
¿Qué hora será?

Mendoza.

De los signos
entiendo poco; á las once
de la posada salimos.
Bien habrá dos horas.

Don Juan.

Sí;
al primer sueño rendidos
estarán ahora todos.

Mendoza.

Tú intentas gran desatino.

Don Juan.

Esos son los corredores;
al lado izquierdo imagino
que está el cuarto del Marqués.

Mendoza.

¿No es aqueste?

Don Juan.

Bien has dicho.

Mendoza.

¿Y ahora?

Don Juan.

Abrir.

Mendoza.

¿Con qué llave?

Don Juan.

Con esta.

Mendoza.

¡Gentil aliño!

¿Es maestra?

Don Juan.

¿No lo vés?

Yo la pruebo.

Mendoza.

Pasitico.

¿Ha entrado?

Don Juan.

Sí.

Mendoza.

¿Dá la vuelta?

Don Juan.

¡Oh pesia con quien la hizo!

Mendoza.

¿Cómo?

Don Juan.

No quiere volver.

Mendoza.

Eso decirnos ha sido
que nos volvamos nosotros.

Don Juan

¡Vive Dios que estoy sin juicio!

En lugar de abrir cerraba.

Mendoza.

Turbado estás, no me admiro.

Don Juan.

Es la cólera muy ciega.

Mendoza.

Déjame ver si yo atino.

Don Juan.

No es menester, ya está abierto.
A Dios.

Mendoza.

El vaya contigo.

ESCENA XIV.

Mendoza.

¡Oh España, qué pechos crias!
Venturosa por tus hijos
te puede llamar el mundo;
díganlo espadas y libros.
En saliendo un estrangero
de su patria, anda encogido,
y nos mira de gazapo;
y al revés el gorrioncillo
mas humilde como España,
le haya dado el primer nido,
se sorbe á todos; y mas
donde es menos conocido.
¡Con qué brio! ¡Con qué aliento
entra! Mas ya suena ruido;
quiero sacar mi rosario.

Marqués. *dentro.*

¡Ay de mí!

Don Juan. *dentro.*

Muere, atrevido.

Marqués.

¿ Ola, críados ?

Mendoza.

Ya grazna;
esto es tocar á homicidio:
bravamente se defiende;
por Dios que estaba vestido.
¡ Oh Marqués madrugador !

Marques.

Tristan, Astolfo, Lucindo,
que me matan, que me ahogan.

Mendoza.

A los brazos se han venido.

ESCENA XV.

Mendoza, y el Marqués defendiéndose de don Juan, con una daga, y la mano ensangrentada.

Marqués.

¡ Válgame el cielo !

Mendoza.

Ya salen.

Marqués.

Hombre, ilusion ó prodigio,
¿ qué intentas ?

Don Juan.

Darte la muerte.
Ciérrame tú ese postigo,
porque no salga ninguno.

Marqués.

¿ Quién eres ?

Don Juan.

Cierto enemigo,
que tienes, y no conoces. (1)

(1) *Quítase la mascarilla.*

Marqués.

¡Cielos, qué es esto que miro!
¿es don Juan?

Don Juan.

No soy don Juan.

Marqués.

¿Pues si estás de mí ofendido,
(que lo dudo), dí, cobarde,
no hay campo, no hay desafio
para un hombre de valor?

Don Juan.

Advierte, que yo no riño,
sino satisfago agravios;
y no ha de ser el castigo
á gusto del ofensor.

Mendoza.

¡Qué aguardas, cuerpo de Cristo!
pégale que pierdes tiempo.

Marqués.

Vengarse con este arbitrio
es disimular el miedo.

Don Juan.

¡Vive Dios, que estoy corrido!
Dále esa espada, Mendoza;
no piense que le he temido.

Mendoza.

No quiero, con tu licencia.

Don Juan.

Mas, Cielos, un hombre he visto.

ESCENA XVI.

Dichos y el Duque.

Duque.

¿Ruido en palacio á estas horas?

Lucindo. *dentro.*

Baja por acá, Flaminio,
que está cerrada la puerta.

Mendoza.

En Cantalapiedra dimos.

Don Juan.

Si son gallinas son pocos.

Marqués.

Astolfo, Lucindo, amigos.

ESCENA XVII

Dichos, Lucindo y criados.

Lucindo.

Muera el traidor.

Duque.

¿Qué es aquesto?

Marqués.

¿Es el Duque?

Duque.

¿Estás herido?

Marqués.

Si, señor; pero nó es nada.

Mendoza.

Tus melindres lo han querido.

Marqués.

Gracias á Dios, y á un coleto.

Don Juan.

Ya estoy resuelto; enemigos,
matadme.

Duque.

¿No es don Juan este?

Marqués.

Si señor, y te suplico,
que le examines primero,

para ver qué le ha movido
á tan gran temeridad.

Don Juan.

Mi honor, mi honor me ha traido.

Marqués.

¿Qué honor?

Don Juan.

Escucha.

Duque.

Prendedle. (1)

Don Juan.

Ahora, ahora es el brio,
Mendoza.

Mendoza.

Las ocasiones
hacen valientes.

Duque.

Yo mísmo
te he de matar.

Don Juan.

Si pudieres.

Mendoza.

Oh, pecadores del quinto:
el diablo tiene en el cuerpo
este Duque.

ESCENA XVIII.

Dichos, Celia y Camila.

Camila.

¡Hermano!

Celia.

¡Primo!

(1) *Acuchillanlos y defiéndense de todos.*

Camila.

¿Qué es esto?

Duque.

El mayor pesar,
que puede haber sucedido:
don Juan ha herido á tu esposo.

Camila.

¿Qué dices?

Duque.

Lo que has oido.

Camila.

¿Y por qué?

Duque.

Porque es traidor.

Celia.

¿Pues no estaba ausente?

Duque.

Vino
sin duda esta noche.

Camila.

¡Ay triste!
solo siento su peligro.

Mendoza.

Señora, acá estamos todos.

Camila.

Hoy, amor, tu poderío *ap.*
se ha de ver, pues la ocasion
me has dado, que solicito.
La fiera mas enseñada,
á rigores vengativos
alverga, ampara y defiende
al esposo, y á los hijos;
que el amor aun en las fieras
tiene natural dominio.
Si á la cabeza amenaza
el estoque, ó el cuchillo,

sirve de broquel la mano,
y con un secreto aviso
se opone al golpe, y la guarda.
¿Pues que espero? ¿Qué porfio?
Ea, noble voluntad,
ni sois fiera, ni sois risco.

Celia.

Haz que le escuche siquiera.

Camila.

Haced, alma, un silogismo,
mia es la vida de Carlos,
luego si él muere, no vivo;
resolverme es la respuesta;
no hay parentesco tan fino
como aquello que se ama.
Dame esá espada, Lucindo,
que á mi me toca el matarle.

Celia.

Advierte, que no tè pido
su vida porque le quiera,
sino porque le he querido.

Don Juan.

¿Tú eres tambien contra mí?

Camila.

De esta suerte, señor mio. (1)

Don Juan.

Dí esclavo, y acertarás.

Camila.

A morir vengo contigo.

Mendoza.

Pasóse acá este compadre.

Duque.

Mas con los zelos me incito.

---

(1) *Pónese al lado de don Juan.*

Muera este traidor.

Camila.

Detente.

Marqués.

¡Ay cielos!

Duque.

¿Qué es lo que miró?

Camila.

Porque primero esas puntas
en mi pecho compasivo
han de hacer paso á la muerte,
y este suelo en sangre tinto
será trágico jardin
de corales fugitivos;
y primero con valiente
corazon, y amor altivo,
he de mataros á todos,
que consienta (yo lo digo)
que nadie se atreva á Cárlos.

Duque.

¿Qué Carlos? ¿Estás sin juicio?

Camila.

De puro amor es verdad;
don Cárlos es mi marido:
quien le ofendiere, me ofende.

Mendoza.

Eso si, cuerpo de Cristo,
que es de lo de á mil la onza.

Duque.

Que vienes loca imagino:
este es don Juan, y tú dices
que es Cárlos y tu marido.

Camila.

Todo es verdad.

*

Duque.

¡Vive Dios...!

Marqués.

¡Hay tal suceso!

Don Juan.

Sí, digno
soy que me escuches, aguarda.

Duque.

Alguna traicion colijo.

Don Juan.

Yo soy don Cárlos Enriquez,
que mudando de apellido
busqué al Marques.

Duque.

¿Por qué causa?

Don Juan.

Escucha, señor invicto:
yo tuve una hermana, á quien
con título de marido
Arnesto gozó, y despues,
ó descontento, ó esquivo,
la dejó burlada en todo,
y á sus estados se vino;
accion que me cuesta estar
sin patria, deudos, ni amigos;
y sin honor, que es lo mas:
soy honrado, y bien nacido,
mira si es bastante causa
para matarle: no quiso
mi fortuna que pudiera:
mas si en los hondos abismos
se escondiese, ha de pagar
esta deuda, y cuanto he dicho
sustentaré que es verdad
con la espada, que esto ha sido

cumplir con mi obligacion.

Duque.

¡Hay caso mas peregrino!

Marqués.

¿Tú eres hermanó de Estela?

Mendoza.

¿No se vé en lo parecido?
¿No tiene las mismas barbas?

Duque.

¿Qué dices, Arnesto?

Marqués.

Digo,
que soy su hermano, y mil veces
que me perdones te pido;
mas sabe el cielo, don Carlos,
que estaba ya prevenido
á cumplir mi obligacion,
yendome á España contigo
antes que saliese el alba.
¿Es verdad esto, Lucindo?

Duque.

¿Y eso no fuera traicion?

Marqués.

No, porque era caso indigno
casarme con quien sabia
que amaba á Carlos.

Duque.

¿Qué indicios
tuviste?

Camila.

Decirlo yo.

Duque.

¿Pues tú misma no habias dicho
que amaba á Cèlia, y que Celia
le queria?

Camila.

Eso fue arbitrio
para librarme de tí.

Celia.

¿Luego discrecion ha sido
el haberme consolado ?

Don Juan.

Y en cuanto á Celia, te afirmo
por la vida de mi Rey,
que el cielo guarde mil siglos,
que en mi vida la he mirado
(Camila puede decirlo)
sino como á prenda tuya.

Duque.

¿Y la noche que contigo
estaba ?

Don Juan.

Tu engaño es ese;
porque tu hermana quiso
honrarme...

Duque.

Basta.

Mendoza.

Lo cierto,
si valgo para testigo,
es que Celia en este amor
fue solo dama de anillo;
tuvo el nombre y no la renta.

Duque.

Ya está, Mendoza, entendido.

Celia.

Baste, que me das vejamen.

Don Juan.

Y así, señor, os suplico,
siquiera porque algun dia

pudo mi espada serviros,
perdoneis...

Duque.

Carlos, levanta,
que de todo me despico
con saber que de tu parte
Celia es mia; y pues ha sido
tu suerte tan venturosa
que vino á ser tu enemigo
Arnesto, dale la mano
á Camila, con el título
de conde de Favos.

Don Juan.

Vivas
mas que el pájaro de Egipto.

Duque.

Y á Celia, como ella quiera...

Celia.

Mil veces quiero, y me rindo
por prima y esclava tuya.

Mendoza.

¿Y á Mendoza?

Camila.

No te olvido.

Mendoza.

¿Mas que me dán á Leonida?

Duque.

Y un gobierno, ó el oficio
que quisíeres.

Don Juan.

Con que acaba...

Mendoza.

A mí me toca el decirlo:
Cumplir con su obligacion;
y todos la habreis cumplido,

si como tan cortesanos
nos dais de barato un vitor,
ya que no por el poeta
por el gusto de serviros.

Cumplir con su Obligacion.

Es tan vago el título de esta comedia, que por él no puede formarse una idea del asunto que se propuso tratar el poeta. Las obligaciones de los hombres en sociedad son tantas, que no es fácil acertar á cuál de ellas pertenece, hasta llegar á la escena XII del acto segundo. Entonces se advierte que el título está fundado en una exaltacion pundonorosa, resto de las costumbres caballerescas, que duraba todavia en la época en que se supone la accion de la comedia; cuando se miraba como una obligacion indispensable la venganza personal de las ofensas que mancillaban el honor, remitiéndola á la espada, y derramando la sangre del enemigo, sin implorar el poder justo de las leyes para castigarle.

Don Juan oculta su verdadero nombre, y viaja por la Italia con el designio de vengarse del burlador de su hermana: no le ha tratado nunca; no sabe donde reside, y espera sin embargo que la casualidad se le dé á conocer. Estas dificultades no le detienen, ni acobardan; porque el desagravio de su honor es superior á ellas. Parece, pues, que un hombre, á quien agita de este modo el deseo de la venganza, debia manifestarle desde el principio de la pieza; pero no sucede así, y hasta que lo declara á Camila los espectadores lo ignoran absolutamente. Montalvan al combinar el plan de su fábula le meditó poco; cuidó solo en los dos primeros actos de pintar los amores de Don Juan y Camila (que son el asunto principal de la comedia), y de complicar la accion para cautivar mejor la atencion de su auditorio. Consiguió su fin

completamente formando una intriga muy ingeniosa y colocando los personages en situaciones oportunas y propias del asunto. Los celos de Camila, los del Duque, los de Don Juan y Arnesto, sin ofuscar la accion, derraman un interés tan sostenido en toda la Comedia, que no permite distraerse, ni reflexionar acerca de los defectos indicados. Montalvan supo dar tal variedad á las situaciones, que todas son distintas, aunque producidas por el amor y los celos. Los caracteres que pinta son generosos; y particularmente el de Camila, el de Don Juan y el del Duque agradan sobremanera por su nobleza y energía. Los diálogos son animados y abundan en sentimientos tiernos y afectuosos. ¡Qué viveza y rapidez tiene el de la Escena VII. del primer acto; y qué graciosa y esprensiva es la declaracion de Don Juan!

Camila.
¿Suelo verla?
Don Juan.
Cada dia.
Camila.
Decidme quien es.
Don Juan.
Querría.
Camila.
¿Pues qué temeis?
Don Juan.
Su desden.
Camila.
¿Qué os hará?
Don Juan.
Se ofenderá.
Camila.
¿En fin, decís que hoy la ví?

Don Juan.

En vuestro espejo...

Camila.

¿Yo?

Don Juan.

Si.

Camila.

¿Luego soy yo?

Don Juan.

Claro está.

¡Qué lacónica y vigorosa es la que hace Camila al Marqués en la Escena VIII del acto tercero!

Camila.

Pues en dos palabras solas
se cifra todo el secreto.

Marqués.

De callarlas os prometo.

Camila

Solo el estar tan á solas
me ha de poder disculpar.
Yo quiero bien, y no á vos;
entendido soys; á Dios:
mirad si os quereis casar.

El razonamiento del Duque al fin del acto segundo, está todo sembrado de pensamientos fuertes y enérgicos.

Duque.

No estés mas en mi presencia,
que por vida de mi hermana,
que te haga matar mañana,
sino sales de Florencía.
Vé tú delante.

Don Juan.

Señor.....

Duque.
No es favor, sino temor.
Don Juan.
¿De mí te recelas ya?
Duque.
Si, que cualquier cosa hará
el que una vez fue traidor.
Don Juan.
Nunca he tenido esa fama.
Duque.
Yo lo puedo sospechar;
pues quien me quitó la dama
tambien me sabrá matar.

Montalvan fué amigo y discípulo de Lope; se parecia á su maestro en la facilidad y hermosura de sus versos; y algunas veces manifestaba mas vigor y energía. Era poeta lírico, y de este género pueden citarse en todas sus comedias muchos trozos sobresalientes. Véanse algunos de los que se hallan en esta.

Acto II. escena I.

Entré en la ciudad gallardo
en un valiente alazan
de aquellos que alienta y cria
la yerba de Andalucía;
tan airoso, tan galan,
tan corpulento y bizarro,
que al verle peinar el suelo,
pudo codiciarle el cielo
para el tiro de su carro.
Ví á Camila mas hermosa
que la Venus que en altares
Chipre con rosas y azahares
venera por madre y diosa;
con el cabello esparcido,
por mas gala ó mas decoro,

pareció diamante en oro.
Allí el travieso Cupido,
que preso en ellos vivia,
tal vez la frente besaba,
y con los rizos jugaba
hasta que los deshacia.

¡Qué imagen tan rica, y tan robusta la primera! ¡Qué graciosa y pintoresca la última! ¿Quién no vé á Cupido bullicioso y alegre jugar con los rizos de Camila y deshacerlos?

El soliloquio de Arnesto en la escena X, es una verdadera elegía.

Cual suele cazador, mientras dilata
el pajarillo su prision futura,
fiarse del silencio de una mata;
y desde allí con traza mas segura,
haciendo de las ramas celosías,
acechar su graciosa travesura:
así mi amor en las desdichas mias
esperará no gustos, sino daños,
y mis cuidados servirán de espías.
Yo sé que encontraré mis desengaños,
que siempre el ciego amor anda á deshora,
para poder hablar en sus engaños.
Dicen su amor las aves á la aurora,
mas los amantes á la noche oscura;
que no busca la luz quien ama y llora.

Pero, señores Editores, nos dirá alguno de los rigoristas modernos; por mas bellos que sean los versos que ustedes citan, no podrán menos de confesar que *nunc non erat his locus*. No estamos por ahora en ánimo de confesarlo. Al contrario, creemos que el género en que escribieron nuestros antiguos poetas cómicos, distinto del clásico y de un mérito particular, es muy á propósito para admitir las bellezas lí-

ricas con que le adornaron. Persuadidos de esta opinion admiraremos y copiaremos con gusto estos hermosos rasgos, y los preferiremos eternamente á la frialdad, languidéz y prosaismo (muy verosimil, si se quiere, pero muy insoportable) de otros escritores mas modernos.

LA TOQUERA *VIZCAINA.*

PERSONAS.

Don Diego, galan.
Don Juan, galan.
Lisardo, caballero.
Octavio, su amigo.
Fabio, criado de don Diego.
Luquete, criado de don Juan.
Feliciano, viejo.
Fineo.
Doña Elena.
Flora, dama.
Beatriz, criada de doña Elena.
Juana, críada.
Isabel, criada.
Magdalena.

La escena empieza en Valladolid y acaba en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACIÓN DE CAMPO.

Don Diego, Fabio, y doña Elena y Beatriz con mantos y tapadas.

Don Diego.
¿Hemos de pasar de aquí?
Por señas decis que no,
que me quede solo yo;
apártate, Fabio, allí.
Ya estamos solos los dos,
y en el campo me teneis,
¿decid, qué es lo que quereis?
Doña Elena.
Toda soy de yelo: ¡ay Dios! *ap.*
Don Diego.
El recato que mostrais,
el temor con que venís,
el silencio que fingís,
y los suspiros que dais,
son testigos verdaderos
de que venís afligida;
y si es que puede mi vida
en algo favoreceros,
sin salir de la ciudad,
fuerades servida en todo,
por el talle y por el modo.
Ea, descubrid, tirad,

aquese oscuro nublado,
que ya sin paciencia estoy.

Doña Elena.

Pues tenedla, porque soy
doña Elena de Alvarado.

Don Diego.

Señora, mi bien...

Doña Elena.

Oid.

Don Diego.

¿Tanto favor?

Doña Elena.

No es favor,
sino miedo á vuestro amor.

Don Diego.

La causa ignoro, decid.

Doña Elena.

El salir de la ciudad,
y venir yo como vengo,
es respeto que me tengo,
no, don Diego, voluntad.
Vos me quereis, es verdad;
mas supuesto que el quererme
es solo para ofenderme,
que no me querais es justo;
pues quererme sin mi gusto
mas parece aborrecerme.
Sin atender á mi fama,
me rondais tan atrevido,
que aun yo misma me he tenido
á veces por vuestra dama;
y esto, señor, no se llama
galanteo, ni aficion,
sino necia obstinacion
que el honor abrasa, y quema;

que hay hombres, que aman por tema,
como otros por eleccion.
Si voy á la Iglesia, os hallo
junto á mí; si hablo de noche,
lo mismo; y si salgo en coche
me vais siguiendo á caballo:
y aunque disimulo, y callo,
es cosa fuerte, por Dios,
que sin querernos los dos,
ni vos importarme nada,
haya de estar encerrada
para haber de estar sin vos.
Huélgase cualquiera dama
de ser querida: mas esto
ha de ser con presupuesto
que no se ofenda su fama,
ni su gusto; que si ama,
y acaso es muger de bien,
no hay disgusto que la den
de mas pena y mas dolor,
que trataria de otro amor,
cuando está queriendo bien.
Esto es decir, que estorbais,
que para un discreto sobra;
porque me haceis mala obra,
y pesadumbre me dais.
Viendo, pues, que porfiais,
y que no aprovecha nada
lo que os dijo esa criada,
aspiro al lograrlo yo
si por vuestra dama no,
por muy vuestra aficionada.

Don Diego.

Vos me mandais una cosa,
muy fácil, al parecer,

y en cuanto á mí, ha de ser...

Doña Elena.

¿Qué ha de ser?

Don Diego.

Dificultosa.

Doña Elena.

¿Pues por qué, si desdeñosa
con claridad os confieso
que á otro quiero bien?

Don Diego.

Por eso;
porque dar gusto no es bien
á quien con tanto desdén
me quiere quitar el seso.
Esos zelos, bella Elena,
solo sirven de incitarme;
que es errar la cura darme
para curarme mas pena.

Doña Elena.

¿Pues decid, qué ley ordena
que haya por fuerza de veros,
de admitiros y quereros?

Don Diego.

¿Y qué ley manda tampoco,
que vos me tengais en poco,
y haya yo de obedeceros?

Doña Elena.

Yo pido lo que es muy justo.

Don Diego.

¿Qué mas justo que mi amor?

Doña Elena,

Eso es quitarme el honor.

Don Diego.

Y esotro quitarme el gusto.

*

Doña Elena.

Tiene mi galan disgusto.

Don Diego.

Yo tambien, que estoy zeloso.

Doña Elena.

El pretende ser mi esposo.

Don Diego.

Yo tambien lo he pretendido.

Doña Elena

Por eso el otro ha vencido.

Don Diego.

Por eso estoy envidioso.

Doña Elena.

¿Pues si soy suya, en efecto,
qué es lo que pensais hacer?

Don Diego.

Solamente conocer
quien es galan tan secreto;
porque ya que mi respeto
con vos me tiene encogido,
quiero vengarme atrevido
en quien mi dicha interrompe,
como quien los naipes rompe
con que ha jugado, y perdido.

ESCENA II.

Dichos, don Juan y Luquete.

Doña Elena.

El es hombre que sabrá...
pero ya no sabrá nada. *ap.*

Beatriz.

¿Qué tienes?

Doña Elena.

Estoy turbada,

porque allí don Juan está.

Don Diego.

Gente viene, y no será
razon que os hallen aquí.

Don Juan.

¿No es aquel don Diego?

Luquete.

Sí.

Don Juan.

Bien nos dijo don Fernando.

Luquete.

Con una dama está hablando.

Doña Elena.

Haced aquesto por mi.

Don Diego.

Yo me iré; mas advirtiendo
(aunque sea descortés)
que he de conocer quien es
vuestro amante.

Doña Elena.

Ya os entiendo.

Don Juan.

Finalmente, yo pretendo
decirle, que Elena es mia;
y castigar su osadía.

Luquete.

Ya se despiden los dos.

Don Diego.

Pues á Dios, Elena.

Doña Elena.

A Dios.

¡Muerta estoy!

ESCENA III.

Dichos menos don Diego y Fabio.

Luquete.

Ya se desvia;
mas espera que se aparte
de estas ninfas algun trecho.

Doña Elena.

Tápate.

Beatriz.

Muy bien se ha hecho.

Doña Elena.

Y ven por esotra parte: (1)
¡mas ay!

Beatriz.

No hay que recelarte.

Doña Elena.

Si hay, Beatriz, porque en la accion
de don Juan (¡qué turbacion!)
parece que vá tras él.

Luquete.

Ya yo estoy como un papel.

Don Juan

Ahora es buena ocasion:
ven, Luquete.

Doña Elena.

Una muger
tiene un negocio con vos.

Luquete.

Va á matar á aquellos dos;
y ahora no puede ser;
estad cierta, que á poder

---

(1) *Quierense ir por enmedio.*

tuviera á dicha el mandarme. (2)

Doña Elena.

Ahora habeis de escucharme
por la vida......

Don Juan.

No jureis.

Doña Elena.

De la dama que quereis.

Don Juan.

¡Hay tal modo de forzarme!

Doña Elena.

Mirad que importa á su honor.

Don Juan.

Antes con esto la obligo;
pues matando á su enemigo,
será venganza, y amor.

Doña Elena.

No será sino rigor;
porque en iguales balanzas,
su amor, sus desconfianzas,
y sus penas estarán,
que con riesgo del galan,
ninguna quiere venganzas.

Don Juan.

Dejadme.

Doña Elena.

Ya estais cruel.

Luquete.

Y basta; ¿por que no viene,
me reporta, y me detiene?

Beatriz.

Porque se detiene él.

---

(1) *Al irse don Juan, vuelve á salir doña Elena, y detienele.*

Don Juan.

Luquete, vé tú tras él,
y dile......

Doña Elena.

Tenle, Beatriz.

Don Juan.

¿Beatriz?

Luquete.

¡Oh suerte infeliz!

Don Juan

Luego vos......

Doña Elena.

La lengua erró,
soy esclava vuestra.

Don Juan.

Y yo
el hombre mas infeliz.
¡Cielos, que es lo que estoy viendo!

Doña Elena.

Una múger, que tu vida
asegura enternecida,
y está tu riesgo temiendo.

Don Juan.

No está sino previniendo,
para mas presto acabarme,
la muerte que intenta darme;
porque en tan ciertos desvelos
detenerme y darme celos,
es lo mismo que matarme.
¿Tú hablando con mi enemigo?
¿Tú en el campo? ¿Tú tapada?
Tente, no me digas nada,
basta lo que yo me digo;
pues cuando mi amor contigo
mas piadoso quiere ser,

es fuerza haber de creer
(segun lo que viendo estoy)
que lo que es hablarse hoy,
fue diligencia de ayer.
¡Mal haya yo, que creí
lágrimas que perlas fueron!
pero falsas me salieron,
porque ya se usan así.
Mil veces llorar te ví;
mas esto no te acredita,
pues de suerte se egercita
el llorar entre vosotras,
que de ver llorar á otras,
llorais en una visita.
Viendo tanto suspirar,
dí crédito á tu desden,
que siempre un hombre de bien
fue muy facil de engañar:
mas de aqui vengo á sacar,
pues con ofensas tan claras
dama de dos te declaras,
que si el mudarse es deleite,
la condicion, no el afeyte,
os hace tener dos caras.
!Qué no vence la porfia
claro está, tú te rendiste;
muger como todas fuiste,
pues le hablaste siendo mia.
Dirás, que fue en cortesía;
mas yo lo entiendo al revés,
porque ya en las damas es
razon de estado admirable,
para encubrir lo mudable,
valerse de lo cortés.
Mas yo la culpa he tenido,

pues solo atento á tu honor,
he consentido su amor,
y mi agravio he consentido:
mil locuras he sufrido,
solo por hacer alarde
de mi amor; mas ya, aunque tarde,
conozco, por lo que peno,
que aun cuando importa, no es bueno
andar un hombre cobarde.
Mas yo volveré por mí.

Doña Elena.

¿Puedo hablar agora yo?

Don Juan.

¿Querrás detenerme?

Doña Elena.

No.

Don Juan.

¿Querrás disculparte?

Doña Elena.

Si.

Don Juan.

No hay disculpa á lo que ví.

Doña Elena.

Hartas él amor me ofrece.

Don Juan.

Quien escucha no aborrece

Doña Elena.

Si; ¿mas quien oye, y no escucha?

Don Juan.

¿Pues hay diferencia?

Doña Elena.

Mucha,
aunque no te lo parece.
Oir es una pasion
en que todos convenimos,

sin tener, en lo que oimos,
ni alvedrio, ni eleccion:
mas escuchar, dice accion
en gusto propio; y asi,
yo que vine aquí sin mí,
aunque con don Diego hablé,
le oí mas no le escuché;
porque sin gusto le oí.

Don Juan.

Con eso te condenáste,
porque si á verle saliste,
no fue que acaso le oiste,
sino que tú le buscaste.

Doña Elena.

Si; pero el fin ignoráste;
que si á buscarle salí,
fue para pedirle aquí,
que me dejase; de suerte,
que aun lo que pudo ofenderte,
vino á ser fineza en mí.

Don Juan.

Elena, cierra los labios,
que es rebentar de muger,
el quererme hacer creer
por finezas los agravios:
y así los medios mas sabios
para vengarme, han de ser
dejarte, sin atender,
ni á mi amor, ni á tu mudanza;
porque no hay mayor venganza,
que dejar á una muger,
que á don Diego......

Doña Elena.

¿Dónde vás?

Don Juan.

A matarle.

Doña Elena.

Oye primero.

Don Juan.

¿Qué he de oir?

Doña Elena.

Lo que te quiero.

Don Juan.

Ya lo he visto.

Doña Elena.

Necio estás.

Don Juan.

Déjame.

Doña Elena.

No puedo mas.

Don Juan.

¿Qué quieres?

Doña Elena.

Satisfacerte.

Don Juan

¿Cómo puede ser?

Doña Elena.

Advierte.

Don Juan.

Suelta la capa.

Doña Elena.

Es en vano.

Don Juan.

¡Ah desleal!

Doña Elena.

¡Ah, tirano!

Don Juan.

Esto es matarme.

Doña Elena.

Es quererte.

Don Juan.

No me has de engañar.

Doña Elena.

Ni quiero.

Don Juan.

No me has de ver.

Doña Elena.

Eso sí.

Don Juan.

A Dios.

Doña Elena.

Iréme tras tí.

Don Juan.

¿Dónde?

Doña Elena.

Donde vivo y muero.

Don Juan.

¿Y don Diego?

Doña Elena.

¡Qué esto espero!

Don Juan.

Tú le hablaste.

Doña Elena.

No fue amor.

Don Juan.

¿Quién lo dice?

Doña Elena.

Mi dolor.

Don Juan.

Déjame, pues yo le vi.

Doña Elena.

Amor, vuelve tú por mí.

Don Juan.
Quítame la vida, honor.

ESCENA IV.

DECORACION DE SALON.

Lisardo y Octavio.

Octavio.
¿A mí me encubres el pecho?
Lisardo.
Gasto, Octavio, mal humor.
Octavio.
¿Pues mi lealtad, qué os ha hecho?
¿Qué os ha debido mi amor?
Lisardo.
Tengo el pecho muy estrecho.
¡Ay Flora! ¡Ay muger! ¡Ay fiera! *ap.*
¡pluguiera al cielo, pluguiera
á Dios, que cuando te ví
muriera, para que así
conmigo mi amor muriera!
Octavio.
¡Notable melancolía!
Lisardo.
Antes casi á pensar vengo,
segun crece cada dia,
que es tristeza la que tengo
causada de culpa mia.
El melancólico ignora,
puesto que suspira, y llora,
la causa porque suspira;
mas no el triste, que la mira
como yo la miro ahora.

Octavio.

¿Pues qué sentís?

Lisardo.

Un dolor,
una ansia, una voluntad,
y un melancólico amor,
que cuando es enfermedad,
es la enfermedad mayor.
La mas fuerte calentura
con su contrario se cura,
y tiene principio y medio:
mas ¡ay de aquel que el remedio
en su mismo mal procura!
pues que sintiéndome arder
de haber visto una muger,
para haberme de templar,
ó me tengo de matar,
ó la he de hablar ó ver!

Octavio.

Todo el dinero lo acaba.

Lisardo.

Antes el alma sospecha
que no aprovecha esa aljava.

Octavio.

¿En Madrid, y no aprovecha
el dinero? ¡Cosa rara!

Lisardo.

Pues escuchad y vereis
lo que me pasa en Madrid
despues que vine.

Octavio.

Decid.

Lisardo.

Avisad cuando os canseis.
Luego que por Madrid dejé á Zamora,

pasando acaso por su plaza, en ella
al salir el aurora, vi una aurora,
con quien el sol aun era poca estrella;
porque iba entonces tan gallarda Flora,
que solo ella competia con ella,
y si por dicha no la aventajaba,
era porque respeto le guardaba.
Amanece en Provincia cada dia,
puesto un jardin de diferentes flores,
á quien los coches hacen armonía,
que son de este jardin los ruiseñores;
tiene una fuente, que sonora y fria,
de las flores murmura, y sus colores,
y tal vez de otras cosas en su modo,
que bien tiene de qué si lo vé todo.
Aquí llegó esta dama, y yo gozoso
llegué tambien por verla y conocerla;
porque iba tan de sol su rostro hermoso,
que hubo pimpollo que se abrió sin verla;
escogió el ramillete mas curioso,
que fué en su mano como nieve en perla,
y entonces murmuró la fuente fria,
de ver comprar lo mismo que tenia.
Seguila hasta su casa con prudencia,
y de su estado me informé en secreto,
que no es fineza, no, la diligencia,
cuando pasa las leyes del respeto:
un año, y mas, sufrí su resistencia,
que es mucho en este tiempo, y en efecto
cansada, ó lastimada de mi muerte,
una noche me dijo de esta suerte:
escarmientos, señor, de amigas mias,
que del amor se quejan mal pagadas,
y de los hombres lloran tiranías,
mas en mudanza, que en razon fundadas;

tan cobarde me tienen estos dias,
temiendo ser (¡ay Dios!) de las burladas,
que me he resuelto, aunque mi edad se asombre,
á no querer jamás á ningun hombre.
Mas porque no penséis que soy ingrata
á tanto amor, como mostrais tenerme,
mi honor dispensa, determina y trata,
que dentro de mi casa podais verme:
pero porque mi pecho se recata
de querer, aunque lleguen á quererme,
ha de ser condicion para obligarme,
que en materia de amor no habeis de hablarme.
Yo tengo por verdad acreditada
(bien puede ser engaño) que no hay hombre
que trate á una muger verdad en nada;
porque para mentir les basta el nombre;
y mientras yo no estoy desengañada,
cosa no he de escuchar que amor se nombre;
y si de esta manera pensais verme,
lo mismo será verme que perderme.
Yo, entonces, viendo lo que puede el trato,
consiento en el partido; en fin la veo,
si bien con tal silencio y tal recato,
que parece que ya no la deseo:
mudo á mi pena, y á mi amor ingrato,
por no enojarla con mi amor peleo,
y callo amando, si hay galan que pueda,
teniendo amor, tener la lengua queda.
Las razones tal vez articuladas
retiro atrás, y su sentido trunco,
aunque salen algunas tan formadas,
que casi entre los dientes se oye el eco:
mas como en aire quedan transformadas,
y el aire viene á ser húmedo y seco,
á su esfera se vá, que son los ojos,

y las que voces fueron, son enojos.
Mira si es harta causa de tristeza
amar á un mármol, á una nieve, á un yelo,
á un peñasco, á un diamante, á una belleza,
que nació para bien, y mal del suelo:
penando está en su cielo mi firmeza,
que aunque implica penar, y ver el cielo,
bien facil esta enigma se declara,
con probar su rigor y ver su cara.

Octavio

¡Por Dios, que es muger notable!

Lisardo

Y mas pára quien la adora,
pues me abrasa y me enamora,
sin permitirme que hable.
Mas ella sale á este lado:
podeis estar retirado,
que yo sé que si la veis
mi voluntad disculpeis. (1)

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DOÑA FLORA.

Dichos, é Isabel y Juana criadas, y detrás Flora muy bizarra.

Juana

Sin causa te has enojado.

Flora

No me teneis que pedir;
Laura no me ha de servir,
que no quiero yo criada
que haya estado enamorada.

(1) *Apártanse á un lado.*

*

Hoy de casa ha de salir.

Juana.

Por eso ya no lo está,
despues que está en tu poder.

Flora.

Mira; quien amó, amará,
y basta poder querer
para que me canse ya.
Quien ha de vivir conmigo
á los hombres (yo lo digo)
ha de tratar tan severa,
como si cualquiera fuera
su capital enemigo.

Isabèl.

Eso se debe entender
solo con algunos hombres,
que hay de tan ruin proceder,
que murmuran nuestros nombres,
y deshacen nuestro ser.

Flora.

Y con todos; porque está
tan mal con ellos mi pecho,
que á todos castigará,
al malo porque lo ha hecho,
y al bueno porque lo hará.

Octavio.

¡Por cierto, bizarra dama!

Lisardo.

Si; mas su rigor la infama.

Flora

¿Tú estabas aquí, Lisardo?

Lisardo.

Solo en verte me acobardo,
que teme mucho quien ama: *ap.*
¿Y cómo te vá de amor?

quiero decir, ¿de olvidar
á los que te quieren bien?

Flora.

Siempre es uno mi desdén.

Lisardo.

Y uno tambien mi pesar. *ap.*
No sé si tienes razon.

Flora.

¿Por qué no, si todos mienten?

Lisardo.

Eso es solo presuncion.

Flora.

¿Si lo que dicen no sienten,
qué mejor informacion?
Hoy he hallado en estas rejas
seis papeles arrojados
llenos de amores y quejas;
que ya que no mis criados
tienen mis rejas orejas.
Y mas por curiosidad
que por tener voluntad,
los seis papeles pasé,
y en todos ellos no hallé....

Lisardo.

¿Qué no hallaste?

Flora.

Una verdad;
y sino, veislos aquí
que ellos hablarán por mí. *Dale los papeles.*

Lisardo.

Con ellos vencerte espero:
este es el papel primero.

Flora.

Ya lo escucho.

Lisardo.

Dice así.

Despues que vi tu hermosura,
despues que fui sus despojos,
despues que amé sin ventura,
y despues que de tus ojos
adoré la lumbre pura,
estoy tan muerto...

Flora.

Detente,
y no pases adelante,
porque ya ese amante miente;
porque á estar muerto ese amante
no sintiera como siente.

Lisardo.

Dícese, Flora, morir
aquel penar, y afligirse
un hombee dentro de sí.

Flora.

Dícese, mas no es así:
¿luego es mentira decirse?
Pasa al segundo.

Lisardo.

¡Ah tirana! *ap.*
Yo os vi ayer á una ventana,
y hoy por vos me veo arder.

Flora.

Ya no le queda que hacer
á ese tal para mañana.

Lisardo.

¿Luego no suelen juntarse
las estrellas, y mirarse
de trino en galan y dama?

Flora.

Eso inclinarse se llama,

no, Lisardo, enamorarse;
basta el ver, para tener
solamente inclinacion:
mas para haber de querer
con fundamento, y razon,
mas es menester que ver;
porque el trato, la cordura,
la condicion, la blandura,
el donaire, y el hablar,
suele á un hombre enamorar
mas que la misma hermosura.
Y supuesto, que ha faltado
trato, gusto, amor, y agrado,
tambien aqueste ha mentido;
pues dice que me ha querido
antes de haberme tratado.
Aquesto no es ser cruel,
sino querer acertar,
y serme á mi misma fiel.

Lisardo.

Es condicion singular.

Flora.

Vaya el tercero papel.

Lisardo.

Si de vuestro sol divino
matan los rayos...

Flora.

¿Tan presto
con el sol á topar vino?

Lisardo.

¿Tambien es mentira aquesto?

Flora.

Es muy grande desatino.

Lisardo.

¿Por qué?

Flora.

Porque es cosa clara,
que si yo como el sol fuera,
pues él al sol me compara,
no hubiera quien me quisiera,
ni á la cara me mirára;
fuera de ser un favor
tan comun como el amor.
¿Dime, qué tiene que ver
con el sol una muger?

Lisardo.

Ser la alabanza mayor.

Flora.

No hay tal.

Lisardo.

¿Pues dí, cuanto vemos,
á su luz no lo debemos?
¿No nos calienta?

Flora.

Eso es llano:
mas en llegando al verano,
¿de ese calor qué diremos?

Lisardo.

No habrá cosa que no sea,
si con tal rigor se mira,
mentira para tu idea.

Flora.

¿Pues si para mí es mentira,
por qué quieres que lo crea?

Lisardo.

Buena es la ocasion qué veo *ap.*
para decirla mi pena,
sin que culpe mi deseo.

Flora.

Vaya el cuarto.

Lisardo.

Bien se ordena: *ap.*
quiero fingir que le leo.
Dos años ha que os obligo,
tan humilde y tan contento,
que aun lo que siento no digo;
porque todo lo que siento
se queda siempre conmigo.
Ni por muerto me juzgué,
ni os amé luego que os vi,
ni sol tampoco os llamé;
y pues que nunca os mentí,
ya se vé lo que querré.

Flora.

O la memoria he perdido,
ó este papel no he leido;
pero ya la firma aguardo.

Lisardo.

La firma dice, Lisardo.

Flora.

Y Lisardo el atrevido.

Lisardo.

¿Tanto atrevimiento es,
para quien muere callando,
leer un papel tan cortés,
cuando estoy muriendo, y cuando
has escuchado otros tres?

Flora.

Los otros no están aquí,
y así tienen mas disculpa,
qué tú para hablarme así;
porque consiste la culpa
en ser delante de mi.
El escribir en quien ama,
respeto, y temor se llama;

que aunque un papel se recibe,
no todo lo que se escribe
puede decirse á la dama.
Mas para que no te alterés,
ni culpes en tu fortuna
nuestros varios pareceres,
que siempre lo que hace una
pagan todas las mugeres,
respondo, que tú tambien
estás, Lisardo, mintiendo;
porque no es quererme bien
hablarme en lo que me ofendo,
conociendo mi desden.
Y pues pasas del concierto,
aun que tengo por muy cierto,
que ni al sol me has comparado,
ni aun un dia me has amado,
ni te has tenido por muerto;
no quiero que mas me veas,
porque tan libre no seas,
cuando á hablarme te dispongas,
que á mis preceptos te opongas,
y tus papeles me leas. *vase.*

Lisardo.

Oye, mira, escucha, advierte,
ténla, Isabel; ténla, Juana.

Isabel.

¡Qué desdeñosa! *vase.*

Juana.

¡Qué fuerte! *vase.*

Octavio.

¿Qué dices?

Lisardo.

Que esta tirana

busca, sin duda, mi muerte.

Octavio.

¿Y, en fin, qué piensas hacer?

Lisardo.

Sufrir, callar, y querer,
hasta que el amor la inspire,
que en el espejo se mire,
y conozca que es muger.
Porque la fiera mas fiera,
al cabo de la jornada,
se rinde, aunque nunca quiera,
ya que no de enamorada,
de agradecida siquiera.

ESCENA VI.

Sala en casa de doña Elena.

Doña Elena y Beatriz.

Doña Elena.

¿Qué hora será?

Beatriz.

Son las diez.

Doña Elena.

¿Las diez, y don Juan no viene?
¿Las diez y falta don Juan
mas ahora que otras veces?
No sé qué me dice el alma.

Beatriz.

No te apasiones, ni alteres;
que hacer estos ferriones
un hombre, que zelos tiene,
es la cartilla de amor
hasta que el enojo cese.
Entren buenos de por medio,

vayan y vengan papeles,
llueva Dios satisfacciones,
haya pliegues, y mas pliegues,
y al cabo de cuatro dias
alguna amiga os concierte,
que es la postrera estacion
de todos los penitentes.

Doña Elena.

Este don-Diego ha de ser
mi destruccion; él pretende
darme la muerte, sin duda,
á título de quererme.
Yo le he escrito, yo le he hablado,
yo he avisado á sus parientes,
yo le he llevado por mal,
y yo he hecho, finalmente,
todas cuantas diligencias
pueden en el mundo hacerse;
y no aprovechan con él
ruegos, lágrimas, desdenes,
persuasiones, ni amenazas;
y luego dirá la gente,
que si porfian los hombres,
es porque dán las mugeres
ocasion á que porfien.

Beatriz.

Conforme los hombres fueren;
que hay amantes espantajos,
que se estarán herre, herre,
mareando las esquinas,
y gastando las paredes
todo el dia en una calle,
sin mas fruto que molerse,
y moler á cuantos pasan...
Mas tente que me parece,

que siento ruido aqui fuera.

Doña Elena.

¡Ay Dios, si mi dueño fuese!

ESCENA VII.

Dichas y Luquete.

Luquete.

Sudando, vengo, por Dios.

Beatriz.

No es don Juan, mas es Luquete.

Luquete.

¿Señora?

Doña Elena.

¿Pues como solo?

Luquete.

Como hay gran mal.

Doña Elena.

¿De qué suerte?

Luquete.

Ya viste que mi señor...

Doña Elena.

Ya ví que estuvo impaciente
aquesta tarde.

Luquete.

Pues luego
que el sol empezó á envolverse
en mantillas de oro, y grana,
y el mismo que fue á las nueve
barba roja de las flores,
á las de la noche siete,
empezó con poca luz
á barbar castañamente;
que vuelto en nuestra vulgata
todo aquesto decir quiere

que al anochecer se fue.

Doña Elena.

Acaba; no me atormentes
con dilaciones tan frìas,
ni con pausas tan crueles.

Luquete.

Luego, pues, que llegó á casa,
mirando al cielo unas veces,
y otras mirando á la tierra,
como jugador que pierde
una trocada, despues
de perder cuarenta suertes
derechas, tomó recado
de escribir sobre un bufete,
y escribió cuatro renglones,
que fue milagro leerse;
pues caballero, y turbado
con este nuevo accidente,
ya se vé que letra haría:
y cerrando el tal billete,
me mandó darle á don Diego
sin que nadie lo entendiese.
Díle, y dióme la respuesta,
que fue compendiosa y breve;
leyóla, y mas indignado
que cuarenta Luciferes,
el rostro descolorido,
y el sombrero hasta la frente,
en una mano el broquel,
y en otra la de me fecit,
yo voy á reñir, me dijo,
con don Diego de Meneses;
no digas palabra de esto
á nadie; porque si fueses
tan necio, que lo digeras,

aunque piedad te moviese,
las piernas te cortaría...
Y sin bastar á tenerle
el ponerle por delante,
que era forzoso perderte,
mas resuelto que un cochero,
que es cuanto decirse puede,
echó por la calle abajo.

Doña Elena.

¡Ay, Beatriz, cierta es mi muerte!
Bien mi triste corazon,
bien, aunque confusamente,
parece que me decia
todo lo que me sucede.
¿Mas tú, dí, porque no fuiste
con él?

Luquete.

Ha de suponerse,
que tambien don Diego irá
á reñir únicamente.

Doña Elena.

Y si en el campo le esperan
con don Diego, seis, ó siete,
desgracia, que ha sucedido
en el mundo muchas veces,
¿no fuera bueno, cobarde,
que su vida defendieses?

Luquete.

No ves que hay descomunion
contra el hombre que saliere
al campo desafiado.

Beatriz.

Mi Luquete, aunque es valiente,
es temeroso de Dios.

Doña Elena.

Ahora bien, cuando se pierde
la vida, el honor, y el gusto,
no hay respetos que aprovechen:
mi tio queda durmiendo,
y cuando acaso despierte,
no he de ser tan desgraciada
(aunque en todo lo soy siempre)
que me busque. Ven, Beatriz.

Beatriz.

¿A dónde?

Doña Elena.

A ver si parecen
por el campo, ó por las calles;
y si los hallo, á meterme
yo misma por las espadas,
para que de mí se venguen;
pues yo, que la culpa he sido,
soy quien la pena merece.

Beatriz.

Ya yo dejo los chapines.

Doña Elena.

Asi vamos bien.

Luquete.

Advierte:
que si sabe mi señor,
que yo lo he dicho: ya entiendes.

Doña Elena.

Vè tú delante.

Luquete.

Ya voy.

ESCENA VIII.

Dichos y don Juan alborotado.

Don Juan.
¿Pues á donde de esta suerte?
Luquete.
Ahora, á ninguna parte.
Doña Elena.
¿Pues qué no me vés? Á verte,
por no acostarme sin tí.
Mas tú (¡ay Dios!) ¿de dónde vienes?
¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado?
Don Juan.
¿Pues estando aquí Lúquete,
no lo sabes?
Luquete.
No lo sabe;
porque no soy hombre....
Don Juan.
Tente,
que no vengo para gracias.
Doña Elena.
Antes está tan rebelde,
que nada quiere decirme;
porque mas me desespere.
¿Parece que estás turbado?
Don Juan.
Bien la ocasion lo merece.
Doña Elena.
¿Acaso vienes herido?
Don Juan.
En el alma solamente.

Doña Elena.

¿Desengañóte don Diego?
¿Hablástele claramente?
¿Salió solo al desafio?
¿Dió palabra de no verme?
¿Qué dices? ¿No me respondes?

Luquete.

Conmigo la tema tienes.

Don Juan.

¿Y es esto no saber nada?

Luquete.

Por mi si, que las mugeres
en llegando á enamorarse,
para saber lo que quieren
menean muy bien las habas.

Doña Elena.

El alma, señor, á veces
adivina los peligros,
y las desdichas previene.

Don Juan

¿Pues cómo no sabe el alma,
que aunque ahora vengo á verte,
para siempre me has perdido?

Doña Elena.

¿Qué es perderte para siempre?

Don Juan.

No verme, Elena, en tu vida;
escucha en palabras breves.
Yo sufrí de mi enemigo
las porfias descorteses,
rogásteme que callase,
callé por obedecerte,
pensé que se rendiría
su porfia á tus desdenes;

mas no debieron de ser
los desdenes muy crueles;
que esto de veros queridas,
de manera os desvanece,
que aun á los hombres mas viles
agradeceis que os festejen.
Finalmente aquesta tarde
(¡O quién en lance tan fuerte,
como el triste Belisario
de sangre pura dos fuentes
en lugar de ojos tuviera,
para cegar de repente!)
te hallé con él en el campo,
la causa, el cielo la puede
solamente averiguar;
lo que yo ví claramente
es, que don Diego te hablaba,
que tú muy hermosa eres,
que él era mozo, y galan,
que saliste á hablarle y verle,
que estabas con él á solas,
que la ocasion era fuerte;
si es agravio no lo sé,
solo sé que lo parece.
Celoso, pues, y ofendido,
le supliqué que se viese
conmigo ahora en el campo;
salió, conocíle, habléle,
dile cuenta de mi amor,
respondióme secamente,
desnudamos las espadas,
y quiso, Elena, mi suerte,
que le alcanzase una punta,
y que la vida perdiese;
que una cosa es tener dicha,

y otra ser uno valiente.
Esto es todo lo que pasa,
y antes que llegue á saberse
que yo he sido el homicida,
vengo á decir que te quedes
sin mí, para muchos años,
y á que conozcas que tienes
la culpa de esta desgracia.
Y con esto, á Dios; que puede
costarme, Elena, la vida
un instante detenerme.

Doña Elena.

¿Y á mí que me ha de costar,
cuando te pierdo, y me pierdes
sin mas culpa que adorarte?

Luquete.

Mal caso, Beatriz, es este.

Beatriz.

Y mas para quien te amaba.

Doña Elena.

Vete, por Dios, vete, vete;
porque aun palabras no tengo
para poder responderte.

Don Juan.

Tú Luquete......

Luquete.

Ya te escucho.

Don Juan.

Vé á casa, y sin detenerte
me trahe aquí dos caballos.

Luquete.

Partiré como un cohete.

Don Juan.

Hoy pierdo á Valladolid.

Doña Elena.
Hoy quedo á morir ausente.
Luquete.
Hoy comeré sin Beatriz.
Beatriz.
Hoy beberé sin Luquete.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE LISARDO.

Don Juan y Luquete.

Don Juan.

¡Lindo Lugar!

Luquete.

Estremado,
aunque gozado de noche,
y eso á caballo, ú én coche.

Don Juan.

Eso la vida me ha dado.
En Valladolid maté,
de amor, y de celos ciego,
(¡ lance forzoso!) á don Diego;
ya lo sabes.

Luquete.

Ya lo sé.

Don Juan.

Salí de Valladolid,
temiendo mayores males,
y en dos dias no cabales
nos pusimos en Madrid,
donde encontré con Lisardo,
que es el amigo mayor,
de mas brío y mas valor,
mas discreto y mas gallardo
que tuve en toda mi vida;
y contéle lo que pasa.

Luquete.

Bien se vé, pues en su casa
nos hizo tal acogida.

Don Juan.

Pensé por Madrid andar
sin ser de nadie notado;
mas hémonos informado
que hay en aqueste lugar
muchos parientes y amigos
de don Diego de Meneses;
y así vá para tres meses,
por escusar enemigos,
que de este cuarto no salgo
sino es de noche, ó en coche.

Luquete.

En fin, tu dia es la noche.

Don Juan.

De su obscuridad me valgo,
si bien en faltando el gusto,
no hay cosa que bien parezca,
ni fiesta que se apetezca.

Luquete.

Ese pesar es muy justo,
si es por Elena, señor.

Don Juan.

¿Pues por quien pudiera ser?
¿Hay en el mundo muger
como Elena?

Luquete.

¡Bravo amor!

Don Juan.

¡Si tú la vieras, en tanto
que por los caballos fuiste,
aquella (¡ay Dios!) noche triste
que ella y yo perdimos tanto!

Díjome: mi bien, espera;
respondí, mi mal, no quiero;
y descompuesto y grosero
á tomar fuí la escalera:
mas ella con la congoja,
llorosa de mi desdén,
porque hay lágrimas tambien
que el corage las arroja,
dando suspiros al aire,
y cargada de razon,
un pesia mi corazon
dijo con tanto donaire,
que á verla volví y la dije
mirando ácia la pared:
¿Qué quiere vuesa merced
que así me mata y aflige?
Y como los niños suelen
cuando su enojo señalan
llorar mas si los regalan,
y de sus ansias se duelen;
así sus divinos ojos,
que ya estaban rebentando
en mirándome mas blando
declararon sus enojos;
y por sendas de coral,
que eran del amor vergeles,
empezó á regar claveles
con racimos de cristal.
Elena, en fin, de mi pena
no tuvó culpa ninguna.

Luquete.

¿Pues quién?

Don Juan.

Mi triste fortuna

Luquete.

Pues yo aseguro que Elena
aun mas que tú lo ha sentido.

Don Juan

¿Mas que yo? No puede ser.

Luquete.

Si puede, porque es muger,
y de ellas tengo entendido
(aunque las desmienta el nombre)
que en allegando á querer,
quiere cualquiera muger
muchísimo mas que un hombre;
porque, en fin, el mas amante,
ronda, visita, pasea,
juega, mira, y aun desea
divertido é inconstante:
mas una pobre señora,
que no sale por la villa,
y asida de una almohadilla,
cose lo mismo que llora,
claro está que querrá mas
y que guardará mas ley.
¿No has visto comer á un buey,
y que despues á compás
(así la vida conserva)
con un curso repetido
vuelve á rumiar lo comido
hasta topar otra yerba?
Así las mugeres son
con amór; porque en amando,
siempre están dando y tomando
en su amorosa pasion,
hasta que llegan á ver
lo que pudieran amar,
y cesando de rumiar,

vuelve el amor á comer.
Elena en un monasterio,
de su tio despreciada,
de sus deudos olvidada,
sin humano refrigerio
desde aquel suceso está:
¿ pues cómo quieres que esté
quien encerrada no vé
mas que tu retrato allá,
y las cartas que le escribes?

Don Juan.

¿ Y hago yo mas que leer
las suyas?

Luquete.

Ella es muger,
y tú por lo menos vives
en Madrid, que basta el nombre
donde solo el ver la gente
es consuelo suficiente:
juegas tu poquito de hombre,
y aun te entretienes con damas.

Don Juan.

¿ Yo con damas?

Luquete.

Tú con Flora,
que hay quien dice que te adora.

Don Juan.

Sin razon su nombre infamas,
porque es muger, que al amor
no rinde el pecho gallardo,
fuera de amarla Lisardo,
que es la respuesta mejor.

Luquete.

Por lo menos á tu ruego
(aquesto es cierto) permíte

que Lisardo la visite.

Don Juan

Meter paz no es estar ciego;
mas aquí Lisardo viene.

ESCENA II.

Dichos y Lisardo, y Fineo, criado.

Lisardo.

¿Don Juan?

Don Juan.

¿Amigo y señor?
¿Pues bien, cómo vá de amor?

Lisardo.

Don Juan, como quien le tiene
á quien no puede pagar,
porque no sabe querer.
¿Y vos, qué pensais hacer?

Don Juan.

O leer en algo, ó jugar.

Lisardo.

Antes quisiera llevaros
á alguna parte esta tarde.

Don Juan.

Tiéneme el riesgo cobarde.

Lisardo.

No teneis que recelaros,
yendo en el coche, y conmigo.

Don Juan.

Vuestro soy. Tú con Fineo,
vé por cartas al correo.

Lisardo.

En casa de Flora, dígo
que estaremos, si os parece.

Don Juan.

Yo no tengo voluntad;
guiad, elegid, mandad.

Lisardo.

Al paso que me aborrece
adoro su esta muger.

Don Juan.

Pues vencereis porfiando.

Lisardo.

Porfiando y obligando.
Vamos.

Luquete.

¿Y la vás á ver?

Don Juan.

No voy sino á acompañar
á quien es galan de Flora;
porque á Elena el alma adora.

Luquete.

Si por mí te he de juzgar,
Elena será infeliz,
y á Flora querrás mañana;
porque despues que ví á Juana
no me acuerdo de Beatriz.

Don Juan.

No es una nuestra fortuna.

Luquete.

¿Por qué, si es uno el trabajo?

Don Juan.

Porque tú eres hombre bajo
y yo soy don Juan de Luna.

ESCENA III.

Decoracion de calle.

Doña Elena, Beatriz y Magdalena, de toqueras vizcainas, y Feliciano, viejo.

Magdalena.
No hay sino tener cuidado
con los precios de las tocas.
Feliciano.
Mugeres, en fin, y locas.
Magdalena.
No habrá casa, no habrá estrado,
dama, rincon, calle ó plaza,
que no registres y veas,
sin que de ninguno seas
notada.
Doña Elena.
Discreta traza
para lo que yo deseo,
que es solo ver á don Juan.
Feliciano.
Buenas tus fortunas ván,
que aun te veo y no lo creo.
Doña Elena.
El amor me tiene así.
Feliciano.
¿Tú en Madrid, siendo quien eres?
Doña Elena.
Si erramos siendo mugeres,
ya no hay remedio.
Feliciano.
¡Ay de mí!
¡ay de mi! pues yo lo erré

en venirte á acompañar.

Doña Elena

De tí me quise fiar.

Feliciano.

Eso mi desdicha fué.

Doña Elena.

Como juzgas, Feliciano,
solo por el apariencia,
culpas mi poca prudencia,
y pensamiento liviano.
Pero si yo te dijera
que aunque me vés en Madrid,
no sabe Valladolid
que estoy de aquesta manera,
ni que he salido de allá
aunque falto tantos dias,
¿qué dirias? ¿qué dirias?

Feliciano.

Eso imposible será.

Doña Elena.

Pues para qué no te admires
(puesto que discreto eres)
y disculpes las mugeres
cuando con amor las mires,
oye, y verás, que mi amor
ha juntado en un sujeto
la voluntad, y el secreto,
la osadía, y el honor;
porque aunque mi amor es mucho,
siempre he sido lo que soy.

Feliciano.

Confuso, y atento estoy.

Doña Elena.

Escucha, pues.

Feliciano.

Ya te escucho.

Doña Elena.

Yo tuve amor; bien empiezo
para contar mis tragedias,
porque si en tener amor
todas las penas se encierran,
es echar por el atajo
para decirte mis penas,
decirte, que quise bien
á don Juan de Luna y Leiva.
No nos hablabamos, no,
por balcones, ni por rejas;
porque esto de hacer terrero,
fuera bueno, sino hubiera
malsines que lo notasen,
vecinos, y malas lenguas:
y así en tratando de amor,
para quitar la sospecha,
mas vale que entre el galan,
que no que se esté á la puerta;
porque dentro no le vén,
y le ven estando fuera;
y á veces deshonra mas
una vulgar apariencia,
que una culpa cometida,
como con secreto sea.
Por las tapias de un jardin,
que á otra calle dá la vuelta,
entraba don Juan á verme,
sin tomarse mas licencia,
que la que mi honor queria,
y le daba mi vergüenza:
si bien tal vez amoroso,
que con amor no hay ofensa,

dejando las del jardin
por comunes azucenas,
apeló para otras flores,
y puso la boca en ellas.
Dió don Diego en este tiempo
en amarme de manera,
que apasionado don Juan,
sin cordura, y sin prudencia
(que no hay cordura que valga
cuando los zelos aprietan)
le sacó una noche al campo,
y le mató. (¡gran tragedia
para quien quedó llorando
con muchos ojos su ausencia!)
Por el amor de don Diego,
que público en todos era,
y la ausencia de don Juan,
se tuvo por cosa cierta
ser don Juan el homicida,
y ser tambien mi belleza,
por quererme bien entrambos,
la causa de la pendencia;
que somos tan desgraciadas,
y mas en esta materia,
que aun la cólera de un hombre,
que por su gusto se arriesga,
quiere el vulgo licencioso
que corra por nuestra cuenta.
De aquesta injusta opinion,
cuanto á mi honor tan incierta,
hizo tal duelo mi tio
(asi la pasion le ciega)
que empezó, sin otra causa,
á tratarme de manera,
que cansada de pasar

por mil géneros de afrentas,
de su casa me salí,
y estuve en la de una deuda
seis dias, sin resolverme
á nada, por estar llena
de opuestas dificultades
la resolucion mas cuerda.
Porque volver con mi tio,
era doblarme las penas;
que enemigos, y parientes
es casi una cosa mesma.
Estarme con una amiga,
no teniendo yo mi hacienda,
fuera bueno para un mes,
aunque mas amiga fuera.
Ponerle pleito á mi tio;
porque réditos me diera
de cincuenta mil ducados,
que son mi dote, y mi herencia,
no era cosa competente
á mi estado, y mi nobleza.
Meterme en un monasterio,
hasta que don Juan volviera
con libertad á mis ojos,
fuera la accion mas honesta,
que pudiera hacer entonces
una muger de mis prendas.
Mas que don Juan en Madrid
se holgára, y entretuviera,
quizá en fee de que yo estaba
encerrada en una celda,
era tambien fuerte cosa,
y que en Madrid era cierta:
pues irme publicamente
(dijeran lo que dijeran)

con él, como con mi esposo,
aunque sé que lo desea,
era ponerme en peligro
de que mal le pareciera,
y se le entibiára el gusto,
solo en verme tan resuelta;
porque no sé que se tiene
esto de rendir las fuerzas,
que á todos en general,
aunque mas amantes sean,
las alas del corazon
se les caen cuando les ruegan.
De suerte, que indiferente
entre la duda, y la pena,
entre la muerte, y la vida,
entre el honor, y la ofensa,
estaba, como arroyuelo,
cuando al bajar por las peñas,
siendo cítara de aljofar,
y filomena de perlas,
topó al yelo en el camino,
y parando la carrera,
el que era pájaro vivo,
saltando de sierra en sierra,
queda difunto marfil,
y clavicordio sin cuerdas.
Lo que don Juan me escribia
en todas las cartas, era
encarecerme su amor,
su constancia, y su tristeza;
que como por el mentir
á nadie le sacan prendas,
en dejándose á la pluma,
á trueque de que los crean,
dicen locuras los hombres,

y mienten á rienda suelta.
En efecto, Feliciano,
despues de muchas quimeras,
trazas, desvelos, engaños,
invenciones, y cautelas,
intento ver á don Juan
en Madrid, sin que me vea,
y sin que en Valladolid
se presuma, ni se entienda;
dos cosas casi imposibles:
mas oye, porque las creas.
Tiene Beatriz una hermana,
la cual trocando en Elena
el nombre de Estefanía,
se fue, y entrambas con ella
á un convento, desde donde
escribí, dandole cuenta
á don Juan de mi clausura,
si bien clausura supuesta;
y luego avisé á mi tio,
solo para que supiera,
que estaba en parte segura,
y no hiciese diligencia
de buscarme; y advirtiendo
(por si alguien á verme fuera)
á la tal Estefanía,
que se fingiese indispuesta,
nos salimos una tarde;
y buscando una litera,
y una mula para tí,
sin que nadie lo entendiera,
nos venimos, y de cuanto
allá sucede en mi ausencia
me dá parte Estefanía,
con una sobre cubierta,

que dice á tí, por si acaso
alguien la lista leyera,
que conociera mi nombre,
y el secreto descubriera:
y las cartas, que don Juan
me escribe por la estafeta,
me las envia tambien,
y yo respondiendo á ellas,
á uno que escribe la lista
llevo luego la respuesta;
(que el oro todo lo vence,
y con su número, y señas)
entre las otras las pone;
con que parece por fuerza
escrita en Valladolid,
por el tiempo y por la fecha.
De suerte que es imposible,
que nadie en Madrid lo sepa
ni en Valladolid tampoco;
pues Estefanía queda
con mi nombre en el convento,
sin que haya quien la desmienta.
Mas viendo que he estado un mes
sin que ver á don Juan pueda
ni en prado, plaza ni calle,
fiesta, rio, ni comedia,
he llegado á imaginar
(¡plegue al cielo que no sea!)
que alguna dama en su casa,
por mas secreto le hospeda.
Y estando ayer platicando
aquesto con Magdalena,
que vive en ese aposento,
y á título de toquera,
no hay dama que no visita,

ni hay casa donde no entra,
me he determinado á andar
de esta suerte, hasta que venga
á encontrar mi dulce dueño;
mas esto con advertencia
de que soy, estando en casa,
doña Antonia de la Cerda,
y Luisa Licoalde,
vendiendo tocas de seda;
porque casi á un mismo tiempo
he de ser dama y toquera.
Esto ha sabido la industria,
esto los celos intentan,
esto solicita el alma,
esto quiere la sospecha,
esto pretende la duda,
esto alcanza la agudeza,
y esto ha podido el amor,
que cuanto quiere atropella;
porque con amor no hay cosa
que no se allane y se venza.

Feliciana.

Solo pudiera tu ingenio,
que es igual á tu belleza,
concertar tales engaños.

Doña Elena.

El amor en todo acierta.

Feliciana.

Consolado me has en parte,
aunque en el alma se queda
siempre un temor.

Doña Elena.

No hay temor
andando de esta manera;
y con Magdalena al lado,

Magdalena.

Siempre será Magdalena
amiga y esclava tuya.

Doña Elena.

No hayas miedo que lo pierdas
conmigo.

Beatriz.

¿Pues qué aguardamos,
que esta obra no se empieza?

Doña Elena.

Que Magdalena nos guie.

Magdalena.

Pues mirad, que tengais cuenta,
que en llamándome algun page,
lacayo, escudero ó dueña,
porque no vamos tres juntas,
se ha de quedar á la puerta
una de las tres.

Beatriz.

Bien dice.

Doña Elena.

Eres en todo discreta.

Beatriz.

Santigüémonos primero.

Magdalena.

Vaya en Dios y enhorabuena
por esta calle del Prado,
que es donde está la belleza
como en su centro.

Doña Elena.

Camina,
y tú Feliciano, espera;
que antes que se ponga el sol
habremos dado la vuelta.

Feliciano.

Díos te dé buena fortuna.

Magdalena. (*dice en voz alta.*)

¿Quién quiere tocas de seda?
¿Compran tocas, quieren tocas?

Beatriz.

Bueno vá si no se enreda.

Magdalena.

Anda, Luisa.

Doña Elena.

Ya te sigo.
Dulce amor, haz que yo vea,
si puede ser, á don Juan,
cuando otra cosa no sea.

Beatriz.

¿Y si le vieras con otra?

Doña Elena.

¡Ay Dios! quedárame muerta.

ESCENA IV.

SALA EN CASA DE DOÑA FLORA.

Flora.

Corazon, ¿qué novedad
es la que conmigo haceis?
¿En qué pensais? ¿Qué teneis?
Decid, decid la verdad:
mas no la digais, callad,
que si no soy la que fuí,
y despues que me rendí
tengo otro ser y otra cara,
como si con otra hablara..
tengo vergüenza de mí.
Venció amor, suya es la palma;

porque vivir sin amor,
aunque parece valor,
es desaliño del alma;
estaba mi pecho en calma,
sin bien, sin gusto y sin medra,
y buscó muro á la yedra
para que no se derribe;
que aun se cae, si no se vive,
un edificio de piedra.
Está don Juan en Madrid,
y en Valladolid Elena,
y parece que la pena
le tiene en Valladolid:
y como todo mi ardid
en no creer consistia,
que amante perfecto habia,
y tanto don Juan lo fué,
casi á un mismo tiempo amé
lo mismo que aborrecia.
Procedia mi tibieza
de temor, no de rigor;
mas quitóme este temor
ver de don Juan la firmeza;
que aunque adora mi belleza
Lisardo, sólo se llama
amante el que ausente ama,
en tiempo, que es novedad,
que aun guarde un hombre lealtad
en los brazos de su dama.
Mas !ay Dios! Ya me acobardo
en tanta dificultad;
don Juan tiene voluntad
á Elena, y á mí Lisardo:
yo peno, suspiro y ardo,
pues la garganta al cuchillo

pongo por no descubrillo;
que una principal muger
puede llegar á querer,
mas no llegar á decillo.

ESCENA V.

Flora, Isabel y Juana.

Juana.

Lisardo, aquel que te adora....

Isabel.

Lisardo, aquel que porfia......

Flora.

Decid que venga otro dia,
que estoy indispuesta ahora.
¿Viene solo? ¿Quién lo ignora?
Y querráme marear
con hablar y mas hablar.

Fabio.

Un don Juan viene con él.

Flora.

Pues ya estoy buena, Isabel;
decid que pueden entrar.

Isabel.

A ignorar tu condicion,
dijera que ese contento...

Flora.

Esto es solo cumplimiento,
no, amigas, inclinacion;
porque no fuera razon
cuando por galanteria
me viene á ver algun dia,
no dejarme hablar ni ver;
que una cosa es no querer
y otra tener cortesía.

Isabel.

Bien podeis entrar.

ESCENA VI.

Don Juan y Lisardo.

Lisardo.

¿Señora?

Flora.

En sentandoos, hablaremos.
Amor, toda soy estremos. *ap.*

Don Juan.

¡Qué discreta!

Flora.

Ahora, ahora,
á entrambos preguntaré
como estais.

Lisardo.

Yo muy contento
solo en veros: esto siento.

Flora.

¿Y vos, don Juan?

Don Juan.

No lo sé,
que como de mi cuidado
es Elena el alma y vida,
y esta ausencia desabrida
sin Elena me ha dejado;
aunque por horas la escribo,
y aunque tengo el alma allá,
hasta saber como está
no sé si muero ó si vivo:
y así, pues que solo sé
que no sé, bien respondí,
porque nunca sé de mí

mientras de Elena no sé.

Flora.

Un hombre, que cada instante
habla, y vé tantas mugeres
de tan lindos pareceres,
¿ puede ser tan firme amante?

Don Juan.

No hay quien me parezca bien.

Flora.

Buen consuelo por mi vida, *ap.*
para quien está perdida.
Cuanto al ser muger de bien,
de mas virtud y decoro,
de mas recato y mas fama,
bien creeré, si, que esa dama
merezca mas; no lo ignoro:
pero cuanto á la belleza,
el talle, el brio, el andar,
no; porque estais en lugar,
que el garbo, la gentileza,
lo prendido, y lo brillante,
tienen principio de aquí.

Don Juan.

Yo confieso, que es asi,
y que erraré como amante:
mas si la hermosura es cosa,
que la dá quien la encarece,
la que aun hombre le parece
mejor, es la mas hermosa;
y así, aunque sea menos bella,
tendrá Elena esa fortuna,
porque no puede ninguna
parecerme como ella.

Flora.

Sereis un necio.

Lisardo.

Parece *ap.*
que está Flora con cuidado,
y que casi se ha enfadado,
porque don Juan encarece
á Elena. ¿Pues que será?
Vanidad debe de ser;
que amor, fuera ser muger,
y es un mármol, claro está.

ESCENA VII.

Dichos y Luquete con unas cartas.

Luquete.

Albricias.

Don Juan.

¿Hay cartas?

Luquete.

Sí;
de Elena es aqueste pliego.

Don Juan.

Que me perdoneis, os ruego.

Flora.

¡Esto es peor, ay de mí! *ap.* (1)

Luquete.

¡Jésus, qué de garavatos!
Cada renglon de estas planas
es una sartas de ranas.

Flora.

No han de ser todos ingratos.

---

(1) *Abre el pliego don Juan, y pónese á leer, y hablan Flora. y Lisardo, y Flora está mirando á don Juan.*

Lisardo.

Yo por lo menos no puedo
serlo contigo.

Flora.

¿Por qué?

Lisardo.

Porque no tengo de qué.

Don Juan

Aquí dice: *Sin ti quedo.*

Flora.

¿Qué dices?

Lisardo.

No habla contigo.

Flora.

¡Amor no bastaba, cielos, *ap.*
sino amor, envidia, y celos!

Lisardo.

Estad en esto que os digo.

Flora.

Para quien vé lo que vé, *ap.*
es este lindo remedio. (1)

Luquete.

La virtud consiste en medio.

Juana.

¿Y es la virtud su merced?

Luquete.

Para lo que la cumpliére.

Juana.

¿Es casado?

Luquete.

Soy muy cuerdo.

---

(1) *Pónese entre las dos mozas Luquete muy recto.*

Juana.

¿Sabe de amores?

Luquete.

Me pierdo.

Juana.

¿Querráme?

Luquete.

Si me quisiere.

Juana.

¡Paréceme gran figura!

Luquete.

Grande no, figura sí.

Juana.

¿Sabes dar?

Luquete

Soldado fui.

Juana.

¿Regalas?

Luquete.

He sido Cura.

Juana.

Pues toca.

Luquete.

¡Buena señal!
Tuyo soy, pesia mis males.

Juana.

Yo gano catorce reales.

Luquete.

Yo racion de pan, y real:
á las once te veré.

Juana.

Ya me habré lavado entonces.

Luquete.

¿Hay esconce?

Juana.

Y aun esconces.

Luquete.

Yo en una cuna cabré;
porque soy un bon ami.

Juana.

Ya yo me fino y desalmo.

Luquete.

Esto es amar por ensalmo:
aprended flores de mí......

Lisardo.

¡Que te precies de tyrana!

Flora.

Mas con eso me provocas.

Magdalena. *dentro.*

¿Compran tocas? ¿Quieren tocas?

Flora.

Llama esa Toquera, Juana.

Juana.

¿Para qué?

Flora.

Para escusarme
de responder á este necio;
que á pesar de mi desprecio
da en quererme, y en cansarme,
cuando está mi voluntad
adorando á un enemigo.

Juana.

¿Ola, Toquera, qué digo? *dentro.*

Magdalena.

Luisa, que llaman.

Isabel.

Entrad
por esa puerta.

ESCENA VIII.

Dichos, doña Elena y Beatriz.

Doña Elena.

¿Quién llama?

Juana.

Mi señora.

Lisardo.

¡Gentil talle!

Beatriz.

Es por demas el buscalle.
¡Linda casa!

Doña Elena.

¡Y linda dama!
Dios guarde á su señoría,
su merced, ó lo que fuere.
¿Sois vos quien las tocas quiere?

Flora.

Yo soy.

Lisardo.

Bien por vida mia.

Doña Elena.

Pues ya sacamos la tienda.

Flora.

Y yo con gusto te escucho.

Doña Elena.

No hay sino comprarme mucho,
porque traigo linda hacienda,
y mucha; porque hallareis
tocas de Reyna, y beatillas;
gasas, velos, y espumillas,
y otras muchas: ¿cuàl quereis?

Flora.

¿Traes algun descanso?

Doña Elena.

No;
porque si yo le tragera,
para mí me le quisiera;
que tambien le busco yo.

Lisardo.

¿Còmo, siendo Vizcaina,
hablas tan bien nuestra lengua?

Doña Elena.

Porque es en Vizcaya mengua,
y entre los nobles mohina,
hablar Vazcuence jamás,
sino fino castellano.

Flora.

Bien predicas con la mano.

Doña Elena.

Si yo predico, tú estás
haciendo oficio de Preste,
revestida entre los dos. (1)

Don Juan.

Yo he leido.

Doña Elena

¡Mas, ay Dios!
¿Beatriz, no es don Juan aqueste?

Don Juan.

Direis que grosero fui.

Lisardo.

Disculpa tiene quien ama.

Flora.

Largo os escribe esa dama.

Don Juan.

No me lo parece á mí.

(1) *Acaba don Juan de leer, y vuelve la cara, y vele doña Elena.*

Doña Elena.

¡Ay, Beatriz! apenas puedo
respirar; porque el dolor,
la pesadumbre, el amor,
el sobresalto, y el miedo,
como con llave han cerrado
todas las puertas al pecho.
¡Ah, don Juan, qué mal lo has hecho!

Beatriz.

Pues un traydor de un criado,
que está en oracion mental
con la otra picarona.

Doña Elena.

El amo al criado abona.

Beatriz.

Bien dices, tal para cual.

Doña Elena.

¡Mal haya el oficio, amen! (1)

Beatriz.

Que vienes loca recelo.

Doña Elena.

¿De las tocas tienes duelo,
cuando tal mis ojos vén? (2)
Mas esto ha de ser así;
vamos presto, y tú allí enfrente
espera secretamente
á ver si sale de aquí:
y si sale vé tras él,
mientras yo me llego á casa,
y vuelvo á ver lo que pasa
con Magdalena. ¡Ah cruel,
bien pagas mi amor honesto!

---

(1) *Rompe una toca.*
(2) *Van recogiendo las tocas.*

Juana.

¿Vendeis tocas?

Doña Elena.

Ya no hay tocas.

Beatriz.

Voime volando.

ESCENA IX.

Dichos, menos Beatriz.

Flora.

¿Estais locas?

Lisardo.

Descolorida se ha puesto.

Flora.

¿Qué ha sido?

Doña Elena.

No sé de mí.

Flora.

¿Pues qué sientes?

Doña Elena.

Harto siento.

Aqui importa el fingimiento. *ap.*

Don Juan.

Luquete, llégate aquí.

Luquete.

Ya penetro lo que quieres.

Don Juan.

¿No es Elena esta muger?

Luquete.

No; mas debiéralo ser.

Flora.

No te apasiones.

Doña Elena

¿Qué quíeres,

si en una casa que entré
me hurtaron (¡infame casa!)
la mejor prenda de gasa? (1)
Yo ahora menos la eché,
y voy á cobrarla (¡ay triste!)
por la justicia, ó concierto.

Don Juan.

Si no tuviera por cierto,
que este pliego me trajiste;
que ha tres dias que está escrito;
y que Elena está encerrada,
digera.....

Luquete.

No digas nada;
que aun el pensarlo es delito.

Don Juan.

Que hasta en la voz puede ser
que se parezcan las dos.

Luquete.

Parécense, juro á Dios,
mas que el freir, y el llover.

Don Juan.

Pues si se parece á Elena,
solo por eso he de amarla,
servirla, y solicitarla.

Doña Elena.

Era la pieza muy buena.

Don Juan.

Pues decid lo que valia,
que yo pagártelo quiero.

Doña Elena.

No siento tanto el dinero,
como la bellaquería.

---

(1) *Mirando á don Juan.*

(Ya en mi los dos repararon). *ap.*
Y vive Dios, que aunque entienda
arriesgar toda mi hacienda,
puesto que me la robaron;
y aunque pensara por ello
perder, pues ya estoy perdida,
con el hacienda la vida,
que es echar á todo el sello,
he de vengarme de un hombre,
que estaba junto á un estrado,
y con capa de hombre honrado
(que tambien engaña el nombre)
apenas volví los ojos,
cuando me engañó el traidor;
porque en no viendo, el mejor
sabe hacer estos enojos:
pero yo me vengaré
si lo llego á averiguar.
Amor, no hay de que fiar, *ap.*
tambien don Juan hombre fue. *vasc.*

Don Juan.

Como es de Elena traslado,
y colérica la ví,
vive Dios que la temí.

Flora.

Gran sentimiento ha mostrado.

Lisardo.

Cuando es el caudal tan poco,
sientese cualquiera cosa.

Don Juan.

La vizcaina es hermosa;
vamos tras ella.

Luqueto.

¿Estás loco?

Don Juan.
A Dios, Lisardo, á Dios Flora;
que tengo un negocio.
Flora.
A Dios.
Lisardo.
¿Quereis que vaya con vos?
Don Juan.
Importa el ir solo ahora.

ESCENA X.

Dichos, menos don Juan y Luquete.

Flora.
¿Solo se vá? Pues decid,
¿si fuese á alguna pendencia?
Lisardo.
Pendencia no, diligencia
será de Valladolid.
Flora.
Este miedo solo nace
de ser don Juan vuestro amigo.
Lisardo.
Yo tambien lo mismo digo;
mas mirad, quien satisface
parece que está dudando
él mismo de la verdad.
Flora.
Esta es justa voluntad.
Lisardo.
Vos propia os vais despeñando,
puesto que dices que es justa;
mas yo, señora, me obligo,
pues de don Juan por mi amigo
dice vuestro amor que gusta,

á venir tan prevenido,
que traiga por mas galan
siempre conmigo á don Juan,
para ser bien recibido.

Flora.

Lisardo, aunque se reporta, *ap.*
ha entendido mi aficion.

Lisardo.

Zeloso voy con razon;
mas es de don Juan, no importa.

ESCENA XI.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan y Luquete.

Don Juan.

En aquesta casa entraron.

Luquete.

¡Valgate Dios, por muger!
¡Hay cosa tan parecida!

Don Juan.

Luquete, tan ella es,
que Elena propia á sí propia
no se puede parecer.

Luquete.

¡O milagro del pincel
soberano! ¿Mas ahora
qué es lo que habemos de hacer?

Don Juan.

Aguardarla; pero no,
porque aquí sin duda fué
donde la hurtaron las tocas
esta tarde, y puede ser
que la pierdan el respeto

si me detengo.

Luquete.

Pues bien,
¿qué determinas?

Don Juan.

Entrar,
y aun hacerselas volver.

Luquete.

Eso es tener treinta y nueve
para loco.

Don Juan.

Llama, pues.

Luquete.

¿Qué es llamar? ¿Estás en tí?

Don Juan.

Pues aparta, apártate,
que yo llamaré.

Luquete.

Repara
en que es echarte á perder,
y echarme á correr á mí. *Llama.*

Don Juan.

¿No hay quien responda?

ESCENA XII.

Dichos y Feliciano.

Feliciano.

¿Quién es?

Don Juan.

Un hombre.

Feliciano.

¿Pues qué mandais?

Don Juan.

Aquí ha entrado una muger,

que pienso que vende tocas,
y aun rayos puede vender,
á cobrar no sé qué pieza,
y aunque es poco el interes,
para una muger es mucho;
y recibiré merced
en que hagais que se le vuelva,
porque sino, puede ser...

Luquete.

Que nos volvamos á casa;
que es mi señor muy cortés.

Feliciano.

¿Toquera aquí vizcaina?
No os han informado bien.

Don Juan.

Yo mismo la he visto entrar;
mirad si me engañaré.

Feliciano

Aquí, señor, hay dos puertas,
y si acaso entró, creed,
que se salió por la otra;
que aquesta casa no es
casa donde se pudiera
semejante engaño hacer.

Luquete.

No señor.

Feliciano.

Porque aquí vive,
habrá dos años, ó tres,
doña Antonia de la Cerda,
muger muy noble, y muger
que es de don Pedro de Vargas,
caballero de Jerez.

Luquete.

Aquí no hay que replicar.

Don Juan.

Cuanto me decís creeré:
mas la Toquera está dentro,
y yo la tengo de ver.

Feliciano.

Advertid, que si don Pedro
viniese...

Luquete.

¿Qué en esto dés?

Feliciano.

Mas ya sale mi señora.

ESCENA XIII.

Dichos, y doña Elena de dama con vestido diferente.

Doña Elena.

¿Quién dá voces? ¿Qué quereis?
¿Qué descompostura es esta? (1)

Don Juan.

Yo buscaba una muger:
mas ya... ¿Luquete qué es esto?

Luquete.

¿Qué ha de ser, sino querer
volvernos á entrambos locos,
sin porqué ni para qué?

Doña Elena.

Tenme aparejado el manto; *ap.*
porque tengo de ir trás él
por si Beatriz se descuida.

---

(1) *Reparan los dos en ella.*

ESCENA XIV.

Dichos menos Feliciano.

Don Juan.
¿En fin, que es vuestra merced
mi señora doña Antonia
de la Cerda?

Doña Elena.
¿No lo veis?

Don Juan.
¿Y con don Pedro de Vargas
casada tambien?

Doña Elena.
Tambien.

Don Juan.
¿Tambien? ¿Y eso ha mucho?

Doña Elena.
Habrá
como nueve años, ó diez.

Don Juan.
¿Diez años? ¡Qué esto se diga! *ap.*

Doña Elena.
Si, porque yo me casé
(¡valgame Dios!) ¿qué año era?
así, (Dios me acuerde bien)
el año de diez y nueve:
mas decidme ¿para qué
es tan larga informacion?

Don Juan.
¿Para qué? Para perder
el juicio.

Luquete.
Y cuarenta juicios
si los pudiera tener.

Aqueste es encanto, ó es como...

Don Juan.

Alto, ello debe de ser
así, pues lo dicen todos.
Perdonad si os enojé,
que yo he venido engañado.

Doña Elena.

Mas valiéra ser cortés,
y usar de mejor estilo;
porque si amor me teneis,
como he pensado, si acaso,
sois vos, no lo dudo, quien
ronda de noche esta calle,
conquistando mi desden......

Don Juan.

¿Yo, señora?

Luquete.

Esto es mejor.

Doña Elena.

Aunque es hacerme merced,
no es cordura aventuraros,
habiendo pluma, y papel,
á quererme hablar por fuerza
donde se puede temer
el peligro de un marido;
discreto sois, yá entendeis:
mas voyme, que estoy turbada,
y puede ser, puede ser
que venga don Pedro. Á Dios:

Don Juan.

Y á vos larga vida os dé.

Doña Elena.

Mamáronla los señores;
lindamente lo trazé.

ESCENA XV.

Don Juan y Luquete.

Luquete.
¡Jesus ochenta mil veces!
Don Juan.
Tal estoy, que apenas sé
lo que me está sucediendo,
aunque lo acabo de ver.
Luquete.
Alguna vieja anda aquí,
de estas que al anochecer
vuelan por las chimeneas.
Don Juan.
No sé, Luquete, no sé;
pero lo que yo he sacado
de aquesas enigmas, es,
que Elena está en un convento,
que las cartas van á él,
que ella me responde á todas,
que es suya aquesta que ves,
que la toquera de hoy
es doña Elena tambien,
y lo mismo doña Antonia.
Luquete.
De esa suerte ya son tres.
Don Juan.
Tres son, y serán trescientas.
Luquete.
¿Pues qué remedio ha de haber?
Don Juan.
Pues perdimos la Toquera,
y lo mismo viene á ser
pretender á doña Antonia ¿

pues que de su boca sé,
que hay un galan que la mira,
y á mí me tiene por él;
y con esto, por lo menos
mis penas entretendré,
hasta salir de este encanto.

Luquete.

Dios nos alumbre con bien.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ELENA.

Doña Elena y Beatriz de damas, Magdalena y Feliciano.

Doña Elena.
¿En fin, con él has estado?
Magdalena.
Y tan loco está por tí,
que porque yo me ofrecí
solo á darte este recado,
despues de mil bendiciones,
y besamanos al uso
(¡Brava fineza!) me puso
en la mano seis doblones;
que en aqueste tiempo, es una
de las señales de juicio.
Feliciano.
No es muy diablo el tal oficio;
mas tiene buena fortuna.
Magdalena.
En fin, hablar prometí
en su voluntad contigo;
porque, si verdad te digo,
aunque de ello me reí,
fueron sus estremos tantos,
que me lastimó don Juan.
Doña Elena.
Luego los hombres dirán,

que son todos unos santos.

Beatriz.

¿Qué es santos? Hereges son:
del mejor de ellos reniego.

Doña Elena.

¿Qué estaba don Juan tan ciego?

Magdalena.

Digo que era compasion.

Doña Elena.

¿Pues qué muger ha de haber
tan loca y desatinada,
que les dé crédito en nada
viendo lo que llego á ver?
Don Juan es cuerdo, y galan,
cortés, gallardo, entendido,
puntual, y bien nacido,
y con todo eso don Juan
á un mismo tiempo enamora
á cuatro, sin lo encubierto;
á mí como á mí, esto es cierto;
y luego á Luisa, y á Flora,
y á doña Antonia tambien;
á Luisa, porque te avisa,
que hables de su parte á Luisa,
señal que la quiere bien;
á Flora, porque aquel dia
que con ella ¡ay Dios! le ví,
en sus ojos conocí
las ofensas que me hacia:
á doña Antonia, no hay duda;
pues la busca, ronda, y mira,
escribe, ruega, y suspira:
de suerte, que el que se muda
menos, y es el mas galan,
tres damas tiene sin mi;

¿pues si el mejor es así,
los otros como serán?

Beatriz.

¿Cómo? Teniendo hasta ciento,
porque dicen que un topon
no ofende la inclinacion,
no siendo cosa de asiento.

Doña Elena.

Pues si esa es ley general,
consientan nuestros errores.

Beatriz.

Luego acotan los señores,
que una muger principal,
si yerra, yerra á su costa;
y así han de amar sin errar.

Doña Elena.

¿Pues bien, qué he de hacer?

Beatriz.

Estar
como soldado de posta,
sufriendo noches, y dias,
solo con decir el nombre,
las sequedades de un hombre;
tramoyas, y picardías;
mas consuélese tu pena,
con que la que á mi me dán
es mayor; que á ti don Juan
si te ofende, es porque á Elena
en Luisa, y Antonia vé:
¿mas veme Luquete á mi
en Juana? ¿Tengo yo allí
talle, accion, mano, ni pie;
que imite á lo que pintó
el autor de las Beatrices?
¿Tengo yo aquellas narices?

¿Soy angel trompeta yo?
Ella es blanda, y yo cruel;
ella gruesa, yo sucinta;
ella lantejas, y tinta,
y yo nazuelas, y miel.
¿Pues como este desalmado
me ofende con Juana ahora?

Doña Elena.

¿Y parézcome yo á Flora?

Beatriz.

Eso no está averiguado.

Doña Elena.

Pues yo lo he de averiguar;
y mas, si mas puede ser.

Beatriz.

¿Pues qué has de hacer?

Doña Elena.

¿Qué he de hacer?
Primeramente estorbar
cuanto intentare en mi daño;
y pues me tiene en tan poco,
vengaréme en traerle loco,
mientras durare el engaño.
Hoy tengo de estar con Flora,
y he de saber, vive Dios,
si se quieren bien los dos:
y porque me han dicho ahora,
que es en Flora vanidad
no querer á nadie bien;
porque dice, que no hay quien
trate á una muger verdad;
mudando el nombre en Leonor,
tan fácil he de pintalle,
que la obligue á desprecialle,
cuando le tuviese amor.

Tú has de llevarle un papel
de otra letra, en que le avisa
Luisa, que le quiere Luisa,
y que hoy se verá con él.
Hoy llega el correo á Madrid,
y respondiendo á su carta,
le rogaré que se parta
al punto á Valladolid,
porque importa: Tú, despues
que se haya puesto la lista,
y esté ya mi carta vista,
has de darle muy cortés
de doña Antonia un recado:
diciendo que mi marido
á Granada se ha partido,
y que á mi se me ha antojado
irme al Pardo á entretener
unos dias, y podrá
si quisiere verme allá,
que es empezarle á querer.
Con esto tres cosas hago,
examino su verdad,
conozco su voluntad,
y tambien me satisfago
de la mohina, y la pena
que me dá aqueste enemigo,
ofendiendome conmigo;
pues viendo que soy Elena,
ya vizcaina, ya dama,
un original tan vivo;
admirado, y pensativo,
sin conocer á quien ama,
todo se le vá en mirarme
(haciendo discursos vanos)
yá á la boca, yá á las manos:

*

Con lo cual vengo á vengarme
dél con él, teniendo en él
el agravio, y el castigo,
pues él me ofende conmigo,
y yo me vengo con él.

Beatriz.

¡ Vive Dios, que en enredar,
cátedra puedes leer
á un mohatrero !

Doña Elena.

Una muger,
Beatriz, en llegando á amar,
tiene ingenio peregrino.

Beatriz.

Bien en el tuyo se vé.

Doña Elena.

Hoy le verás cuando esté
con Flora.

Beatriz.

El mejor camino
para saber de raiz
tus agravios ha de ser.

Doña Elena.

Pues no me ha de anochecer
sin saberlo. Ven, Beatriz,
y tú, para que te dé
el papel de la tal Luisa.

Feliciano.

Aquesto es perderme aprisa. *ap.*

Magdalena.

Yo sé que por él tendré
buenos guantes, y buen porte.

Feliciano.

Y aun una mitra tendrás.

Beatriz.

En brabas cautelas dás.

Doña Elena.

Esto se aprende en la corte.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE DOÑA FLORA

Don Juan y Luquete.

Don Juan.

Ni sé, Luquete, de mi,
ni sé lo que he de creer.

Luquete.

¡Válgate Dios por muger,
ó el diablo! para qué así
nos dejen Antonia, y Luisa,
pues son, y no son Elena.
¿Y ha de venir Magdalena?

Don Juan.

¿Pues no?

Luquete.

Yo lo tengo á risa;
porque despues de agarrar
los seis doblones, no es cierto.

Don Juan.

Ella cumplirá el concierto.

Luquete.

O el perro habrá de ladrar:
pero aqui viene Lisardo.

ESCENA III.

Dichos y Lisardo.

Lisardo.

¿Don Juan?

Don Juan.

¿Amigo?

Lisardo.

¿ No entrais ?

Don Juan.

He aguardado á que vengais.

Lisardo.

¿Por qué ?

Don Juan.

Porque me acobardo
de entrar yo sin vos, á donde
solamente entro por vos.

Lisardo.

Mil años os guarde Dios ;
pero mi amor os responde
que estan las cosas de modo,
que aunque yo el primero fuera
que viniera, ser pudiera
que os aguardára, yo y todo ;
porque aunque soy de los dos
quien mas parte tiene aquí ;
mejor podeis vos sin mí,
que yo puedo entrar sin vos.

Don Juan.

Enigmas son, que no entiendo.

Lisardo.

Pues yo me declararé.
Flora os quiere, y yo lo sé.

Don Juan.

Pues á Dios.

Lisardo.

¿ Qué haceis ?

Don Juan.

Pretendo
con no volver mas aquí,
daros, Lisardo, á entender,
que siempre tengo de ser

lo que soy, y lo que fuí.
Soy, y he sido vuestro amigo;
soy, y he sido principal;
dar celos, es tratar mal;
tratar mal, es de enemigo;
ser enemigo, es injusto
de quien mi remedio fue:
y así no es razon que os de
Flora conmigo disgusto.
Y ya que os le haya de dar,
no ha de ser, no, con mi nombre,
sino con vos, ó con hombre
con quien me pueda matar.

Lisardo.

Yo agradezco, cuanto á mí,
don Juan esa gentileza,
hija de vuestra nobleza;
pero no ha de ser así.
Vos habeis de entrar aquí,
siquiera porque no entienda
Flora, aunque en amor se encienda,
que elegí tan mal amigo,
que no le traigo conmigo,
por temor de que me ofenda.
Si en Flora es cierto quereros,
y sin vos me viese ahora,
es cosa cierta que Flora
deseára, don Juan, veros;
y entre tormentos tan fieros
mas quiero, don Juan, que os vea;
porque quien vé no desea,
mas quien no vé su cuidado,
por ver lo que ha deseado
hará cualquier cosa fea.
De veros tan firme amante,

aunque era la dama Elena
su amor procedió, y su pena;
mas es muger, no os espante:
y así, para en adelante,
sabed de su ciego error,
que tratarlas de otro amor,
dándoles envidia en él,
es pautarles el papel
para que escriban mejor.
En fin, de verla inclinada
me huelgo, aunque no sea á mí,
pues por lo menos, así
sabrá amar, y ser amada:
y en viéndose despreciada,
de celos, y agravios llena,
puede ser que mas serena,
aunque de quererme huya,
por lo que siente la suya,
se lastime de mi pena.

ESCENA IV.

Dichos, Flora y Juana.

Flora.

¿Doña Leonor de Peralta?

Juana.

Ella el recado me dió.

Flora.

No conozco tal muger,
ni á mi noticia llegó.
¿Y parece principal?

Juana.

Eso, brava ostentacion;
trahe su poco de escudero,
y detras, como timon,

una dueña remilgada,
mas tiesa que un asador.

Flora.

Digo que no la conozco;
mas pues ella me buscó,
ella me conocerá.
Di que entre.

Juana.

A decirlo voy.

ESCENA V.

Dichos menos Juana.

Luquete

Capítulo de otra cosa;
que está aquí Flora.

Flora.

¿Señor
don Juan? ¿Luquete?

Luquete.

¡A mí, y todo!
¡tanto honor, tanto favor!

Flora.

No os suplico que os senteis;
porque no es buena ocasion.

Lisardo.

¿Cómo?

Flora.

Tengo una visita.

Lisardo.

Pues si estorbamos, á Dios.

Flora.

No es visita de galan;
porque no fuera razon,
sino de dama; mas ella

entra, y lo dirá mejor.

ESCENA VI.

Dichos, doña Elena de dama, muy bizarra, y Beatriz de criada.

Doña Elena.

Volved, Otañez, por mí,
dentro de un hora, ó de dos.

Beatriz.

¿Hasle visto?

Doña Elena.

Ya le he visto:
ciertas mis sospechas son.

Beatriz.

Disimula.

Luqueta.

Bien se huella.
No hiciera mas un frison;
parece que entrar á danzar.

Flora.

No es muy malo lo esterior.

Luquete.

¡Lindo brio!

Lisardo.

¡Gentil dama!

Don Juan.

Anda tan ciego mi amor, (1)
que ninguna muger veo,
aunque tan distintas son,
que á Elena no se me antoje.

Luquete.

Yo soy tan buen amador,

(1) *Mirala atento.*

que aunque he visto mil mugeres,
ninguna me pareció *Mira á Beátriz.*
á Beatriz; ¿mas qué es aquello?
Oye, que pienso por Dios,
que tu mal se me ha pegado
como si fuera dolor.
Mira, señor, esta dueña.

Don Juan.

No vas fuera de razon,
algo tiene de Beatriz.

Luquete.

Menos la contemplacion;
cortada la cara es ella.

Beatriz.

La tuya, por si, ó por no.

Luquete.

¿Qué dices?

Beatriz.

Estoy rezando
por mis difuntos.

Juana.

Chiton,
y mire que estoy aquí.

Beatriz.

¡O qué romano valor!

Flora.

¿No os descubrís?

Doña Elena.

Sola os quiero.

Don Juan.

Luquete, las quatro son.

Luquete.

¿Querrás que vaya por cartas?

Flora.

Idos, pues.

Don Juan.

A Dios

Lisardo.

A Dios.

Luquete.

¡Valgate el diablo por dueña,
puesto me has en confusion!

ESCENA VII.

Doña Elena, Flora, Beatriz y Juana.

Doña Elena.

¿Fuéronse ya?

Flora.

Ya se fueron.

Doña Elena.

Ahora os diré quien soy:
mas porque es el cuento largo,
y traigo alguna pasion,
me sentaré si gustais. *Toma una silla.*

Flora.

Muy desenfadada sois.

ESCENA VIII.

Dichas, don Juan y Lisardo, que se asoman como acechando.

Lisardo.

Pues entre tanto que viene,
desde aqueste corredor,
las podemos escuchar.

Don Juan.

Por mi, Lisardo, aquí estoy.

Doña Elena.

Soy muy servidora vuestra,

y asto sin adulacion.
¿Qué mirais?

Flora.

Que me parece
(ó la idea se engañó)
que os he visto en otra parte.

Doña Elena.

Disimulemos, amor. *ap.*
Podrá ser; mas vá de cuento,
escuchad con atencion.
Erase, señora Flora,
cierta muger de opinion,
que por pleitos, y trabajos,
con años diez veces dos,
y una cara razonable
en Valladolid paró.
Erase tambien un hombre
cuanto al talle, y al valor,
galan, discreto, valiente,
noble, y limpio como el sol;
pero mirado hacia dentro
de tan civil condicion,
de gusto tan salpicado,
y tan repartido amor,
que solo por él se pudo
decir con mucha razon,
aquello de tantas veo;
porque es aqueste señor
amante tan prevenido,
y galan tan galalon,
que por si alguna le deja;
otra le hace disfavor,
otra se casa ó se muere
de achaque que Dios la dió,
tiene siempre de resguardo

hasta una docena ó dos.
A este turco de Castilla
(¡qué mal hízo!) se inclinó
tanto la dama, que digo,
(bien lo paga y lo pagó)
que apesar de su vergüenza
le hizo dueño de su honor:
que fue para su desprecio,
subir mas un escalon.
Acudia el dicho amante,
despues de la posesion,
á verla, y á regalarla
cual, y cual vez: (digo yo,
que de lástima sería,
no de gusto, ni aficion)
que cuando los hombres dicen,
que por ser ellos quien son
visitan á las mugeres,
ya la voluntad cesó.
Por que ser hombres de bien,
es interés de su honor;
ver, y hablar es cortesía,
tener lástima es dolor,
y así no quieren entonces,
porque aunque tengan amor,
es modo de aborrecer
amar por obligacion.
En este tiempo (¡ay ingrato!)
á otra señora miró
tan hermosa, que saliendo
una tarde al Espolon,
dicen, que al ameno campo
puso en dulce confusion
de saber á quién debia
aquel dia el resplandor,

ó al Sol, que estaba en el cielo,
ó de aquesta dama al Sol.
Por ella, en fin, mató un hombre,
y temiendo su prision
salió de Valladolid,
y con él tambien salió
(como trasto manual,
que cabe en cualquier rincon)
aquella primera dama
de quien hicimos mencion.
Luego que vino á Madrid
(estad conmigo por Dios,
porque importa mucho al caso)
con otra dama encontró
de su valor muy preciada;
si es que el desden es valor:
pero dicen malas lenguas,
que este valor se rindió,
y sin echarlo de ver
poco á poco obró el calor;
que es el amor en nosotras
como mano de relox,
que solo se vió que anduvo
puesto que la vuelta dió:
pero no se vé cuando anda;
porque corre tan veloz,
que no le alcanza la vista,
aunque le alcanza el dolor.
Despues de haber conquistado
esta hermosa presuncion,
este remedo de un risco,
y este amago de Faeton,
con una muger casada
estuvo en conversacion.
No será ya menester,

conociéndole el humor,
decir, que la quiso bien:
baste decir, que la habló.
Item mas, porque una tarde
á una mugercilla vió
vender Tocas Vizcainas,
la buscó, y enamoró,
y hoy está loco por ella:
porque es aqueste amador
la parca de las mugeres,
que á ninguna perdonó.
Ciñéndome, finalmente,
á fuer de Predicador;
y de camino tambien
epilogando el Sermon,
digo, que el dicho galan,
de quien Coronista soy,
es don Juan de Luna y Leiva;
la dama que le siguió
doña Leonor de Peralta,
y la tal dama Leonor,
yo, que en casa de Lisardo
(que es su amigo, y el mayor)
he estado con tal secreto,
que apenas me ha visto el Sol.
La que amó despues de mí
(y porquien tambien mató
á don Diego de Meneses,
que era su competidor)
doña Elena de Alvarado.
La casada que encontró,
doña Antonia de la Cerda,
muger de un Procurador.
La Toquera Vizcaina
que vió, que siguió y habló,

es Luisilla, una mozuela
de chinela con liston,
que vende, no sé que vende;
ella lo sabrá mejor.
La desdeñosa, la esquiva,
y la brillante sois vos,
de quien él mismo se alaba,
que goza la estimacion.
Este es don Juan, ved ahora
(siendo, señora, quien sois)
si quereis aventuraros
á entrar en un corazon
donde es forzoso que esteis,
no desenfadada, no,
sino todo lo posible
de encogida; porque son
cinco las que estamos dentro,
y apenas cabemos dos. *Levántanse.*

Flora.

¡Jesus mil veces! ¡Jesus!

Beatriz.

¿Qué tal es la informacion?

Flora.

¿Don Juan es de esta manera? *ap.*
corrida, de amarle estoy,
¡Fiad en hombres, Jesus!

Doña Elena.

El mejor es el peor.

Don Juan.

Dejadmè por Dios, Lisardo.

Lisardo.

¿Si se vé que es invencion,
para qué quereis salir?

Don Juan.

Para saberlo mejor,

y averiguar, qué muger
es esta doña Leonor,
que aun sabe lo que no he hecho.

Doña Elena.

Señora, perdida soy,
porque don Juan viene allí;
y si acaso me escuchó
hará cualquier demasía
conmigo, que es un Neron
si se enoja.

Flora.

Estad segura. (1)
¿Aquí estabades los dos?

Don Juan.

Sí señora, porque quiero......

Flora.

Quedo, don Juan, eso no;
esa dama está en sagrado,
pues que de mí se amparó;
fuera de decir verdades.

Don Juan.

¿Qué verdades? Vive Dios,
que es engaño cuanto ha dicho.

Doña Elena.

Ya la dá satisfaccion; *ap.*
entablado estaba el juego.

Flora.

Don Juan, aquí se acabó
vuestro crédito conmigo,
y buena reputacion;
no entreis mas en esta casa.

Don Juan.

Si; ¿pero por qué ocasion?

---

(1) *Llega don Juan y Lisardo.*

Flora.

Porque no os alabeis mas
de que Flora os tiene amor;
pues dado caso que fuera
eso verdad, desde hoy
por vuestro amor inconstante,
por vuestra falsa intencion,
y mecánico deseo,
si no por mi pundonor,
os aborreciera el alma.

Doña Elena.

Eso es lo que quiero yo. *ap.*

Beatriz.

Con mosca está la señora. *ap.*

Doña Elena.

El cuento la remató. *ap.*

Lisardo.

Don Juan, si el aborreceros
(conforme á la condicion
de Flora) solo consiste
en que tengais opinion
de falso, y aquesta dama
no es cosa que os importó,
confesad que es verdad todo,
y podrá ser que mi amor
alguna esperanza tenga.

Don Juan.

Alto, si lo quereis vos,
desde ahora soy ingrato,
facil, mudable y traidor.

Lisardo.

Haréisme mucha merced.

Don Juan.

¿Qué merced, ni qué favor?
Si aquesto fuera delante

de Elena, á quien adoró
el alma, aun estando ausente,
fuera accion de estimacion;
mas aquí no os sirvo en nada.

Flora.

¿En fin, qué decis los dos?

Don Juan.

Que cuanto esta dama ha dicho
es así como pasó.

Flora.

¿Luego es verdad que estos dias
habeis requebrado á dos,
la casada, y la Toquera?

Don Juan.

Si señora.

Flora.

Firme sois.

Doña Elena.

No soy yo muger de engaños,
ni enredos; aqueso no.

Flora.

¿Y Elena?

Don Juan.

Elena es del alma.

Flora.

Y esta dama que tras vos
se vino, y con vos está
como en una religion,
¿es del alma, ó es del cuerpo?

Don Juan.

Eso es mentira por Dios;
asi digo que es mentira,
cuanto al llamarse Leonor
la dama que está conmigo;
mas cuanto al vivir los dos

juntos, es mucha verdad.

Doña Elena.

Ya es mi desdicha mayor. *ap.*
¡Válgame Dios! ¿como es esto?

Flora.

Volved en vos, corazon: *ap.*
Don Juan tambien es mudable,
salga, pues, por donde entró.

Doña Elena.

Ya estoy al cabo de todo,
Beatriz, en lo cierto doy;
porque el estar este ingrato
desde que á Madrid llegó
tan encerrado, y secreto,
no hay duda, no, procedió
de tener su dama en casa.

Beatriz.

No lo creas.

Doña Elena.

¿Cómo no,
cuando lo confiesa él mismo,
que es la mas fuerte razon?
Mas yo lo tengo de ver.
Señora, quedaos con Dios,
y no le dejéis salir
tan presto, y si os enojó
mi dilacion, perdonad.

Flora.

Antes la vida me dió.

Doña Elena.

El cielo os haga dichosa.
¡Zelos, y dicha, qué error! *ap.*
Ingrato don Juan, si acaso
(como amante engañador)
con obras, ó con palabras,

que pasan de la intencion ;
me ofendes, viven los cielos,
que sin mirar á quien soy,
he de hacerte mil pedazos.

Beatriz.

Atiende.

Doña Elena.

No hay atencion.

Beatriz.

Advierte.

Doña Elena.

No hay que advertir.

Beatriz.

Oye.

Doña Elena.

Ciega y sorda estoy.

Beatriz.

Mira.

Doña Elena.

No me digas nada.

Beatriz.

Escucha.

Doña Elena.

Detén la voz.

Beatriz.

Repara.

Doña Elena.

Cierra los lábios.
¡Otra con él! Muerta estoy.

ESCENA VIII.

Dichos, menos doña Elena y Beatriz.

Lisardo.

Ya se vá.

Don Juan.

Pues voy tras ella.

Flora.

¿Donde con tanto rigor?

Don Juan.

Pues es mi dama, á seguirla.

Flora.

Teneis por cierto razon;
mas es ahora temprano.

Lisardo.

¿No ves que no es discrecion
quitarle el gusto?

Flora.

¿Estás loco?
¡Qué lindo procurador!
¿pues porque ha de tener gusto
á ninguna, un embaidor,
que dice, que á doña Elena;
como él mismo me contó?
Elena, de tí me valgo *ap.*
para encubrir mi pasion?

Don Juan.

Es verdad.

Flora.

Pues si es verdad,
y ahora en mi casa estoy,
entraos los dos allá dentro.
Un aspid, un escorpion *ap.*
llevo en el alma.

Lisardo.

Ya entramos;
esto es seguir el humor.

Don Juan.

Lleno voy de confusiones.

Flora.

Rabiando de zelos voy.

ESCENA X.

SALA EN CASA DE LISARDO.

Luquete y Octavio con cartas.

Luquete.

¿Ha venido mi amo?

Octavio.

No ha venido.

Luquete.

Estragado, molido, y remolido
vengo de la estafeta.

Octavio.

¿Mucha gente?

Luquete.

Es hablar de la mar, no hay quien lo cuente;
porque segun la trulla, y brava entrada,
mañana se podrá poner con grada:
á besugos helando, á pan lloviendo,
y á nieve cuando el mundo se está ardiendo,
no hubiera tanta prisa, llanto, y risa.

Octavio.

En aqueste lugar á todo hay prisa.

Luquete.

Menos á cuatro cosas, bien has dicho.

Octavio.

¿Y cuales son?

Luquete.

Conforme mi capricho,
á las mugeres en llegando á viejas;
á fuelles, á bragueros, y á lantejas.

Octavio.

A las lantejas, y á las viejas, vaya;
porque en verlas el alma se desmaya;
mas á los fuelles.

[illegible]

A [illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

¿[illegible]?

[illegible]

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]

[illegible]

¿[illegible],
[illegible]?

[illegible]

[illegible]
[illegible]

[illegible]

¿Pues [illegible]?

[illegible]

[illegible]:
[illegible]:
porque [illegible],
[illegible],
[illegible]

ESCENA XI

Don Juan y [illegible].

Don Juan

¿Que Flora no quisiera que la viese,
para que ni siquiera [illegible]
[illegible] ahora, [illegible]
en que [illegible], á donde, como, ó [illegible].

me ha visto esta muger; que entre mil cosas
que refiere supuestas, y engañosas,
dice muchas verdades, que aun apenas
(porque pueden tocar honras agenas)
á mis propios deseos he fiado?

Lisardo.

Con alguna muger habrás hablado.

Don Juan.

Si he hablado, si; mas no con quien pudiese,
síno es que del demonio se valíese,
saber por tan estenso mis deseos,
obras, palabras, vida, y galanteos.
Lo que yo he sospechado solamente,
si la vista, Lisardo, no me miente,
es, que Elena me habla disfrazada,
con nombre ó apariencia de casada,
que es la dama que os digo que festejo;
porque si con los ojos me aconsejo,
en voz, y en cara, pues la escucho, y toco,
doña Antonia es Elena, ó yo estoy loco:
y si es ella, ella fue la de esta tarde,
en estar tan tapada, y tan cobarde,
y en saber mis fortunas, y mis zelos,
ausencias, travesuras, y desvelos;
y si acaso no fue, fue la Toquera;
que tambien es su estampa verdadera:
y si ésta no, porque esta vende tocas,
aunque en la corte la aventajan pocas
en lo hermoso, lo crespo, y lo prendido,
juro á Dios, que no sé quièn haya sido.

Lisardo.

Si á esas mugeres se parecece tanto
como vos afirmais...

Don Juan

Es un encanto.

Lisardo.

Una de ellas será.

Don Juan.

Y es infalible;
porque otra cosa no fuera posible;
una de las dos es mi Elena bella.

ESCENA XII.

Dichos y Luquete.

Luquete.

¿Señor?

Don Juan.

¿Hay cartas?

Luquete.

Si.

Don Juan.

Pues ya no es ella.

Lisardo.

¿Por qué don Juan?

Don Juan.

Porque si ahora escribe,
y en el convento donde está, recibe
mis cartas, respondiendome al momento,
mal puede estar aquí, y en el convento.

Lisardo.

Si ella os respode á todas, no hay respuesta.

Luquete.

De don Alonso mi señor es esta.

Don Juan.

Todo mi pensamiento salió vano.

Lisardo.

Mirad lo que os escribe vuestro hermano.

Don Juan.

Dos novedades me debereis este correo; la primera

que el padre de don Diego, persuadido de la verdad del caso, quiere reducir la venganza á composicion; y la segunda, que el tio de doña Elena (aunque no la habla ni la visita) trata de casarla con un deudo suyo, que ha venido de Panamá, porque no salga la hacienda de su casa ni de su linage. Mirad ahora lo que determinais, que á todo mehallareis como hermano vuestro. = Don Antonio de Luna.

Luquete.

¿Ahora qué dirás?

Don Juan.

Que loco estaba
cuando de doña Elena tal pensaba.

Lisardo.

Miren que traza para estar Elena
disfrazada (¡Jesus!) y en tierra agena,
cuando la está casando allá su tio.

Luquete.

¡Qué locura! ¡qué error! ¡qué desvario!
yo soy, en fin, discreto, á lo machucho;
porque aunque Elena se parezca mucho
á estas dos picaronas que hemos visto,
nunca pude creerlo, vive Cristo;
y haber pensado tal desenvoltura
de su honor, su recato, y su claúsura,
ha sido, vive Dios, muy mal pensado.
Esta es su carta,

Don Juan.

Yo me habré engañado.

Luquete.

Que ha sido, si, muy falso tal intento.

Don Juan.

Esta es la carta, escuchareis atento.

Mis desdichas han llegado á estremo, que despues de tratarme mi tio, como sino lo fuera, quiere casar-

me con un hombre que no conozco ; dolor tan inmenso para qnien tan firme ama , que pienso me han de costar la vida sus persuasiones. Y asi os suplico, que vista esta , os partais al punto con todo secreto, para que tratemos de desposarnos , antes que la fuerza haga lo que despues no pueda remediarse. = Dios os guarde , y traiga con bien á mis ojos, lo mas presto que ser pueda. = De este convento de las Huelgas de Valladolid, &c.

Vuestra esposa.

Con esto se remató;
aquí no hay que hablar palabra,
sino acudir al remedio,
y buscar para mañana
con toda prisa dos postas;
que antes que amanezca el Alba,
de esotra parte ha de verme
la sierra de Guadarrama.

Lisardo.

¿En efecto, estais resuelto?

Don Juan.

¿Eso decís á quien ama?
La vida me vá en partirme.
¡Ay Dios, que se arranca el alma!
¡Quién pudiera volar, Cielos!

Lisardo.

Pues Octavio......

ESCENA XIII.

Dichos y Octavio.

Octavio.

¿Qué me mandas?

Lisardo. (1)

Encárgarte de estas postas
porque á su tierra se vaya,
y se lleve de camino
los celos con que me mata.

Octavio.

Voy á obedecerte, á Dios.

ESCENA XIV.

Isabel y Luquete.

Isabel.

No he visto mayor enredo;
mas tú, Luquete, sabrás
estas cosas muy de hecho:
cuéntamelas por tu vida.

Luquete.

¿Qué no alcanzará lo bello
de tu rostro, de tu talle,
de tu garbo, y tu meneo?
Mucho me pides que haga;
mas si es forzoso el hacerlo,
escúchame atentamente.

Isabel.

Ya los oidos prevengo;
mira que te quiero mucho,
no me pagues con desprecios.

Luquete.

¿Yo desprecios? No mi reyna,
que esos estilos son buenos
no para hombres como yo,
que soy yo mas, no soy menos.
Por vida de mi muger, *ap.*

---

(1) *Habla aparte con Octavio.*

de mis hijas, y mis nietos,
que no sé lo que me diga;
mas metido en este empeño,
no tengo de hablar verdad;
vá de embuste, va de enredo.
Hoy las calles de la corte
son cielos, pero estrellados
de damas; que las tapadas
son cielos de noche; es llano,
que una tapada de ojo
no es cielo de dia, en cuanto
se vé solamente un sol
puesto en la gloria de un manto!
y muchas de estas tapadas
sin duda van ayunando,
pues me piden colacion,
si á enamorarlas me paro.
¡Qué vistosas colgaduras
por las calles! ¡qué brocados!
¡qué de fiestas! ¡qué de galas!
¡qué de triunfos! ¡qué de arcos!
¡qué de caballos de rua!
¡qué de jaeces bordados!
La gente anda á borbollones,
los coches andan rodando,
un Agosto es cada dama,
cada galan es un Mayo;
porque ellas hacen su agosto,
y ellos son flores su gasto.
Dueñas no faltan tambien,
que tocadas de lo vano
de tanto placer, parecen
contentos amortajados.
Las meninas han crecido,
mondongas andan por alto,

perpetuas acechadoras
de guardillas, y terrados;
y esto es, que por ser divinas
no son de tejas abajo.

Isabel

¡Jesus, cuanto disparate!
¿Yo te pregunto eso acaso?
Lo que yo pregunto es
si sabes en esto algo,
de la Toquera, Leonor,
de doña Antonia, y si acaso,
tambien de una tal Luisa;
que mi ama rebentando
por saber aquestas cosas,
anda con visos de trasgo.

Luquete.

En preguntándome eso,
juro á Dios, descompadramos;
mas ya llegan á este sitio.

Isabel.

Vete noramala, galgo.

ESCENA XV.

Doña Elena de Toquera, Magdalena, y Beatriz.

Doña Elena.

Ya el papel no es de importancia;
que hay muchas cosas de nuevo.

Magdalena.

¿Cómo?

Doña Elena.

Como tiéne en casa
una dama.

Magdalena.

¿Qué me dices?

Doña Elena.

Esto es cierto.

Magdalena.

Pues aguarda,
porque llegue yo primero.

ESCENA XVI.

Dichas, Lisardo, don Juan y Luquete.

Lisardo.

Saliendo de aquí mañana,
estais allá esotro dia.

Luquete.

Con dos docenas de llagas,
molidos brazos, y piernas,
y las tripas enjuagadas.

Magdalena.

¿Señor don Juan?

Don Juan.

¿Magdalena?

Magdalena.

Vengo á cumplir mi palabra.

Don Juan.

¿Y dime, cómo está Luisa?

Magdalena.

Muy buena.

Doña Elena.

Y muy su criada;
todos estamos acá.

Don Juan.

¿Tanto favor? ¿Merced tanta?

Doña Elena.

Yo no vengo, aquí por vos.

Don Juan.

Tendrélo á mucha desgracia.

Doña Elena.

Háme dicho Magdálena,
que vivis en una casa
tan compuesta, tan jarifa,
y tan bien aderezada,
que vengo solo por verla.

Don Juan.

Magdalena no se engaña,
que es Lisardo muy curioso.

Doña Elena.

Ni se altera, ni recata. *ap.*

Lisardo.

Casa de un recien venido,
¿qué ha de ser?

Doña Elena.

Será estremada;
allá entro; si gustais.

Don Juan

Id Lisardo, á acompañarlas.

Lisardo.

Por guiaros voy delante. *vase*

Beatriz.

¿Y si encontramos la dama?

Doña Elena.

Mataréla con mis celos. *vase.*

Beatriz.

No hay celos como las varas.

Magdalena.

Yo me quedo con don Juan.

Beatriz.

Aquí descubro la cara
para dejarle aturdido.

ESCENA XVII.

Don Juan, Magdalena, y Luquete.

Luquete.

¡Jesus!

Don Juan.

¿Qué hás visto?

Luquete.

No es nada;
perdido está este lugar
de hechizos, y cosas malas.
Cuantas mugeres encuentro
tienen la misma fachada,
que Beatriz. ¡Dios sea conmigo!

Magdalena.

¿No es muy donosa muchacha
Luisica?

Don Juan.

Es un Serafin;
no hay en la córte tal cara.

Magdalena.

Pues yo os aseguro, que es
de lo mejor de Vizcaya;
un hombre la tiene asi,
que la gozó, con palabra
de ser su esposo, y despues
el traidor se pasó á Francia;
y ha parado en vender Tocas.

Don Juan.

¡Como los ojos se engañan! *ap.*

Luquete.

Y la hermana compañera,
que segun es rubia, y blanca,
pudiera servir de aloja

á los reyes y á los papas.
¿es tambien de allá?

Magdalena.

Tambien.

Luquete.

¿Y dime, cómo se llama?

Magdalena.

Andrea de la Gotera.

Luquete.

Solar es, que hacia mi cama
ha caido muchas veces;
porque duermo á teja vana.

ESCENA XVIII.

Dichos, doña Elena, Lisardo y Beatr.

Doña Elena.

Lisardo no nos cansemos;
una muger hay en casa,
yo lo sé de quien lo sabe.

Lisardo.

Es verdad; mas es el ama
que nos guisa de comer.

Doña Elena.

No es sino ama que ama.

Don Juan.

¿Qué es eso?

Lisardo.

Que ha dado Luisa
en que teneis encerrada
una dama; y no ha dejado
hasta hacerme abrir las arcas
cosa en la casa por ver.

Doña Elena.

Y aun no estoy desengañada,

que denantes se llegó
á mi una muger tapada,
y me lo dijo.

Don Juan.

Y seria
doña Leonor de Peralta,
si viene á mano.

Doña Elena.

La misma.

Don Juan.

Vive Dios, si la encontrára...

Doña Elena

¿Qué hicieras?

Don Juan

Un disparate.

Doña Elena.

¿Pues por qué?

Don Juan.

Porque se anda
informando en todas partes
de mi buena vida, ó mala,
sin haberla jamas visto,
ni aun hablado una palabra.

Doña Elena.

Es muy gran bellaquería.

ESCENA XIX.

Dichos y Octavio.

Octavio.

Postas hay para mañana.

Doña Elena.

Lindamente se hace todo. *ap.*
¿Pues quien se vá de esta casa?

Lisardo.

Don Juan.

Doña Elena.

¿Don Juan? No lo creas.

Don Juan.

Es forzosa la jornada,
y pienso que será breve.

Doña Elena.

Aquí veré si me ama. *ap.*
Por tu vida, y por la mia,
si es que mi vida te agrada,
que no salgas de Madrid;
y dado caso que salgas,
advierte, que has de perderme.

Don Juan.

No sé que siento en el alma, *ap.*
que sin querer me enternezco,
y me pesa de dejarla;
¿mas qué dudas, loco amor,
si doña Elena te aguarda?
Luisa, yo he de hablarte claro;
yo quise bien en mi patria,
y quiero cierta señora,
de quien por una desgracia
he estado ausente; háme escrito
una carta, en que me manda
que me parta; y asi es fuerza
que te deje, y que me parta.
Sabe el cielo, hermosa Luisa,
el ansia que me acompaña,
solo en pensar que te pierdo.

Doña Elena.

¿Pues de que es, traidor, el ansia,
si vás á ver á quién quieres?

Don Juan.

De que eres tan viva estampa
de su rostro, que imagino
que me falta, si me faltas.

Doña Elena.

Asi, que ya estaba muerta. *ap.*
¡Anímo, dulce esperanza!

ESCENA XX.

Dichos, Fineo, y poco despues Feliciano.

Fineo.

Un hombre te quiere hablar,
y de parte de una dama.

Doña Elena.

¿Dama?

Don Juan.

Yo no sé quien sea;
dí que entre.

Fineo.

Ya está en la sala.

Feliciano.

Mi señora doña Antonia...

Doña Elena.

Adelante.

Feliciano.

Vá mañana
al Pardo.

Doña Elena.

¿Pues qué tenemos
con que vaya, ó que no vaya?

Feliciano.

Tenemos, que si don Juan
gusta de verla, y hablarla,
podrá; porque su marido

vá camino de Granada.

Don Juan.

Cosas son estas, que apenas
puede un hombre imaginarlas.
Decid á esa mi señora,
que yo fuera á regalarla...

Doña Elena

Sino estuviera conmigo,
y hubíera de irse mañaná
á ver cierta dama ausente,
cuyos ojos idolatra.
¿No es así? Pues si es así,
esto por respuesta basta.

Feliciano.

Perdonad, que soy mandado.

ESCENA XXI.

Dichos menos Feliciano.

Luquete.

Vaya con Dios, buenas barbas.

Doña Elena.

¿Parecesele tambien
á la otra aquesta dama?

Don Juan.

Pues juro á Dios, y á esta cruz,
que es tambien su semejanza,
y tuya.

Luquete.

Y mia, si acaso
importára á la maraña.

Octavio.

Flora ha entrado por la puerta.

Lisardo.

Ya el corazon se acobarda.

Doña Elena.

¿Otra muger?

Don Juan.

Es muger
á quien Lisardo regala.

Doña Elena.

Y tú nó, que eres un santo.

Don Juan.

Presto lo verás si callas.

ESCENA XXII.

Dichos, Flora y Juana.

Flora.

Acá está la vizcaina,
todo ha sido verdad, Juana;
mas yo volveré por mí.

Lisardo.

¡Qué novedad tan estraña!
¿pues vos aqui?

Flora.

Si, Lisardo,
escuchad todos la causa.
Yo en materia de querer
tan loca he sido, y tan vana,
que á nadie quise jamás,
temerosa de que tratan
engaño todos los hombres;
no pienso que me engañaba;
vino don Juan á la corte,
en acciones, y palabras
fingiendo tanta firmeza
con una dama que amaba,
que me incliné, no á su talle,
sino á su mucha constancia;

porque en lo demas, cualquiera
pienso yo que le aventaja.
Mas hoy sabiendo que tiene
no menos que cuatro damas,
y condicion juntamente
de que no desecha nada,
le he aborrecido de suerte,
que hasta su nombre me cansa:
y asi, pues solo Lisardo
es en Madrid quien alcanza
el nombre de firme amante,
(que es lo que yo deseaba)
digo que á Lisardo adoro.

Lisardo.

Cuanto me debes me pagas.

Luquete.

Ya hay un enemigo menos.

Don Juan.

Ha sido cuerda venganza;
mas advierte, que yo, y todo,
aunque tengo mala fama,
sé amar, como se ha de amar;
pues yo con sola esta carta
dejo á Madrid.

Doña Elena.

¿Pues qué dice
esa carta?

Don Juan

Que me aguarda...

Doña Elena.

¿Quién?

Don Juan.

Elena.

Doña Elena.

¿Para qué?

Don Juan

Para verla, y para hablarla.

Doña Elena.

¿Y despues?

Don Juan.

Para casarme.

Doña Elena.

Pues creeme, y no te vayas;
porque no está en el convento,
sino en Madrid, y en tu casa.

Don Juan.

¿Comó?

Doña Elena.

Como soy Elena.
¿como que no?

Don Juan.

Luisa, basta;
que si para detenerme
quieres usar de esta traza,
ya no aprovecha.

Doña Elena.

¿Qué dudas?
¿Elena soy, qué te apartas?

Don Juan.

¿Elena tú? No es posible,
aunque lo dice la cara;
porque me escribe mi hermano,
y es pública voz, y fama,
que Elena está en un convento.

Doña Elena.

La pública voz se engaña.

Don Juan.

¿Y esta carta que hoy me ha escrito?

Doña Elena.

Bien dices: ¿y aquesta carta

que hoy he recibido tuya?
Don Juan, para todo hay traza;
yo me he venido trás tí,
y encubierta, y disfrazada,
casi á un mismo tiempo he sido
doña Elena de Peralta,
la Toquera vizcaina;
doña Antonia la casada;
y ahora soy doña Elena.

Don Juan.

Bien el alma imaginaba.

Luquete.

Luego lo dije, por Dios.

Don Juan.

Pues si ausente te adoraba,
presente ya lo verás.

Doña Elena.

Tuya es la mano, y el alma.

Beatriz.

Y yo tambien.

Luquete.

Tararira.

Doña Elena.

Y aquí, señores, acaba
la Toquera vizcaina;
decid victor, si os agrada,
para que Antonia, de nuevo
empiece á ser vuestra esclava.

La Toquera Vizcaina.

Comedia famosa del doctor don Juan Perez de Montalban.

El Doctor tú te le pones,
El Montalban no le tienes;
conque en quitándote el Don,
vienes á quedar Juan Perez.

Este epígrama que la caridad de sus contemporáneos lanzó contra el autor de la Toquera Vizcaina, bastaria para probar su mérito, aun cuando ya no existiesen obras suyas que le acreditasen. En efecto, solamente una justa celebridad, es capaz de escitar la envidia; y que esta fue la musa que inspiró al adversario de Montalban, lo demuestra el epígrama mismo que no encierra mas que personalidades. Tiene sinembargo la principal prenda de esta clase de poesias, que es la malignidad: se entiende que la malignidad graciosa; porque si fuese la estúpida, no hubiera llegado hasta nosotros. Por lo demas, bueno será observar á los jóvenes inclinados á la sátira, que el nombre de Montalban, acompaña á sus obras, y las acompañará mientras viva la lengua castellana; al paso que el de su detractor yace sepultado en las tinieblas del olvido.

En cuanto á la Toquera, si se hubiese de juzgar con todo el rigor del arte, apenas se hallaría escena que no presentase graves defectos. Pudiera decirse asimismo, que el argumento es débil y manoseado, y que la inverosimilitud reina en él hasta el último punto. Cuatro papeles distintos representa doña Elena; y don Juan no acaba de conocer hasta que ella se lo dice que es su querida, y la misma persona. To-

cante á venir siguiendo la dama al galan, y disfrazarse para averiguar sus celos, y estorbar los nuevos amores de aquel, se sabe que es el tema favorito de Tirso de Molina, que le varía de cincuenta modos, y siempre sale adelante; pero Tirso tenia el diablo en el cuerpo, ó por mejor decir el don de agradar y mover la risa; es pues arriesgado imitarle y sobre todo en una imperfeccion.

Pero se nos dirá, si esto es así, ¿cómo han elegido los edictores la Toquera Vizcaina para colocarla al frente de las obras de Montalban? El reparo es plausible; pero la satisfaccion no lo es menos. La Toquera Vizcaina es una de las comedias de este autor que disfrutan de mas crédito; por la sencillísima razon de que siempre gusta. Gusta representada, gusta leida, y todos los silogismos del mundo no bastan para probar á nadie: que no debe divertirse cuando se divierte.

Que si se quiere encontrar la razon filosófica de este placer, es preciso buscarla en la amenidad de la fábula, y en la naturaleza del asunto. Se trata de un amor virtuoso, de dos jóvenes que se idolatran, y que tienen que vencer obstáculos para ser felices: esta pintura interesará siempre, con solo que no sea enteramente inepto el artista. Si lejos de serlo está lleno de genio y recursos; si tiene un colorido mágico y sabe derramar con profusion y tino los adornos: ¿qué censor tan severo podrá condenar un cuadro que le arrebata? ¿Quién irá á entretenerse en atisbar lunares, cuando la impresion de las bellezas la tiene fuera de sí?

No nos cansemos, nadie va al teatro á ver lo que está cansado de ver en su casa y en las agenas. Es preciso presentar algo nuevo, algo mas picante que lo diario para escitar el placer. Los modernos,

embarazados por la estrechez de las reglas clásicas, se vén reducidos á buscar la originalidad en los dichos y en la espresion de los sentimientos. Ocho ó diez combinaciones, las únicas que caben en los marcos clásicos, vuelven siempre al tabladó, modificadas ligeramente y en fuerza de la diversidad de nombres, trages y palabras. Los antiguos sin renunciar á estos auxilios, buscaban la originalidad en los hechos y en las situaciones. No es menester notar cuan vasto campo les franqueaba este sistema, y cuanto poder añadía al vuelo de su imaginacion. Por lo que hace al diverso efecto que producen en el ánimo los dichos y los hechos originales, todos lo repiten desde Horacio acá, y antes de Horacio todos lo sabían. Sin duda es mas dificil hacer una comedia arreglada, si de todo punto es buena; pero la dificultad vencida, aunque es una de las causas del placer, no es la única ni la mayor. Interés y buenos versos, decia un hombre famoso; y ciertamente, la obra que reune estos dos requisitos, se reirá de todos los censores y vivirá eternamente. Así triunfa de todo una fisonomía espresiva y llena de gracia; así subyuga los corazones y trastorna los sentidos, apesar de que sus facciones tomadas separadamente sean defectuosas; mientras otra figura dibujada con una regularidad académica, si carece de gracia y de espresion, no solo no subyuga ni trastorna, sino que no dice nada y será dificil que no cause tédio.

¿Hemos hecho un juicio, ó bien una digresion? Nuestros lectores podrán juzgarlo. Si todo lo que hemos dicho, se aplica perfectamente á la Toquera Vizcaina, poco importa que las consideraciones hayan sido generales. Respecto al estilo y versificacion de Montalban nos remitimos á lo dicho en el examen de la comedia anterior. De esta pudieramos citar tam-

bien muchos hermosos versos, muchas sales cómicas y aquellos »seis doblones que en este tiempo son una de las señales del juicio; y aquellas damas que se parecen mas que el freir y el llover; con otros infinitos rasgos que caracterizan al poeta; pero nuestro deber no es mas que indicar.

NO HAY VIDA
COMO LA HONRA.

PERSONAS

Don Carlos Osorio.
Don Fernando Centellas.
Don Pedro, viejo.
El Virrey.
El Conde Astolfo.
Tristan, gracioso.
Teodoro, criado.
Leonor, dama.
Estela, dama.
Inés, criada.

La escena es en Valencia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CARCEL.

Don Carlos con grillos, y Tristan.

Don Carlos.

¿Qué dices de mi fortuna?

Tristan.

Que aun así estás muy galan.

Don Carlos.

Esto es ser pobre, Tristan;
desde mi primera cuna
nací con aquesta estrella.

Tristan.

No es muy mala; pues Leonor
te muestra tener amor.

Don Carlos.

¿Pues sino fuera por ella
qué hubiera sido de mí?

Tristan.

¿Y esos grillos?

Don Carlos

Ya se trata
de reducirlos á plata,
y entre tanto estaré así;
pues no me quiere escuchar
el Virrey.

Tristan.

Es un......

*

Don Carlos.

Detente,
no te arroges neciamente,
que en todo caso el honrar
á la justicia, es justicia.

Tristan.

Dices bien; pero no cuando
trae la justicia arrastrando
la prision y la malicia;
que quien justicia no hace,
no es justicia para un hombre.

Don Carlos.

Basta tener solo el nombre,
aunque tal vez se disfrace.
¿No has visto á un hombre mirar
con risa, alguna pintura
tan grosera y tan oscura,
que le obliga á murmurar?
Mas si el mismo que la ofende,
por las letras, que á los pies
tiene, vé que imágen es,
aunque el pincel reprehende,
humilde y con el sombrero
quitado, ¿no reverencia
su retrato?

Tristan.

Es evidencia.

Don Carlos.

Pues de la justicia infiero
lo mismo; bien puede ser,
que esté tan mal retratada,
que no se paresca en nada
á quien debe parecer.
Mas la Vara es un reglon,
que dice: *Yo soy Justicia*,

y no obstante su malicia,
se le debe adoracion;
que aunque sea siendo ingráta
á su nombre soberano,
pintura de mala mano,
en efecto á Dios retrata.
Y no es justo que los dos
intentemos ofender
á quien puede responder,
que es un traslado de Dios.

ESCENA II.

Dichos, don Fernando de camino, con grillos, y Teodoro.

Don Fernando.

¡Hay tan estraño suceso!
¿Teodoro, lo por venir
quién lo puede prevenir?

Teodoro.

¿Tú de esta suerte? ¿Tú preso?

Don Fernando.

Trató mi padre casarme
con doña Leonor de Ibarra,
mi prima, muger bizarra,
y que pudo enamorarme
antes de verla, porque es
(segun dicen) bella moza;
llego aquí de Zaragoza,
y antes de entrar, ya lo ves,
sobre salpicar á un hombre,
acaso, y sin culpa mia,
me dijo tal demasía,
(hombre al fin de bajo nombre)
que á apearme me obligó,

y darle de cintarazos,
sin esperar á otros plazos.
Llegó la justicia, y dió
en que el hombre estaba herido,
costumbre, ó codicia antigua,
y así mientras se averigua,
adonde ves me han traido,
y adonde yo, por no hacer
con mi tio, y con mi esposa
mi cordura sospechosa,
no me he querido valer
en esto de su favor;
puesto que con veinte escudos,
que harán hablar á los mudos,
me dice el Procurador
que de aquí me sacará.

Teodoro.

Eso es negociar callando.

Tristan.

Este es aquel don Fernando
que te dige.

Don Fernando.

Oye, allí está,
y aun mirando con cuidado, (1)
aquel hidalgo, de quien
dicen todos tanto bien.

Don Carlos.

¡Qué brioso! ¡Qué alentado!

Don Fernando.

Hablarle quiero.

Don Carlos.

Acá viene. *llega.*

---

(1) *Miranse los dos caballeros.*

Tristan.

Ya se miran, ya se llegan,
ya se abrazan, ya se ruegan.

Don Fernando.

Toda esta licencia tiene
la carcel. ¡Gentil presencia! *ap.*

Don Carlos.

Vos me honrais.

Tristan.

¡Quién tal pensara!
Por un ojo de la cara
no harán una reverencia.
¡Qué tales están los dos
para danzar un torneo!

Don Carlos.

Si por la carcel grangeo
un amigo como vos,
en deuda estoy á los grillos,
pues han sido los terceros.

Don Fernando.

¿Qué haremos?

Don Carlos.

Entreteneros;
naypes hay, y mas, librillos
he traido, escoged, ea,
y sentaos.

Don Fernando.

Mejor será,
pues tiempo nos sobrará,
hablar en algo, que sea
de mas gusto; y así os ruego,
porque os he cobrado amor
desde que os ví, que el valor
rinde, y aficiona luego,
vuestra prision me digais,

que por esas escaleras
la cuentan de mil maneras.

Don Carlos.

Puesto que tanto me honrais,
oid, si os hago servicio.

Teodoro.

Ya están asidos los dos.

Tristan.

Pues juntémonos, yo y vos,
á rezar en este oficio. (1)

ESCENA III.

Don Fernando y don Carlos.

Don Carlos.

Ya os habrá dicho esta gente,
que soy don Carlos de Osorio,
caballero de Valencia,
mas noble que venturoso.
Nací hidalgo como el Rey;
mas tan pobre, que me corro,
vive Dios, de haber nacido,
para ser blanco afrentoso
de los buenos, y los malos,
de los unos, y los otros;
que es la pobreza un lunar
tan feo, que en cualquier rostro
sirve de escalon oscuro
adonde tropiezan todos.
Viéndome, en fin, desvalido
de la fortuna y el oro,
patrimonios que da el cielo
al formar el alma á soplos,

(1) *Sacan una baraja de naypes, y vanse.*

estudié de Humanidad,
que es lo que llaman los doctos
buenas letras, lo que basta
á un cortesano curioso.
Danzo tambien, corro, esgrimo,
y cuando se ofrece, toco
sin melindre una vihuela,
en su metro numeroso;
y sobre todo hago versos,
sin decir mal de los otros;
que para el siglo que corre
os prometo que no es poco.
Determinéme á no amar,
porque fuera lance impropio,
siendo pobre, divertirme
en empleos amorosos;
que amar sin tener que dar,
ó es preciarse de muy loco,
ó tener hecha la cara
al desaire de andar corto.
Mas viendo á Casandra un dia,
(no es este su nombre propio,
mas cállole por modestia)
quedé mudo, quedé absorto,
y quedé mas pobre que antes;
pues liberal á mi modo,
hasta sin alma quedé,
porque la ferié á sus ojos.
Amábanla Feliciano,
Floro, Alberto, Lucidoro,
y el Conde Astolfo; si bien,
con mas licencia que todos
el dicho Conde, por ser
mas noble, ó mas poderoso.
Antojóseele (¡qué dicha!)

bajar una noche al soto,
á enamorar á sus Ninfas,
ó á dar niéve á sus arroyos,
y viniendo por el rio
en su coche, y trás él Floro,
el Conde, Alberto, y Ricardo,
y yo tambien que iba solo,
como carta, que en el juego,
donde el amor pide oros,
es figura, y no ganancia,
y así la descartan todos;
sucedió que los caballos
atentos á un alboroto,
que mas adelante hacia
el placer de algunos mozos,
se alteraron de manera,
que sin atender fogosos
á los preceptos del freno,
rompiendo el cristal sonoro,
se abalanzaron al rio
con tal fuerza, que el piloto
de aquella encerrada barca
probó el agua, midió el golfo.
Ya lo veis, Casandra entonces,
sacando el turbado rostro
por el cancel de un estrivo,
con acentos lastimosos,
piedad al cielo pedia,
y á sus amantes socorro:
mas ellos (¡quién tal pensára!)
como peñas, como troncos,
inmóviles al remedio,
y á su voz estaban sordos.
Llegué yo entonces, y ciego
de ver su tibieza, arrojo

el vestido, aunque era tal,
que me hiciera poco estorbo;
salto al agua, esgrimo el brazo,
hiero el aire, el cristal rompo,
y al coche voy, que parado
parecia verde escollo,
cercado de plata falsa,
y de sucesivo plomo.
Entro dentro, y ella ansiada
con el susto, y el asombro,
al cuello me echa los brazos,
y yo en ellos la acomodo
sin aliño, que la priesa
dió licencia á tan forzosos
favores, que aun el recato,
que hasta allí fué melindroso,
dicen, que enseñó al cristal,
por no decir á mis ojos,
de la coluna de seda,
no sé si seda con oro.
Iba Casandra sin pulsos,
y caia sobre el hombro
izquierdo mío su cara;
y como el golpe furioso
del agua con mil vayvenes
me combatia, ella, y todo
mudaba sitio á la cara,
tanto, que sus lábios rojos
ví tal vez, como de paso,
con los mios venturosos
encontrarse sin querer;
porque entre su cielo hermoso,
y entre mi rostro no habia
mas tabique que mi rostro.
En esto ya sus amantes,

ó corridos, ó envidiosos,
se habian escondido; en fin;
Casandra de aquel asombro
cobrada, con un suspiro
que el arte guardó con otros,
corriendo las dos pestañas,
fué sumiller de sus ojos;
y apenas volvió en su acuerdo,
cuando salpicando á trozos
con viva sangre la nieve,
señor don Carlos de Osorio
(me dijo) para quereros
bastaba solo el abono
de ser quien sois, y saber
que os debo, no, no lo ignoro,
dos años de voluntad;
pero ahora que conozco,
que os debo tambien la vida,
creed que á mi cuenta tomo
la paga, y creed tambien
(esto cubriéndose el rostro)
que os tengo amor, y algo mas.
Con esto quedé tan loco,
Fernando, que aun no creí,
por ser mio, tanto gozo;
que es en un hombre abatido
el favor tan sospechoso,
que volví á mirar el campo,
por ver si hablaba con otro.
Estaba cerca un molino,
y para con mas decoro
poder secarme y vestirme,
á su sagrado me acojo.
Allí estuve hasta la noche,
y al volver, entre unos olmos,

me pareció que habia gente,
y con mas atencion, oigo
hablar seis hombres tan cerca,
que casi con ellos topo;
y con la luz, que la luna
daba pródiga, conozco
que es el Conde y sus criados,
que como una fiera ó toro,
me acosan y me retiran:
mas yo diestro y animoso,
al primero que encontré,
que fué acaso el Conde Astolfo,
en la mano de la espada
alcancé un mandoble, y roto
de una vena el primer velo,
bañó de purpura el pomo.
Llega entonces la justicia
de la hermandad, que el contorno
de aquel campo visitaba,
y sin oir en mi abono
mis disculpas, al Virrey
me llevan, que rigoroso
solo conmigo, quizá
porque vió que estaba roto,
maniatado hizo traerme
á este oscuro calabozo,
donde á poder de la envidia
vivo el hombre mas dichoso
que tiene el mundo: aquí estoy
de aquella deidad que invoco,
regalado cada dia.....
aquí me escribe, y respondo
lo menos de lo que siento,
y lo mas de lo que ignoro.
Esta es, Fernando, mi historia;

esta es la luz que enamoro;
esta la aurora que sigo,
esta la dicha que gozo;
esta la vida que paso,
esta la suerte que logro,
esta la gloria que espero,
y esta la dama que adoro.

Don Fernando.

¡Notable historia por cierto,
y digna de eterna fama!
Con razon Casandra os ama.

Don Carlos.

Pues de camino os advierto,
que es lo mejor de Valencia,
rica, hermosa, y celebrada.

ESCENA IV.

Dichos, Tristan, y Teodoro.

Tristan.

Oye...

Teodoro.

Escucha...

Tristan.

Una embajada,
ó dos, que con diferencia,
de color alegre, y triste,
negra, y gorda, mala, y buena,
parte gusto, parte pena,
ansia, y gloria, susto, y chiste,
te traigo:

Don Carlos.

Pues di primero
la buena.

Tristan.

¿Pues no es mejor
saber antes lo peor,
porque el bocado postrero
te cure de aquella mala?

Don Carlos.

No, Tristan, que puede ser,
si entrambas se han de saber,
que la mala sea tan mala,
y de tanto rigor llena,
que no me deje en el pecho
á la vida de provecho
para que sepa la buena;
y la buena puede ser
tan dulce en el razonar,
que no la deje al pesar
rastro para acometer:
y así diestro maestresala
la buena es bien que me des,
que harto tiempo habrá despues
para trincharme la mala.
Empieza, acaba, dí presto.

Tristan.

Pues digo que libre estás;
esa es la buena.

Don Carlos.

¿No mas?

Tristan.

¿No mas? ¿Pues es barro esto?

Don Carlos.

¿Levantóse el Conde?

Tristan.

Si,
y el Virrey está informado
del caso, y orden ha dado

para que salgas de aquí.

Don Carlos.

Dí ahora la mala.

Tristan.

Digo,

que el siervo de don Fernando...

Don Carlos.

Ya escucha el alma temblando.

Tristan.

Ha estado hablando conmigo,
y dice que su señor
es de Leonor...

Don Carlos.

¿Qué?

Tristan.

Pariente,
y que su padre...

Don Carlos.

Detente.

Tristan.

Viendo en estado á Leonor;
ya me entiendes, moza y bella;
le envia á casar.

Don Carlos.

Pues bien.

Tristan.

No conmigo.

Don Carlos.

¿Pues con quién?

Tristan.

Dice el siervo, que con ella.

Don Carlos.

¿Con Leonor?

Tristan.

Sí, con Leonor;

Don Carlos.

¿Díceslo de veras?

Tristan.

Si.

Don Carlos.

Todo el cielo sobre mí
se ha caido: (¡ay tríste amor!)
ya no puede la fortuna,
ni dar mas, ni querer mas.

Tristan.

En efecto, libre estás,
y sin dilacion alguna.

Don Fernando.

El otro negoció presto.

Don Carlos.

Y viene á ser lo peor,
que la historia de Leonor,
aunque con nombre supuesto,
le he contado.

Don Fernando.

¿Pues, amigo,
no me dais el parabien?
Libre estoy.

Don Carlos.

Y yo tambien.

Don Fernando.

¿Vos tambien?

Don Carlos.

¡Ay enemigo! *ap.*
Si, Fernando.

Don Fernando.

Ireis ahora
á ver á vuestra Casandra.

Don Carlos.

Aunque ciega salamandra

soy de su fuego, y la adora
toda el alma, hasta las dos
de la noche no podré.
¿Tristan, ¿qué diré? ¿qué haré?

Tristan.

Disimular.

Don Fernando.

Pues de vos,
puesto que lugar habrá,
me he de amparar.

Don Carlos.

No seais corto,
aquí estoy, si acaso importo.

Don Fernando.

Yo soy nuevo en el lugar,
no sé las calles, y quiero
que á una casa me lleveis,
que acaso conocereis.

Don Carlos.

¡Esto mas, cielos! ¿Qué espero? *ap.*
¿Y es?

Don Fernando.

De don Pedro de Ibarra.

Don Carlos.

Es muy grande señor mio.
¡Hay tal suceso! *ap.*

Don Fernando.

Es mi tio.

Don Carlos.

Una hija muy bizarra,
si acaso yo no me engaño,
ha de tener. ¡Ay amor! *ap.*

Don Fernando.

Llámase doña Leonor.

Don Carlos.

Por mi mal y por mi daño. *ap.*

Don Fernando.

Discreto sois, y pues vos
el alma me habeis fiado;
sabed que vengo casado
con ella.

Don Carlos.

Mal te haga Dios. *ap.*

Don Fernando.

¿Qué dices?

Don Carlos.

¡Ay triste! Digo
que es muy hermosa muger.
¿Esto es morir, ó querer? *ap.*

Don Fernando.

Mirad que venís conmigo
hasta ponerme en su casa.

Don Carlos.

¿Esto en qué fábula cabe?

Tristan.

Medianamente se sabe.

Don Carlos.

Lo que ahora por mi pasa, *ap.*
tal estoy, que no lo creo.

Don Fernando.

Venid, porque verla pueda.

Don Carlos.

Muerto voy. Todo os suceda...

Don Fernando.

¿Cómo?

Don Carlos.

Como yo deseo.

ESCENA V.

DECORACION DE CALLE.

El Conde con banda, y algunos criados acompañando á Leonor é Inés con manto.

Leonor.

Vueseñoría, de aquí
no ha de pasar.

Conde.

Quien se abrasa,
por todo pasa.

Leonor.

Mi casa
no es iglesia.

Conde.

Para mí
siempre cruel.

Leonor.

Soy quien fuí.

Conde.

¿Pues tomar agua bendita
de un hombre, qué dá ni quita?

Leonor.

No dá, ni quita, señor;
mas tengo al agua temor,
aunque sea agua bendita.
Aquella pila, aunque breve,
(tanto puede el temor mio)
la imagina un grande rio,
que á sus márgenes se atreve,
y vuelta la grana en nieve,
temió su furia cruel;
porque si tropiezo en él,

es fuerza, señor, llamaros;
y no quiero aventuraros
á que os arrojeis á él.

Conde.

Ya os entiendo; mas responde
mi amor, que la voluntad
en una publicidad
tal vez el amor esconde.

Leonor.

Es engaño, señor Conde,
que el hombre que ve á su dama
con peligro en vida, ó fama,
y la suya no aventura,
ó rebienta de cordura,
ó es muy poco lo que ama.
Mandame, señor, en cosa
que pueda serviros yo;
mas en cosa de agua, no,
que es para mí peligrosa;
y si es ocasion forzosa,
gusto, tema, ó interes,
yo entraré al agua cortés;
mas con condicion....

Conde.

Deci.

Leonor.

Que esté don Carlos allí,
por si peligro despues.
Aunque nó, no quiero tal,
porque si el agua se atreve,
y hollando la riza nieve,
me socorre liberal,
podrá ser que le esté mal,
y que envidiando su suerte,
á la noche se conciérte,

en disimulado alarde,
algun nadador cobarde,
que salga á darle la muerte.

Conde.

A tan necio responder,
la mejor satisfaccion
sera quitar la ocasion,
y dejaros por muger;
que despues yo sabré hacer....

Leonor.

¿Qué ha de hacer, vueseñoría?

Conde.

Vengar esa grosería.

Leonor.

¿Cómo?

Conde.

Matándo, pues puedo...

Leonor.

¿A quién?

Conde.

A don Carlos.

Leonor.

Quedo.
¡Ay Carlos del alma mia! *ap.*

Conde.

Vos vereis....

Leonor.

Es rigor fiero.

Conde.

A quien mereció esos brazos....

Leonor.

¿Cómo, Conde?

Conde.

Hecho pedazos.

Leonor.

¿Pues digo yo que le quiero?

Conde.

No; mas tengo por agüero,
que compitamos los dos.

Leonor.

Señor Conde Astolfo, á Dios.

Inés.

¿Qué has hecho?

Conde.

Voy á trazar
la muerte que le he de dar,
para vengarme de vos.

ESCENA VI.

Leonor

Matar á Carlos mi enemigo quiere,
Para que yo le quiera agradecida;
Muerta debo de ser, muerta ó herida,
Pues en Carlos me hiere, si le híere.
Que viva yo sin Carlos, no lo espere,
Porque tengo á su vida el alma asida,
Y es descomedimiento de la vida,
Que viva el cuerpo, cuando el alma muere.
Conde cruel, si por mirarme esquiva,
Solicitas de Carlos la venganza,
A tí te está mejor que Carlos viva.
Que aunque por él mi desamor te alcanza,
Si vive, vivo yo, y estando viva,
Tal vez podrá engañarte la esperanza.

ESCENA VII.

Don Carlos, don Fernando y Tristan.

Don Fernando.

¿Llegamos ya?

Don Carlos.

Ya llegamos.

Don Fernando.

Vive Dios, que está una legua
de la carcel esta casa;
¡valgate Dios por Valencia!
Hecho pedazos estoy.

Tristan.

¿Señor, donde vas? ¿Qué intentas?

Don Carlos.

No sé, Tristan.

Tristan.

Yo lo creo:
¿pues dime, con qué conciencia
traes á este hombre arrastrando
por calles, y callejuelas
dos horas ha sin parar,
dando vueltas, y mas vueltas?

Don Carlos.

Mira, en pensar que le llevo
(¡ay Tristan!) á que la vea,
á que la adore, y quizá,
á que se case con ella,
pues llegar á ver sus ojos,
y adorar sus luces bellas,
aunque parecen dos cosas,
para mí son una mesma;
me pierdo tanto, que tuve
la mano en la espada puesta

para darle de estocadas.

Tristan.

¿Y eso decíslo de veras?
¡Jesus, que mal pensamiento!
Reza muchos credos, reza,
porque Dios te guarde el juicio.

Don Carlos.

Menos tendré, cuando veas
que doy voces como amante.

Tristan.

Y aun como loco pudieras.

Don Fernando.

¿Tristan, tu señor qué tiene,
que ya tirando las cejas,
ya los ojos en el cielo,
y ya el semblante en la tierra,
va hablando consigo mismo?

Tristan.

Señor, mi amo es poeta,
y los tales cuando escriben
mudan mas de cuatrocientas
caras en una hora sola;
porque si es de cosa tierna,
se retozan ellos mismos,
se mirlan, y se gorgean;
si es de guerra, se ensayonan,
se encolerizan, y emperran;
de manera, que tal vez,
llevados de aquella idea,
encasquetando el sombrero,
al primero con que encuentran,
como si fuera de Olanda,
de Francia, ó Inglaterra,
diciendo: *Santiago, á ellos,*
cierra España, todos mueran;

le dan dos, ó tres puñadas,
ó le quiebran la cabeza.
Ahora que abrió los brazos,
y dando al sego una vuelta,
se puso de Orate Frates,
escribe sin duda quejas.

Don Carlos.

Este loco siempre está,
aunque el mundo se revuelva,
de gracia; lo cierto es,
y bien la color lo muestra,
que al volver por esa esquina
encontré al Conde, y la fuerza
del enojo, y de los zelos
me ha puesto de manera.
Ello ha de ser, ¿pues qué aguardo? *ap.*
Dénme los cielos paciencia:
ésta es, Fernando, la casa;
llama, Tristan, á esta puerta.
Mas tente, que desde aquí,
con mediana diligencia,
puedes verla antes de hablarla;
porque ella, y su prima Estela
cantando á las almohadillas,
para entretener la siesta,
han hecho jardin al patio.

Don Fernando.

¿Y Estela vive con ella?

Don Carlos.

No vive, pero el amor
que la tiene, es de manera,
que se juntan cada dia.

ESCENA VIII.

Leonor, Estela, y Laura haciendo labor en el estrado, y entran Carlos, Fernando y Tristan.

Tristan.

Si chirimias hubiera,
fuera tramo ya á pie quedo,
mas escucha, que ya suenan.

Laura canta.

De su querido Vireno
la bella Olimpa se queja,
mas porque la lleoa el alma,
que porque el honor se lleoa.
¡ Ay ! dice, triste y quejosa......

Leonor.

No trates, Laura, de quejas,
que parece que es ponerme
miedo, y estoy muy resuelta.
¡ Ay preso del alma mia! *ap.*

Don Carlos.

La de la mano derecha......

Tristan.

Acábalo de parir.

Don Carlos.

Es Leonor.

Estela.

Buena cabeza,
bien tocada estás.

Leonor.

¡ Ay prima!
Si de un deseo digeras,
no pienso que te engañáras.

Don Carlos.

La otra es su prima Estela,

que para estrella le falta,
quizá por yerro dos letras,
y le sobran para el sol
muchas.

Don Fernando.

¡Por cierto que es bella!
Mas Leonor. ....

Don Carlos.

¿Qué te parece?

Dan Fernando.

¿Qué me parece? Que es flecha
del mismo amor, que es un rayo
del sol, que es sol, y que de ella,
para aprender á lucir,
pueden bajar las estrellas
desde su cielo.

Tristan.

No pueden,
que están de aquí muchas leguas,
y bajarán despeadas.

Don Carlos.

¿Hay tal cosa? ¡Que consienta
esto un hombre! Vive Dios.....

Don Fernando

¿Carlos, qué colera es esa?

Tristan.

Ahora escribe batallas.

Don Carlos.

En viendo que alguno llega
á gozar con libertad,
lo que quiere, ó lo que intenta,
me acuerdo de aquel tirano,
que así mi ventura inquieta,
y sin poder resistirme,
como si aquí lo tuviera,
me alboroto.

Tristan.

Es muy sanguino.
¿Mas que das con todo en tierra?

Estela.

Digo, que es aquel don Carlos.

Leonor.

Dices bien: ¡ay, prima! deja,
deja el almoadilla ahora,
y pues mi padre está fuera,
dile que entre; y de camino
echa la aldaba á la puerta:
vosótras desde el balcon,
ya me entendeis, tened cuenta.

Don Fernando.

Ya nos ha visto, yo llego.

Don Carlos.

Primero, con tu licencia
he de ganar las albricias,
porque Leonor por las nuevas
hable á Casandra mañana.

Don Fernando.

Muy enhorabuena sea,
tu amigo soy, aquí aguardo.

Leonor.

¿Mi bien?

Don Carlos.

¿Señora?

Leonor.

¿Así llegas
despues de tanta prision?
¿A quién miras? ¿En qué piensas?

Don Carlos.

No sé, señora.

Leonor.

¿Qué decís?

¿De que calle me haces señas?

Don Carlos.

Tente por Dios, que te pierdes,
y está la causa muy cerca.

Leonor.

Habla claro.

Don Carlos.

Aquel hidalgo
es don Fernando Centellas,
viene á casarse contigo,
es muy galan, tú su deuda,
Tu padre juez de esta causa,
yo el que espero la sentencia,
mi verdugo el desengaño,
este patio la escalera,
ya me quieren arrojar;
harto he dicho, á Dios te queda.

Leonor.

Mi bien, esposo, señor,
oye, escucha, advierte, espera.

Don Carlos.

¿Qué quieres?

Leonor.

Que te reportes;
¡qué lástima! ¡y qué vergüenza!
Cierto, que cuando te ví
llegar con turbada lengua,
ya mordiéndote los labios,
ya desquiciando sin cuenta
de su lugar las palabras,
y ya escupiendo centellas
por los ojos, que pensé
que el cielo sobre la tierra
se caia, ó que el Virrey
con ocasion, ó sin ella

te desterraba del reyno,
ó que por vengar su ofensa
el Conde, andaba pagando
á quien la muerte te diera,
que ya las muertes se pagan
como el paño en una tienda;
y confiésote que estuve
escuchándote mas muerta
que viva; mas ya que sé
que es la ocasion tan diversa,
vuelvo en mí. ¡Jesus que susto!
No te perdono la pena
que me has dado.

Don Carlos.

Ahora burlas,
viéndome morir de veras.

Leonor.

Carlos, sí; que nada importa
que mi primo vaya, ó venga:
nadie se casa dos veces
en la Católica Iglesia,
antes de haber enviudado:
yo, conforme á mi conciencia,
ha dias que me casé,
estás vivo, yo contenta,
soy Cristiana, temo á Dios;
harto he dicho, el mundo venga.
Llama ahora á don Fernando.
¿Quieres mas?

Don Carlos.

Solo quisiera
poder besarte los pies.

Leonor.

Las manos están mas cerca:
¿y he de abrazar al tal primo?

Don Carlos.

Eso es fuerza.

Leonor.

Pues si es fuerza,
ponte detras, y al descuido
te daré la mano izquierda:
llámale.

Don Carlos.

Venero á amor.

Leonor.

Esto es, prima, estar resuelta.

Don Fernando.

¿En fin, negociaste bien?

Don Carlos.

Está loca de contenta.

Don Fernando.

Mucho me huelgo.

Tristan.

Tragóla
el señor novio.

Estela.

Ya llegan.

Don Fernando.

Ya os habrá dicho don Carlos....

Leonor.

Los brazos son la respuesta, (1)
de lo que Carlos me ha dicho;
vengais muy enhorabuena.

Tristan.

Como una cordera está
aguardando, llega, y besa. (2)

---

(1) *Abrázanse.*

(2) *Llega Carlos y besa la mano.*

Don Fernando.

Este abrazo fue por prima.

Leonor.

Y este por esclava vuestra.

Tristan

No aguarda que se lo rueguen.

Leonor.

Mirad que mi prima espera
para besaros la mano.

Don Fernando.

Perdonad, señora Estela,
que Leonor tuvo la culpa.

Leonor.

¿Y mi tio, cómo queda?

Don Fernando.

Con salud, aunque la gota,
algunas veces le aprieta.

Estela.

¿No es muy galan nuestro primo?

Leonor.

Parece que le requiebras,
¿quieres que diga que sí?
que lo haré porque tú quieras;
mas no porque le he mirado.
Dáme el pulso, ¿estás enferma?
¿Sientes algo en ese pecho?
¿Duélete ya la cabeza?
¡Jesus, que calenturon!

Estela.

Por tu vida, que estoy buena;
que no me muero, Leonor,
tan aprisa como piensas.

Tristan.

Con la cabeza te dice,
que te vayas, y que vuelvas,

Don Carlos.

Pues voyme. Fernando á Dios;
dadme hasta despues licencia.

Don Fernando.

Carlos, esta es vuestra casa,
mandad, disponed en ella.

Leonor.

Al señor don Carlos, primo,
por obligacion y deuda,
debemos servirle todos.

Don Carlos.

Tristan, si ahora le cuenta
lo del rio.....

Tristan.

¿Pues por qué,
no la avisaste?

Don Carlos.

¡Qué pena! *ap.*
Yo señora.....

Leonor.

¿Veis, Fernando;
á Carlos, que tan de nuevas
se hace? Pues yo le debo.....

Don Carlos.

Si; porque mi padre era
gran servidor de esta casa.
¡Ay Tristan, si me entendiera!

Leonor.

Aun no me acordaba de eso.

Don Carlos.

Si es, porque estando en la Iglesia
el otro dia, á un hidalgo,
que habló mal en vuestra ausencia,
le dige lo que sentía,
fue respeto á vuestras prendas.

Tristan.

No entiende mas que una burra.

Leonor.

Que propio es de la nobleza,
disimular los favores,
y encubrir las gentilezas.
Esto digo.

Don Carlos.

Muerto estoy.

Leonor.

Porque si por él no fuera,
ya no tuviérades prima.

Don Fernando.

Carlos se turba y altera, *ap.*
y Leonor dice que debe
tanto á Carlos. ¿ Mas qué fuera
que Leonor fuera Casandra ?

Don Carlos.

Dejadlo por vida vuestra.

Leonor.

¿ Pues no es mejor, que mi primo
sepa, y conozca la deuda
en que mi vida os está ?

Don Fernando.

Si, prima; porque agradezca
un beneficio tan grande.

Tristan.

¡ Vive Cristo que rebienta
por desbuchar el secreto,
como si una purga fuera !

Leonor.

Digo pues....

Don Fernando.

Decid, decid.

Leonor.

Que por la verde ceneſa
íba del rio una tarde
en mi coche, bien agena
del daño....

Don Fernando.

Ya sé la historia.

Tristan.

Metió los dedos, ya es fuerza
echar hasta las entrañas.

Don Fernando.

Ya sé que el coche sin rienda
se entró por el agua, y luego....

Don Carlos.

¡Hay desdicha como aquesta! *ap.*
¡Que no lo avisase antes!

Leonor.

En los brazos casi muerta
al prado os restituyó
sin color la primavera.

Don Fernando.

Todo lo sé, que las cosas
que tocan en gentilezas,
antes de hacerse se saben:
y así, por tan gran fineza,
dadme los brazos. No os vais *á Carlos ap.*
(de cólera el alma tiembla)
porque he menester mataros.

Don Carlos.

¿Matarme?

Don Fernando.

Si.

Don Carlos.

No lo creais,
porque vive mucho un pobre

cuando de vivir le pesa.

Leonor.

Venid, primo, á descansar.
No sé que me piense, Estela,
de este abrazo.

Estela.

Que no es bueno.

Leonor.

Pues echate esta antepuerta,
y vete, que quiero ver
si fue cierta mi sospecha.

Estela.

Bien me ha parecido el primo,
quiera Dios que por bien sea.

ESCENA IX.

Don Fernando, don Carlos, Tristan y Leonor al paño.

Don Fernando.

¿Fueronse ya?

Don Carlos.

Ya se fueron.

Don Fernando.

Con los hombres de mis prendas,
no se usan en la honra
tan viles estratagemas.

Don Carlos.

Yo soy don Carlos Osorio.

Don Fernando.

Yo don Fernando Centellas.

Don Carlos.

Este patio no es campaña
ni esa calle es alameda.

Don Fernando.

Pues por eso quiero yo

ir á parte, donde pueda
hablar con menos testigos.

Don Carlos.

Pues seguidme.

Sale Leonor.

Ahora entra *ap.*
mi papel. ¿Adonde bueno?

Don Fernando.

Como soy nuevo en Valencia,
á don Carlos le rogaba
me llevase donde viera
alguna cosa.

Leonor.

Es temprano,
porque aun estais con espuelas.

Don Fernando.

Fáciles son de quitar.

Leonor.

Es tarde, y mi padre cena
en anocheciendo Dios.

Don Fernando.

Pues despues...

Leonor.

¡Que linda flema!
al punto habeis de acostaros.
Carlos, aquella es la puerta
de la calle, y por aquí *á Fernando.*
se vá á vuestro cuarto: ea,
idos vos, y quedaos vos;
en mi casa estais, paciencia.

Don Fernando.

Mañana...

Don Carlos.

Ya entiendo.

Don Fernando.

A Dios.

¿Es por aquí la escalera?

Leonor.

Si, prima.

Don Fernando.

Pues voy delante. *Vase.*

Leonor.

Y yo tras vos. Carlos, llega.

Don Carlos.

¿Fuese?

Leonor.

Si: despues te aguardo.

Tristan.

Aténgome á esta pendencia.

Leonor.

Ahora no puedo mas:
Dios te guarde

Don Carlos.

Noche, vuela.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Leonor.

Estela é Inés.

Estela.

Inés, déjame conmigo
de mí misma murmurar;
déjame á solas llorar
esta locura que sigo.
¡Ay Inés!

Inés.

¿Pues en qué estado
tienes, señora, tu amor?

Estela.

En que Carlos con Leonor
de palabra está casado;
mi primo aunque receloso,
como este secreto ignora,
á Leonor sirve y adora:
mi tio mas rigoroso,
sin prudencia ni razon
la quiere casar con él:
Leonor le teme cruel
por su fuerte condicion.
Carlos duda se la den,
aunque á su padre la pida;
que es la pobreza encogida,
y mas en hombre de bien:
y yo (¡ay triste!) por no hablar

con peligro de Leonor,
muerta de envidia y de amor,
de zelos y de pesar,
amo, adoro, busco, y quiero,
solicito, llamo, sigo,
á un traidor, á un enemigo,
por quien vivo, y por quien muero.

Inés.

¿Pues dí, sabiendo Fernando
todo el suceso del rio,
pretender no es desvario,
lo que está Carlos gozando?

Estela.

El no sabe que la goza,
y ya sobre esto riñeron,
y alla se satisfacieron.
Nunca (¡ay Dios!) de Zaragoza
viniera aqueste traidor.

Inés.

Si, pero si mi señora
á Carlos quiere y adora,
por fuerza su honesto amor
ha de venir á lograrse.

Estela.

¿Qué importa, si don Fernando
en Leonor está adorando?

Inés.

Todo cesa con casarse.

Estela.

¡Ay Inés! Pluguiera al cielo,
aunque despues me costara
la vida... Pero repara
en que en aquel entresuelo
siento ruido.

Inés.

¡Muerta estoy!

Estela.

¡Valgame Dios! ¿qué será?

ESCENA II.

Dichas, don Carlos y Tristan alborotados.

Inés.

Dos hombres vienen acá.

Estela.

Turbada y medrosa estoy.

Don Carlos.

Tristan, Estela está aquí.

Tristan.

Dí que nos escondan presto,
que yo tirito.

Estela.

¿Qué es esto?

Don Carlos.

No lo sé, ni sé de mí,
solo sé, que estando hablando
con mi esposa (¡ay Dios!) llegó
su padre.

Estela.

¿Vióte?

Don Carlos.

No vió,
porque corriendo, volando
á otro cuarto me pasé,
y una escalera que vi
en dos saltos la subí,
y la mayor suerte fué
llegar aquí. Mas por Dios
que aun no estoy seguro aquí:
que los dos vienen allí.

Estela.

Pues entrad aquí los dos.

ESCENA III.

Estela, Inés, Leonor, don Pedro, y don Carlos y Tristan al paño.

Don Pedro.

Aparte quiero hablarte.

Leonor.

Muerta vengo. *ap.*

calor apenas en el resto tengo.

¿Si vió mi padre á Carlos cuando huia?

¡Ay esposo! ¡Ay amor! ¡Ay triste dia!

¿Si estará ya en la calle?

Estela.

¿Prima?

Leonor.

¿Estela?

Don Pedro.

Retírate allá un poco.

Estela.

Soy tu esclava.

Leonor.

Señor, aquí me tienes.

Don Pedro.

Pues escucha.

Leonor.

Mi turbacion con mi peligro lucha. *ap.*

Don Carlos.

¡Ah quien la oyera!

Don Pedro.

Yo ya estoy cansado,

colérico, mohino, y enfadado,

Leonor, de vuestras casas.

Leonor.

Si te han dicho señor...

Don Pedro.

¿Que han menester decirme? si á esa puerta,
(así mi noble honor se desconcierta)
hay espadas, hay sangre, y hay heridas,
quizá por vuestra causa recibidas;
y aunque entonces esteis vos en la cama,
espadas á la puerta de una dama,
son como tiro de alcabuz valiente,
que el efecto que hace no se siente
donde dispara, sino es adonde pára.
Ya me entendeis, la consecuencia es clara,
yo he venido á entender, y aun me lo han dicho
(quizá fué presuncion, ó fué capricho),
que Carlos os festeja para esposa.

Leonor.

Señor....

Don Pedro,

No lo he creido, porque es cosa
que no lleva camino; que á ser cierta,
no digo empaderada, sino muerta
os habia de ver este mozuelo
antes que se lográra su desvelo.
¿Con un pobre? ¡Por Dios, gentil marido!

Leonor.

¿Quién lo dijo, señor?

Don Pedro.

No lo he creido.
No me satisfagais. ¿Pero quién duda,
que pensais, Leonor, que estas razones,
se encaminan á hacer que de Fernando
se concluya el tratado casamiento?
Pues no, Leonor, que mas dichoso aumento
el cielo os ha buscado.

Don Carlos.

¿De qué tratan?

Tristan.

¿Quién duda que será de nuestra muerte?
Mas nada puede oirse.

Don Carlos.

¡Ay triste suerte!

Tristan.

Reconciliando están.

Don Carlos.

Y yo estoy loco.

Tristan.

¿Tú no lo oyes?

Don Carlos.

No.

Tristan.

Pues yo tampoco.

Don Pedro.

Mirad, hija, mirad, Astolfo, digo,
el conde de Belflor....

Leonor.

Y mi enemigo. *ap.*

Don Pedro.

Esta mañana me llamó.

Leonor.

¿A qué efecto?

Don Pedro.

A efecto de casarse.

Leonor.

Es muy discreto:
¿y con quién quiere el Conde?

Don Pedro.

Con vos quiere.

Leonor.

Aquí del todo mi esperanza muere. *ap.*

Don Pedro.

Así lo dijo.

Leonor.

¿Y vos qué respondistes?
¡Ay trágica hermosura! ¡Ay ojos tristes! *ap.*

Don Pedro.

¿Qué habia de responder? sino que estaba
llano todo su gusto, y que ganaba
mi calidad en esto, pues queria
pasarla de merced á señoría.
Verdad es que Fernando ha de sentirse,
agraviarse, correrse, y desabrirse;
pero no importa, no, que mi provecho
es primero que todo.

Leonor.

Aquesto es hecho. *ap.*

Don Pedro.

¿Qué dices? ¿qué respondes? ¿qué murmuras?

Leonor.

Señor.... ¡Confusa estoy! Si aquí confieso *ap.*
¡ay dulce bien! que pierdo por tí el seso,
mas que obligarte viene á ser perderte,
siendo instrumento de mi triste muerte;
pues consentir en la palabra dada,
es tomar contra mí tambien la espada:
mejor es, mejor es, yo me resuelvo
á decir, aunque miento, que á mi primo
quiero, adoro, respeto, amo, y estimo,
y así podré escusarme sin perderme,
y mas honestamente defenderme.
Digo, señor....

Don Pedro.

¿Qué dices?

Leonor.

Que no puedo,

aunque á tus amenazas tengo miedo,
dejarme de ofender de tus razones,
pues á mi costa la palabra pones.

Estela.

Ahora habla Leonor.

Don Carlos.

Y de manera,
que el eco puede oirse.

Don Pedro.

Ya me altera
la disculpa.

Leonor.

Pues oye la disculpa,
y verás que mi amor no tiene culpa:
en cuanto á lo de Carlos....

Estela.

Carlos dice.

Leonor.

Me corro de que pienses que mi brio,
mi gala, mi valor, y mi alvedrio,
á un hombre se rindiese, que no vale,
aunque á su ser con su pobreza iguale,
para ser escudero de tu casa.

Estela.

¿Oyes aquello?

Don Carlos.

El alma se me abrasa.

Leonor.

Perdonad, Carlos mio, estos agravios, *ap*
que aunque á la posta pasan por los lábios,
el amor que en escrúpulos repara,
que miento está diciéndome en la cara.
En cuanto al casamiento que me dices,
no es bien, padre, y señor, te escandalices
de que á mi primo quiera bien, que el trato

siempre con el amor comió en un plato;
tú me dijiste que á Fernando amase,
porque un lazo de amor nos enlazase;
miréle bien, y consentí en el lazo.

Tristan.

Por allá viene ahora el ramalazo.

Leonor.

Yo le adoro en efecto, yo le adoro:
perdona si á tu ser pierdo el decoro,
porque el amor cuando en locura toca,
es calentura, y sálese á la boca.

Estela.

¡Cielos, yo soy la muerta y la agraviada!

Tristan.

¿Y mi amo, quedóse en la posada?

Don Pedro.

¿En fin, Leonor, á don Fernando quieres?

Leonor.

Tú lo mandaste.

Don Pedro.

¡Que obediente que eres!

Leonor.

Soy hija tuya en fin. Valióme el arte. *ap.*

Don Pedro.

Pues no, Leonor, no tengo de forzarte;
pero pues dices que á Fernando adoras,
puesto que nada con su amor mejoras,
luego te has de casar.

Leonor.

¿Pues por qué luego?

Don Pedro.

Porque me causan tantas dilaciones,
y es andar la opinion en opiniones;
fuera de esto, Leonor, viendoos casada,
cumpló tambien con la palabra dada;

pues con decir á mi pesar se ha hecho,
queda el Conde seguro, y satisfecho,
contento mi sobrino, yo sin susto,
y vos, hija, casada á vuestro gusto.

Leonor.

¡Tal tenga la salud quien mal me quiere! *ap.*
ya no hay remedio que en mi mal espere.

Estela.

Carlos, difunta estoy.

Don Carlos.

Y yo sin vida.

Don Pedro.

Por don Fernando estoy.

Leonor.

¡Ay homicida! *ap.*

Don Pedro.

¿Parece que os turbais?

Leonor.

Haste engañado,
que solo tu respeto me ha turbado.

Don Pedro.

Ven, sobrina, conmigo, porque quiero
informarme de tí.

Don Carlos.

¡Cielos, hoy muero! *ap.*

Estela.

Sin alma voy. ¿Y Carlos, prima mia?

Leonor.

En el alma se está, como solía.

Estela.

Mira que soy muger, y que te he oido,
y aun Carlos.

Leonor.

¿Cómo Carlos?

Estela.

De esta suerte.

Leonor.

¿Si escuchó la sentencia de su muerte?

Estela.

¿Cómo escuchar? El alma se le abrasa.

Don Carlos.

Ya rabio por salir de aquesta casa.

Estela.

Carlos, á Dios.

Don Pedro.

¿No vienes?

Estela.

Ya te sigo. *vanse.*

Leonor.

Cierra tú de camino ese postigo,
y tú ponte á la puerta.

Tristan.

¿Inés, es hora?

Inés.

Ya pienso que se fué, salid adora.

ESCENA IV.

Leonor, don Carlos, Inés y Tristan.

Don Carlos.

Muerto salgo.

Leonor.

¿Pues, señor?

Tristan.

No hay señor: ¡lindo entremes!

Leonor.

Claro está que habreis oido
mis locuras, mas tambien
sabreis el fin que me mueve.

Don Carlos.

Si, Leonor, todo lo sé.
¿Fuese ya el señor don Pedro?

Leonor.

Seguro estais, ya se fué.

Don Carlos.

Pues perdonad, porque tengo
cierto negocio que hacer,
y no puedo detenerme.
Ven, Tristan. Aparta, Inés.

Leonor.

¿Tan de priesa es el negocio?

Don Carlos.

Es fuerza hablar al Virey
sobre pretensiones mias.

Leonor.

Bien estoy con que le hableis;
pero no yendoos así.

Don Carlos.

¿Pues cómo? ¿Cómo ha de ser?

Leonor.

Diciéndome: dueño mio,
Leonor, esposa, muger,
ó aquellas cosas que amando
los hombres decir sabeis;
yo tengo una ocupacion,
luego, luego volveré:
y eso no tan mesurado,
con los ojos en los pies,
el rostro descolorido,
necio de puro cortés,
cortés de puro enojado,
y enojado de cruel.

Tristan.

Tiene razon que le sobra.

Leonor.

¿Pues en qué, Tristan, en qué?

Don Carlos.

En nada, vamos de aquí.

Leonor.

No harás tal, que he de saber
primero por qué te vas

Don Carlos.

¿Por qué me voy? Por querer.

Leonor.

Eso no, que si es culpando
mi voluntad y mi fé,
por aborrecer será;
pero yo sabré el porqué,
aunque me cueste dar voces.

Don Carlos

Pues para que no las des,
por vída....

Leonor.

No jures mas.

Don Carlos.

Tuya, Leonor, que esta vez
no he de ser tan ignorante,
que mi infamia, y tu desden
llegue á contarte yo mismo.

Leonor.

Pues aparta, aparta Inés;
ahora prueba á salir.

Don Carlos.

Aunque te pese saldré.

Leonor.

Pues por vida de los dos,
que por aquí no ha de ser.

Don Carlos.

Deja, déjame salir.

Leonor.

Desenojado, si haré.

Don Carlos

¿No ves que juré tu vida?

Leonor.

¿No ves que las dos juré?

Don Carlos.

¿No ves qué juré primero?

Leonor.

¿Y eso qué importa?

Tristan.

Tened,
que yo quiero concertaros:
¿qué es lo que juraste?

Don Carlos.

¿Qué?
De no decirselo á ella.

Tristan.

Pues vuelvete á la pared,
y cuéntalo á esos damascos,
á tí mismo, á mí, ó á Inés,
como si fuera á Leonor,
y tú en oyendo el papel,
danos pan y callejuela.

Don Carlos.

¿Y así no vendré á romper
el juramento?

Tristan.

No, digo.

Don Carlos.

Pues oyeme tú, cruel,
traidora, frágil, mudable,
sin efecto te adoré.

Tristan.

Mucho fué con esta cara.

Don Carlos.

Y si sabes que despues....

Tristan.

Esto huele á chamusquina.

Don Carlos.

De tu hermosura gocé...

Tristan.

Seria lampiño entonces.

Don Carlos.

Cómo, pues, ingrata...

Tristan.

Inés,
ponte aquí, que juro á Dios,
que aunque esto de burlas es,
estoy rabiando por verme
arrimado á la pared;
porque temo que mi amo,
segun está portugués,
se engañe con mil dimoños,
puesto que claros estén
en los ceros de la cuenta,
y me requiebre, sin ver
que soy sibila barbada,
y tan macho como él.

Inés.

Pues ponte tú en mi lugar.

Tristan.

Y como que me pondré. (1)

Leonor.

Pasa, Carlos, adelante.

Tristan.

Eso sí, por allá dé
el rayo.

(1) *Mudanse los dos.*

Inés.

Ya yo te escucho.

Don Carlos.

Digo, pues, fácil muger....

Leonor.

Sabe Dios que no es verdad.

Don Carlos.

¿Cómo nó, si te escuché
decir de mí mil afrentas?

Leonor.

Amor fué que no desden.

Don Carlos.

¿Y decir que á mi enemigo
amabas, qué pudo ser?

Leonor.

Entretener á mi padre.

Don Carlos.

¿Y esperar á que con él
vuelva para que te cases?

Leonor.

Resolucion suya fué.

Don Carlos.

¿Y decirle tú que sí? *Vuelve á ella.*

Leonor.

Fué respeto, no querer.

Don Carlos.

¿Y quieres que aguarde yo
á que vuelva, y tú despues
entre obediente, y turbada,
ya azucena, ya clavel,
des la mano á don Fernando?
que eso de darla sin fé,
es consuelo del agravio,
pero al fin, agravio es.
Llegará tu padre airado,

y don Fernando con él;
aquí está vuestro marido,
te dirá con altivez,
y tú torciendo las manos,
vuelto en nieve el rosicler,
muda, torpe y encogida,
aunque adorándome estés,
por haberle dicho ya
que á tu primo quieres bien,
ni responderás turbada,
ni tendrás que responder,
quedándote como arroyo,
á quien el yelo tal vez,
embargó todo el aljofar,
haciendo á medio correr,
que fuese plata labrada,
y detenido papel,
lo que fué vidrio con voz,
y carámbano con pies.
O por fuerza, ó por alhago
(claro está) vendrá á vencer
tu padre, que es padre, en fin;
y yo, desde aquel cancel,
muerto, zeloso, y confuso,
la sentencia escucharé
de mi muerte, pues mi muerte
estará en llegando á ver;
y sin apelar (¡ay Dios!)
de esta rigurosa ley,
de este golpe inescusable,
de esta pena descortés,
á tribunal mas piadoso,
á mas favorable juez,
que mi propio corazon,
como el que abrasar se vé

en las llamas de su afecto,
á mi corazon diré:
arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer.

Leonor.

Agora escucha.

Tristan.

¡Gran mal!

Leonor.

¿Cómo?

Tristan.

Como viene...

Don Carlos.

¿Quién?

Tristan.

Nuestro suegro.

Don Carlos.

¿Estás contenta?

Leonor.

¿Pues yo qué he podido hacer?

Tristan.

Ya atraviesa el corredor.

Leonor.

Presto, vuélvete á esconder.

Don Carlos.

¿Qué es esconder? ¡Vive el cielo!

Leonor.

Eso es echarme á perder,
y aun perderme para siempre.

Tristan.

Ya pasa como un lebrel
á esotro cuarto.

Leonor.

Bien mio...

Tristan.

Ya el sombrero se le vé;
apriesa, cuerpo de Cristo.

Leonor.

¿No me harás esta merced?

Don Carlos.

No, Leonor.

Tristan.

Ya se apropincua.

Inés.

Tu temor te da á entender
que viene.

Leonor.

¿Luego no viene?

Inés.

No, pero tu primo, y él
están hablando.

Tristan.

Es verdad;
pero ya á mi parecer,
ó al parecer de mi miedo,
llega como un lucifer,
ya nos ve, ya nos degüella,
¡qué buen pulso! de un rebés;
ya pedimos confesion,
ya llaman á Fray Miguel,
á Fray Juan ó Fray Gerundio;
ya doy el postrer vaiven;
ya me llevan entre dos,
y de camino tambien
me espulgan las faltriqueras,
por si hay algo que barrer.
Ya me desnuda una vieja,
y con estopas y pez
calafatea el postigo

que nunca el sol pudo ver.
Ya me hilvana con anteojos,
ya me tiran de los pies,
ya me zampan como un galgo
en la tumba de alquiler.
Ya la cruz de la Parroquia
viene protestando, que
no ha de escapar un instante,
aunque se lo mande el Rey.
Ya los Clérigos empiezan
el no me le recordeis,
ya me levantan en hombros,
ya encienden, si hay que encender,
ya dan conmigo en la Iglesia,
ya deslian el fardel,
ya me bajan á lo fresco,
ya me machacan la sien;
ya los amigos se van,
porque es hora de comer,
ya no hay Tristan en el mundo;
y asi por guardar la piel,
porque no me dejen solo,
ni dar que llorar á Inés,
dejándola en mi lugar,
y posteando al rebes,
me zambullo de gazapo,
por siempre jamas, amen.

Inés.

Señora, ya se despiden.

Tristan.

Amo del demonio, ven. (1)

Leonor.

Carlos, por amor de mí.

---

(1) *Escóndese haciendo figuras.*

Don Carlos.

¿Por tí, Leonor, qué no haré?

Leonor.

Tú verás que te lo pago
con el alma.

Don Carlos.

Yo entraré,
pues tú quieres, á morir,
á callar, á padecer,
á sufrir, á rebentar,
y á decir, Leonor, tambien
á los ojos que lo saben,
y al corazon que lo ve,
arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer.

ESCENA V.

Leonor, Inés, don Pedro; y Carlos y Tristan al paño.

Don Pedro.

¿Hija?

Leonor.

¿Señor?

Don Pedro.

Ya tu primo,
se viste.

Leonor.

¿Pues para qué?

Don Pedro.

Para que le dés la mano.

Leonor.

Ya estoy de otro parecer.

Don Pedro.

¿Qué dices?

Leonor.

No te apasiones
(dulce amor, ayúdame)
yo lo he mirado mejor,
y aunque parezca muger,
esto de ser Señoría
tiene, tiene un no sé que,
que me ha brindado el deseo,
por ser tu gusto, y por ser
aumento de nuestra casa.

Don Pedro.

¡Así como quiera es!
veinte mil ducados tiene
de renta.

Leonor.

¿Luego hago bien?

Don Pedro.

Con los brazos te respondo;
loco estoy, abrázame,
abrázame muchas veces.

Don Carlos.

Qué presto cayó en la red.

Tristan.

Como á Indio le ha engañado
con figuras de oropel.

Don Pedro.

Hija, yo le voy á hablar.

Leonor.

Sí; pero aquesto ha de ser
con prudencia y con espacio,
no piense que el interés
nos obliga solamente.

Don Pedro.

Ya te entiendo, dices bien.

Leonor.

Cueste, cuéstele cuidado.

Don Pedro.

Yo sé que responderé
á tu gusto.

Leonor

Dios te guarde.

Don Pedro.

Y á Vueseñoría dé
la salud que le deseo.

Leonor.

¿Señoría? Presto es.

Don Pedro.

En profecia te llamo
lo que despues has de ser.
Loco de contento voy. *ap.*

Don Carlos.

¡Oh codiciosa vejez!

Don Pedro.

¿Y dime, por ser tu padre,
no me han de llamar tambien
Señoría?

Leonor.

Claro está.

Don Pedro.

Pues á Dios, hasta despues. (1)

ESCENA VI.

Leonor, Inés, don Carlos y Tristan.

Leonor.

Ya pasó del corredor.

(1) *Vase don Pedro muy grave.*

Tristan.

Desalcobémonos, pues,
que ya estoy abochornado.

Don Carlos.

Dadme, señora, los pies.

Leonor.

¿Estás ahora contento?

Don Carlos.

Estoy como quien se ve
resucitar de la muerte.

Leonor.

¿No hice bien mi papel?

Don Carlos.

Es ingenioso el amor.

Leonor.

No hay saber como querer.

Don Carlos.

No hay querer como obligar.

Leonor.

Pues esta es mi mano; ve,
ve de presto, y traeme aquí
licencia para poder
desposarnos de secreto,
que antes de un hora has de ser......

Don Carlos.

¿Qué, Leonor?

Leonor.

¿Qué? Mi marido.

Don Carlos.

Esclavo tuyo seré,
pues pobre quieres quererme,
pudiendo ser......

Leonor.

Carlos, ven,
no pases mas adelante.

Don Carlos.

Solo es esto agradecer.

Leonor.

Con voluntad todo sobra,
porque es muy rico el placer.

Don Carlos.

¿Y sin ella?

Leonor.

Todo falta.

Don Carlos.

Vivas mil años, amen.

ESCENA VII.

Estela y don Fernando.

Don Fernando.

Estela, así Dios te guarde,
que no puedo mas conmigo.

Estela.

Rosa del sol soy contigo.

Don Fernando.

Sí; pero saliste tarde.

Estela.

Todo al amor es posible.

Don Fernando.

Yo te quisiera querer;
pero ya no puede ser,
que es mi pasion invencible.

Estela.

Fernando, yo no te pido
que me quieras.

Don Fernando.

¿Pues qué quieres?

Estela.

Que procures, si pudieres,

porque te importa su olvido,
olvidarte de Leonor.

Don Fernando.

¿Cómo puedo?

Estela.

Imaginando
imperfecciones; que cuando
llega á pensar el amor
fealdades, ya está vecino
á no ser amor; y así,
para agradarte de mí,
puedes tambien de camino
pensar que soy la muger
mas bella del mundo; mira,
alaba, encarece, admira,
aunque sea sin querer,
la hermosura de mi boca;
piensa que en distancia breve,
es cinta de grana y nieve;
la frente, cristal de roca;
ramillete las mejillas
de azahar y nacar mezclados;
las cejas arcos pintados,
y las manos maravillas;
los ojos claros espejos
donde el amor se retrata;
la garganta tersa plata
de cuyos blancos reflejos
tiene envidia el sol, y así
podrá, Fernando, tu amor
lo que quitáre á Leonor
dárme de barato á mí.

Don Fernando.

Alto, pues, yo quiero hacello;
desde aquí doy en amarte.

mírote parte por parte.

Estela.

¿Qué dices de este cabello?

Don Fernando.

Bueno está; ¿pero Leonor
cuando hace trenza del pelo,
no se toca para el cielo?

Estela.

¿Y eso es olvidar, traidor?

Don Fernando.

¡Ah, sí, yo me enmendaré,
¡De buena mano está el rizo!
¿es postizo?

Estela.

¿Qué es postizo?

Don Fernando.

Perdona, que yo pensé,
que eran trenzas levadizas,
que aunque muchos las escusan,
he sabido que se usan
hasta las barbas postizas.
¡Buenas manos!

Estela.

El jabon,
y el pan de almendra lo hacen.

Don Fernando.

Ellas hermosas se hacen:
pues la hechura...

Estela.

Manos son;
el guante las arrebola,
y las conserva el calor.

Don Fernando.

Prométote que Leonor
(y aquesto con agua sola)

tiene las mejores manos....

Estela.

Basta ya, que ya me has muerto.

Don Fernando.

No me acordé del concierto.

Estela.

Mis pensamientos son vanos;
mas viven traidor, los cielos,
que pues en zelos me abraso,
que has de pasar lo que paso,
y he de abrasarte de zelos:
vive Dios, que has de saber
(Leonor, perdone tu honor) *ap.*
que Carlos goza á Leonor.

Don Fernando.

No es gozar de una muger,
hacer de su amor empleo,
y amar lo que todos aman
cortesmente, que esto llaman
en la corte galanteo.

Estela.

Yo no sé la propiedad
de este vocablo discreto;
pero solo te prometo,
y esto con toda verdad,
que Carlos....

Don Fernando.

Dí lo demas.

Estela.

Suele hablar (escucha atento)
con Leonor en su aposento,
y de noche.... *Hace que se vá.*

Don Fernando.

¿Dónde vas?

Estela.

A preguntar á Leonor,
porque saberlo deseo,
si es aquesto galanteo.

Don Fernando.

No es sino infamia y rigor.

Estela.

Pues mira con mas nobleza,
Fernando, como te casas;
porque hay casos en las casas
que salen á la cabeza.

ESCENA VIII.

Don Fernando.

Mírase herido un hombre, y porque sea
La herida mas oculta, diligente
Un paño blanco pone á la corriente,
Para que en él se empape, y no se vea.
Pero la sangre que salir desea,
Lo viene á descubrir mas claramente;
Porque el color secreto no consiente,
Y la sangre lo blanco señorea.
Viendo que estoy herido de desvelos,
Para tapar, Estela, tanto daño,
Desengaños les pone á mis rezelos:
Pero decidle, cielos, que es engaño;
Que si es la herida amor, y el paño zelos,
Mas se ha de ver la sangre con el paño.

ESCENA IX.

Decoracion de calle.

Don Carlos y Tristan, de noche.

Don Carlos.

Muy presto habemos venido.

Tristan.

De tu amor tu prisa nace.

Don Carlos.

No importa, que oscuro hace.

Tristan.

¿Ya estarás arrepentido
de haberle dado á Leonor
aquél disgusto?

Don Carlos.

Tristan,
licencia los celos dan,
que es colérico el amor;
mas ya ceso en mi sospecha,
pues el estar desposados,
me quita de estos cuidados.
Haz la seña.

Tristan.

Ya está hecha,
y à la ventana está Inés.

Don Carlos.

Pues pregunta si hay lugar
de entrar.

Tristan.

Voylo á preguntar.

Ca.

ESCENA X.

Dichos é Inés á la ventana.

Inés.

¿Es Tristan?

Tristan.

El mismo es.

Inés.

¿Y tu señor?

Tristan.

Allí aguarda.
¿Y tu señora?

Inés.

Ya viene,
que cuidadosa la tiene.

Leonor á la ventana.

La voluntad nunca tarda:
dile á tu señor que venga,
que ya está su esposa aquí.

Don Carlos.

¿Es mi esposa?

Leonor.

Carlos, sí;
que es bien que este nombre tenga
quien á tanto se ha atrevido.

Don Carlos.

¿Es hora?

Leonor.

Temprano es,
mas no importa; ve tú, Inés,
y mira si se ha dormido
mi padre.

Inés.

Yo lo sabré. *Vase.*

Leonor.

Tú, señor, espera abajo,
que ya voy.

ESCENA XI.

Don Carlos, Tristan y despues el Conde.

Don Carlos.

Ese trabajo
pondré á cuenta de mi fé.

como si fuera, Tristan,
aquesta la vez primera
que sus brazos mereciera.
¡Estoy loco!

Conde.

Por galan,
y marido á rondar vengo
á Leonor, digo, á mi esposa;
ella es noble, y es hermosa,
bastante disculpa tengo;
y fuera de aquesto ha sido
mas que amor, tema y enfado,
pues basta haberlo intentado
para haberlo conseguido.

Don Carlos.

¿Qué dices?

Tristan.

Que siento gente.

Don Carlos.

¡Válgame Dios! ¿Quién será?
¿Si es la justicia que vá
buscando algun delincuente?
¿Si es Fernando, que por dicha
no se habia recogido?

Tristan.

Hácia aquella parte hay ruido.

Don Carlos.

Ello ha sido mi desdicha;
mas en todo caso es bien,
que no nos topen aquí.

Tristan.

¿Pues qué haremos?

Don Carlos.

Ven tras mi,
hasta esotra calle, ven,

daremos lugar con esto
para que adelante pase
quien fuere.

Tristan.

¿Y si se quedase,
qué remedio?

Don Carlos.

Volver presto.

ESCENA XII.

El Conde, un criado y Leonor que baja á la puerta.

Criado.

¡Por Dios que lo han hecho bien!

Conde.

¿Cómo así?

Criado.

Como se fueron.
¡Gentil gallina comieron!

Leonor.

Bien podeis entrar, mi bien;
ya la casa está segura.

Criado.

¿Oyes aquello?

Conde.

¡Por Dios,
que esperaban á los dos!
¡linda ocasion! ¡gran ventura!
que yo soy quiero fingir
el llamado.

Criado.

Bien harás,
y así el misterio sabrás.

Conde.

Pues mientras vuelvo á salir
retirate de esa gente;
y desde lejos podrás
esperarme.

Criado.

Bueno va.

Conde.

La ocasion me hace valiente. (1)

ESCENA XIII.

Don Carlos y Tristan.

Tristan.

Buenas nuevas.

Don Carlos.

¿Cómo así?

Tristan.

O se fueron, ó pasaron
porque la calle dejaron.

Don Carlos.

Bien hice en irme de aquí.

Tristan.

A la puerta hay ruido ¿llamo?
¿qué digo? moza, ola, Inés.

Dentro Inés.

¿Diga su nombre, ¿quién es?

Tristan.

Tristan soy.

Inés.

¿Pues con tu amo
no pudiste entrar ahora?

(1) *Entrase el Conde y vase el criado.*

Tristan.

No pude, que mi señor
aun no ha entrado.

ESCENA XIV.

Dichos é Inés.

Inés.

(1) Buen humor
gastas, si con mi señora
va Carlos por la escalera.

Tristan.

Engaño y desdicha fué.

Don Carlos.

¿Muger, qué dices?

Inés.

No sé.

Don Carlos.

¿Qué te alborota y altera?

Inés.

Señor, gran mal.

Don Carlos.

¡Ay de mí!

Inés.

Un hombre...

Don Carlos.

Acaba.

Inés.

Llegó
cuando mi señora abrió.

Don Carlos.

¿Y entró dentro?

Inés.

Señor, si.

Don Carlos.

¡Pues qué aguardo? Muerto soy.

Inés.

Advierte....

Don Carlos.

Nadie me hable.

Tristan.

¡Brava desdicha!

Inés.

¡Notable!

Don Carlos.

Sígueme. ¡Sin alma voy!

ESCENA XV.

SALA EN CASA DE LEONOR.

Leonor sin chapines trae de la mano al Conde y cierra la puerta.

Leonor.

Ya, Carlos mio, podeis
descansar, y descubriros,
ya no es posible sentiros:
mi padre, como sabeis,
queda acostado; mi primo
tambien en su cuarto está,
nadie ofenderos podrá,
y fuera de eso, yo estimo
tanto, señor, vuestra vida,
que la miråra y guardára
con los ojos de mi cara,
antes que verla ofendida.
Una palabra siquiera
no habeis hablado, señor,
¿pues por qué tanto rigor,
siendo yo la que debiera

estar quejosa? Mis ojos,
no trateis, no, de agraviarme,
ó por mi fé de enojarme... *Llaman dentro.*
¡Mas ay cielo! O son antojos,
ó siento en la puerta ruido. (1)

Conde.

Deten el paso veloz.

Don Carlos.

Abre, Leônor.

Leonor.

Esta voz
es de Carlos, ¡yo soy muerta!
¿Hombre, quién eres? ¿Qué has hecho?

Don Carlos.

Carlos soy, tu esposo soy,
¿qué aguardas?

Leonor.

¡Difunta estoy!

Don Carlos.

Abre, ó pasarme el pecho,
¿qué te detienes?

Leonor.

¿Qué haré?

Don Carlos.

Abre, ó en tantos enojos
con el fuego de mis ojos
la madera abrasaré.

Leonor.

Hombre, déjame.

Conde.

Eso no.

Leonor.

Carlos, no puedo, aunque quiera.

(1) *Detiénela el Conde.*

Don Carlos.

Pues será de esta manera. (1)

Conde.

El postigo derribó.

ESCENA XVI.

Dichos, don Carlos, Inés y Tristan con luz.

Conde.

En gran peligro me veo.

Leonor.

Señor.....

Don Carlos.

¿Quién es aquel hombre?

Leonor.

Escúchame, y no te asombre,
que estoy mortal.

Don Carlos.

Yo lo creo.

Leonor.

Bajé, señor, bajé, querido esposo,
si bien con pie medroso,
y con alma turbada;
llevándome la luz esa criada,
del balcon á la puerta:
¡antes, pluguiera á Dios, me halláras muerta!
Llego al umbral, y con silencio grave
el hueco de la llave,
si bien esfera angosta,
busca la osada mano por la posta,
y en la priesa se ofusca;
en fin, halla la mano lo que busca.

(1) *Derriba la puerta, y Carlos cae encima lleno de polvo, y con la espada desnuda.*

La llave aplico entre las sombras pardas,
todo el muelle, y las guardas,
tiro hácia mí la puerta,
para tí, mi señor, para tí abierta;
y aquel hombre embozado
(¡qué atrevimiento!) se me pone al lado.
Y yo con noble amor, con fe inocente,
con alma diligente,
con afecto vencido,
con ansia viva, con siniestro oido,
y con silencio atento,
blanda le alhago, tímida le tiento...
El con engaño falsamente mudo,
hecha la capa escudo,
el sombrero en la frente,
y arrojada la vista al Occidente,
callando me acaricia;
que le quitó la lengua otra codicia.
Con ambas manos las basquiñas prendo,
por no hacer tanto estruendo;
que el ruido de las sayas, aunque blando,
cuando van sin chapines arrastrando,
parece que al crugir la bordadura,
ó publica el delito, ó le murmura.
Llegó á mi cuarto tropezando, y luego
dejó el fingido fuego,
la luz apartó á un lado,
que no busca la luz amor hurtado:
yo segura del hecho,
á sus brazos me arrimo, no á su pecho.
Milagro fue, señor, yo lo confieso,
no hacer algun esceso,
pasando como loca,
siquiera de los brazos á la boca;
que no habiendo embarazos,

nunca el amor se contentó con brazos.
Pero viéndole (¡ay cielos!) en mi mengua
no despegar la lengua,
presumiendo cobarde,
que aun duraban los zelos de esta tarde,
culpando sus enojos
guardé los brazos, y reñí los ojos.
Estando, pues, mis inculpables labios
feriando desagravios
por amorosos truecos,
escucho de tu voz los tiernos ecos,
tan tiernos, que á los bronces
vestir pudieran de dolor entonces.
En tanta confusion, en pena tanta,
un nudo á la garganta
el fracaso me puso,
y toda me turbé, que no está en uso
en tales ocasiones
consentir á los miembros sus acciones.
Los pies turbados á la tierra asidos,
los brazos descaidos,
fatigado el aliento,
ajado el nacar, y perdido el tiento,
á la primer pregunta,
plaza pasé conmigo de difunta.
Como suele la oveja, á quien el lobo
por trato doble ú robo
prendió en sangrienta lucha,
cuando los silvos del pastor escucha;
así, yo que te oia,
lloraba por seguirte, y no podia.
Asido de mis manos temerosas,
rigurosas esposas
con las suyas me pone;
¡tanto su ciego error le descompone!

hasta que tú resuelto,
la puerta arrancas en su polvo envuelto.
Esto es, señor, lo que hasta aquí ha pasado;
si asomos de pecado,
si escrúpulos de culpa,
si rastro de delito en mi disculpa
hallas, rómpeme el pecho,
si ya con el dolor no está deshecho.
Baña, señor, de púrpura caliente
este pecho inocente,
y esta vida que espira;
rompe, acomete, pasa, hiere, tira:
ya mí marido eres,
ó me castiga, ó haz lo que quisieres.

Don Carlos.

Levanta, Leonor, del suelo;
y tú cualquiera que seas,
que en mi deshonor te empleas,
en fe de ese ferreruelo,
pide al cielo, que del cielo
bajen alados Querubes,
que te lleven por las nubes
hasta el undécimo muro;
que de mí no estás seguro,
si á los cielos no te subes.
Habla, ó sino, sin saber
tu calidad, de tu vida
seré sangriento homicida.

Conde.

Ya es forzoso responder,
mas con industria ha de ser.
No es, Carlos, tener amor
aventurar el honor
de la dama.

Don Carlos.

Así lo entiendo;
¿mas qué pretendes?

Conde.

Pretendo
que no le pierda Leonor;
con cualquier suceso aquí,
es cierto que se aventura;
no siendo aquí, está segura.

Leonor.

Este es el Conde ¡ay de mí! *ap.*

Don Carlos.

Dices bien.

Conde.

Pues ven tras mí,
que mis criados están
allá fuera, y te darán
la muerte.

Leonor.

Carlos advierte,
que está mi vida, ó mi muerte
en tus manos.

Don Carlos.

Tú, Tristan,
con Leonor puedes quedarte.

Leonor.

Yo no he de quedar aquí,
morir tengo junto á tí.

Tristan

El triunfo salió de Marte.

Conde.

¿Vienes?

Don Carlos.

Ya voy á matarte.

Leonor.

Esposo, señor, amigo......

Don Carlos.

¿Tú defiendes mi enemigo?

Leonor.

No sino tu vida ¡ay cielos!

Don Carlos.

No temas, porque mis zelos
son muchos, y van conmigo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Decoracion de Selva.

Don Carlos con escopeta, y Tristan.

Don Carlos.

Vuelvo otra vez á abrazarte;
¿pues, Tristan, cómo te ha ido?

Tristan.

Muy bien, aunque mal comido.

Don Carlos.

Solo tu amor fuera parte
para darme muy buen dia.

Tristan.

Bien malos los tuve allá.

Don Carlos.

¿Dime, dime, como está
mi Leonor, el alma mia,
mi esposa, y todo mi bien?

Tristan.

Con salud, aunque muy triste.

Don Carlos.

¿Qué, la hablaste? ¿Qué, la viste?

Tristan.

Con los ojos,

Don Carlos.

¡Qué mas bien!
Véndeme, Tristan, los ojos,
pues con ellos la miraste;
dame la luz que gozaste.

Tristan.

Favores me dió á manojos;
así de comer me diera,
que vengo medio difunto.

Don Carlos.

Cuéntame punto por punto,
como llegaste á su esfera.

Tristan.

Pues escucha, yo llegué
á Valencia......

Don Carlos.

¡Qué valor!

Tristan.

Aunque con harto temor;
y al momento me informé
de tu pleito, y de tu estado,
y supe como el Virrey
muy preciado de la ley,
á pregones te ha llamado,
y seis mil escudos de oro
promete ¡qué disparate!
á quien te prenda ó te mate.

Don Carlos.

¿Por qué?

Tristan.

Porque sin decoro,
con ventaja y á traicion
mataste al Conde.

Don Carlos.

Es mentira;
que mas que mi propia ira,
le mató su sinrazon:
mas dime, ¿cómo se sabe
tan cierto que le maté,
si nadie lo vió?

Tristan.

No sé;
pero como es hombre grave
hay testigo (yo le vi)
que en favor del muerto Conde,
dice el como, cuando, y donde
y lo vió como el sofí.

Don Carlos.

¿Y dí, su hermano Ruger,
aprieta?

Tristan.

¡Linda receta!
quien hereda nunca aprieta
sino por bien parecer;
pero volviendo á tu esposa,
que es materia de mas gusto,
va de cuento, y va de susto.

Don Carlos

Ya escucha el alma gozosa.

Tristan.

Llegué de noche, y llamé.

Don Carlos.

¿Y, dime (¡sospecha fuerte!)
abrieron sin conocerte?

Tristan.

Media hora porfié,
á pique de algun desastre,
y al cabo aun no merecí,
siquiera un quién está ahí,
que suele decirse á un sastre.

Don Carlos.

¿Pues qué desastre temias?

Tristan.

Ciertos mozos cascabeles,
que sonando los broqueles;

y orando á las celosías,
daban vueltas á la puerta,
con música y con rumor.

Don Carlos.

¿Y asomábase Leonor?

Tristan.

Como si estuviera muerta.

Don Carlos.

Dios te lo pague, Tristan,
que me has vuelto al cuerpo el alma.

Tristan.

Los dos mereceis la palma
de lo fino y lo galan.
En fin, tantos golpes dí,
que Inés un postigo abrió,
y en la voz me conoció;
bajó, abrióme, entré, subí;
y Leonor alborotada,
arrojando la labor,
bajó al primer corredor,
preguntándome turbada
por tu salud, á quien yo
respondí, que bueno estabas,
y en este monte quedabas:
calló, suspiró, lloró;
y contóme que habia muerto
su padre.

Don Carlos.

Desdicha ha sido,
que en ausencia de un marido,
donde es el riesgo tan cierto,
sirve de marido un padre.

Tristan.

Leonor no le ha menester,
que aunque es muger, no es muger,

sino para la comadre.

Don Carlos.

¿Está pobre?

Tristan.

Aqueso dices,
sabiendo que pleitos tiene,
y que quien los tiene, viene
á vender bienes raices,
plata, hacienda, ropa y trastos,
para gastos de justicia?
que aunque es virtud, su malicia
ha llegado á tener gastos.
No le ha quedado una joya,
y en lo que yo confirmé
su grande pobreza, fué
(que con aquesto se apoya)
en que saliéndome un rato
antenoche á pasear,
Inés me bajó á alumbrar
con candil de garavato,
que es una alhaja tan vil
en una casa de honor,
que no sé cual es peor,
una suegra, ó un candil.
Pues en lo que toca á dieta,
sin duda debe de haber
precepto de no comer
en aquella casa escueta;
porque á nadie vi tratar
de pedir manducacion,
y tanto, que un sabañon
que me solia abrasar,
tan cortés y honrado fué
en ayunar como yo,
que aun de burlas no comió

mientras allí tuve el pie.
No es burla, un frison grosero
solo de estar por su mal
dos horas en el portal,
salió caballo ligero;
y un mastin entró, esto es mas,
mas pesado que un hidalgo,
y otro dia salió galgo.

Don Carlos.

Siempre de burlas estás.

Tristan.

En fin, yo me despedí,
y esta me dió, en que te avisa,
que te vayas muy aprisa
á Castilla, porque así
mientras el pleito se enfria,
seguro puedas estar;
y mañana he de llevar
la respuesta.

Don Carlos.

¡Ay honra mia!
Mucho teneis que argüir
sobre mis vanos recelos,
mis dudas y desconsuelos.
¿Pues cómo yo he de partir
sin ver primero á Leonor,
y examinar con los ojos
mis zelos, ó mis antojos?
eso no, civil temor.
¿Casta, Leonor, y muger,
sola, hermosa y celebrada,
querida y necesitada?
Bien puede, bien puede ser:
mas yo he de verlo, aunque sea
mi fiscal y mi homicida.

Tristan.

¿Qué dices?

Don Carlos.

Que está mi vida
en que con Leonor me vea
antes que otra cosa intente.

Tristan.

Señor....

Don Carlos.

Aquesto es amor;
yo he de verme con Leonor,
por ver si tu lengua miente,
en lo que de ella asegura.

Tristan

Advierte....

Don Carlos.

¿Tú no dijiste
que fuiste? Pues si tú fuiste
por hacer la noche oscura,
tambien yo podré.

Tristan.

No puedes,
porque te buscan á tí,
y no á mí.

Don Carlos.

Yo iré sin mí.

Tristan.

Lengua tienen las paredes.

Don Carlos.

¿Luego han de topar conmigo?
¿Luego me han de conocer?
¿Y luego me han de prender?

Tristan.

Sí; que es fuerte tu enemigo.

mientras allí tuve el pie.
No es burla, un frison grosero
solo de estar por su mal
dos horas en el portal,
salió caballo ligero;
y un mastin entró, esto es mas,
mas pesado que un hidalgo,
y otro dia salió galgo.

Don Carlos.

Siempre de burlas estás.

Tristan.

En fin, yo me despedí,
y esta me dió, en que te avisa,
que te vayas muy aprisa
á Castilla, porque así
mientras el pleito se enfria,
seguro puedas estar;
y mañana he de llevar
la respuesta.

Don Carlos.

¡Ay honra mia!
Mucho teneis que argüir
sobre mis vanos recelos,
mis dudas y desconsuelos.
¿Pues cómo yo he de partir
sin ver primero á Leonor,
y examinar con los ojos
mis zelos, ó mis antojos?
eso no, civil temor.
¿Casta, Leonor, y muger,
sola, hermosa y celebrada,
querida y necesitada?
Bien puede, bien puede ser:
mas yo he de verlo, aunque sea
mi fiscal y mi homicida....

Tristan.

¿Qué dices?

Don Carlos.

Que está mi vida
en que con Leonor me vea
antes que otra cosa intente.

Tristan.

Señor....

Don Carlos.

Aquesto es amor;
yo he de verme con Leonor,
por ver si tu lengua miente,
en lo que de ella asegura.

Tristan

Advierte....

Don Carlos.

¿Tú no dijiste
que fuiste? Pues si tú fuiste
por hacer la noche oscura,
tambien yo podré.

Triston.

No puédes,
porque te buscan á tí,
y no á mí.

Don Carlos.

Yo iré sin mí.

Tristan.

Lengua tienen las paredes.

Don Carlos.

¿Luego han de topar conmigo?
¿Luego me han de conocer?
¿Y luego me han de prender?

Tristan.

Sí; que es fuerte tu enemigo.

Don Carlos.

Vamos, que todos son pocos.

Tristan.

¿Pues dónde de esta manera?

Don Carlos.

A mi casa.

Tristan.

Mejor fuera
á la casa de los locos.

ESCENA II.

JARDIN EN CASA DE LEONOR.

Leonor é Inés.

Leonor.

Vuelve á esperar á Tristan,
que yo entre tanto á estas flores,
á quien del sol los rigores
la luz usurpando van,
quiero reñir su locura,
pues tanto se me parecen
en las mudanzas que crecen.

Inés

Dios te guarde. ¡Qué hermosura!

ESCENA III.

Leonor.

¿De qué sirve, decid, hacer alarde,
Flores, de vuestros vanos resplandores,
Si cuando el sol recuerda naceis flores,
Y no gozais la sombra de la tarde?
Ayer aquella flor menos cobarde,
En copa de rubíes bebió albores,
Y ya son de vergüenza sus colores,
Caduca presto, aunque nacida tarde.
Hoy muere, en fin, aun antes de nacida,

Y ayer del campo fué purúrea estrella,
En sus nácares mismos encendida.
Ayer se vió adorar, y hoy se atropella;
Flores, la dicha es flor, y flor la vida,
Miradme á mí, ó escarmentad en ella.

ESCENA IV.

Leonor é Inés.

Inés.

Si no lo tienes por pena,
Estela y Fernando, advierte,
entran ya.

Leonor.

¡Qué mayor suerte!
Vengan muy enhorabuena,
que les debo mil favores
en ocasion tan urgente.

Inés.

Luego ya Fernando....

Leonor.

Tente,
tente, Inés, sino es que ignores,
que ya para mí ha trocado
la voluntad en desden,
y que á Estela quiere bien
de su hermosura obligado,
y de verme con marido,
que es la mas fuerte razon.

ESCENA V.

Dichas, don Fernando y Estela.

Inés.

El cumplió su obligacion.

Leonor.

Y Estela lo ha merecido.

Estela.

Solo ha merecido Estela,
que pague su grande amor.

Leonor.

¿Prima? ¿Fernando?

Don Fernando.

¿Leonor?

Leonor.

Algo tiene de cautela;
cogerme desprevenida.

Estela.

Yo perdono la merienda.

Leonor.

¿Cómo te va con la prenda?

Estela.

Como quien la halló perdida.
¿Qué hay de Carlos?

Leonor.

Salud tiene.

Don Fernando.

¿Y de pleito?

Leonor.

Tiene amigos,
aunque hay algunos testigos
que don Rugero previene,
que juran lo que no vieron,
porque sola yo lo ví.

Don Fernando.

A no renovar en tí
desdichas que procedieron
de aquella noche infelice,
te rogára lo contáras.

Leonor

Y mandándolo me honráras,
que aunque el dolor que se dice

renueva, ofende y altera
la llaga, tambien sé yo,
que mueve á quien le escuchó:
ello fue de esta manera.

Como zeloso toro, que en el prado
verde palestra de coral teñida,
al advertido silvo enamorado,
peinando el suelo con la mano hendida;
y en viéndole, parece que erizado
le vuelve la mas parte de la vida,
metiendo mano cada cual valiente
á las dos medias lunas de la frente.

Carlos así de su valor vestido,
Carlos así de su furor armado,
Carlos así de su nobleza herido,
Carlos así de su pasion buscado,
Carlos así zeloso y ofendido,
contra el Conde se vuelve tan airado,
que le pronosticó su eterno sueño,
antes que con la espada, con el ceño.

Saca el Conde la suya, y Carlos fuerte,
tanto con él intrépido se junta,
que por el pecho le escondió la muerte,
y por la espalda le asomó la punta:
el alma, luego que el suceso advierte,
desampara la forma ya difunta;
que como, al tiempo de mudar de puesto,
halló dos puertas mas salió mas presto.

Llegaron los criados, y cual rayo,
de las nubes aborto malparido,
encubierto los sigue, y á un lacayo,
quita el Caballo, al Conde prevenido:
era el fuerte animal de color bayo,
y de manos y pies tan sacudido,
que cuando con la cólera relincha,

mide lo que hay del suelo hasta la cincha.
Sube gallardo en él, y á mí se viene
diciendo: mi Leonor, mi luz, mi vida,
hoy mi adversa fortuna, porque tiene
tanto de adversa ¡ay Dios! como de mia,
loca, mudable, bárbara, perene,
me aparta de tu dulce compañía;
y á Dios, Leonor, mil veces repitiendo,
flecha de plumas pareció corriendo.
Con dos remos por vanda, la galera,
del fogoso animal tan alta sube,
que pareció codicia de otra esfera,
ú antojo de beber de alguna nube:
porque la tierra olvida de manera,
ó me lo pareció, segun estuve,
que á ser visible el aire, mas de un clavo
se viera impreso en el cenit octavo.
Como suele quedar la flor doncella,
hija de Adonis, cuando el viento airado,
con el diáfano acero la degüella
por la garganta de su pie delgado;
ó cual mustio clavel, que se querella
del sol, que las entrañas le ha abrasado:
y agonizando con la fiebre, loco
viene á morir, quizá de beber poco;
Así quedé llorando, lo que ahora
con lágrimas repito desatadas,
no como algunas, que el melindre llora,
aun enjutas primero que lloradas:
á la noche, á la tarde, y al aurora,
aquellas glorias, por mi mal pasadas,
lloran mis ojos con eterno llanto,
que tanto ha de llorar quien pierde tanto.
Porque en llegando ¡ay Dios! en mi despecho,
á imaginar cuando la noche calma,

que ha de sobrarme la mitad del lecho,
y ha de faltarme la mitad del alma;
á no acordarme de que Dios lo ha hecho,
y á no temer la perdicion del alma,
yo misma, para egemplo de las gentes,
me hubiera hecho pedazos con los dientes.

Mas esperando que mi suerte esquiva
saque una vez en mi favor la espada,
sola, necesitada, muerta, viva,
melancólica; triste, desdichada,
afligida, llorosa, compasiva,
pobre, constante, huérfana y honrada,
guardo la vida, porque Carlos tenga
con quien partir la suya cuando venga.

Don Fernando.

Vivas, Leonor, muchos años,
que con la vida se alcanza
todo.

Leonor.

Solo esa esperanza
es alivio de mis daños:
mas ya el sereno nos dice,
que á la sala nos entremos.

Don Fernando.

Todos tu luz seguiremos.

Leonor.

Fuera de eso, aunque infelice,
espero cierto galan.

Estela.

¿Galan?

Leonor.

Sí, por vida mia.

Don Fernando.

¿Es Carlos?

Leonor.

¿Cómo podria?

Estela.

¿Pues quién? por mi amor.

Leonor.

Tristan,
que como él no es conocido,
la otra noche estuvo aquí.

Don Fernando.

¿Y espérasle ahora?

Leonor.

Si.

Don Fernando.

Huélgome de haber venido
en tan gustosa ocasion.

Leonor.

Pues entrad, y cenareis,
con tal que me perdoneis.

Estela.

Buenos tus desvelos son.

Leonor.

Antes no os convido á nada,
que si os doy lo que me enviais,
vosotros sois quien me honrais,
y yo soy la convidada.

Estela.

¡Qué discreta!

Don Fernando.

¡Qué córtes!

Estela.

No hay, Fernando, dicha hermosa.

Don Fernando.

Ser hermosa, es ser dichosà.

Leonor.

Adelántate tú, Inés.

ESCENA VI.

DECORACION DE CAMPO.

Don Carlos y Tristan.

Tristan.

Advierte.

Don Carlos.

Ya es por demas.

Tristan.

La soga llevas tras ti.

Don Carlos.

A Valencia he de ir así.

Tristan.

Mira que á tu muerte vas;
á quien te mate ó te prenda
da el Virrey seis mil ducados,
con que infinitos soldados
de estos que toda su hacienda
llevará una hormiga en peso,
andan locos á buscarte,
por prenderte, ó por matarte.

Don Carlos.

Yo confieso que es esceso;
pero yo tengo de ver
si hace un milagro el amor.

Tristan.

¿Milagro pides? ¡Qué error!

Don Carlos.

¿Porqué?

Tristan.

Porque puede ser
que pare en tu detrimento.

Don Carlos.

Mi mal no puedo, aunque quiera,

ser mas.

Tristan.

Si puede.

Don Carlos.

Es quimera.

Tristan.

Oye á propósito un cuento.
Enfermó un hombre de un ojo,
y tanto su mal creció,
que de aquel ojo cegó,
si no lo habeis por enojo.
Con el ojo que de nones
le vino á quedar, pasaba,
y veía lo que bastaba,
sin curas, aguas, ni unciones.
Mas como uno le digese
que si es que vista desea,
al Cristo de Zalamea
devoto, y contrito fuese,
donde por diversos modos
el cojo, el ciego, el mezquino,
con el aceyte divino
de todo mal sanan todos;
él al punto se partió,
con fin de desentuertar,
á el soberano lugar;
y apenas en él entró,
cuando á la lámpara parte,
y tanto el aceyte agota,
que entrambos ojos se frota
por una, y por otra parte.
El ojo que bueno estaba,
con el contrario licor,
sintió tan fuerte dolor,
que del casco se saltaba.

y en fin, sin remedio alguno
hubo de venir á estado,
que de allí á un hora el cuitado
ya no veía de ninguno.
Al Cristo entonces se fue
atentanto como pudo,
y á sus pies muy á menudo,
con mas cólera que fé,
á grandes voces decía:
Señor, á quien me consagro,
yo no pído, no, milagro,
sino el que yo me trahía.
Cesó el dolor, y al momento,
contento de hallar su ojo,
se volvió sin mas antojo
de milagro: aplica el cuento

Don Carlos.

Qué importa, si me traspasa
el alma, aun con mas dolor,
que la muerte...

Tristan

¿Qué, señor?

Don Carlos.

¿Qué? las cosas de mi casa.

Tristan.

Mi señora es tan honrada,
que mas no lo puede ser.

Don Carlos.

Si, pero en fin es muger,
y muger necesitada.

Tristan.

Muchas en el mundo ha habido,
á quien nombre el tiempo da
de firmes.

Don Carlos.

Eso será
siendo dichoso el marido.

Tristan.

La que es buena, por sí es buena,
sin otra solicitud;
porque la propia virtud
no estriva en la dicha agena.

Don Carlos.

Estando en el arco asida,
¿por qué una cuerda se parte?

Tristan.

Porque tirando sin arte,
si pasan de la medida
á donde llega le cuerda,
por fuerza se ha de romper.

Don Carlos.

Eso vendrá á suceder
con Leonor; Leonor es cuerda;
pero viéndose apretada
de tanto necio galan,
y sobre todo, Tristan,
estando necesitada,
rendida á injustos abrazos,
podrá decir: cuerda fuí,
tiraron mucho, y así
fue fuerza hacerme pedazos.

Tristan.

¿Y cuándo fuese verdad,
tú qué has de hacer?

Don Carlos.

¿Qué? Matarla,
consumirla y abrasarla.

Tristan.

¿No estando tú en la ciudad,

y siendo Leonor discreta;
cómo has de poder saber
si te pudo, ó no, ofender?

Don Carlos.

No hay cosa, Tristan, secreta.

Tristan.

Quien ama y honrada fué,
aun no se fia de sí.

Don Carlos.

¿No tiene vecinos?

Tristan.

Sí.

Don Carlos.

Pues yo sé que lo sabré;
que hay hombre que se entretiene
en ser perpetuo veedor,
y para hacerlo mejor,
su libro de caja tiene,
donde el que quiere saber
si el vecino entró, ó salió,
si la médica se dió,
si se asomó la muger,
lo verá tan puntual,
como fué la presuncion,
y con su cuenta y razon,
fojas tantas, noche tal.

Tristan.

Vendrá á ser ese vecino,
si lo cursa dos inviernos,
coronista en los infiernos.

ESCENA VII.

DECORACION DE CALLE.

Teodoro y Claudia con hachas, Estela con un tafetan en la cabeza, don Fernando acompañando á Leonor, que baja con ellas hasta la puerta, y por otro lado Carlos y Tristan.

Don Fernando.

¿En fin, el galan no vino?

Estela.

Por llevarte mas presente,
he consentido, Leonor,
que pases del corredor.

Tristan.

Esta es la calle; mas tente,
que hay dos hachas á la puerta.

Don Carlos.

¿Dos hachas? Agüero ha sido.

Tristan.

¿Qué puede haber sucedido?

Don Carlos.

Estar ya mi honra muerta,
de enfermedad de algun yerro,
y enterrarla en oro ó cobre;
porque á la puerta de un pobre,
nunca hay hacha sin entierro.

Tristan.

¿Qué entierro, ó qué frenesí?
¿No ves á Estela y Fernando
estar con Leonor hablando?

Don Carlos.

Pues escucha desde aquí.

Claudio.

Carlos ha sido dichoso,
en encontrar tal muger.

Teodoro.

Como no venga á caer;
por que aunque adore á su esposo,
como son los pareceres
varios, puede su belleza
(1) cansarse de su pobreza;
y hay, Claudio, muchas mugeres,
que son á mas no poder,
haciendo una liviandad,
malas por necesidad,
y nò por quererlo ser.

Tristan.

¿Oyes esto?

Don Carlos.

Muerto estoy.

Teodoro.

Advierte, señor, que es tarde.

Don Fernando.

Pues á Dios.

Leonor.

El cielo os guarde.

Don Fernando.

Ola, el coche ¿vuestro soy?

ESCENA VIII.

Don Carlos y Tristan.

Don Carlos.

¿Qué te parece, Tristan?

Tristan.

Que ha sido tu flema mucha.

Don Carlos.

De mi pasion ... Mas escucha;
que allí una música dan.

Tristan.

¿Pues qué importa que la dan?
¿No será mejor llamar,
ver á Leonor, y cenar?

Don Carlos.

No es mejor, ni me está bien. (1)

Música.

¡ Ay necesidad infame,
á cuantos honrados fuerzas,
á que por amor de ti
hagan mil cosas mal hechas!

Don Carlos.

¡ Ay, honor, y como creo
que habeis de volverme loco!
Cuanto miro, cuanto toco,
cuanto escucho, y cuanto veo,
parece que en profecía,
como si me conociera,
me anuncia con voz severa
la triste desdicha mia.
¡ Yo, por mi muger infame!
¡ O mal haya el inventor
de este género de honor,
si honor es bien que se llame
cosa que no está en mi mano,
y estriva en agena culpa.
Pero dará por disculpa
algun político humano,
que como por sacramento
son el hombre, y la muger

---

(1) *Cantan dentro.*

una carne, una alma, un ser,
una vida, y un aliento;
el agravio se reparte,
segun es la cantidad,
y como por vecindad
le alcanza al hombre su parte.
¿Pues, cómo mi honor manchado,
pudiéndolo yo impedir?
No, Leonor; yo he de morir,
y he de morir por honrado.
Vive Dios, Leonor hermosa,
que no has de ofender tu honor
por ser pobre; y que mi amor
ha de hacer por ti una cosa,
que á poner venga en olvido
cuantos triunfos generosos,
por afectos amorosos,
hayan los hombres tenido.
A Dios, Tristan.

Tristan.

¿Dónde vas?

Don Carlos.

Esto en el honor es ley,
á verme con el Virey.

Tristan.

¡Jesus que perdido estás!
¿Al Virey? Escape luego.

Don Carlos.

Quédate, y dile á Leonor,
que voy á morir de amor
como Fenix en el fuego;
y en mi nombre le darás
este abrazo.

Tristan.

Escucha, espera.

Don Carlos.

No soy hombre, que soy fiera.

Tristan.

Pues dime, ya que te vas,
á que vás, para que entienda
el estremo de tu amor.

Don Carlos.

A dejar muerta á Leonor,
porque despues no me ofenda.

ESCENA IX.

SALON EN EL PALACIO DEL VIREY.

El Virey, firmando cartas en un bufete con luz, el Secretario y criados.

Secretario.

Esta que firmaste ahora,
es para su Magestad.

Virey.

Pues luego la trasladad.

Secretario.

¿Esta carta?

Virey.

¿Quién ignora
que vida con, *v* se escribe,
no, Secretario, con *b*?

Secretario.

Yerro de la pluma fué,
que no mio.

Virey.

¿Quien recibe
una carta mal escrita,
no sabe si fué ignoracia;
y aunque en fin, no es de importancia,

ni al dueño desacredita,
es una cosa tan justa
hablar siempre con verdad
en todo á su Magestad,
que aun el alma se disgusta
de esa breve mineria;
y así volvedla á escribir,
porque no se ha de mentir
al Rey, ni en la Ortografía.

Secretario.

Para el Marqués tu sobrino,
es esta.

Virey.

¿Hay mas que firmar?

Secretario.

Bien te puedes acostar. *dentro criados.*

Criado.

¡Hay tan grande desatino!
Sin duda que loco viene.

Virey.

¿Qué es esto?

Criado.

Un hombre, que ha dado
en que aunque estés acostado
te ha de hablar.

Virey.

¿Qué traza tiene?

Criado.

Aun no le he visto la cara.

Virey.

Pues decidle que entre.

Criado

Entrad.

ESCENA X.

Dichos y don Carlos embozado.

Don Carlos.

Ello es gran temeridad,
pero el amor no repara
en nada.

Virey.

Decid que hable,
pues está ya en mi presencia.

Don Carlos.

Solo quiero á Vuecelencia.

Virey.

¿Solo? ¡Suceso notable!
¿Mas un hombre como yo, *ap.*
que jamas conoció el miedo,
de qué duda? Solo quedo;
idos todos.

ESCENA XI.

Don Carlos y el Virey que cierra la puerta.

Don Carlos.

Ya cerró. *ap.*

Virey.

Ya está cerrada la puerta,
y á solas estás conmigo,
¿qué dices ahora?

Don Carlos.

Digo
(bien mi muerte se concierta)
que has de darme, gran señor,
palabra, sin agraviarme,
sea quien fuere, de escucharme.

Virey.

Si doy, habla.

Don Carlos.

¡Qué valor! *ap.*

Yo soy don Carlos de Osorio.

Virey.

¿Qué dices?

Don Carlos.

Escucha ahora,
ilustre señor, la accion
mas nueva, y mas prodigiosa,
que en los anales del tiempo
han escrito las historias.
Yo maté al Conde, es verdad,
mas fue, porque con mi esposa
le hallé una noche, fingiendo
en la voz, y en la persona,
que era yo, para gozar,
fiado en sus negras sombras,
sino el todo, alguna parte
del aliento de su boca.
Y cuando fuera mi dama,
viéndole con ella á solas,
hiciera tambien lo mismo;
que en mi opinion nó se forma
el duelo de aqueste agravio,
porque la muger se nombra
propia, sino porque siendo
dueño suyo el que la goza,
atreverse á enamorarla,
es despreciar su persona,
y no tenerle respeto,
sea, ó nó, la muger propia;
que las ofensas del gusto
tambien al alma le tocan.

Temeroso de las Varas,
que en cualquiera parte sobran,
dejé animoso á Valencia,
y huyendo de mil pistolas,
fui á un monte, tan preñado
de los pinares que aborta,
que sus torcidas raices,
que por la tierra se asoman,
riñendo sobre el lugar,
se pisan unas á otras.
Allí empedrados los riscos
de cantuesos, y amapolas,
tan cerca habitan del cielo,
que los llantos de la aurora
en vaso de nacar beben,
primero que el mundo un hora.
Por este verde edificio,
discurriendo en mis congojas,
entre dos peñas, hallé
formada una parda alcoba,
que á mi parecer, sería,
si al desaliño se nota,
ó de algun Sátiro alvergue,
ó de algunos brutos choza.
Entramos yo, y un criado,
que en mis aflicciones todas
me ha acompañado leal,
y mirando á la redonda
aquel hospedage oscuro,
mil aberturas y bocas
descubrimos, tan confusas,
que en su fábrica arenosa,
aun yo no me hallaba á mí
muchas veces sin antorcha.
Con esto me aseguré

de la molestia enojosa
que mis temores me daban;
y puesto que celda angosta,
en uno de aquellos nichos,
de árboles, pellejos, y hojas,
hice cama, donde estuve
cercado de peñas toscas
diez meses, y mas tres dias,
con el fuego, y con la honda,
matando para comer,
ya la liebre corredora,
y ya el tímido gazapo,
que entre las matas se embosca.
Y, estando mirando un dia,
requebrarse una paloma,
que á su consorte, ó marido,
cuando el sol los campos borda,
con mil géneros de arrullos,
el pico daba amorosa,
ví que un gavilan hambriento
con agudas alas corta
el aire desde una encina,
y estando mas cerca, roba
de los dos al triste esposo,
llevándole entre las corbas
uñas al arbol primero,
donde con furia rabiosa
se le comió sin trinchante,
llena de plumas la boca:
Y, volviendo á la viuda,
ví que afligida, y llorosa,
dando vueltas, y escarbando
con los pies la verde alfombra,
parece que á su fortuna
se quejaba afectuosa,

que en el mas torpe animal
tiene el dolor ceremonias.
Era entre todas, señor,
si bien de una especie todas,
esta mas blanca de pluma,
y mas jarifa de pompa:
por lo cual otros amantes,
contentos de verla sola,
en vez del pésame, y luto,
la cercan y la enamoran.
Cuál una pluma le quita,
cuál la alhaga, y la retoza,
cuál galan se contonea,
cuál la arrulla, cuál la ronda,
y cuál los granos de trigo
le lleva para que coma;
que hay tambien aves discretas,
y saben que el dar importa.
En fin, aunque se defiende,
y aunque la pena la ahoga,
la necesidad la obliga
(tanto este monstruo ocasiona)
á que el tálamo de pajas
pise de otro amante novia.
Esto ví, señor, un dia,
y revolviendo en mis cosas
confuso, y turbado digo
á mi cobarde memoria:
Leonor es muger, y pobre,
muy querida, y muy hermosa,
el mundo fuerte enemigo,
ausente yo, y ella sola;
¿pues qué sé yo si Leonor
hace como la paloma,
y da lugar en el nido.

á quien el trigo la arroja?
Con aquestos pensamientos
el alma trage tan loca,
que tirar piedras podia
á los sentidos que informa.
Despaché luego el criado
á Valencia, por la posta,
el cual me refiere ¡ay cielos!
de mi Leonor, de mi esposa,
necesidades tan grandes,
y finezas tan honrosas,
que al paso que me regalan,
el corazon me apasionan.
Y despues de mil discursos,
viendo que la tenebrosa
noche me ayuda, en el trage
que miras, entro á deshora,
resuelto á satisfacer,
aunque á morir me disponga,
de mis dudas, y recelos
la conciencia escrupulosa;
y estando en mi calle un rato,
por ver si alguno alborota
mi casa, cuanto escuché,
fue anuncio de mi deshonra,
y encarecer á Leonor:
añadiendo, que aunque ahora,
es una peña, un diamante,
un risco, un monte, una roca,
la vencerá andando el tiempo,
(si bien de fuerte blasona)
la necesidad infame,
que no hay virtud que no rompa.
Y así, viendo que mi vida,
ni me sirve, ni me importa,

pues no es vida, bien mirado,
vida con tantas zozobras;
y acordándome que tú,
á quien me mate ó me coja,
ofreces seis mil ducados,
intento ¡notable cosa!
entregarme yo á mí mismo,
para ganar de esta forma,
á costa de una garganta,
lo que Valencia pregona;
y porque Leonor, siquiera,
con esta ayuda de costa,
se libre de los peligros,
que en profecía la acosan.
Mira, señor, si el amor
que me anima, y me provoca,
es bien nacido, y merece
bronce y mármol, pues se arroja
como gentil á la muerte,
que ya me espera por horas.
Yo me prendo, me mato,
yo me sirvo de ponzoña,
yo me traigo al sacrificio,
yo doy la leña, y la aroma,
yo me vendo como esclavo,
yo pongo al cuello la soga,
yo soy mi verdugo, yo;
que cuando el honor se enoja,
contra sí mismo se vuelve
como irritada pelota.
Cúbrame los pies de hierro
la carcel, sus lanzas rompa
la justicia, que enojada
contra mí se muestra sorda;
brote fiscales el oro

que mi inocencia pospongan;
salga de madre el póder,
dé voces la envidia ronca,
y escribanse contra mí
mas delitos, y mas hojas,
que tiene ese mar salado
de arenas, peces, y conchas,
que aunque sé que de esta suerte
voy muriendo por la posta,
y ha de matár á Leonor
tragedia tan lástimosa,
mas quiero morir, que óir
su pobreza, y mi deshonra,
su riesgo, y mis amenazas,
su desdicha, y mis congójas;
que para un hombre de bien
que hace estimacion heróica
de la honra que profesa,
no hay vida como la honra.

Virey.

Envidioso me has dejado,
porque en fábulas, ni historias,
no he visto resolucion,
tan honrada, y tan briosa.

Don Carlos.

¿Qué responde Vuecelencia?

Virey.

Que soy Sandoval, y Rojas,
y sé estimar la nobleza.
Esperad un poco: ¿ola?

ESCENA XII.

Dichos, el Secretario, y todos los demas personages.

Secretario.

¿Señor? (1)

Don Fernando.

¿Qué es aquesto?

Virey.

Entrad.

Leonor.

Daré voces como loca.

Don Carlos.

¿Mi Leonor?

Leonor.

¿Pues cómo, ingrato,
es posible que malogras
una vida, que es tan mia,
por una accion tan impropia
del ser humano? ¿Qué tigre
manchado á trechos, ¿qué onza
pintada de moscas negras
y de color parda y roja,
hubiera sido conmigo
tan fiera y tan rigorosa?
¿Qué me importa la riqueza,
que con tu muerte me compras,
sino puede aprovecharme?
Porque apenas en la losa
tu cabeza destroncada
verá el alma que te adora,
cuando con el mismo acero,

(1) *Habla el Virey con el Secretario.*

aunque parezca lisonja,
me abriré el pecho yo misma,
y de su esfera amorosa
tan vivo te sacaré
en brazos de mi memoria,
que pueda otra vez prenderte
la justicia cavilosa.
¿Es posible que me matas?

Don Carlos.

¡Ay Leonor! ¡Ay dulce esposa!
Con esto muero contento;
llega, pide, admite, cobra
en mis brazos la disculpa.

Virey.

Hoy, aunque en palabras pocas,
verá el mundo, que compite
con la faccion animosa
de Carlos, mi gran piedad.
Escuchad todos ahora.

Don Carlos.

Leonor, oye.

Leonor.

¡Trance fuerte!

Virey.

Carlos, por ser tan notoria
la muerte del Conde Astolfo,
porque le halló con su esposa,
confiesa que le mató.

Don Carlos.

Es así.

Leonor.

¡Notable cosa!

Virey.

Mas supuesto que el que mata
sin odio ni vanagloria,

solo por guardar la vida,
ó la hacienda, siendo propia,
aun para con Dios no peca,
y la honra es una joya,
mas que la vida estimable,
y que la hacienda preciosa;
porque, como Carlos dice,
No hay vida como la honra:
digo, que á Carlos perdono,
porque en accion tan heróica,
no ha de enojarse el Virey
de lo que Dios no se enoja.
Y porque yo prometí
seis mil ducados, sin otras
mercedes, al que tragera
muerta, ó presa su persona,
pues el mismo se ha traido
sin grillos, y sin esposas,
lo prometido le doblo.

Don Carlos.

Como Dios haces ahora;
siendo nada, el ser me has dado.

Leonor.

A tus plantas generosas
ofrezco lo que me das,
que es la vida.

Tristan.

Aquí hay tres bodas,
aquesto por abreviar
cumplimientos y tramoyas.
Estos señores se casan,
estotros dos se desposan,
yo me arrugo con Inés.

Don Fernando.

Y aquí tiene fin la historia

del marido mas honrado.

Leonor.

No se llama de esta forma.

Don Fernando.

¿Pues cómo?

Don Carlos.

Yo lo diré:

No hay vida como la honra.

No hay vida como la Honra.

Ninguna comedia de cuantas se han escrito, ha producido á su autor tantos elogios como la presente. Cuando Montalvan la puso por primera vez en el teatro, agradó de tal manera al público, que se estuvo representando á un mismo tiempo por el espacio de muchos dias en los dos coliseos de Madrid, aplaudiéndola siempre, y admirando el ingenio que la habia compuesto. Esta distincion particular, que no ha logrado ningun otro poeta, prueba por una parte el gusto que habian inspirado al pueblo los dramáticos de aquella época, y por otra parte el interés de la comedia. Acostumbrados ya los espectadores á las frecuentes mutaciones de la escena, á unas distancias escesivas, y á que la accion de la fábula abrazase la série de muchos meses, y á veces la de muchos años, no podian censurar estos defectos, tan opuestos á la perfeccion y las reglas del arte, y únicamente atendian al interés que les inspiraba el asunto, ya fuese por sí mismo, ya por el ingenio conque le habia manejado el escritor.

Examinada bajo este punto de vista, es indudable que la comedia *No hay vida como la Honra*, tiene un mérito particular. Los dos personages de Carlos y Leonor, conmueven é interesan vivamente. Ambos se aman con la mayor ternura y constancia; pero tienen que vencer obstáculos casi insuperables. La llegada de don Fernando, primo de Leonor, y contratado ya para casarse con ella, la pasion fogosa y pertinaz del Conde Astolfo, temible por su calidad y crédito, la pobreza de don Carlos, y sobre todo la autoridad paternal de don Pedro, y su ava-

ricia : todo se opone á que los dos amantes puedan celebrar su casamiento. Se ven, pues, obligados á efectuarle clandestinamente para evitar en algun modo los males y desgracias que preveen. El espectador espera entonces que gocen tranquilos el premio de su amor, y se complace con esta idea; pero la muerte del Conde Astolfo por mano de Carlos, destruye esta ilusion y causa á los dos amantes nuevos infortunios.

Carlos sale precipitadamente de Valencia, huyendo de la persecucion de la justicia, y deja abandonada á su querida Leonor. Esta série de acaecimientos interesa y cautiva la atencion; añádase despues la situacion desesperada de Carlos, sus recelos y temores, la pobreza en que se halla su esposa, y últimamente la resolucion heróica de entregarse él mismo á la muerte para que Leonor reciba el premio que han ofrecido por su cabeza, y se hallarán justificados los elogios que tributaron á Montalvan los espectadores de su tiempo.

Al hacer esta breve esposicion, hemos indicado, sin pensarlo, las principales escenas de la comedia. Tiene ademas otras de mérito; véanse particularmente la VIII y IX del primer acto; la décima y siguientes hasta el fin del segundo; la octava por la resolucion de Carlos, la once y la última del tercero en que tanto brilla la generosidad del Virey.

La relacion de Tristan refiriendo su viage á Valencia, en la escena I del tercer acto, es interesante, y está escrita con ligereza y gracia. La versificacion es generalmente buena; pero afeada muchas veces con disparates intolerables. Llamar al suspiro *sumiller de los ojos*, al arroyo *papel detenido*, *plata labrada*, *vidrio con voz y carambano con pies*; al caballo *galera con dos remos por banda*, es desatinar sin con-

de mi retrato; advirtiendo,
que para el fin que pretendo,
Julio, la habeis de poner
debajo del mirador,
que el Rey, que Dios tiene, hizo
por dar luz al pasadizo,
y dar vista al corredor.
Y antes que el retrato mio
pongais donde he dicho, en él
copiareis de este papel *dale un papel.*
las letras, y ved, que fio
de vos, que ha de estar secreto
lo que os mando entre los dos,
que estriva en callarlo vos
de mi intencion el efecto.
Vuestra lengua esté advertida,
y no sepa nadie, no,
que esto os he mandado yo,
porque os costará la vida.

Julio.

Vuestra Magestad Real
en mí es la mas fuerte ley,
que yo sé que sois mi Rey,
y vos, que yo soy leal.

ESCENA II.

El Rey y Bermudo.

Rey.

Bermudo.

Bermudo.

¡Señor?

Rey.

Bien sabes,
ó saber debes al menos,

la obligacion de los buenos,
y que son culpas mas graves
las suyas, cuanto lo son
los daños, que naçen de ellas,
y contra el Rey cometellas
es especie de traicion.
Y si no decir verdad
es culpa, conforme á ley,
dá, quien no la dice al Rey,
indicios de deslealtad.
Tambien sabes de Palacio
las costumbres, y que en él,
la lisonja poco fiel
ocupa todo el espacio,
que hay desde el primer zaguar
al rincon mas escondido,
de cuya causa han nacido
las culpas, que al Rey le dán
sin razon; pues si es tan cierto,
que á la Real Magestad,
nunca llega la verdad
con el rostro descubierto,
de cualquier accion errada
merece justo perdon,
pues con falsa informacion
no hay decision acertada.
Así, Bermudo, si estás
deseoso de obligarme,
tanto mas con declararme
la verdad me obligarás,
cuanto mas de ella carezco:
este tu oficio ha de ser,
sin recelar, ni temer,
ni que el premio que te ofrezco
te falte, ni que jamas,

haciendo tú lo que es justo;
ó podrás darme disgusto,
ó de mi gracia caerás.
Guárdate no te pervierta
el odio, ni la amistad,
para que de la verdad
hagas relacion incierta,
ni para este fin pretendas
el secreto confiar,
que me he desengañar
por donde menos lo entiendas;
y te esperan de una suerte
al delito, ó la lealtad;
como el premio en la verdad,
en el engaño la muerte.

Bermudo.

No es menester otra ley,
otro premio, ni castigo,
que lo que puede conmigo
ser yo noble, y tú mi Rey.

Rey.

De tu hidalga inclinacion
lo presumo así, Bermudo,
y esa confianza pudo
obligarme á esta eleccion.
Y para que en lo que importe
comience á informarme, di:
¿qué dice el pueblo de mí?
¿dí, que se trata en la corte?

Bermudo.

Como acabas de heredar
la corona de Leon,
que hasta el persa y el Japon
quiera el cielo dilatar,
repartiendo los discretos

de palacio los oficios,
ya califican servicios,
y ya examinan sugetos.
Y en todos la mas corriente
plática ahora, es, señor,
de tu privanza y favor,
que está la ciudad pendiente
de tu eleccion, divididos
los pareceres, supuesto
que juzgan todos en esto
de sus pasiones movidos.

Rey.

¿Segun esto, el reino ahora
como acertado el tener
privado?

Bermudo.

Satisfacer
quiero á esa parte, y perdona
si en discurso dilatado
lo tratare, porque es cosa
en que en la escuela curiosa
política ha trabajado,
si es conveniente ó preciso
el tener privado ó no.

Rey.

Dí pues.

Bermudo.

Cuando el cetro dió
del mundo en el paraiso
Dios á Adan, dijo al instante
que necesidad tenia
de ayuda, y de compañía
que fuese su semejante;
y así, le dió la muger,
porque con ella partiese

haciendo tú lo que es justo,
ó podrás darme disgusto,
ó de mi gracia caerás.
Guárdate no te pervierta
el odio, ni la amistad,
para que de la verdad
hagas relacion incierta,
ni para este fin pretendas
el secreto confiar,
que me he desengañar
por donde menos lo entiendas;
y te esperan de una suerte
al delito, ó la lealtad,
como el premio en la verdad,
en el engaño la muerte.

Bermudo.

No es menester otra ley,
otro premio, ni castigo,
que lo que puede conmigo
ser yo noble, y tú mi Rey.

Rey.

De tu hidalga inclinacion
lo presumo así, Bermudo,
y esa confianza pudo
obligarme á esta eleccion.
Y para que en lo que importe
comience á informarme, di:
¿qué dice el pueblo de mí?
¿dí, que se trata en la corte?

Bermudo.

Como acabas de heredar
la corona de Leon,
que hasta el persa y el Japon
quiera el cielo dilatar,
repartiendo los discretos

de palacio los oficios,
ya califican servicios,
y ya examinan sugetos.
Y en todos la mas corriente
plática ahora, es, señor,
de tu privanza, y favor,
que está la ciudad pendiente
de tu eleccion, divididos
los pareceres, supuesto
que juzgan todos en esto
de sus pasiones movidos.

Rey.

¿Segun esto, el reino ahora
como acertado el tener
privado?

Bermudo.

Satisfacer
quiero á ese punto, y perdona
si en discurso dilatado
lo tratare, porque es cosa
en que en la escuela curiosa
política ha trabajado,
si es conveniente ó preciso
el tener privado ó no.

Rey.

Dí pues.

Bermudo.

Cuando el cetro dió
del mundo en el paraiso
Dios á Adan, dijo al instante
que necesidad tenia
de ayuda, y de compañía
que fuese su semejante;
y así, le dió la muger,
porque con ella partiese

el peso, si no pudiese
la gloria de su poder.
Desde entonces no se ha visto
Rey alguno sin privado,
y el prototipo sagrado
y Rey de los Reyes Cristo
prefiriendo en su favor
á San Juan, lo ha hecho,
dígalo el sueño en su pecho
y su gloria en el Tabor.
Aunque sienta diferente
algun político estado,
cuanto ignorante [illegible]
contra verdad tan patente;
que la mayor diferencia
que en esto ha habido, es tener,
ó mas, ó menos poder,
menos, ó mas dependencia.
uno que otro [illegible]
mas que en el Rey [illegible]
que elija [illegible]
del peso la confianza,
es pretender que no alcanza
su privilegio [illegible]
tener no pueda un amigo
con que alivie su cuidado
y de sus secretos halle
contra [illegible]
de la humana [illegible]
que [illegible] indispensable.
Demas, que el [illegible]
no dispensamos [illegible]
de sus rayos [illegible]
la luz inmediatamente
que nos fueran los rigores

de su actividad molestos,
si elementos interpuestos
no templáran sus ardores.
Y así, pues desde el poder,
la grandeza, y magestad
del Rey, hasta la humildad
de su pueblo, viene á haber
desigualdad, y distancia
tan grande, que los tenemos
por dos opuestos estremos,
es arbitrio de importancia,
que comunique primero
su resplandor á un privado,
elemento, en quien templado
su poder, de medianero
haga oficio entre los dos,
que del modo que convino,
que por decreto divino
mediase entre el hombre, y Dios,
quien fuese Dios, y hombre fuese,
para que de esta manera,
como Dios, con Dios pudiera,
y como hombre padeciese.
Entre el pueblo, y el Rey hallo,
que un privado debe haber,
que Rey parezca en poder,
siendo en escuchar vasallo;
pues con él mas libremente,
menos medroso, y turbado
se querella el agraviado,
se declara el pretendiente,
se ventila lo importante,
se busca á la pretension
camino; cosas que son,
no solo del negociante

el peso, si [illegible]
la gloria de [illegible]
Desde entonces [illegible]
Rey alguno sin privado [illegible]
y el prototipo sagrado [illegible]
y Rey de los Reyes Christo [illegible]
prefiriendo [illegible]
á San Juan [illegible]
dígalo el [illegible]
y su gloria en el Tabor [illegible]
Aunque siento diferente [illegible]
algun político estilo,
con la ignorante [illegible]
contra verdad [illegible]
que la mayor diferencia
que en esto ha habido, es tener,
ó mas, ó menos piedad.
[illegible]
uno que [illegible]
mas quererle al Rey [illegible]
que [illegible]
del peso la confianza [illegible]
es pre[illegible]
su priviligio [illegible]
tener no pueda un amigo
con que alivie su cuidado,
y de sus secretos [illegible]
contra [illegible]
de la humana [illegible]
que [illegible]
Demas, que [illegible]
no dispensándolos [illegible]
de sus rayos [illegible]
la luz inmediatamente [illegible]
que nos [illegible]

de su actividad molestos,
si elementos interpuestos
no templáran sus ardores.
Y así, pues desde el poder,
la grandeza, y magestad
del Rey, hasta la humildad
de su pueblo, viene á haber
desigualdad, y distancia
tan grande, que los tenemos
por dos opuestos estremos,
es arbitrio de importancia,
que comunique primero
su resplandor á un privado,
elemento, en quien templado
su poder, de medianero
haga oficio entre los dos,
que del modo que convino,
que por decreto divino
mediase entre el hombre, y Dios,
quien fuese Dios, y hombre fuese,
para que de esta manera,
como Dios, con Dios pudiera,
y como hombre padeciese.
Entre el pueblo, y el Rey hallo,
que un privado debe haber,
que Rey parezca en poder,
siendo en escuchar vasallo;
pues con él mas libremente,
menos medroso, y turbado
se querella el agraviado,
se declara el pretendiente,
se ventila lo importante,
se busca á la pretension
camino; cosas que son,
no solo del negociante

alivio en el mal mayor;
mas premio en parte tambien,
que es favor escuchar bien,
y sabe á premio el favor.

Rey.

Bien probaste tu intencion,
soy del mismo parecer:
mas yo no tengo de hacer *ap.*
como piensan la eleccion.
Entre cuantos fueren buenos,
solo mi privanza espere
el que mas la mereciere,
y la pretendiere menos;
que el privar, si se ha de usar,
con justicia, y sin esceso,
es carga, es trabajo, es peso,
que no se ha de desear:
y así debo pensar yo
de aquel que lo pretendiere,
que ser poderoso quiere,
pero buen ministro no.
Bermudo, de tu lealtad
se ha de fiar mi eleccion;
escucha con atencion,
y revela con verdad;
advirtiendo, que ya debo
ser otro que fui, Bermudo;
el hombre antiguo desnudo,
y me formo de hombre nuevo.
Ni á Elvira me nombres mas,
ni cosa que de su amor
me acuerde, que mi favor
al instante perderás.
Las juveniles pasiones
inducen hechos injustos;

de hoy mas diviérteme gustos,
y adviérteme obligaciones.

ESCENA III.

Bermudo.

¡Qué propios son los fervores,
y deseos de acertar
en el que empieza á mandar!
¡Y qué facil los ardores
del buen zelo se mitigan,
que es hombre, y en la grandeza
sabe á su naturaleza,
y sus pasiones le obligan!

ESCENA IV.

Bermudo y un Escudero.

Escudero.

Doña Elvira mi señora,
y su hermana doña Flor
se querellan del rigor
con que las tratais ahora,
que mas os han menester,
y os piden, que vais á vellas.

Bermudo.

Decidles que sus querellas
iré yo á satisfacer
en pudiendo, y que confio,
que bastará á asegurarlas,
saber, que es el visitarlas
interes tan propio mio.

Escudero.

Dios os guarde.

ESCENA V.

Bermudo.

Ya sospecho,
que esta mudanza de estado,
hermosa Flor, la ha causado
tambien en tu esquivo pecho:
y si es asi, tambien yo
como tú he de hacer mudanza,
pues le dás á mi privanza,
lo que á mis méritos nó.

ESCENA VI.

SALA EN CASA DE DOÑA ELVIRA.

Don Fernando y Beltran.

Beltran.

Nunca vi locura igual.

Don Fernando.

Ya sé que amor es locura.

Beltran.

La medicina procura,
pues que conoces el mal.

Don Fernando.

Si procuro.

Beltran.

¿Cómo, dí?

Don Fernando.

Declarando lo que peno
á doña Elvira.

Beltran.

¡O qué bueno!
¿y esa es medicina?

Don Fernando.

Sí.

Beltran.

Una vez metí en el lodo,
atrevesando una calle,
un pie, y queriendo sacalle,
metí el otro; y de este modo
hasta la cinta me entré,
pudiendo, si cuerdo fuera,
y al principio atrás volviera,
no enlodar mas que el un pié.
Con este egemplo te enseño,
que es mejor volver atrás,
pues no es empeñarte mas,
buen remedio de tu empeño.

Don Fernando.

Si tuviera yo cordura
para seguir lo mejor,
no fuera el que tengo amor,
ó amor no fuera locura.
¿Y Elvira puede negando
condenarme á mas, si peno,
que á lo que yo me condeno,
si quiero morir callando?
¿El callar es remediarse?

Beltran.

Sí solamente deseas,
que sepa Elvira tu llanto,
tiempo desperdicias tanto,
cuanto camino rodeas:
mas si quieres obligarla
á remediar tu tormento,
tan descalzo atrevimiento
claro está, que ha de indignarla.

Don Fernando.

Ninguna ofenderse vi
de ser amada.

Beltran.

Señor,
si no la ofende el amor,
el atrevimiento sí.

Don Fernando.

Al corredor te retira,
que sin testigos amor
hace sus tiros mejor.

Beltran.

Bien dices, sola está Elvira,
llega, y ayúdete Dios.

ESCENA VII.

Don Fernando y Elvira.

Elvira.

¿Quién está aquí?

Don Fernando.

¿Porqué os vais?
ya os he visto.

Elvira.

¿A quien buscais,
señor don Fernando?

Don Fernando.

A vos,
bellísima doña Elvira;
que no puede buscar quien
os conoce, mayor bien,
ni mas gloria quien os mira.

Elvira.

Ya con esto habeis cumplido
con lo galán y cortés;

decid ahora, ¿cual es
la ocasion que os ha movido
á la novedad que veo?

Don Fernando.

Esta sola es la ocasion.

Elvira.

¿Cual?

Don Fernando.

¿No os dice el corazon
por los ojos su deseo?
¿No os dice, señora, el ser
tan bella, que es agraviaros,
pensar, qué para buscaros,
otra causa es menester?
¿No os dice mi rendimiento,
que adoro vuestra hermosura?
¿Bella Elvira, mi locura
no os dice mi atrevimiento?

Elvira.

¿Qué es esto? ¿así os declarais?
¿Quien jamás tan libre habló
á mugeres como yo?
Pero ya vos confesais,
que estais loco, y bien ha sido
menester para templar
mis enojos, disculpar
con lo loco lo atrevido.

Don Fernando.

Cuando el ver que me atreví
mi locura no probára,
el saber que os vi bastára
á probar que enloquecí.
Y como milagros tales
sabe hacer vuestra hermosura,
aunque carecen de cura,

os quise decir mis males:
que pues callando mi amor
me ha de acabar mi tormento,
máteme el atrevimiento,
si ha de matarme el temor.
Y asi, debeis perdonarlo,
advirtiendo, que el decirlo
es por no poder sufrirlo,
no por pensar remediarlo.
Y porque entendais, que es esta
solamente la ocasion
de deciros mi pasion,
no he de aguardar la respuesta.

ESCENA VIII.

Elvira, y despues doña Flor.

Elvira.

Jamás enloqueces menos,
amor; estos desvarios
no admito, pues son los mios
disculpa de los agenos.
¡Ay de mi, que estoy muriendo
de un olvido! ¿quien pensára
que el rey huyendo alcanzára
lo que no alcanzó siguiendo?

Flor.

¿Hermana?

Elvira.

¡O Flor, si un instante
hubieras antes llegado!

Flor.

¿Para qué?

Elvira.

Hubieras gozado

del mas rendido amante,
que has visto : me avisaba
hasta donde estoy entró,
y lo primero que habló
en viéndome, sin usar
de salvas, ni prevenciones,
fue, que penaba por mí.

Flor.

¿Quien era el amante, di?

Elvira.

¡Don Fernando de Quiñones!

Flor.

Gran esceso en él ha sido;
que nadie tiene en Leon
mas asentada opinion
de cuerdo, y bien entendido.
Si no le dió confianza
su conocida nobleza,
pues si tuviera riqueza
como méritos alcanza,
pudiera estimar su amor
una infanta.

Elvira.

Cosa es llana;
mas, mira á que tiempo, hermana,
solicita mi favor,
cuando el olvido ó mudanza
del rey en mí la ha causado,
y cuando su amor pasado
me pudo dar esperanza
de coronarme en Leon.

Flor.

Causa tienes de estar triste;
mas, ya que cuando pudiste
no pagaste su aficion,

si yo puedo aconsejarte,
disimula tu mudanza,
y no des á su venganza
materia con declararte.

Elvira.

Ya no hay remedio; ya, Flor,
no hay temor que me refrene,
que segun me abraso, tiene
mucho de rabia este amor.

Flor.

Bermudo viene á matarme;
con él te quiero dejar.

ESCENA IX.

Dichas y Bermudo.

Bermudo.

Volved, que si por mandar
de parte vuestra llamarme,
Flor hermosa, vengo á veros,
para castigarme asi,
¿qué delito cometí,
si es forzoso obedeceros?

Flor.

Mi hermana tiene que hablaros,
y quiso que yo os llamára,
porque el venir os pagára
con el favor de llamaros.
Ya me veis, si pretendeis
verme, y si quereis hablarme,
ya se, que es para contarme
lo que por mí padeceis:
mas pues me lo habeis contado
mil veces, y yo entendido,
yo lo doy por repetido,
dadlo vos por escuchado.

ESCENA X.

Elvira y Bermudo.

Bermudo.

¿De qué sirve, ingrata Flor,
repetirlo, ni escucharlo,
si en lugar de mitigarlo
aumento mas tu rigor?
¿Y vos, señora, en que estais
tan ofendida de mí,
que para que muera aquí
desdeñado, me llamais?

Elvira.

No estoy, Bermudo, ofendida,
antes compasion me haceis;
pero no desespereis,
que no es peña endurecida
Flor, obligadla constante,
que de agua una gota breve
repitiendo al golpe leve,
sabe cavar un diamante.
Y sin importar pueden algo
en casos de amor terceros,
desde aquí, para valeros,
os ofrezco lo que valgo.

Bermudo.

Permitid por merced tanta,
que besar merezca yo
la tierra, que mereció
besaros la hermosa planta;
y mirad, si en cambio de ella
en algo os puedo servir,
que aun mas allá del morir
pasará el agradecella.

Elvira.

Asi de quien sois lo creo,
y os pido sola una cosa,
y es....

Bermudo.

Si no es dificultosa,
se correrá mi deseo.

Elvira.

Con zelos he de abrasar, *ap.*
si puedo, al rey; que es bajeza,
rogando, mostrar flaqueza,
mientras lo pueda evitar.
Bermudo, el rey pretendió
(como sabeis) mis favores,
y aunque sintió mis rigores,
por lo menos, me debió
el haber yo respetado,
sino pagado su intento,
tanto, que mi pensamiento
nunca admitió otro cuidado.
Mas ya que, ó la resistencia,
que en mí ha visto, ó la mudanza
de su estado, ó la venganza,
que procura su impaciencia,
le han tenido tantos dias
sin verme, que es bien que arguya
de su olvido, que en la suya
no viven memorias mias;
quiero, para usar, Bermudo,
de mi libre voluntad,
que me dé su Magestad
licencia; que aunque no dudo
que con no haber proseguido
sus intentos me la ha dado,
si bien se muestra olvidado,

en tanto que despedido
se publique, es razon,
que yo esta salva le haga,
y con esto satisfaga
al decoro, estimacion
y respeto, que guardar
debo á su Alteza, supuesto
que, aunque él no la dé, con esto
cumplo, y la puedo tomar.
Y asi, Bermudo, querria
salir de esta obligacion,
pidiendo esta permision
vos al Rey de parte mia.
Causen zelosos desvelos
furia en su olvido mortal,
que un amor de pedernal
dá fuego al golpe de zelos.

Bermudo.

Señora, bien os podría,
(á no ser como decís
la licencia, que pedís,
tan debida cortesía)
aseguraros, que sin ella
podeis de vos disponer,
y que no se ha de ofender
el Rey de que sin tenella
admitais otros intentos;
porque él no solo ha mudado
con la mudanza de estado
costumbres, y pensamientos;
mas precisa ley me ha puesto
de que nunca á la memoria
vuestro nombre, ó vuestra historia
le traiga.

Elvira.

¡Ay de mí! ¿qué es esto, *ap.*
que escucho? ¿Cómo podré
tener con esto paciencia?
Mirad si mi resistencia,
fue justa: mirad si fue
antojo, y no amor, Bermudo,
el del Rey, pues facilmente,
por un liviano accidente,
tan presto mudarse pudo.
Esto le direis tambien,
y que gran gusto me ha dado
ver, que haya justificado
su mudanza mi desden.

Bermudo.

En nada puedo mostraros
cuanto serviros deseo
como en esto, cuando veo,
que he de darle con nombraros
disgusto, y que contra mi
provoco su indignacion,
quebrantando la instruccion,
que de sus labios oí.
Mas todo arriesgarlo quiero
por pagaros el favor.
que de mi adorada Flor
alcanzar por vos espero.

Elvira.

Bermudo, escuchad.

Bermudo.

Elvira.

¿que me mandais?

Elvira.

¡Estoy loca! *ap.*
¿cómo ocultará la boca

las llamas que el pecho espira?
Ya ha confesado al rigor
la verdad el pensamiento;
pensé, que mi sentimiento
no llegára á tanto amor.
Ya por escuchar, y ver
al que aborrecí primero,
entre ardientes ansias muero:
¿mas para que soy muger?
Lo que dices me ha alegrado
de suerte, que no lo creo,
Bermudo, sino lo veo;
y asi, porque mi cuidado
cobre mas seguridad,
otra cosa habeis de hacer,
y es, que me habeis de poner,
cuando con su Magestad
trateis de esto, donde oculta
lo pueda ver y escuchar,

Bermudo.

El que pretende obligar,
nada, Elvira, dificulta;
á disponerlo me obligo.

Elvira.

Pues avisadme, que Flor,
porque os pague este favor,
irá á la ocasion conmigo.

Bermudo.

Si ofreceis tal galardon,
parto al punto á merecello,
que me obligasteis con ello
á apresurar la ocasion. *vase.*

Elvira.

Bien sé, que mi propio daño
tengo de ver si al Rey veo;

pero quiere mi deseo,
que me mate el desengaño,
mas que sufrir el tormento,
como á costa de la vida,
mata su llama encendida
el hidrópico sediento.

ESCENA XI.

SALON DE PALACIO.

Don Fernando y Beltran.

Beltran.

Gastemos alegres dias
en las cosas de palacio;
diviérte un pequeño espacio
tus largas melancolías,
y mira de la privanza
de Alfonso tanto ambicioso,
mira el séquito dudoso
lisonjear la esperanza
de este, y aquel, cada cual,
como sigue el negociante
romano en *sede vacante*
al que es sujeto papal.

Don Fernando.

¡Qué lejos estoy de sello!

Beltran.

Giges, humilde villano,
llegó á ver cetro en su mano,
y corona en su cabello.

Don Fernando.

Yó, ni pretendo, ni quiero
mas ventura ó más grandeza,
que conservar la nobleza

de que al nacer fuí heredero,
que lo demas es locura,
y en el mundo yo he pensado
que solo el desengañado
goza firme la ventura.

Beltran.

Bien lo dices; pero mira,
aunque en filósofo dás,
que en està ocasion, que estás
tan ciego de amor de Elvira,
gran dicha el privar sería;
pues con eso la alcanzáras,
y pienso, que renunciáras
toda la filosófia.
Y habiendo tantos oficios
hoy en palacio que dár,
alguno puede tocar
á un hombre de tus servicios.

Don Fernando.

Si tuvieras los deseos,
que yo tengo, no soñaras
mas locuras, ni pensaras
mas perdidos devaneos.
Retirados á esta parte
hágamos fiesta de ver
lo que desvela el poder,
y lo que negocia el arte.

Beltran.

Advierte la multitud,
que á Diego Nuñez de Lara
acompaña: ¿no tratára
de prevenir su ataúd
con mas razon este viejo?

Don Fernando.

No lo consideras bien;

si escluyes las canas ¿ quien
ha de dar al Rey consejo ?

ESCENA XII.

Dichos, Nuñez, Nuño, y acompañamiento.

Diego Nuñez.
Si no se quedan aquí,
no he de pasar adelante.
Beltran.
¿Véslo resistir constante?
pues que me ahorquen á mi,
si de verse acompañar
le amarga la cortesia.
Diego Nuñez.
Señores, por vida mia.
Uno.
A eso no hay que replicar. (1)
Beltran.
¡Miren, pues, quien viene allí!
Mendo el mudo.
Don Fernando.
¡O si lo fuera!
Beltran.
Sola una cosa quisiera
saber ahora de ti,
que aunque el no saber es mengua,
confieso, que la he ignorado:
¿ por qué llaman deslenguado
al que tiene mucha lengua ?
Don Fernando.
O es retórica ironia,
como habrás visto llamar

(1) *Vase el acompañamiento.*

Juan Blanco al negro, ó mostrar
que un maldiciente debia
estar sin lengua; y confieso,
que aborrezco de manera
á Mendo, que no escediera
de la quietud que profeso
con nadie mejor.

Beltran.

Y tienes,
si le dás un coscorron
no mas, de todo Leon
seguros mil parabienes.

Nuño.

Mendo es este.

ESCENA XIII.

Dichos y Mendo.

Mendo.

Caballeros,
¿qué hay de nuevo?

Diego Nuñez.

Vos podeis
decirlo, si algo sabeis.

Mendo.

Yo solo sé que en poneros
donde pide ese valor
tarda el Rey.

Diego Nuñez.

El maldiciente *ap.*
es lisongero presente,
y ausente es murmurador.

Mendo.

De lo que tengo temor,
segun á los mas escucho,

es, que tras pensarlo mucho,
ha de escoger lo peor.

Beltran.

¡Ya escampa!

Nuño.

Por la intencion
no errará su Magestad.

Mendo.

Dios lo sabe; mas mirad
con qué falsa presuncion
viene Ruy de Castro, haciendo
carabanas de valido,
como si hubiera servido
en guerra, ó paz: aunque entiendo,
que el mas dichoso ha de ser,
por que lo merece menos.

Diego Nuñez.

La ventura de los buenos
es llegarla á merecer.

Beltran.

Item mas, otro ambicioso:

ESCENA XIV.

Dichos y Ruy de Castro.

Ruy de Castro.

No falta del corredor
hombre alguno de valor.

Mendo.

Cuando el nombre generoso,
que gozais os ha juzgado
digno del lugar primero,
¿cómo venís el postrero
á palacio? Confiado
en los méritos, sin duda.

descuidais las diligencias.

Nuño

¡Qué ausencias, y qué presencias! *ap.*

Diego Nuñez.

¡Qué facil aspectos muda
este falso lisongero! *ap.*

Ruy de Castro.

¿Como puedo confiar
por merecer alcanzar
entre tanto caballero,
con quien tendré á gran ventura,
si gozo el lugar segundo?

Diego Nuñez.

No sin causa alaba el mundo
vuestro valor y cordura. (1)

ESCENA XV.

Dichos, y el Rey detrás de una celosia.

Rey.

Escuchar quiero de aquí,
sin ser visto de ninguno,
el pecho que cada uno
descubre hablando de mí;
que el retrato y la inscripcion
ocasion les ha de dar
de discurrir, y mostrar
el afecto, ó la pasion
mas secreta; que este modo
tuvo por mas conveniente
un rey de Grecia prudente,
para informarse de todo.

---

(1) *Corren una cortina, y aparece un retrato del Rey.*

Mendo.

¿Qué novedad es poner
hoy sola en el corredor
una tabla?

Nuño.

Del pintor,
sin duda, debe de ser
lisonja, que es un traslado
de Alfonso, para mostrar,
que se debe respetar
al Rey tanto, que aun pintado
tan soberano ha da ser,
que no ocupe otra pintura
la pared, que tal ventura
ha llegado á merecer.

Diego Nuñez.

Es buena interpretacion:
¿mas cómo dice el retrato?

Lée Nuño.

Cordero soy justiciero,
y pacífico Leon.

Diego Nuñez.

¡Qué facil es el decir!

Ruy de Castro.

¡Qué dificil el obrar!

Nuño.

El tiempo lo ha de mostrar.

Mendo.

Gana me dá de reir.
¡Qué el pintorcillo se meta
á hacer motes en palacio!
noramala ¿Igualó Oracio
al pintor con el poeta,
para que arrogante y vano,
con su autoridad presuma,

que lo que es pincel es pluma,
y que es ingenio la mano?

Rey.

Todos estos, poco amor,
y mucha pasion arguyen;
pues mi alabanza atribuyen
á lisonja del pintor.

Don Fernando.

¿Qué es lo que suspende y junta
á aquella gente?

Beltran.

Lleguemos,
y con verlo escusarémos
lo grave de la pregunta.

Nuño.

Hora es ya de dar audiencia
el Rey. *Vase.*

Ruy de Castro.

Yo tengo de hablalle.

Diego Nuñez.

A mí me importa acordalle,
con ponerme en su presencia,
mi pretension. *Vase.*

Ruy de Castro.

Vamos ¿Vos,
Mendo, no venis?

Mendo

¿A qué
si porque merezco sé,
que no he de alcanzar?

Ruy de Castro

A Dios.

ESCENA XVI.

Don Fernando, Mendo, y Beltran.

Beltran.

Un retrato del Rey es
el que miraban. ¿Que es eso? (1)

Don Fernando.

¿Admírate por exceso
la veneracion que vés?
¿Este retrato no envia
rayos del original,
que es acá en lo temporal
Vice-Dios?

Mendo.

¡Qué hipócresía
á lo humano! Oposicion
tengo al que es ceremoniero.

Lee don Fernando.

Cordero soy justiciero,
y pacífico leon.
Segun son, Alfonso, buenos
los indicios que nos das,
de ti, siendo eso lo mas,
no se puede esperar menos.
Tus altos progenitores
de nadie excedidos son;
mas en ti espera Leon
el mayor de tus mayores.
Goces eternas edades
la corona, porque incluya
en una esfera la tuya
del orbe las Magestades.

---

(1) *Quitase don Fernando el sombrero al retrato.*

Mendo.

¿Qué hay quien sufra á un hazañero, *ap.*
caballero puntual,
que preciado de leal,
viene á dar en lisonjero?
Sin duda, pues habla así
el necio, se dá á entender,
que ha de llegar á saber
el Rey lo que él dice aquí,
y que le ha de dar por ello
el gobierno de Leon;
y apurada su intencion,
no aventurará un cabello
por su servicio. El enfado
he de vengar, que me ha hecho,
con examinarle el pecho,
y obligarle á que irritado
de ver, que á su presuncion
su dicha no corresponde,
vierta el veneno que esconde
contra el Rey su corazon.
¿Don Fernando de Quiñones?

Don Fernando.

¿Teneis en qué os sirva, Mendo?

Mendo.

He estado escuchando, y viendo
las pias declaraciones,
y devotas reverencias,
que á este retrato habeis hecho;
y por ser (como sospecho,
que vos sabeis.) preeminencias
solo de Santos, gozar
pintados adoracion,
me ha causado admiracion
veros aqui idolatrar.

Y mas cuando estar debeis
quejoso, y no agradecido
del Rey, que entierra en su olvido
los méritos que teneis.
Sino es ya, que como vos
Vice-Dios le habeis llamado,
os teneis por obligado
en que os trate como Dios;
que con trabajos regala.

Rey.

¡Qué maligna sutileza!

Don Fernando.

Si se pone en la cabeza
una firma, que señala
el nombre solo del Rey,
venerar esta pintura,
que su persona figura,
¿no será mas justa ley?
¿No es ungido? ¿No se nombra
sacra Magestad real?
¿Pues porque su original
no respetaré en la sombra?
¿Si premiado no me hallo,
deja por esta razon
él de ser Rey de Leon,
ó yo de ser su vasallo?
Fuera de que todo es suyo,
y yo en lo que le he servido
he hecho lo que he debido;
y así, justamente arguyo,
que no es quejarme razon,
cuando premio no consiga,
supuesto que á nadie obliga
quien cumple su obligacion.
Y cuando á quien le ha servido

fuera el premiarle forzoso;
yo no puedo estar quejoso;
porque nunca he pretendido
mas premio, desengañado
de cuan vana es la ambicion,
que cumplir mi obligacion,
y conservarme en mi estado.

Mendo.

¡Qué afectada hiprocresía! *ap.*
Si desengañado estais,
¿qué os detiene, que no os vais
con esa filosofía
á las montañas, á ser
solitario anacoreta?
¿Si usara el Rey de perfeta
justicia, era menester,
que pretendierades vos?
¿Con un Rey justo hay pedir
mas eficaz, que servir?
Mas decís que es Vice-Dios,
y como tal sospechais,
que asiste en todo lugar,
y que aquí os ha de escuchar,
y así le lisonjeais.

Don Fernando.

Ni esta es en mí hipocresía,
ni lisonja, ni es razon,
que con tan falsa intencion,
y tan libre demasía
las finezas motejeis,
tan propias de mi lealtad,
ni que de su Magestad
sintais mal, y mal hableis:
que vive Dios....

Mendo.

Deteneos,
que sé muy poco sufrir.

Beltran.

Pienso que hoy se han de cumplir
de un golpe muchos deseos.

Mendo.

Cuando yo mal satisfecho
hable de su Magestad
¿teneis vos autoridad
de reprenderme? Sospecho
que de mi sangre sabeis,
que es á la mejor igual.

Don Fernando.

Bien sé que sois principal,
pero no lo pareceis;
y eso mismo hace mayor
vuestro delito, que cuanto
nacisteis mas noble, tanto
debeis proceder mejor.

Mendo.

Yo procedo como debo;
y á quien se atreva á pensar
lo contrario....

Don Fernando.

Este lugar
es sagrado, y no me atrevo
á violar su estimacion.
Beltran, retírate.

Beltran.

Mendo,
esta vez, segun entiendo,
ha de dar gusto á Leon.

ESCENA XVII.

Don Fernando y Mendo.

Don Fernando.

Junto á la cruz, que en el valle
de los mártires se vé,
á media noche os iré
solo á esperar, para dalle
el castigo entre los dos
á lengua tan desleal,
que de su Rey habla mal.

Mendo.

Yo os aguardo.

Don Fernando.

A Dios.

Mendo.

A Dios.

ESCENA XVIII.

El Rey.

Nunca el enojo inhumano
mitigára, si no fuera
recompensa tan entera
lo que en don Fernando gano,
de lo que en los otros pierdo;
y así, aunque he visto mi agravio,
he de elegir como sábio,
y he de sufrir como cuerdo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALON DE PALACIO.

Elvira y Flor con mantos, y Bermudo.

Bermudo.

Hoy en las aras de amor
sacrificarme procuro,
pues cuanto soy aventuro
por alcanzar un favor.

Flor.

Yo me confieso obligada.
¡Ah, hermana! ¿en qué ha de parar
tu locura?

Elvira.

En acabar
con vida tan desdíchada.

Bermudo.

Pues, Flor, si menos cruel
merece llegar á verte
mi amor, no temo la muerte.
Cubiertas de este cancel
al Rey escuchar podreis,
que ahora aquí ha de salir;
pero no os deís á sentir,
si la vida no quereis
que me cueste.

Elvira.

No tan mal.

debo pagar tus deseos,
que asi te arriesgue.

Bermudo.

Escondeos,
que su Magestad real
sale ya.

Elvira.

Ya témo, Flor,
mi muerte en mi desengaño.

Flor.

Tú buscas tu própio daño. (1)

Bermudo.

¿Qué nó hará quien tiene amor?

ESCENA II.

Bermudo, y el Rey, Elvira y Flor al paño.

Rey.

¿Bermudo?

Bermudo.

¿Señor?

Rey.

De ti
mi desengaño he fiado,
y en nada has ejecutado
el oficio que te di;
y en un reyno yo no dudo,
que por instantes sucedan
novedades, que me puedan
importar. Dime Bermudo,
en mi daño, ó mi favor,
lo que has visto ó lo que has hecho,
sin que me oculte tu pecho

(1) *Escóndense las dos detras del paño.*

la circunstancia menor.

Bermudo.

Luego que de tí me aparté
de tu presencia, llegó
un gentil-hombre á llamarme
de parte de Elvira y Flor.

Rey.

Tente, calla, no te he dado
por infalible instruccion
que no me nombres, ni acuerdes
(á) ninguna de las dos ?

Bermudo.

¿ Tan bien me has mandado ahora
que te haga relacion
de lo que he visto, y he hecho,
sin ocultar la menor
circunstancia ; y si un Rey puede
revocar lo que mandó,
á lo postrero que manda
debo obediencia mayor.

Rey.

Bien está, dí lo demas,
que de lo demas estoy
seguro, que no podrá
causarme perturbacion
mayor, que haber escuchado
la memoria de [illegible]

Bermudo.

Obedezco, pues, diré
el [illegible] de Elvira:
sabes el poder mayor
la que tengo á doña Flor.
En fin, quedando conmigo
sola Elvira, la ocasion
me propuso de [illegible],

y de esta suerte me habló:
Bermudo, el Rey me ha querido,
y aunque jamas mi favor
alcanzó, como sabeis,
por lo menos me debió
el haber yo respetado,
sino pagado su amor
tanto, que jamas mi pecho
otro cuidado admitió.
Pero ya que á la mudanza
de su estado, ó el rigor
que ha visto en mi resistencia,
le han dado justa ocasion
de no verme en tantos dias,
que de pensar, que murió
en la suya mi memoria,
me dá cierta presuncion,
para usar de mi alvedrio,
quiero, Bermudo, que vos
de mi parte le pidais
la debida permision.
Que si bien con olvidarme
parece que me la dió,
en tanto que despedido
no se publique, su razon
que yo esté salva le haga;
pues lo que debo en rigor
cumplo así, y podré con esto
tomar la licencia yo.
Estas palabras me dijo
doña Elvira, y yo, señor,
le prometí que lo haria,
porque ella me prometió
en cambio, favorecer
mis pensamientos con Flor.

*

Si algun disgusto te he hecho,
seguro tengo el perdon,
si es mérito la obediencia,
y si es disculpa el amor.

Rey.

¡Con qué mañosos ardides *ap.*
sabe hacer el ciego Dios
sus tiros! ¡por qué camino
en mi pecho despertó
la casi muerta centella
de mi pasada aficion!
¡Ah enemiga! ¿no te cansas
de ofenderme? ¡Loco estoy!
¿Con máscara de respeto
me dás zelos? ¿con color
de decoro me desprecias,
y quieres que sepa yo,
que otro merece de tí,
lo que no mi firme amor?
Lograste el intento, el tiro
acertaste; pero no
lograrás la gloria de él,
que reprimiendo el dolor
mostraré mentido el gusto
de que en agena aficion
ocupes tu pensamiento.
Oye, Bermudo.

Bermudo.

¿Señor?

Rey.

Dile á Elvira, que el permiso
que me ha pedido le doy,
y que tan arrepentido
miro mi pasado error,
que en la licencia que pide,

Solamente me ofendió
la memoria de su nombre:
y tú, otra vez, vive Dios,
que no te ha de negociar,
si la nombras, el perdon,
ni el mérito de obediencia,
ni la disculpa de amor.
Y esto tambien le dirás,
porque sabiendo que estoy
tan otro, por escusado
te tenga en otra ocasion;
pues aunque el intento sea
justo respeto, la voz
de su nombre, en mis oidos
será la ofensa mayor;
que llega el aborrecerla
donde el amarla llegó.

Elvira.

Yo no puedo mas.

Flor.

Detente.

Elvira.

La mina del corazon
rebienta al despecho mio. *Sale.*
Alfonso falso, traidor,
engañoso, fementido....

Rey.

¿Qué es esto?

Bermudo.

Perdido soy. *Ap.*

Elvira.

¿Estos son los sentimientos,
estas las finezas son,
con que á vivir apostaba
con el tiempo vuestro amor?

¿Estas son vuestras promesas?
¿Que buena quedára yo,
si á crédito de palabras
os entregára mi honor?
¿Tan facil con el estado
mudasteis la condicion?
¿Acaso desvanecido
desprecias, porque Rey sois,
lo que príncipe estimásteis?
¿Tanta mudanza fue en vos
pasar de príncipe á Rey?
¿Por dicha esta sucesion
fue mas, que continuarse
el dominio, que os tocó
por justa ley, aun viviendo
el Rey vuestro antecesor?
¿Pues como tan fácilmente
olvidais la obligacion
de palabras, que son leyes
en los hombres de valor,
que el aborrecerme llega
donde el amarme llegó,
que al pediros la licencia,
solo os ofendió la voz
de mi nombre en los labios?
¿Pues qué delito, qué error
fue no pagar prevenida
vuestra fingida aficion,
para castigarme asi?
Antes el valor que yo
mostré, en resistir á un Rey,
os causára estimacion
si fuérades quien debeis;
pero pudo mas en vos
vuestra pasion, y venganza,

que no vuestra obligacion;
pues la virtud castigais.
¿Vos sois Alfonso? ¿vos sois
hombre? ¿vos noble? ¿vos Rey?
Bien gobernará á Leon
el que tan mal se gobierna.
Vuestra Magestad, señor,
con su prudencia perdona
mi desenfreno, que estoy
despreciada, y soy muger,
y me atormenta, sino
su desprecio, por mi amante,
por mí Rey, su indignacion.
Y asi, hasta ver, que depuesta
la enojosa furia, el Sol,
cuyo claro aspecto en mi
es la influencia mayor,
me dá rayos tan benignos,
como otro tiempo me dió,
sombra suya he de seguir
sus oídos con la voz,
con las rodillas sus plantas,
con ruegos su obstinacion,
su venganza con paciencia,
si con quejas su rigor.

Rey.

Levanta, Elvira, levanta,
no ofendas tu estimacion;
que ya que amante no sea,
cortés á lo menos soy.
¿Qué fuerza, qué sufrimiento, *ap.*
qué constancia, qué valor
bastarán á reprimir
el fuego del corazon,
que al aire de ruegos, quejas,

y ternezas levantó
tanta llama, que es incendio
cuanto siento y cuanto soy?
¿Mas al combate primero
han de rendirse al amor
de la obligacion las leyes,
las fuerzas de la razon?
No, contra mi misma vida
he de probar, vive Dios,
á ser sufrido, á ser Rey,
y he de mostrar, que pues yo
sé gobernarme y vencerme,
que es la victoria mayor,
sabré vencer mis contrarios,
y gobernar á Leon.
Elvira, no la mudanza
del estado me mudó
la condicion, mas indujo
en mí nueva obligacion.
Príncipe tuve disculpa,
si permití al ciego ardor
de mis deseos la rienda;
mas ya, Elvira, que Rey soy,
solo administrar justicia,
causar amor, y temor,
ser á los buenos espejo,
y á los malos confusion,
es lo que á mi estado toca:
y el aborrecerte yo
no te aflija, que se entiende
en cuanto al lascivo amor,
no como Rey á vasallo,
que como tal antes doy
á tu valor alabanza,
y á tu virtud galardon.

Y asi puedes emplearte
en quien merezca tu amor,
segura de que no sólo
no me cause indignacion,
pero celebre tus bodas,
siendo tu padrino yo.

Elvira.

No señor, no de esa suerte
os vengueis de mi rigor,
que nadie ha de merecer
lo que no alcanzasteis vos.
Escuchad, volved el rostro,
sed cortes, si amante no.

Rey.

¡Ay de mi, que un monte nuevo *ap.*
en cada paso que doy!

Elvira.

¡Ah señor!

Rey.

Ya es tarde, Elvira.

Elvira.

Nunca, á ser firme tu amor,
fuera tarde, Alfonso mio.

Rey.

Déjame, que ya no soy
quien fui, ni tuyo, ni Alfonso.

Elvira.

¿Pues quien?

Rey.

El Rey de Leon.

ESCENA III.

Dichos menos el Rey.

Elvira.

¡Ah cruel! ¡ah fementido,

con qué villano rigor
te vengas, y me castigas!
Loca de corrida estoy.

Bermudo.

¿De quien te quejas, de quien
si ha sido tuyo el error?

Flor.

Si me creyeras, ni dieras
á tu desprecio ocasion,
ni materia á su venganza.

Bermudo.

¡Buenos quedámos los dos
por tu mal pensado esceso!
tú corrida, Elvira, y yo
en la desgracia del Rey.

Elvira.

Dejadme: cuando el dolor
me enloquece, cuando al aire
fuego en vez de aliento doy,
¿añadís los dos mas penas
á mis penas? Vive Dios,
que me mate, porque acabe
con mi vida mi pasion. *Vase.*

Flor.

A Dios, Bermudo, que el Cielo
sabe cuán sentida voy
de vuestra desdicha.

Bermudo.

Nada
la pudiera, hermosa Flor,
consolar, sino el hallar
piedad de mi pena en vos. *Vase Elvira.*
Mas no puede haber descuento
de haber perdido el favor,
y gracia del Rey! ¡Mal haya

quien de mugeres se fió.

ESCENA IV.

DECORACION DE CAMPO.

Don Fernando, de noche.

Esta noche, santo Cielo,
de vuestra justicia fio,
que del noble pecho mio
premiareis el justo zelo,
con que resuelto á exponer
aqui al peligro la vida,
por dar pena merecida
á un maldiciente, y hacer,
vengando á su Magestad,
que conozca, que es la mia,
no afectada hipocresia,
sino debida lealtad.
Este es el sitio aplazado,
y esta tambien es la hora
señalada, y hasta ahora
mi enemigo no ha llegado.
Temo, aunque noble nació,
que el valor le ha de faltar,
que siempre faltó en obrar
aquel que en hablar sobró.

ESCENA V.

Don Fernando, el Rey y Bermudo.

Bermudo.

¿Qué será ¡valgame Dios! *Ap.*
á lo que el Rey me ha traido?
que á tal hora haber salido
solos al campo los dos,

me causa justo temor
de algun gran caso, y asi
interpreto contra mí,
viendo mi pasado error,
todo indicio, y toda accion:
y mas habiendo notado,
que ni de mi culpa ha hablado,
ni dichome la ocasion
de esta novedad. ¿Qué haré?
Resuélvome á preguntarla,
que en decirla, ó en negarla,
su intencion conoceré.
¿Señor, no podré saber
donde vamos? que es razon,
que sabiendo tu intencion,
sepa yo lo que he de hacer;
que no serán casos leves
los que causar han podido
tal novedad.

Rey.

He querido
mostrarte lo que me debes,
Bermudo, en lo que te fio;
porque conozcas asi,
que es justo, que pueda en tí,
mas que todo, el gusto mio:
de esta suerte el deservicio
que hoy me hiciste, sentirás,
que á un noble castiga mas,
que la pena, el beneficio.
Y en la persona real
mostrar que sabe el error,
es el castigo mayor
para un vasallo leal.

Bermudo.

Honren mi boca los pies
de un Rey tan sabio, y clemente.

Rey.

Lo que me obliga á que intente
esta novedad que ves,
escucha ahora.

Don Fernando.

O me engaño,
ó los que vienen allí
son dos hombres; dos son, si;
y no será caso estraño
en un maldiciente vil,
ser cobarde: pocos son,
los dos, que yo, y mi razon
valemos por mas de mil.

Bermudo.

Digna es, gran señor, de tí
una accion tan acertada.

Rey.

Ya está el uno en la estacada;
lleguemos.

Don Fernando.

Pues hácia mi
vienen resueltos, sin duda
es Mendo. Lisonja es mia
confesar mi valentía,
Mendo, con traen ayuda. (1)

Rey.

Don Fernando de Quiñones,
deteneos, que soy el Rey.

Don Fernando.

¿El Rey?

---

(1) *Saca la espada.*

Rey.

El Rey.

Don Fernando.

Justa ley, (1)
precisas obligaciones
de su nombre, mi furor
enfrenan: que aunque resista
la oscura noche á la vista
para informarse mejor,
y á tal hora soledad
tan apartada parezca
imposible que merezca
los pies de su Magestad;
mayor imposible entiendo
que será, que ningun hombre
se atreva á usurpar un nombre
tan soberano mintiendo.
Bien es verdad, que al momento
que la voz, y el nombre oí,
el dueño reconocí
en mi propio rendimiento.
Y así á vuestros pies, señor,
os pido que perdoneis.

Rey.

Fernando, no os disculpeis,
que yo de vuestro valor,
y lealtad testigo soy,
y con ella os habeis hecho
tanto lugar en mi pecho,
que con los brazos os doy
de él tambien la posesion,
y en vuestros hombros con eso
impongo desde hoy el peso

---

(1) *Retira la espada.*

del gobierno de Leon.

Don Fernando.

Señor....

Rey.

No me repliqueis;
bien sé con el desengaño,
que la vanidad y el daño
de la ambicion conoceis:
mas si eso mismo está dando
fuerza al intento, que sigo,
yo os lo ruego como amigo,
y como Rey os lo mando.

Don Fernando.

Aunque puede tanto en mí
el desengaño, la ley
de la voluntad del Rey
es inviolable, y así
os obedezco, aunque dudo
si soñando acaso estoy.

Bermudo.

Con la enhorabuena os doy
los brazos.

Don Fernando.

¿Quién es?

Bermudo.

Bermudo.

Don Fernando.

Bermudo noble, un amigo
tendreis verdadero en mí.
¡Ah Elvira! solo por tí, *ap.*
la privanza que consigo,
pudiera haber estimado
mi esperanza, á no saber
que es fuerza deja de ser
firme amante, ó buen privado. (1)

Rey.

Fernando, oid.

ESCENA VI.

Dichos y Mendo.

Mendo.

Vive Dios,
si don Fernando ha cumplido
su obligacion, que ha traido
en su favor otros dos.
Pero cobardes alardes
no importan, que cierto es,
pues contra uno vienen tres
que son todos tres cobardes.
Y cuando no son testigos
las historias, que una espada
basta en mi sangre heredada
á ejércitos enemigos. (1)
Si de los tres es alguno
Don Fernando de Quiñones,
aunque á sus obligaciones
falte asi, pues contra uno
vienen tres, á su enemigo
tiene aqui, si nobles son,
cuerpo á cuerpo la cuestion
le dexen reñir conmigo:
pero sino, á todos tres
darles á entender espero,
que Mendo mueve este acero.

Rey.

Deteneos, Mendo.

(1) *Saca la espada.*

Mendó.

? Quien es ¿

Rey.

El Rey soy.

Mendo.

¡ Válgame Dios !
¿ A tal hora en este puesto
el Rey ?

Rey

Si Mendo, y en esto
vereis, que soy Vice-Dios,
y como tal puedo vér,
y asistir á todo yo,
si con mi persona no,
al menos con mi poder.

Mendo.

Don Fernando le ha contado *ap.*
todo el caso, vive Dios.
Yo, señor..

Rey.

Basta, con vos
estaba, Mendo, enojado:
pero cuando acometisteis
á tres, tal valor mostrasteis,
que en el efecto ganasteis
lo que en la causa perdisteis.
Dadle la mano de amigo
á don Fernando, y pensad,
que os importa su amistad
para tenerla conmigo;
que desde hoy ha de gozar
en mi lado mi privanza,
porque os muestre en lo que alcanza
el premio del bien hablar.

Mendo.

¿Qué escucho? ¡Ah fortuna loca!
Fernando, la mano os doy.

Don Fernando.

Vuestro amigo, Mendo, soy,
y de hacer lo que me toca,
como noble, os doy la mano.

Rey.

Ahora á mi me la dad,
Mendo, que vuestra amistad
estimaré.

Mendo.

¿Tan humano
os mostrais, cuando os ofendo?

Rey.

Gano mas que en el castigo,
en hacer de un enemigo
un amigo: haced, pues, Mendo,
como yo vuestro lo sea,
y mudad de condicion,
ved, que una murmuracion
mil enemigos grangea.
Y asi, vuestro pecho entienda,
que si en el peligro os veis,
pues á todos ofendeis,
no tendreis quien os defienda.
Y el que á muchos agravió,
la pena debe esperar,
porque no es facil hallar
quien perdone como yo.
Y aun puede ser, que cansado
yo tambien, lo pagueis todo,
que no siempre está de un modo
el sufrimiento templado. *Vase.*

Mendo.

Confuso quedó, y corrido. *Vase.*

Bermudo.

Tan sabio como clemente
es el Rey. *Vase.*

Don Fernando.

De ser prudente
es el toque ser sufrido.

ESCENA VII.

SALON DE PALACIO.

Beltran.

¡Válgate el diablo por Mendo,
qué libre, y qué maldiciente
ha hablado públicamente!
¿Es posible, que sabiendo,
que si la murmuracion
celebra el que no le toca,
tiene la risa en la boca,
y el odio en el corazon?
¿De los aplausos mentidos
se deje llevar de suerte,
que para sola una muerte
haga tantos ofendidos?
Cada mañana, que al mundo
vuelve el mas claro lucero,
y despierto, es lo primero
santiguarme; y lo segundo
que acostumbro, es informarme
de si aquella noche á Mendo
han muerto, y en respondiendo,
que no, vuelvo á santiguarme,
porque es milagro de Dios:
mas don Fernando, y Bermudo

están solos, y no dudo,
que algun negocio los dos
conferirán de momento:
aguardemos retirados,
que no atreve á dos privados
Beltran su entretenimiento.

ESCENA VIII.

Beltran, don Fernando, y Bermudo.

Bermudo.

El alto puesto en que os veis
de poder, y de privanza,
y el que mi ventura alcanza
cerca del Rey, bien sabeís,
Fernando noble, que son
blanco de envidia importuna,
teatro de la fortuna,
y objeto de la traicion.
Y es fuerza, si divididos
nos oponemos yo, y vos,
que el uno, ó ambos á dos
vengamos á ser vencidos.
Y para no dar venganza
á malignas intenciones,
quiero, famoso Quiñones,
que una amistad, y alianza
tan firme los dos hagamos,
que del otro cada cual
ayudado con fé igual
á la malicia opongamos
los pechos; pues de esta suerte
vuestra dicha, y mi ventura
correrá libre, y segura
de mudanza hasta la muerte.

Don Fernando.

Ni me obliga la ambicion,
ni me desvela el poder;
ser quien sois, y merecer
de su alteza la aficion,
es lo que en mí tanto amor,
y estimacion os grangea,
que lo que el vuestro deséa
es mi lisonja mayor.
Y asi, no correspendiente
solo, mas agradecido
en lo que me habeis pedido,
mi voluntad solo siente
ver que ganado me hayais
por la mano en declarallo,
supuesto que en de cillo
por ella no me ganais.
Y asi, Bermudo, os la doy
con firme palabra y fé,
que por vos arriesgaré,
cuanto valgo, y cu nto soy.

Bermudo.

Lo mismo que me ofreceis
os prometo.

Don Fernando.

Yo, Bermudo,
sé que sois noble, y no dudo
que en todo lo mostrareis.

Bermudo.

Solo me resta advertiros,
que importa para poder
conservar y defender
de los maliciosos tiros
de la envidia nuestro estado,
no solo disimular

nuestra amístad, pero dar
con canteloso cuidado
señales de ser los dos
contrapuestos; porque asi
se descubrirán á mí
vuestros contrarios, y á vos
los mios, y de este modo
contraminando intenciones,
con secretas prevenciones,
lo remediaremos todo.

Don Fernando.

Aunque es fingir, y engañar
de mí tan ageno, es justo,
que á la ley de vuestro gusto
conceda el primer lugar.
Demás, que contra el rigor
del que la envidia desvela,
es lícita la cautela
para defender mi honor.
Que es intento mas decente,
por prevenirme fingir,
que arriesgarme, por huir
de tan leve inconveniente,
á que con el Rey lograda
una alevosa intencion,
pierda la reputacion,
mas que la vida estimada.
Y así, con vuestro consejo
me conformo.

Bermudo.

Pues á Dios,
y procuremos los dos
ser de la amistad espejo,
y de la regla escepcion
siendo conformes, y unidos

los primeros dos validos,
que firmes amigos son.

ESCENA IX.

Don Fernando y Beltran

Don Fernando.

La fuerza de mi destino,
que yo no puedo evitar,
me puso en este lugar
por no pensado camino:
y ya que llegué á ocupallo,
si no por mi inclinacion,
por conservar mi opinion,
es forzoso conservallo.
Que es muy cierto, si le pierdo,
que juzgue el vulgo maligno,
que le perdí por indigno,
no que le dejé por cuerdo.
Mas ¡ay de mí! que me veo
en medio de este cuidado
tan ciego, y tan abrasado
de un amoroso deseo,
que no soy dueño de mí,
y en lugar de refrenarme,
me incita á precipitarme
el poder que conseguí!
que aumentando la esperanza
de merecer, y alcanzar
á Elvira, me viene á dar
mayor guerra la privanza,
que fuerza su obligacion
para resistir; y así
se aprovecha contra mí
de mis armas mi pasion.

Beltran.

¿Señor, puedo hablarte?

Don Fernando.

Si:

¿por qué no? ¿No soy el mismo
que fuí?

Beltran.

Despues que privado
tan poderoso te veo,
como los muchachos soy,
que admiran, y tienen miedo
à un giganton, aunque saben
que lleva un pícaro dentro.

Don Fernando.

¡Qué buena comparacion!
¿Eso es tenerme respeto?
Tu intencion es la mejor
disculpa; dejemos eso,
y dime ¿cómo ha llevado
esta novedad el pueblo?

Beltran.

Todo es admirarse, y todo
discurrir, buscando el medio
por donde te has levantado
á tan soberano puesto.
Y lo que mas es de ver,
es, qué solos, y qué feos,
cabizbajos, y encogidos
andan ya los que primero
esperando ser privados,
campeaban tan soberbios.
La condicion no has mudado
con la fortuna, y deseo
saber, si en cuanto al amor
te ha sucedido lo mesmo.

Don Fernando.

¡Ay de mí, que es la pasion
superior al sufrimiento!
Beltran, nó puedo conmigo,
no cabe en mí alma el incendio;
no son flechas, rayos son
los que tira el amor ciego;
que en la mayor resistencia
obran mayores efectos.
Parte, amigo, y pide á Elvira,
para verla con secreto,
licencia, y dile, que solo
merecer sus ojos quiero,
para ofrecer á sus plantas
cuanto valgo, y cuanto puedo;
que solo por ella estimo
el lugar en que me veo.

Beltran.

¡Pesia tal! ¿pues lo prudente?
¿lo grave? ¿lo circunspecto?
¿lo ministro?

Don Fernando.

Loco estoy,
dáme ayuda, y no consejo.
Parte, si bien me deseas,
y haz lo que digo primero
que vuelvas á verme; y mira
lo que vá á los dos en ello,
á tí la vida, y á mí
la opinion en el secreto. *Vase.*

Beltran.

Bueno, por Dios, el castigo
me proponen, y no el premio:
pero nunca el alcahuete
al daño igualó al provecho.

ni tuvo jamas buen fin
la dicha por malos medios.

ESCENA X.

SALA EN CASA DE DOÑA ELVIRA.

Elvira y Flor.

Elvira.

Esta es la ocasion que pudo
obligarme á señalar
una hora misma de hablar
yo á Fernando, y tú á Bermudo.
Todas son trazas de amor;
pues burla el Rey mi esperanza,
quiero que entienda, que alcanza
don Fernando mi favor,
siendo Bermudo testigo;
que es cierto, que él lo dirá
al Rey, puesto que le hará
la igual privanza enemigo
de don Fernando; y así
ó su amor despertarán
los zelos, ó me darán
venganza, viendo que en mi
los méritos, y el amor
de un vasallo han conseguido
lo que un Rey no ha merecido.

Flor.

¿Luego has de hacerle favor?

Elvira.

Fingido.

Flor.

¡Lo que trazar
sabe un pecho enamorado!

Elvira.

Con desprecios me ha abrasado,

con ellos le he de abrasar.

Flor.

Bermudo viene.

Elvira.

Ya, Flor,
estás en lo que has de hacer. *Vase.*

Flor.

Sí, retírate. ¡O poder
nunca igualado de amor,
cuanto abrasa, cuanto ciega!

ESCENA XI.

Flor y Bermudo.

Bermudo.

Flor hermosa, obedeceros
donde se interesa el veros,
es tanta gloria, que niega
los méritos al servicio.
¿Qué me mandais?

Flor.

El cuidado
de aquel disgusto pasado,
conque os pagó el beneficio
doña Elvira, me ha tenido
ansiosa, por el temor
con que os dejé, del rigor
de Alfonso, y así he querido,
que de esta duda y tormento
me saqueis.

Bermudo.

Su Magestad
iguala con la piedad
la prudencia y sufrimiento.
Y cuando no, descontado

hubiera cualquier rigor
la gloria de este favor,
pues decis que os dió cuidado.

ESCENA XII.

Dichos y un Escudero.

Escudero.

Don Fernando de Quiñones
está á la puerta. *Vase.*

Flor.

¡Ay de mí.

Bermudo.

¿Quién?

Flor.

Don Fernando, y si aquí
te vé, Bermudo, nos pones
á peligro de perder
la opinion á mí, y á Elvira:
esconderte importa; mira,
que rezelo, que por ser
tú del Rey valido, crea,
que de su parte nos vés.

Bermudo.

Flor, por mi propio interes,
me importa, que no me vea,
porque el igual valimiento
nos contrapone á los dos.

Flor

Pues retirate por Dios,
entrate en este aposento.

Bermudo.

Servirte pretendo en todo.
Nuestra falsa emulacion,
y fingida oposicion

acredito de este modo. (1)

ESCENA XIII.

Don Fernando y Elvira.

Don Fernando.
Solo, doña Elvira hermosa,
vengo á ofrecer mi ventura
á los pies de tu hermosura,
por quien la suerte dichosa
estimo, que he conseguido;
que con ella me tendrás,
cuanto poderoso mas,
mas amante, y mas rendido.

Elvira.
Noble don Fernando, á mí
me alegra vuestra privanza
solamente porque alcanza
vuestro gran valor así
el puesto que ha merecido;
no porque hayais menester
mas méritos para ser
de mi amor favorecido,
que ser quien sois; que con eso;
no solo digo que soy
dichosa, pero que estoy
desvanecida os confiso.

Don Fernando.
Basta ya, sino intentais,
que me dé muerte el contento;
que no puede el sufrimiento
con la gloria que me dais.

(1) *Retiranse los dos al paño.*

Elvira.

Nunca á lo que mereceis
podrá igualar mi favor.

Don Fernando.

No merece el mismo amor
los favores que me haceis.

Elvira.

Pues, don Fernando, el secreto
importa por el lugar
que ocupais, y para andar
tan cauto como discreto;
visitas me habeis de hacer
breves y ocultas, no sea,
que quien vuestro mal desea,
llegándolas á entender,
dé cuenta á su Magestad,
y os prive de su favor,
dando á tan lícito amor
título de liviandad.

Don Fernando.

Si merezco esa belleza,
nada temo.

Elvira.

Por los dos
temo yo sola; id con Dios,
no os eche ménos su alteza.

Don Fernando.

Haceros gusto es quereros.

Elvira.

Fernando, no me olvideis.

Don Fernando.

Vos sois mi alma, y podeis
vos á vos obedeceros.

ESCENA XIV.

Flor y Bermudo.

Flor.
Breve la visita ha sido.

Bermudo.
Mas que yo quisiera, Flor,
que siglos cifra el amor
tan á gusto entretenido.
Aunque me pesó de ser *ap.*
de estos amores testigo,
(que es don Fernando mi amigo),
y el lugar ha de perder,
que con el Rey ha alcanzado,
si desto cuenta le doy)
yo como leal, estoy
á decirselo obligado.
¡Qué penosa confusion!

Flor.
Todo lo ha visto y oido *ap.*
Bermudo, bien le ha salido
á mi hermana la invencion.
Con cuidado estoy, Bermudo,
que aunque mi hermana se muestra
en mi amor de parte vuestra,
en esta ocasion no dudo,
que le pese de saber,
que el suyo habeis entendido;
y asi, pues no os ha sentido,
antes que lo llegue á vér,
importa que os vais, que es tarde.

Bermudo.
Vuestro gusto es ley.

Flor.

A Dios.

Bermudo.

¿Flor, como quedo con vos?

Flor.

No quedais mal.

Bermudo.

Dios os guarde.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Rey.

Huyo prudente lo que amante sigo,
Yo mismo soy aquel de quien yo huyo,
Y me respondo á cuanto me arguyo,
Cuanto mas mi contrario, mas amigo.
Con lo que me defiendo me persigo,
Nó me dejo de ser, y me concluyo;
Buscando mi provecho me destruyo,
Y siendo en mi favor, hecho enemigo.
Hallo memorias donde olvido quiero,
Y con estar presente en mi cuidado,
No dejo descuidado lo que muero.
No tengo culpa yo, que soy llevado
De un secreto poder tan lisongero,
Que mi gusto mayor es ser forzado.

ESCENA II.

El Rey y Bermudo.

Bermudo.

Con, [illegible]
vengo á tu ingenio divino
cuya solucion no alcanzo.

Rey.

Di, [illegible]

Bermudo.

Ya sabes cuan amigos
fueron Pitias, y Damon;
ambos, pues, fueron validos,
y confidentes del Rey
de Siracusa Dionisio.
Pitias cometió un error
contra el Rey, siendo testigo
Damon; aqui entra la duda:
si revelaba el delito
de Pitias Damon al Rey,
faltaba á la ley de amigo,
y callándolo, faltaba
al ministerio debido
á confidente leal
del Rey en tal conflicto,
¿qué hiciera Damon? ¿qué hizo?

Rey.

Sin leal pecar, amigo.
cumpliendo mi obligacion,
con Pitias, y con Dionisio.

Bermudo.

¿Cómo?

Rey.

Digérale á Pitias
que le confesára el mismo
al Rey su error, ó le diera
para hacerlo ya permiso.

Bermudo.

Ingenio tan delicado
viva al mundo largos siglos,
pues de confusiones me saca

Rey.

¿Cómo? vuelve.

Bermudo.

Lo que has dicho
que tú hicieras, he de hacer;
pues no podrás de delito
argüirme, egecutando
lo que aconsejas tú mismo. *Vase.*

Rey.

¡ Notable caso ! Confuso
quedo. ¿ Quién será el amigo
por quien dudoso Bermudo
esta pregunta me hizo?

ESCENA III.

El Rey y Beltran.

Beltran.

No puedo hallar á mi amo;
mas tal es el laberinto
de Palacio. Aquí está el Rey.

Rey.

Vuelve, Beltran.

Beltran.

Aunque indigno,
á tu sacra Magestad,
con el respeto debido,
beso los pies, con que espero
ganar gracias, gracias digo
que decir, porque ya sé,
que de mi pobre juicio,
ni se han de esperar consejos,
ni se han de estimar arbitrios.

Rey.

Nada perderán por tuyos;
que don Fernando me ha dicho
que has estudiado, y que sabes

mesclar donaires, y avisos,
entreteniendo en las burlas,
y en las veras la utilidad.

Beltran.

Confiado, segun eso,
te diré ciertos caprichos
curiosamente observados
para enmienda de este siglo.

Rey.

Di; por ver si mis penas
divertiré con oirlos.

Beltran.

Pues el primero de todos
ha de ser á lo divino,
que á tí mas que á nadie toca,
por cristiano, y porque he visto
que de la eleccion que has hecho
en mi amo fue el motivo
primero ver el decoro
y respeto con que hizo
reverencia á tu retrato.
Y asi en consecuencia digo,
que no es justo que se pongan
en las calles, y caminos
cruces, ni imágenes santas,
que de mas de que el mas fino
Católico, si acostumbra
á pasar sin el debido
respeto por ellas, hallan
los sectarios de Calvino,
Arrio, y Lutero ocasion
de ejecutar sus designios,
valiéndose de la noche
para injuriar, y ultrajarlos

con obscenos menosprecios
lo que adoramos indignos.
Iten, porque en todo importa
que se eviten los peligros,
y de las pendencias es
el juego tan incentivo,
y por estar á la mano
los candeleros, se han visto
tantos sangrientos efectos
de sus agravios mismos,
los candeleros se claven
en las mesas del garito.
Iten, porque faltan hombres
para el rústico ejercicio,
y militar disciplina,
y del sexo femenino
tanta copia vagamunda
vive de hurtos lascivos,
por no hallar lícitos modos
para poder adquirirlo,
será bien, que se prohiban
á los hombres los oficios,
que pueden ellas usar;
que un barbon como un vestiglo,
con la mano como un boj,
con el brazo como un pino,
que puede esgrimir la pica,
y puede regir el trillo;
¿porque ha de estarse al brasero
pernicruzado, encogido,
como puede una doncella,
con dedal, aguja, é hilo?

Rey.

Basta de arbitrios, Beltran; (1)
yo confieso, que de oirlos (c)

he gustado.

Beltran.

Pues si efecto
tan dichoso han conseguido,
yo los tengo por premiados;
mas si de un Rey tan benigno,
poderoso, y liberal
tal favor he merecido,
parecerá justamente,
si á mas galardon no aspiro,
que poco de su largueza,
y de mis méritos fio.
Para mi amo tenia
un memorial prevenido; (1)
mas pues en la mar me veo
no he de pedir agua al rio.

Rey.

Muéstrale.

Beltran.

En él, gran señor,
todos mis méritos cifro;
pocos son, mas haré muchos
si me empleo en tu servicio.

Rey.

¿Qué es aquesto? el memorial (2)
ha trocado.

Beltran.

Ayuda os pido,
Animas del Purgatorio,
negociad vuestro bien mismo,
que si salgo con la empresa
cincuenta misas os digo.

(1) *Dále un memorial.*
(2) *Mira el Rey el memorial.*

Rey.

Trae recado de escribir.

Beltran.

Presto la promesa hice:
operacion; misas quieren
las ánimas. *Vase.*

Rey.

¡Qué corrido
ha de quedar cuando sepa,
que el papel trocó, y he visto
lo que en este se contiene!
él al fin, ha dado alivio
este rato á mis pesares. (1)

Beltran.

El recado que has pedido
está aquí. Cincuenta misas,
ánimas. ¡Qué breve ha escrito!
pues el decreto está breve,
quien duda que solo ha dicho:
hágase como lo pide.
¿Pues lo cierras?

Rey.

El estilo
es este de mis decretos,
que tenga Fernando abrirlos,
puesto que todos con él
primero los comunico:
entregásele cerrado
como te le doy.

Beltran.

Mil siglos

---

(1) *Sale Beltran con recado de escribir, y el Rey escribe á excusas de él, y cierra el memorial y lo sella con la sortija.*

viva tu real persona.

Rey.

Con razon, Beltran amigo,
me dás gracias, que confieso
al memorial, y certifico
que nó lo decretarías
mas en tu favor tú mismo.

ESCENA IV.

Beltran, y despues don Fernando y Bermudo.

Beltran.

¡Valgame Dios, lo que puede
un Rey! ¡Qué este papelillo,
con cinco ó seis garavatos
solos, de su mano escritos,
pueda hacerme gran señor,
ó ponerme en Peralvillo!
Pero mi amo, y Bermudo
son estos; yo me retiro
á aguardar, que quede solo,
si acaso puedo sufrirlo.

Don Fernando.

Vuestra obligacion, Bermudo,
como noble, habeis cumplido;
pero cumplidla tambien
con el Rey como conmigo;
que delatar yo de mí,
fuera acrecentar delitos,
que es especie de perder
el respeto el descubrirlos.
Entrad, decidselo vos,
que yo soy tan vuestro amigo,
que no quiero que perdais
el mérito de decirlo.

Bermudo.

Puesto que saberlo el Rey
de mí ó de vos, es lo mismo,
mejor os está que quiebre
la primer furia conmigo.

Don Fernando.

Bien decis, entrad.

Bermudo.

De mí
confiad, que soy tan fino,
que, ó vos quedeis perdonado,
ó quede yo desvalido.

ESCENA V.

Don Fernando y Beltran.

Don Fernando.

¡Qué fieras perturbaciones!
¡qué combates! ¡qué peligros
tienen los altos lugares!
¿Quién del estado tranquilo,
quien de la orilla segura
me ha engolfado en el abismo
de mares tempestuosos?
No de aceros enemigos
temí el golpe, como el rostro
temo del Rey ofendido:
¿mas qué importa, hermosa Elvira,
si el tuyo gozo benigno?
¿qué temo, si tú me quieres?
¿si te gano, qué he perdido?

Beltran.

¿Señor?

Don Fernando.

¿Qué es esto?

Beltran.

Señor.

Don Fernando.

¿Estas loco?

Beltran.

A toda ley
migaja del Rey, del Rey
decretico en mi favor.
Este memorial le dí,
y él mismo lo decretó,
y cerrado me mandó
que te le entregase á ti.
Abrelo, por Dios, de presto,
que estoy rabiando, y ha sido
gran prueba de ser sufrido
no haberlo abierto.

Don Fernando.

¿Qué es esto? (1)

Beltran.

Dime el decreto, que quiero
salir ya de confusion.

Don Fernando.

Importa á la egecucion
vér el memorial primero.

Lee. *Casa. diez; sola. cuarenta,*
viu. quince; donce. dos.

Beltran.

La memoria es, voto á Dios,
de mis pecados.

Don Fernando.

¿Qué cuenta
es esta?

(1) *Abre don Fernando el memorial.*

Beltran.

Tente, no leas,
no pases mas adelante.

Don Fernando.

Ahora será importante,
Beltran, que el decreto veas.

Beltran.

¡Mal haya quien confiare
de papeles su secreto!
¡Hay tal yerro!

Don Fernando.

Que el decreto
dice: *Noli amplius pecare.*

Beltran.

¿Un consejo y en latin
es el despacho?

Don Fernando.

El te dió
lo que el memorial pidió,
migaja del Rey, al fin. *Vase.*

Beltran.

¿Estaba borracho cuando
troqué el papel? ¿Hay rigor,
pena, y vergüenza mayor?
¡Qué sepa el Rey, y Fernando
las culpas de mi conciencia!
Esperar puedo el perdon,
que antes que la confesion
he hecho la penitencia.

ESCENA VI.

El Rey y Bermudo.

Bermudo.

Señor, en ejecucion
del oficio que hoy fiado

de mi verdad, y cuidado,
vengo á hacerte relacion
de un yerro, en que solamente,
en premio de mi lealtad,
suplico á tu Magestad,
que perdone al delincuente.

Rey.

Tan amigo, y tan leal
te juzgo, que no pidieras
lo que pides, si entendieras
que hacerlo me estaba mal;
y así, desde aquí, Bermudo,
le perdono.

Bermudo.

Pues con eso
sabrás, señor, el esceso,
que por ser quien soy me pudo
poner en la confusion,
cuyas tinieblas venciste
con el parecer que diste
entre Pitias y Damon.
Don Fernando, gran señor,
está enamorado.

Rey.

Di
dí lo demas; que hasta ahí
no es culpa tener amor.
Si escedió su obligacion
por amar, merece pena;
pero si amando se enfrena,
es digno de galardon.

Bermudo.

A deshora, y disfrazado
fué á visitar la que adora.

Rey.

¿Disfrazado, y á deshora?

Bermudo.

Si señor.

Rey.

¿Quién te ha informado
de ello?

Bermudo.

Yo mismo lo ví.

Rey.

¿Tú lo viste? ¿pues qué hacias,
Bermudo, tú, que lo vias
tambien á deshora allí?

Bermudo.

Yo no lo pude escusar;
fuera de que yo no soy
ministro; y así me estoy
tan obligado á guardar
clausura; y si la tuviera,
ni pudiera en tu servicio
ejecutar el oficio
que me has dado. [illegible] reparas?
este caso.

Rey.

Está bien. ¿Y es
de don Fernando el intento
es lícito? ¿es casamiento?

Bermudo.

Tengo por cierto, que sí.

Rey.

¿Y qué fortuna, qué estado
alcanza su pretension?

Bermudo.

No logra mal su aficion;
premio goza su cuidado.

Rey.

¿Y quién es la dama?

Bermudo.

A eso
no te puedo responder.

Rey.

¿Cómo no?

Bermudo.

Porque es hacer
contra orden tuya un esceso.

Rey.

Ya te entiendo, tente, calla,
que me matas. ¡Ay de mí!
que hallarte, Bermudo, allí,
y decir, que es el hombre
contra orden mia, bien claras
señas me das. ¿Más es Flor,
por ventura?

Bermudo.

No señor.

Rey.

¿Pues, Bermudo, en qué reparas?
Acábame de matar,
que ya en mí no puede hacer
mayor estrago el saber
del que ha hecho el sospechar.
¿Es Elvira?

Bermudo.

Tengo por cierto que sí.

Rey.

¡Ah enemiga! ¡Qué impaciente
veneno, qué furia ardiente
de rabia, sino de amor
es esta en que tu venganza
me abrasa? Mas di, Bermudo,

¿vióte don Fernando, ó pudo
Elvira, con esperanza
de que á mí me lo dirías,
fingir allí lo que habló
con él?

Bermudo.

Yo pienso, que no;
que para saber, si habías
perdonádome, á llamar
me envió en secreto Flor,
que no quiso este favor
á Elvira comunicar,
por ser el primero, y acaso
vergonzoso, y quando entró
don Fernando, me escondí,
donde fui de todo el caso
testigo oculto.

Rey.

¿Qué espero,
que busco á tan cierto daño
alivios en el engaño
si en el desengaño muero?
¡Bermudo, viven los cielos,
que estoy loco: ya el valor
se rindió, y lo que no amor
han conquistado los zelos!
¡Qué con mi mayor amigo
ofenderme Elvira pudo!
no lo sufriré, Bermudo,
yo no puedo mas conmigo.
Determinado me vi
á casarla, y de mis ojos
ausentarla, y mis enojos
sufriera, con que de mí
naciese el privarme de ella;

mas naciendo de su amor,
es agravio, y el rigor
de los zelos atropella
las fuerzas del sufrimiento:
demas, que siendo Fernando
con quien me ofende, y estando
á mis ojos, el tormento
no cesará de matarme;
y así, solo este temor,
sino el zeloso furor,
bastará á determinarme.
Esta noche la he de ver,
mi pena quiero aliviar,
al menos con estorvar,
ya que no pueda vencer.
Mas Fernando viene aquí,
déjanos solos.

Bermudo.

Señor;
si en él es culpa el amor,
no es ofensa contra tí
que el tuyo ignora.

Rey.

Es verdad:
la palabra que te hé dado
cumpliré.

Bermudo.

Siempre has mostrado
tu grandeza en tu piedad.

ESCENA VII.

El Rey y don Fernando.

Rey.

¿Don Fernando?

Don Fernando.

¿Qué valor *ap.*
bastará en trance tan fuerte,
si contra la misma muerte
no fuera invencible amor?

Rey.

¿Si yo en todo he dado muestras
de mirar vuestra opinion,
cómo mi reputacion
arriesgan locuras vuestras?
¿Cómo, si yo os escogí
por sábio, cuerdo, y prudente,
vuestra vida me desmiente,
y de mi eleccion así
el crédito aventurais?
¿Vos ministro, vos privado,
á deshora, y disfrazado,
amante imprudente andais
por las calles de Leon?
¿Vos, que en los hombros sufrís
de un reino el peso, os rendís
á una liviana pasion?

ESCENA VIII.

Dichos, Diego Nuñez, Mendo y Beltran.

Diego Nuñez.

Aquí está su Magestad.

Mendo.

Y don Fernando.

Rey.

Si os toca
enfrenar la furia loca
de tantas gentes, mirad,
¿qué razon, qué atrevimiento

tendreis para castigar,
si errando; dais para errar
licencia en vez de escarmiento?

Diego Nuñez.

Riñéndole está.

Mendo.

Yo creo
verle presto derribado.

Rey.

Allí hay gente, y me ha escuchado; *ap.*
fingiendo, que no la veo,
lo remediaré.

Beltran.

Por Dios, *ap.*
que la máquina ha caido.

Rey.

¿La opinion que hemos perdido,
si esto se sabe, los dos,
qué remedio tendrá; pues
quedando en mi gracia, es llano,
que han de llamarme liviano,
si conservo á quien lo es?
Y si os quito brevemente
el puesto que os dí, es mostrar,
que ó soy facil de mudar,
ó en elegir fui imprudente.
¿Qué os parece? ¿sé reñir?
¿hago bien un enojado?

Don Fernando.

¿Qué es esto?

Rey.

¿Os habeis turbado?
verdad me habeis de decir.

Beltran.

Eso si, que ya tenia

pendiente el alma de un hilo.

Don Fernando.

¿Señor tan severo estilo,
qué valor no turbaria?
Confuso estoy. *ap.*

Mendo.

¿Qué, fingido
era el enojo?

Rey.

Dejemos
burlas, Fernando, y entremos
á despachar. Esto ha sido, *ap. á Fer.*
porque nos han escuchado,
mirar yo mejor que vos
por la opinion de los dos,
á conservar obligado
mi hechura; pero mirar
debeis, que como reñir,
y conservar, y sufrir,
sabré tambien castigar.

ESCENA IX.

Dichos menos el Rey.

Don Fernando.

¡Qué prudencia, qué cordura, *ap.*
y que fuerte obligacion!
pero nunca la razon
puso freno á la locura.
Yo estoy loco, y la esperanza
de tu mano, Elvira hermosa,
es en mi mas poderosa,
que el fausto de la privanza.
Lara ilustre, Mendo amigo,
¿quereis algo?

Mendo.

Solo hacer
un recuerdo.

Don Fernando.

Es ofender
mi amistad hacer conmigo
diligencia; mi deseo
lograré presto en los dos.

Diego Nuñez.

Mil años os guarde Dios.

Mendo.

A mí no, si yo le creo. *ap.*

Beltran.

¡Qué burlados han quedado!

Mendo.

¡Qué ruegue yo á quien podia
ser...!

Diego Nuñez.

Callad, Mendo. *Vase.*

Mendo.

No habia
de nacer un desdichado.

ESCENA X.

Don Fernando y Beltran.

Beltran.

A qué fin este picon
¿te dió el Rey?

Don Fernando.

Porque de aviso
me sirva, las uñas quiso,
Beltran, mostrarme el Leon.

Beltran.

Témelas, pues las has visto.

Don Fernando.

¡Ay de mi, que es ciego amor,
y no conoce el temor!
Inutilmente resisto
al deseo con que peno;
imposible es sujetallo,
que voy loco en un caballo,
con espuelas, y sin freno.
Por Elvira he de perder
el alto puesto en que estoy,
¿ pero si de Elvira soy,
qué importa dejar de ser
rico, Beltran, ni privado?
Por ella el serlo estimé,
y sin ella no podré
dejar de ser desdichado.

Beltran.

Pues si te quieres perder,
fuerza es que una cosa sola
te advierta, y es, que de bola
me has de llevar al caer:
Y mientras eres privado,
fuera bien, que yo subiese
á puesto en que me luciese,
haber sido tu criado.

Don Fernando.

Yo lo haré, con tal, que pidas
cosa á tu virtud igual,
que pienso que el memorial,
que le diste al Rey olvidas.

Beltran.

¡O pese!..

Don Fernando.

Pero dejado
eso aparte, Beltran, di,

¿á quien has servido?

Beltran.

A tí.

Don Fernando.

Pues si á mi me has obligado,
de mi hacienda has merecido
el premio, conforme á ley;
mas de la hacienda del Rey,
solo el que al Rey ha servido. *Vase.*

Beltran.

Esa es doctrina, aunque tasa
mis aumentos, verdadera;
mas no soy bobo, quisiera
justicia, y no por mi casa.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE ELVIRA.

Elvira y Flor.

Elvira.

Loca estoy, Flor, ya vencí;
los efectos han mostrado,
que el arte lo puede todo,
pues hoy con industria alcanzo
lo que no pudo el amor.

Flor.

¿Cómo, Elvira?

Elvira.

Al Rey aguardo.
Bermudo de parte suya
vino á prevenirme; tanto
pudieron con él los zelos,
que espero ya con su mano
la corona de Leon.

Flor.

Amor sabe hacer milagros.

ESCENA XII.

Dichas y un escudero.

Escudero.

Don Fernando de Quiñones
tu licencia está aguardando.

Elvira.

¡Ay, hermana! ¿qué he de hacer?
que al Rey aguardo?

Flor.

Hasle dado
favores, que en tal empeño
te han puesto, que no te hallo
consejo.

Elvira.

¡O gustos de amor,
siempre apesares comprados!

Flor.

De tu confusion te ofrece
el remedio el mismo caso;
pues si con el Rey te encuentra
aquí don Fernando, es llano,
que eso mismo es tu disculpa,
y será su desengaño;
y en el Rey aumentarás
el amor, acrecentando
los zelos, pues ellos son
los que su pecho abrasaron.

Elvira.

Bien dices, entre.

ESCENA XIII.

Elvira, Flor, y despues don Fernando y Beltran.

Flor.

Ni él puede
proseguir contra tan alto
competidor sus intentos,
ni culpará tus agravios.
Y asi, importa que no deges
de favorecerle en tanto
que el Rey llega, pues con eso
disimulas el engaño,
fingiendo, que sin tu gusto
trata el Rey de conquistarlo.

Elvira.

Tu consejo he de seguir.

Don Fernando.

No son dias, no son años,
siglos son, y eternidades,
bella Eluira, las que he estado
entre tinieblas oscùras,
hasta volver á miraros.
Todo es tormento sin vos,
y asi vengo atropellando
montañas de inconvenientes,
y expuesto á peligros tantos,
cuantos deseó mi pecho,
para mostrar lo que os amo,
en lo que arriesgo por vos,
á descontar, dueño amado,
el infierno de no veros,
con la gloria de miraros.

Elvira.

Fernando, no á los tormentos,

que yo en vuestra ausencia paso
debeis menores finezas.

Don Fernando.

Si bien cuanto puedo os pago,
nunca podré lo que os debo,
con cuanto puedo pagaros.
Vos, señora, perdonadme,
que deslumbrado á los rayos
de Elvira, disculpa tengo,
si dilaté el preguntaros
como estais, y el ofrecerme
á serviros.

Flor.

Disculpado
os deja el amor: yo estoy
con deseo de pagaros
la parte de la ventura,
que en la de mi hermana alcanzo.

Don Fernando.

Pues si de mi parte estais,
seguro el efecto aguardo,
si vos terciais con Elvira,
para que me dé la mano.

ESCENA XIV.

Dichos, el Rey y Bermudo al paño.

Rey.

Detente, Bermudo, espera,
que está aquí, si no me engaño,
don Fernando.

Bermudo.

El es. ¡Ay triste!

Rey.

¡Qué atrevimiento! rabiando

estoy, vive Dios, de enojo.

Bermudo.

Señor, si está enamorado,
juzgar debes sus escesos
por los tuyos.

Rey.

Calla; oigamos,
pues que no nos han sentido,
sus culpas, y mis agravios.

Elvira.

Mis verdades ofendeis
si os mostrais desconfiado.
¿Fernando, si el alma os dí,
como os negaré la mano?

Don Fernando.

¿Pues que aguardais, cuando soy
tan dichoso?

Elvira.

Solo aguardo,
que cumplais, como debeis,
con la obligacíon del alto
puesto que ocupais, pidiendo
permiso al Rey.

Don Fernando.

¿Si me ha dado
tanto lugar en su pecho,
temeis que no he de alcanzarlo?

Elvira.

Antes porque no lo temo
quiero que lo hagais; que cuando
lo temiera, no pondria
á peligro el bien que gano,

Rey

¿Ya que tengo que esperar
con tan claros desengaños?

¿Fernando?

Flor.

El Rey.

Don Fernando.

¡Ay de mí!

Beltran.

Cogido no ha en el lazo;
en tierra dió el edificio

El Rey aparte á don Fernando.

¿Esta es la enmienda? ¿Este caso
haceis del favor que os doy,
y el rigor que os amenazo?
¿pues aun no ha perdido el viento
las palabras que mis labios
hoy os dijeron, y ya
vos las habeis olvidado?
¿Esta eleccion hice? ¿vos
sois mi hechura? ¡qué bien salgo
así, y qué bien me sacais
del empeño en que me hallo,
con haberos hecho! Solo,
vive el cielo, no os deshago,
por castigarme el error
de haceros en conservaros.

Don Fernando.

Gran señor....

Rey.

Callad; callad,
disimulad, sosegaos;
poned bien el ferreruelo,
cobrad el color turbado,
que ya que por mi opinion
resuelvo no castigaros,
no me está bien que esa gente
entienda que me he enojado.

Don Fernando.

Vuestra prudencia, y piedad,
gran señor, obligan tanto,
que porque mas resplandezcan
en mi delito, no trato
de disculparme, si bien
volviendo á los ojos claros
de doña Elvira los vuestros,
hallárades mi descargo.

Rey.

¡Ay de mí, que esa verdad *ap.*
conozco tan en mi daño!
Mas ya que á Elvira he perdido,
y he visto yo mis agravios,
virtud haré de la fuerza,
y valor del desengaño.
Elvira, yo os prometí
ser vuestro padrino, cuándo
hallásedes quien pudiese
mereceros; ya ha llegado
la ocasion, pues solamente
dilatasteis, aguardando
mi licencia, y gusto, el dar
á don Fernando la mano.
Dásela, que yo sabiendo,
que él venia á visitaros
amante y favorecido,
por lo mucho que le amo,
y os estimo, quise Elvira,
el contento anticiparos,
trayendo yo la licencia.

Elvira.

Yo, señor....

Beltran.

¡Válgate el diablo

por muger! ¿Ya lo reusas,
y lo estabas deseando?

Don Fernando.

¿Qué dudas?

Elvira.

No me aseguro
de que el Rey no está enojado
contigo, y le quiero hablar. (1)
Señor, si acaso es vengaros
el obligarme á que sea
esposa de don Fernando,
advertid, que los favores,
que le hecho, han sido falsos,
por vengarme del rigor
con que me habeis abrasado;
que vos sois solo mi dueño.

Rey.

Los favores, que tus lábios
le hicieron, públicos son,
y es secreto, si es engaño;
y así, cuando yo te crea,
no quiero que de tirano
me den el nombre, diciendo
que le quito á don Fernando
su esposa para mi dama.

Elvira.

¿Para vuestra dama?

Rey.

¿Acaso
puedes aspirar á mas,
ó puede un Rey dar la mano
á quien se sabe que hizo
favores á su vasallo?

---

(1) *Apartase Elvira con el Rey.*

Elbira.

Pues si la vuestra he perdido,
porque sepais, que causaron
esperanzas de ella sola
mis yerros, y no livianos
pensamientos, sere esposa
de don Fernando Ya ha dado
su Alteza seguridad
á mi temor, y la mano
os doy, Fernando, de esposa.

Rey

Gozadla por muchos años,
don Fernando.

Don Fernando.

En vuestra gracia
no podrán ser desdichados.

Rey.

Vos, Flor, porque no quedeis
envidiosa del estado
de Elvira, pues es notorio
que mis favores reparto
entre Fernando, y Bermudo,
y él los vuestros ha alcanzado,
sed su esposa.

Flor.

Los favores *ap.*
fingidos nos obligaron
tanto, que ha podido mas
que la verdad el engaño.
Yo soy vuestra.

Bermudo.

Y yo dichoso.

Beltran.

Y en habiendo dos casados,
parece fin de comedia,

y es forzoso, que el lacayo
pida mercedes al Rey,
y perdones al senado.

Ser prudente y ser sufrido.

El mérito principal de esta comedia, que es una de las mas regulares de Montalvan, está fundado en el carácter del Rey. Le pinta con toda la nobleza y dignidad correspondientes á su augusto destino, y justifica perfectamente el título de la pieza. Es el personage que interesa mas íntimamente, y el espectador le sigue en todas las escenas y en todas le admira y le respeta. Está enamorado de doña Elvira, y aunque su pasion es antigua y veemente se resuelve á vencerla y á sacrificar su cariño á las obligaciones arduas de Monarca. Este esfuerzo es sublime; por que para reprimir el afecto que mas subyuga el corazon humano es necesario una alma fuerte y enérgica. No solo huye de la vista de su amada, sino que prohibe que la hablen de ella.

Ya debo
ser otro que fuí, Bermudo;
el hombre antiguo desnudo,
y me formo de hombre nuevo.
Ní á Elvira me nombres mas,
ni cosa que de mi amor
me acuerde, que mi favor
al instante perderás

Elvira agraviada del olvido del Rey, con quien esperaba casarse intenta despertar su cariño con los zelos. Llama á Bermudo y le encarga que pida al Rey licencia para casarse, y le ruega al mismo tiempo que la coloque en parage donde pueda oir la contestacion del Monarca. Bermudo, enamorado de Flor, la cum-

pleno deleite. Esta escena, que es la primera del segundo acto, es muy interesante por la situacion en que pone al Rey, que sorprendido con la presencia de Elvira y su razonamiento, vuélve á encenderse su pasion y lucha de nuevo para vencerla. Este esfuerzo está pintado con energía y dignidad en la respuesta que dá á Elvira, y la conclusion del diálogo entre los dos es excelente.

Ya es tarde, Elvira.
Elvira.
Nunca, á ser firme tu amor,
fuera tarde, Alfonso mio.
Rey.
Déjame, que ya no soy
quien fuí, ni tuyo, ni Alfonso.
Elvira.
¿Pues quién?
Rey.
El Rey de Leon.

Esta lucha se renueva con mas fuerza, cuando sabe que Fernando ama á Elvira.

Bermudo, viven los cielos,
que estoy loco; ya el valor
se rindió, y lo que no amor,
han conquistado los zelos.
¡Qué con mi mayor amigo
ofenderme Elvira pudo!
no lo sufriré, Bermudo,
yo no puedo mas conmigo, &c.

La escena siguiente en que reprende á Fernando pinta la cordura y sufrimiento del Rey; pero la

mas interesante es la última; y en donde luce mas este personage y el talento del autor, particularmente en aquellos hermosos versos que dice aparte á Fernando.

Callad, callad,
disimulad, sosegaos,
poned bien el ferreruelo,
cobrad el color turbado,
que ya que por mi opinion
resuelvo no castigaros,
no me está bien que esa gente
entienda que me he enojado.

Estas palabras son dignas de un Rey magnanimo y generoso.

Elvira intenta todavia vencer su constancia: pero la resolucion con que responde no la deja ninguna esperanza, y admite la mano de don Fernando.

Elvira.

Advertid que los favores
que le he hecho, han sido falsos,
por vengarme del rigor,
conque me habéis abrasado,
que vos sois solo mi dueño.

Rey.

Los favores que tus labios
me hicieron, públicos son,
y es secreto, si es engaño;
y así, cuando yo te crea,
no quiero que de tirano
me den el nombre, diciendo
que le quito á don Fernando
su esposa para mi dama.

Elvira.

¿Para vuestra dama?

Rey.

¿Acaso
puedes aspirar á mas,
ó puede un Rey dar la mano,
á quien se sabe que hizo
favores á su vasallo?

. . . . . .

En todas las demas escenas en que habla el Rey manifiesta la misma cordura y magestad. Vease la tercera del acto segundo y las siguientes en que evita el desafio de don Fernando y don Mendo y los hace amigos.

. . . .

El carácter de don Fernando es noble, leal y está bien espresado, asi como el de Bermudo y el de don Mendo. Parece que este le imitó de la comedia de Ruiz de Alarcon titulada *Las paredes oyen;* aunque cita la del *Premio del bien hablar*, de Lope, cuando dice el Rey á Mendo.

Dadle la mano de amigo
á don Fernando, y pensad
que os importa su amistad
para tenerla conmigo;
que desde hoy ha de gozar
en mi lado mi privanza,
porque os muestro en lo que alcanza,
el premio del bien hablar.

La versificacion es buena y el éstilo es mas correcto en esta comedia que en otras del autor; por que no se halla manchado con métaforas extravagantes ó ridiculas, que afean los trozos mas sobresalientes y desagradan al lector.

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

